



ANTOLOGÍA DE NOVELAS DE ESPIONAJE

QUINTA SELECCIÓN



J. B. CAYEUX. — El agente especial y los guerrilleros.

ALAIN PAGE. — Un caldo para Calone.

J. P. CONTY. — Las angustias de Mr. Suzuki

Lectulandia

El espionaje es un género de moda. El público se ha aficionado a las increíbles peripecias de estos héroes anónimos, especie de superhombres, que son los agentes secretos. Tampoco podía faltar una colección de Espionaje en las Antologías Acervo. La copiosa producción francesa de novelas de este género actualísimo sigue dando material para esta serie. En este quinto volumen se recogen también tres novelas de autores franceses, que rivalizan en la emoción, la fuerza y la apariencia de autenticidad que dan a sus argumentos.

En este quinto tomo de Selección de novelas de espionaje, editado por Ediciones Acervo en 1967 a partir de una selección realizada por José A. Llorens Borrás, presentamos estas tres novelas:

J.-B. Cayeux – El agente especial y los guerrilleros (L'a spécial chez les guerrilleros)

Alain Page – Un caldo para Calone (Un bouillon pour Calone)

J. P. Conty. – Las angustias de Mr. Suzuki. (Les angoisses de Mr. Suzuki)

La traducción al español de los originales en francés, publicados por la prestigiosa Éditions Fleuve Noir, corrió a cargo de José María Aroca. Se ha incluido, al principio de cada libro, la cubierta del original francés (Fleuve Noir)

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de Novelas de
Espionaje Vol. V**

*

Antología de Novelas de Espionaje - 5

ePub r1.0

Piolin 16.07.2019

Título original: *Antología de Novelas de Espionaje*
AA. VV., 1959
Traducción: Jose Ma. Arroca

Editor digital: Piolin
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

El agente especial y los guerrilleros (J.-B. Cayeux)

Un caldo para Calone (Alain Page)

Las angustias de Mr. Suzuki (J. P. Conty)

ANTOLOGÍA DE NOVELAS DE ESPIONAJE

QUINTA SELECCIÓN

* * * * *

J.-B. CAYEUX. — El agente especial y los guerrilleros

ALAIN PAGE. — Un caldo para Calone.

J. P. CONTY. — Las angustias de Mr. Suzuki.

EL AGENTE ESPECIAL Y LOS GUERRILLEROS

L'agent spécial chez les guérilleros

J.-B. Cayeux

J.-B. CAYEUX



*«Vamos, hijos míos, mis maletas.
Coged mis maletas y llevadlas a bordo de la fragata».
(Últimas palabras de Simón Bolívar
17/12, 1830).*

Capítulo Primero

FELIPE hizo botar el balón delante de él. No lo miraba. Sus ojos permanecían fijos en el tablero de material plástico. Sobre su torso de color cobre el sudor formaba diminutos arroyos. Se había desplazado ligeramente a la derecha. Williams, por su parte, estaba situado debajo del tablero, atento al rebote. Felipe cogió el balón con las dos manos y lo levantó a la altura de su torso, al tiempo que flexionaba las piernas. Saltó en vertical, o, más exactamente, su largo cuerpo pareció elevarse por sí mismo, sin el menor esfuerzo. Sus dos manos, apretando el balón, se proyectaron lejos por encima de su cabeza y su cuerpo se encogió. Y entonces se produjo el extraño milagro que obran los grandes baloncestistas. Durante una fracción de segundo el cuerpo del hombre permaneció como suspendido a un metro de distancia del suelo. El juego sutil y maravillosamente sincronizado de todos sus músculos provocó una especie de doble gatillo concretado en los dos brazos.

El balón salió disparado. Con demasiada fuerza, pensé, desde el banco en el cual acababa de sentarme, en la sombra. Sin embargo, describiendo una parábola perfecta, el balón penetró en el aro metálico. Williams lo controló con una mano y volvió a enviárselo al sudamericano. Éste no cambió de lugar. De nuevo su mano pareció desarticularse mientras hacía botar el balón. De nuevo sus ojos inexpresivos se clavaron en el tablero. Y el desarrollo de los gestos, los dos breves compases de espera, antes del salto y en su culminación, la trayectoria descrita por el balón, todo se repitió, idénticamente, como una segunda proyección de la misma película. Williams recogió el balón sin mirarlo siquiera y volvió a enviarlo a su compañero. Felipe repitió el lanzamiento cinco, diez veces... Y, a causa de ese misterioso genio que distingue a ciertos atletas, la mecanización del gesto le confería una

gracia y una armonía nuevas. Sólo, tal vez, el saltador de pértiga, en el instante embriagador en que su cuerpo parece flotar al viento como un estandarte en la cima de su vara, ofrece un espectáculo tan intenso de seguridad y de gracia.

Los dos hombres no intercambiaban una sola palabra. En la sala vacía, extrañamente sonora, no se oía otro ruido que el de los tres o cuatro botes del balón antes del lanzamiento. Y, a veces, el raro estremecimiento de la red al paso del balón se transformaba en una leve queja. Practicado por grandes campeones, el baloncesto se convierte en un ballet de sensualidad, el himno de su virilidad. Unos dedos ágiles, acariciadores, dominan el balón, lo llevan en una carrera aparentemente demencial pero organizada, al término de la cual, conseguido el enceste, el triunfador queda transfigurado por la ola de placer que recorre su piel.

El joven peruano falló su doceavo o treceavo lanzamiento. A su vez, se instaló debajo del tablero, mientras Williams pasaba a ocupar su puesto. Yo conocía muy bien a Williams. Con Fields, Leroy-Johnson, Jackson, Smith, MacCoy y otros, Williams formaba parte de la veintena de estudiantes norteamericanos negros o blancos que actuaban en Francia repartidos en diversos equipos de la división nacional. Otros extranjeros, principalmente yugoslavos, constituían con ellos la armazón de nuestros grandes equipos. Gracias a esos grandes jugadores, el baloncesto francés había progresado notablemente y nuestros equipos alcanzaban resultados satisfactorios en las competiciones internacionales. Por su parte, «los extranjeros de Francia» obtenían en sus respectivos equipos ventajas materiales públicamente calificadas de «gastos de estancia», obstinados como estamos en mantener el hipócrita concepto de la pureza del amateurismo...

Williams, pues, terminaba sus estudios de odontólogo, sin demasiado entusiasmo, mientras actuaba en un equipo de París. Vivía en la Avenida Junot, a unos pasos de mi casa, y nuestras primeras relaciones sólo habían sido de buena vecindad hasta que Williams adquirió la costumbre de enviarme unas invitaciones para asistir a los partidos que disputaba su equipo. Poco a poco, me dejé ganar por la amistad de aquel negro altísimo, amable e inteligente.

Williams efectuó también una docena de lanzamientos. Su estilo era muy similar al del peruano. Pero, por su modo de hacer girar el balón en el momento de enviarlo hacia el tablero, añadía una especie de autoridad posesiva, y diríase que aquella mano, en vez de dirigirlo, «mandaba» al balón.

Y el estúpido objeto redondo parecía a veces rectificar por sí mismo su trayectoria para alcanzar el objetivo.

La sala en la cual se entrenaban los dos hombres pertenecía a un mecenas del equipo. Williams acudía a ella todas las mañanas, casi siempre solo. Durante un par de horas, interrumpidas por breves descansos, ensayaba incansablemente la extensa gama de sus lanzamientos. A menudo, cuando encontraba en la calle a algún chiquillo desocupado o que hacía novillos, le daba unas monedas para que el chaval se encargara de devolverle el balón. Utilizaba un solo tablero iluminado por una potente bombilla; el resto de la sala permanecía sumido en una oscuridad casi total.

—Entra por la pequeña puerta del fondo —me había dicho—. La dejaré abierta para ti. Después del entrenamiento, en el vestuario, podremos charlar tranquilamente, sin que nadie nos moleste. Le he dicho a Felipe que tú podías resolver sus problemas. También le he dicho que eres un amigo leal y digno de confianza. Pero no le he ocultado que, a cambio, esperabas obtener ciertas informaciones. Creo que le encontrarás bien dispuesto.

Yo esperaba mucho de Felipe Bariego, en efecto. Sabía que había entrado en Francia ilegalmente, sin pasaporte, y que Williams le había ayudado con una encantadora ingenuidad. Pero, si el pasar una frontera clandestinamente sólo exige un poco de astucia y otro poco de audacia, resulta mucho más difícil, a renglón seguido, integrarse en la sociedad de un Estado moderno. Hoy, pues, Felipe Bariego necesitaba al agente especial Daniel Pelerin. Y como el agente especial Daniel Pelerin, por su parte, necesitaba ciertas informaciones que sólo el peruano podía facilitarle, podía apostarse que la conversación que se avecinaba resultaría amistosa y fecunda.

Encendí un *Gauloise*. Felipe vio la llama de mi encendedor y le dijo algo a Williams, señalándome con el dedo. El norteamericano soltó el balón y se dirigió hacia mí.

—¿Hace mucho que estás aquí? —me preguntó, sentándose a mi lado.

—Diez minutos largos... Diez minutos, durante los cuales habéis rozado el ciento por ciento...

—En un entrenamiento —dijo Williams— eso no tiene nada de extraordinario... En un partido ya es otra cosa. ¿Qué opinas de mi protegido?

—Lo hace muy bien. Los del Racing o del Stade Francais se alegrarían de tenerlo en sus filas. Tendrías que echarle algo encima, vas a enfriarte.

—Quiero presentarte a Felipe. No habla muy bien el francés, todavía, pero su inglés es correcto. A no ser que prefieras el castellano...

Nos acercamos al tablero; Felipe se entretenía efectuando lanzamientos en suspensión. Cuando me vio, el peruano soltó el balón y acudió a mi encuentro, con la mano extendida:

—Encantado de conocerle, *señor Dan*.

—Mucho gusto —dije—. ¿Cuánto mide usted?

Súbitamente, entre aquellos dos gigantes, me fastidiaba tener que levantar la cabeza para encontrar sus miradas.

—Un poco más de dos metros, *señor Dan*. Y peso noventa y dos quilos. Pero, después de algunas sesiones de entrenamiento como ésta, habré perdido una docena de libras y estaré en mi peso ideal. Espero que me ayudará usted a encontrar un equipo, *señor Dan*.

—Vamos a sentarnos —dije—, si les parece bien.

Nos dirigimos hacia el banco sobre el cual los dos hombres habían dejado su ropa. Mientras ellos se frotaban el cuerpo con sus toallas, dije:

—Williams me ha hablado mucho de usted, Felipe: asegura que es el mejor jugador del continente sudamericano y, en baloncesto, la opinión de Williams es de mucho peso. Sin embargo, en el terreno puramente deportivo, hay un detalle que me preocupa: hace más de tres años que no ha tocado usted un balón... ¿Qué edad tiene?

—Veintiséis años. Es cierto que llevo mucho tiempo sin jugar. Pero nunca he descuidado mi forma física. Me han bastado unas sesiones de entrenamiento con Williams para volver a encontrar el mecanismo del gesto. Dentro de un par o tres de semanas estaré en condiciones de figurar sin desdoro en uno de sus equipos.

—No lo dudo —dije—. Pero Williams le habrá dicho ya que no soy un *manager* de equipo, ni siquiera un simple intermediario. Es cierto que tengo amistades que podrían valerle de mucho, pero ante todo soy un funcionario, un funcionario de una clase bastante especial... No puedo recomendarle, si no dispongo de ciertas garantías. ¿Comprende?

—Perfectamente, *señor Dan*. Williams me ha asegurado que podía confiar en usted. Por mi parte, le pido que me crea: he venido a Europa con mi joven esposa sólo para romper con cierto pasado. Al cruzar la frontera francesa, he sacudido las suelas de mis zapatos. Lo único que deseo es poder continuar mis estudios con la ayuda del baloncesto. No tiene que temer por mi parte ningún gesto, ninguna palabra, a los cuales pudiera darse un sentido político.

Asentí con la cabeza y encendí otro *Gauloise* con la colilla del anterior antes de continuar:

—Tomo nota de ese compromiso y le felicito por él. Sin embargo, Felipe, tiene usted que decirme algo más. Por ejemplo, me gustaría saber por qué ha escogido Francia para negociar aquí sus talentos de baloncestista. En los Estados Unidos tendría usted un puesto en cualquier equipo profesional. Allí ganaría un sueldo fantástico, muy superior a las «compensaciones» que puede permitirse uno de nuestros equipos.

El peruano inclinó la cabeza. Dejó la toalla a un lado y anudó las dos mangas de su jersey alrededor de su cuello.

—No tengo el menor deseo de vivir en los Estados Unidos, *señor* Dan. Y, por su parte, los norteamericanos no me concederían el visado de entrada. Para no ocultarle nada, *señor*, he de confesarle que sus colegas de la C.I.A. no simpatizan conmigo. Tuve que ver algo con ellos, hace poco más de un año. Y el asunto terminó mal.

—Cuénteme eso —dije—. Y, más concretamente, remontémonos al mes de septiembre de 1965. En aquella fecha era usted aún estudiante de la Universidad de Lima. Durante todo el verano, el equipo universitario del cual era usted capitán había efectuado una larga gira a través de todo el continente sudamericano. Al regreso de aquella gira desapareció usted repentinamente. De cuando en cuando, uno de sus amigos recibía una simple tarjeta postal atestiguando que continuaba usted con vida y que viajaba principalmente a lo largo del litoral atlántico. Luego, en los últimos meses, un silencio absoluto hasta que Williams se decidió a ponerse en contacto conmigo. ¿Qué pasó durante esos tres años, Felipe?

—No está usted mal informado —admitió Felipe, con un dejo de amargura—. Y sin duda no me dice todo lo que sabe... Mi historia es la de muchos estudiantes de mi país. En el curso de aquella gira a la cual acaba de aludir, adquirí conciencia de la miseria de mi pueblo. Sobre todo el continente americano, en grado diverso, el esquema es idéntico: los *terratenientes* poseen la riqueza, los otros están condenados al hambre. Me sublevé, como hicieron otros. Tras una estancia de varias semanas en La Habana, llevé a cabo algunas misiones de guerrillas en Colombia, en Nicaragua, en Bolivia, a lo largo de las costas del mar Caribe. Fueron unos años locos, embriagadores y decepcionantes.

Hizo una pausa, pensativo. Insistí:

—Explíquese, Felipe...

Continuó:

—Al principio, nuestra actuación no tenía nada de bélica. Sólo disponíamos de algunas armas para defendernos en caso de malos encuentros,

y, en Bolivia, por ejemplo, el Gobierno central toleraba bastante bien nuestra existencia. Íbamos de pueblo en pueblo, de empresa en empresa, y celebrábamos reuniones en el curso de las cuales tratábamos de convencer a los indios de que debían organizar su revuelta. Al cabo de unos meses pudimos comprobar lo inútil de nuestra gestión. No sólo los peones inconscientes o resignados no manifestaban ninguna clase de emoción ante nuestras arengas, sino que incluso denunciaban nuestra presencia a las tropas gubernamentales, con la esperanza de cobrar unos pesos. Los militares, con mucha frecuencia, reaccionaban blandamente y nos enviaban un aviso a fin de evitar un encuentro armado. Entonces nos trasladábamos de lugar. A veces, sin embargo, teníamos que vérnoslas con un destacamento comandado por «boinas verdes». Éstos no daban cuartel, y teníamos que aceptar el combate. Nos vimos obligados a reforzar nuestros grupos y a armarlos más eficazmente. Con ello, nuestra empresa, puramente política, se transformaba en subversiva. Ahora predicábamos la sublevación abierta e invitábamos a los más decididos a unirse a nosotros, a entablar ya el combate, a hacer la guerrilla. Los hombres de la «Special Forcé» empezaron a preocuparse. Reforzaron sus cuadros para luchar contra los guerrilleros. La lucha se hizo dura, implacable. La muerte de Che Guevara sólo fue el episodio más espectacular. Pero los más advertidos de entre nosotros habían comprendido desde hacía mucho tiempo que la lucha estaba perdida de antemano. No en el terreno militar, en el cual éramos perfectamente capaces de enfrentarnos a los mercenarios norteamericanos y a los soldados que los mandaban, sino en el interior mismo de nuestra formación. En efecto, no ignora usted, *señor Dan*, que en América del Sur existe un gran número de partidos de izquierda revolucionarios. Unos se llaman castristas, otros comunistas ortodoxos de obediencia soviética, otros comunistas pro-chinos. Los trotskistas son asimismo numerosos y están bien organizados. Es muy raro que esas diversas tendencias se entiendan entre ellas. Más de una vez nos vimos abandonados o traicionados por algunos de nuestros hombres obedeciendo a las consignas de su propia organización. En tales condiciones no podíamos subsistir. En más de una ocasión salvé la vida por verdadero milagro. Y, poco a poco, me sentí invadido por el desengaño y el cansancio...

—¿Conoció usted a Guevara?

—Desde luego. He tenido sobre mis rodillas al tercero de sus hijos. Conocí también a César Montes, a Petkoff, y a algunos otros. Me encontraba a unos metros de distancia del padre Camilo Torres cuando le mataron, en el curso de una refriega en el monte, el 15 de febrero de 1966. Hoy, *señor Dan*,

lo único que deseo es olvidar todo aquello. Me he traído conmigo a mi esposa. Es hija de uno de los primeros compañeros de Fidel Castro, que resultó muerto en el curso del famoso desembarco de noviembre de 1956... Pero Perlita opina como yo que estaba loco. Hay que estar loco para cargarse sobre los hombros las luchas de los demás. Sin duda, al envejecer he adquirido un poco de sentido común. Sólo aspiro a gozar como es debido de la existencia. ¿Es esto una cobardía?

—¿Y Cadeiros? No me ha hablado usted de Manuel Cadeiros...

Felipe se encogió de hombros. Una imperceptible sonrisa asomó a sus labios.

—Le gustaría saber algo sobre Cadeiros, ¿verdad? Sí, le he conocido muy bien. Odio a ese hombre. Y, como ya le he dicho a Williams, él me teme. Tengo en mi poder un documentó que demuestra su felonía. Cadeiros daría una fortuna, hoy, cuando su estrella política parece estar en alza, para entrar en posesión de esos papeles. Una fortuna, *señor*... ¿Y usted?

—Entonces, lo que usted quiere es dinero...

—Desprecio el dinero por sí mismo. Pero el dinero es el motor de esta sociedad capitalista en la cual quiero situarme con mi esposa y el hijo que esperamos. Si quiere usted esos documentos, *señor* Dan, tendrá que pagar una fuerte suma. A cambio de ella, será el dueño del destino de Cadeiros.

—Me pilla usted de sorpresa, Felipe —dije—. En realidad, mi gestión es muy oficiosa. Por una parte, la llegada de Cadeiros a Francia no concierne a mi servicio, que está especializado en los asuntos extranjeros, y si me veo mezclado en esto se debe únicamente a nuestra mutua amistad con Williams. Actúo a título muy oficioso, y no tengo ningún poder para asumir un compromiso financiero. Por otra parte, Cadeiros viene a Francia con un pasaporte diplomático completamente en regla. Está acreditado por el gobierno cubano. De hecho, no tenemos nada contra él. Lo único que sabemos es que se trata de un agitador profesional y que su visita podría tener otros objetivos que las habituales entrevistas diplomáticas. En cuanto pise suelo francés, la D.S.T. ejercerá una estrecha vigilancia a su alrededor. Mientras no abuse de los derechos que le confieren sus funciones, se beneficiará de la inmunidad diplomática. En una palabra, su destino nos preocupa muy poco, y dudo que compremos esos documentos.

Felipe Bariego volvió a encogerse de hombros. Luego se puso en pie, cogió el balón de las manos de Williams y lo hizo botar delante de él:

—No conoce usted al *Gato*, *señor* Dan. Yo mismo ignoro lo que viene a hacer en Francia. Pero puedo asegurarle que no trae ninguna intención

amistosa. No dejarán ustedes de lamentar el haberle concedido el visado de entrada.

—Por desgracia, la cosa no es tan sencilla como parece, Felipe. Si negamos el visado a Cadeiros, enviarán a otro en su lugar. Y, en la alternativa, preferimos combatir a un adversario sobre el cual poseamos cierto número de informes. Su llegada nos preocupa, y no nos disgustaría disponer de un arma que nos permitiera, eventualmente, neutralizarle. Pero, *a priori*, no estamos en guerra declarada. Transmitiré su petición, aunque dudo que sea acogida favorablemente. En lo que respecta a su situación personal, preséntese mañana en la Jefatura de Policía y pregunte por la persona cuyo nombre he escrito en esta tarjeta. Le entregarán un permiso de residencia provisional de tres meses. Transcurrido ese período, decidiremos sobre su caso.

—Muchas gracias, *señor* Dan. Ya sabe usted dónde encontrarme. Si me lo permite, voy a continuar el entrenamiento, ya que empiezo a tener frío.

Williams y Felipe volvieron a entrar en la pista y empezaron a intercambiar pases cortos pero terriblemente secos. Permanecí junto al banco, pensativo. No le había mentado al peruano: aunque la venida de Cadeiros a Francia había provocado cierta agitación en el seno de la D.S.T., el asunto sólo afectaba mediocrementemente al servicio. Aquella misma mañana, en su despacho, el Viejo se había mostrado poco entusiasmado:

—Vaya a ver a ese sudamericano, Dan, si no tiene nada mejor que hacer. Pero no tome ninguna iniciativa, no se comprometa a nada. Si ese hombre tiene algún informe interesante, avisaremos a nuestros colegas del *quai* de Gesvres.

Lo único que me quedaba por hacer era alertar al comisario Maréchal y a su equipo. Aplasté cuidadosamente la colilla de mi *Gauloise* bajo la suela de mi zapato. En tanto que Williams había reanudado sus lanzamientos a la canasta, Felipe, a lo largo de la banda, se entrenaba con un balón medicinal que enviaba una y otra vez en vertical, por encima de su cabeza. Incansablemente, ejecutaba el mismo paso de baile, en el límite de la zona de sombra. Me puse el impermeable. Por un breve instante, aparté la vista del peruano. Entonces se produjo aquel extraño ruido..., una especie de ladrido ronco, inmediatamente ahogado. Casi al mismo tiempo, percibí el sonido mate del pesado balón de arena al caer sobre el piso de madera. Levanté vivamente la cabeza. Felipe parecía haber interrumpido su paso de baile, y sus dos manos continuaban tendidas hacia el cielo como en una súplica. Finalmente, dio un par de pasos en dirección a nosotros. Luego se desplomó,

de cara. Williams y yo estábamos petrificados. Oí perfectamente una corta galopada y después el seco chasquido de la pequeña puerta por la cual yo mismo había entrado en la sala. Pero, durante unos largos segundos fui incapaz de reaccionar, contemplando el cuerpo ahora inmóvil, con el puñal clavado hasta el puño a la altura de la cuarta costilla.

La sangre empezó a brotar de la herida. El pequeño reguero corría alegremente sobre la piel color cobre, en busca de la pendiente más favorable. Felipe se agitó todavía en una especie de espasmo y sus uñas se rompieron sobre el piso de madera. Luego dejó de moverse. Supe entonces que estaba muerto y avancé hacia él, con un gran peso en los hombros.

Capítulo II

Los dos hombres me escucharon en silencio.

Cuando hube terminado, Maréchal se puso en pie. Se acercó a la ventana y pareció concentrarse en la contemplación del espectáculo de la calle. El Viejo, detrás de su escritorio, permaneció pensativo. Por mi parte, me entretuve formando anillos de humo. Acababa de conseguir uno casi perfecto, cuando Maréchal se volvió.

—Es una historia fastidiosa —dijo.

El Viejo y yo intercambiamos una ojeada. La queja que iba a proferir Maréchal era algo que nos sabíamos de memoria.

—Me veré obligado a redactar un informe —continuó el mandamás de la D.S.T.—. En estos momentos no encuentro otra solución...

—Realmente fastidioso, en efecto —dijo el Viejo.

—Desde luego, desde luego —aprobó vivamente Maréchal—. Veamos, señor director... No es usted razonable... No es la primera vez que se empeña usted en enviar a uno de sus agentes detrás de asuntos que no dependen de su servicio. Hubiera podido advertirnos, al menos. Nosotros hubiéramos organizado una protección en torno a Bariego, y, en el peor de los casos, habríamos detenido al asesino.

Antes de que el Viejo contestara, pregunté:

—¿Se ha encontrado algo en casa de la víctima?

—Según como se mire... Mis hombres llegaron como los carabineros de Offenbach. Alguien les había precedido, una hora antes. La esposa de su baloncestista estaba tendida sobre su lecho, amordazada, atada como una salchicha, medio loca de terror. Al parecer, los visitantes habían encontrado lo que buscaban. Se habían apoderado de una especie de carpeta que Bariego guardaba en un cajón de su escritorio. Al menos, eso es lo que ella dice. Tal vez cambie de opinión cuando volvamos a interrogarla, pero de momento no podemos hacerlo. Tuvimos que comunicarle la mala noticia. Sufrió una crisis nerviosa y nos vimos obligados a trasladarla rápidamente al hospital. Uno de mis hombres está encargado de vigilarla hasta que salga de allí. Y así estamos —concluyó amargamente.

El Viejo se agitó en su sillón:

—No podíamos prever que los acontecimientos tomaran ese giro, mi querido amigo —dijo, conciliador—. En resumen, Dan se ha visto mezclado en esa historia por pura casualidad, y yo estaba decidido a traspasarle el caso a usted después de aquella primera entrevista.

—Tomo nota de ella —ironizó Maréchal—. En mi informe, no dejaré de atribuir la responsabilidad del fracaso a la más desdichada de las casualidades. Tampoco dejaré de subrayar su buena fe y su sincero deseo de cooperación... para el futuro. Espero que esos argumentos conmuevan los sensibles corazones de nuestros superiores. Aunque no estoy seguro de ello.

El Viejo dio unos golpecitos sobre su escritorio con la punta de su regla. Capté la indicación y me puse en pie.

—Señor Maréchal —dije—, le ruego que me disculpe. Le prometí a Brémont almorzar con él. No creo que necesite usted mis servicios.

Maréchal pareció un poco sorprendido y me tendió distraídamente la mano. Hipócritamente, el Viejo se encargó de dar la segunda campanada:

—Salude de mi parte a Brémont, Dan. Y dígame que leo sus artículos con mucho interés.

Maréchal se irguió rápidamente, como si acabara de picarle un alacrán:

—¿Se refieren ustedes a Brémont, el periodista? —inquirió, muy excitado.

—El mismo —asentí—. Charles Brémont y yo somos amigos de la infancia. Cuando anda tras un asunto que le parece un poco sospechoso, me invita a almorzar. Y si mi trabajo me lo permite, acepto la invitación: Brémont conoce los mejores restaurantes de París. Y, en el momento del champaña, le doy permiso para que me tire de la lengua. Dentro de unos límites razonables, desde luego... De modo que, con su permiso...

—Un momento —dijo Maréchal nerviosamente—. ¿Cree usted que Brémont va a interrogarle acerca de la muerte de ese jugador de baloncesto?

—Es lo más probable —respondí—. Brémont no es de los tipos que se conforman con un despacho de agencia para redactar sus artículos. Quiere saber algo más.

Maréchal agitó una mano en el aire, interrumpiéndome:

—Óigame bien, señor Pellerin: le prohíbo terminantemente contestar a la menor pregunta relacionada con ese asunto. Yo no...

—¿Con qué derecho se permite dar órdenes a mis hombres? —inquirió el Viejo secamente—. Lamento mucho tener que llamarle la atención, pero en este despacho, y en esta casa, el que manda soy yo. ¿Está claro?

Maréchal enrojeció hasta la raíz de los cabellos. Durante unos instantes, sólo pudo balbucear unas palabras ininteligibles. El Viejo y yo le dejamos con su apuro, sin que nada revelara en nuestros rostros nuestro secreto regocijo. Finalmente, el hombre consiguió recobrar su sangre fría.

—Admito que he merecido esa observación —dijo—. Pero, señor director, le ruego que confirme a su colaborador que debe mantener el secreto más absoluto sobre este asunto. De no respetarse esta consigna, nos expondríamos a serias complicaciones, el uno y el otro.

—No veo el motivo, francamente —dijo el Viejo—. He leído el comunicado que usted ha enviado a la prensa, y he de decir que su contenido me parece correcto. Desde luego, cuando la policía asegura que está sobre una pista, nadie se lo cree. Si Brémont revela que existen pocas posibilidades de atrapar al asesino, el perjuicio será mínimo. Después de todo, ni usted ni yo, ni su servicio ni el mío, tenemos como misión detener a los asesinos... Mi querido Dan —continuó el redomado hipócrita—, actúe como mejor le parezca. Sé que Brémont, en varias ocasiones, nos ha prestado importantes servicios. Es lógico que le devolvamos la atención y, en un asunto de tan poca importancia como éste, diría que sería injusto que no lo hiciéramos. Que aproveche, muchacho...

Me tendió la mano por encima de su escritorio, un gesto completamente desacostumbrado. Iba a estrechar aquella mano, deshaciéndome en frases de gratitud, cuando Maréchal se puso en pie de un salto.

—¡Esta comedia es indigna! —gritó, furioso—. Y no estoy dispuesto a tolerarla. Creo que se pasa usted de la raya, señor director. Está violando las normas ancestrales de nuestra profesión.

—Ancestrales no me parece el término adecuado —comentó suavemente el Viejo—. ¿Qué opina usted, Dan?

—La expresión es un poco atrevida, señor, aunque yo personalmente la encuentro pintoresca y sugestiva: el viejo espía galo en su lecho de muerte, rodeado de sus hijos-espías, de sus nietos-espías, y dictándoles, para los siglos futuros, las normas de la prudencia. ¡Sospecho que M. Maréchal tiene alma de poeta!

El director de la D.S.T. cerró los ojos, vencido. Volvió a dejarse caer en su sillón. Luego sacó un pañuelo blanco intensamente perfumado con un agua de colonia de excelente calidad.

—De acuerdo —suspiró—. Estoy dispuesto a todo.

—No exageremos —dijo el Viejo, con fingida seriedad—, nuestras costumbres son irreprochables. Mi querido Dan —añadió, volviéndose hacia

mí—, creo que habrá comprendido que nuestro amigo Maréchal no ve con buenos ojos su entrevista con ese periodista.

—Esa idea me había rozado la mente, señor.

—Es usted un muchacho muy sutil, Dan. A veces me siento orgulloso de usted. Veamos si sabría contestar a esta otra pregunta: ¿Qué es lo que teme exactamente M. Maréchal? ¿Qué clase de revelación podría hacerle usted a Brémont, capaz de perjudicar el buen nombre de la D.S.T. y de su jefe?

—Bueno —dije—, tengo una pequeña idea...

—No se la guarde, querido. No sea tímido.

Maréchal, sin abrir los ojos, emitió una especie de gemido.

—Creo, señor —dije—, que una de las tareas esenciales de la D.S.T. consiste en asegurar la vigilancia de los extranjeros, y principalmente de aquellos que se presentan en nuestras fronteras con un pasado político cargado. De modo que Brémont y sus lectores podrían asombrarse por el hecho de que un joven como Felipe Bariego haya podido entrar clandestinamente en Francia y vivir varias semanas en París sin que los hombres de M. Maréchal se ocuparan de él. ¿Estoy en lo cierto?

El Viejo dejó transcurrir un largo silencio. Su oreja mutilada, habitualmente de color violáceo, había adquirido un tono sonrosado. Por aquel detalle supe que se estaba divirtiendo en secreto y que dominaba la situación. Maréchal terminó por abrir los ojos.

—¿Ha terminado la representación? —inquirió, fatigado.

—No hacíamos más que charlar entre nosotros —dijo apaciblemente el Viejo—. De cuando en cuando, me gusta intercambiar puntos de vista con mis hombres. Esos jóvenes necesitan un poco de estímulo, y he observado que, bajo mi paternal autoridad, su inteligencia se desarrolla con más rapidez. Vea cómo, por ejemplo, Daniel Pellerin no ha tardado en meter el dedo sobre su talón de Aquiles, si puedo expresarme así...

—Desde luego, esa historia de almorzar con Brémont es una pura invención, ¿verdad? —preguntó débilmente Maréchal.

—Lo único que tengo que hacer es llamarle por teléfono —dije.

—Y efectuaremos esa llamada si no conseguimos entendernos —añadió el Viejo, muy en serio—. Pero vamos a entendernos, ¿no es cierto, M. Maréchal?

El otro inclinó la cabeza:

—Eso espero...

—Para empezar —dijo el Viejo—, vamos a ayudarle a redactar ese famoso informe... Siempre se me ha dado bien la pluma... Condimentada con

su salsa poética, mi prosa hará las delicias de su ministro. En cuanto a la historia en sí, podríamos contarla sin entretenernos en algunos detalles de poca importancia. Por ejemplo, la presencia de mi agente en el lugar del crimen se explica perfectamente si decimos que usted y yo nos habíamos puesto de acuerdo de antemano para que Dan se dedicara a vigilar a Felipe Bariago. Asimismo, confirmaremos que el ex guerrillero ha estado siempre bajo nuestra vigilancia. En consecuencia, nada le impedirá afirmar que su servicio permitió *voluntariamente* que Bariago entrara en territorio francés sin control, porque usted y yo pensábamos servirnos de él como cebo y capturar un pez más gordo. Creo que conseguiremos montar un relato sin fisuras.

—Confío en usted —dijo Maréchal—. Sería mejor que empezáramos ahora mismo —añadió, acercando su asiento al escritorio del Viejo.

—Tenga la amabilidad de guardarse ese pañuelo —dijo el Viejo con una mueca—. Soy alérgico al agua de colonia... Dan, querido, llame a Jacqueline por el interfono y dígame que venga con su cuaderno de notas.

* * *

Apenas Maréchal hubo abandonado la estancia, el Viejo se puso en pie, se acercó a la ventana y la abrió de par en par. Dirigió una discreta ojeada al patio antes de volver a sentarse detrás de su escritorio.

—¿Desde cuándo los hombres perfuman sus prendas con agua de colonia? —gruñó—. ¿Es una nueva moda?

—Se las ha hecho usted pasar moradas a ese pobre hombre —dije, con fingida conmiseración—. Y ese informe es uña pequeña obra maestra, señor.

El Viejo asintió con un gesto y se dignó sonreír. Al mismo tiempo, accionó el interfono:

—Jacqueline, pequeña, háganos subir un par de platos de casa Gino. Salmón ahumado con tostadas y limón y carne mechada con mahonesa. Para beber, una botella de Sancerre helado, casi *frappé*. Y aproveche este hermoso día para ir a dar una vuelta, si se aburre en su oficina. Dan y yo nos quedaremos aquí.

Se volvió hacia mí:

—Espero que le guste el Sancerre. El de Gino es delicioso. Tengo que hablar con usted, muchacho. ¿Ha conocido al coronel Dumont?

—Personalmente no, señor. Sin embargo, creo recordar que el coronel Dumont desempeñó importantes funciones en el Servicio antes de ser destinado al Ministerio de Defensa Nacional. Pensé que estaba jubilado desde hace mucho tiempo.

—En efecto, desde hace una decena de años. Llegado a la edad reglamentaria, el coronel ocupa sus ocios escribiendo sus memorias. Vive muy cerca de aquí. Y es uno de mis mejores amigos.

El Viejo se puso en pie y dio la vuelta a su escritorio, apartando maquinalmente el sillón que había ocupado Maréchal. Parecía vagamente preocupado:

—Mi querido Dan, no acostumbro utilizar el servicio para fines personales. También he de advertirle que la misión que me gustaría encargarle tiene un carácter oficioso. No puedo obligarle a aceptarla. Sin embargo, confieso que si la rechazara me pondría en un apuro. Desde luego, no es usted mi único agente, ni siquiera el mejor. Pero es probablemente el único al que puedo confiar una tarea tan delicada. En realidad, la misión es poco peligrosa. Pero exige mano izquierda, sensibilidad y mucho tacto. Debo añadir que la mayoría de sus colegas no aprobarían su objetivo, ni su forma.

Se calló y continuó andando. De cuando en cuando me dirigía una mirada furtiva.

Encendí un *Gauloise*.

—Me siento muy honrado por su confianza —dije—. Sé que es usted poco pródigo en cumplidos, e imagino que me voy a dejar convencer una vez más...

Los labios del Viejo esbozaron una sonrisa. De hecho, sabía perfectamente que podía contar con mi adhesión incondicional. Pero, uno y otro, nos divertíamos con aquel pequeño juego ritual. El «mundo paralelo» de la información —espías, contra-espías, manipuladores y demás— está poblado de niños grandes que se dedican interminablemente a sus juegos, respetando sus reglas con los escrúpulos y la meticulosidad de antiguos comediantes. En la rutina cotidiana de la vida clandestina, las precauciones elementales que deben tomar para conservar su incógnito —buzones, frases de reconocimiento, mensajes cifrados, tintas simpáticas— son en sí mismas de un infantilismo que haría sonreír a un niño de catorce años normalmente equilibrado. Nuestros hombres, sin embargo, respetan los ritos con la mayor seriedad, y terminan por representar, solitarios, una interminable comedia. Sucede a veces que el actor es malo y el telón cae brutalmente. Pero esa perspectiva, en sí, constituye la coartada que da un sentido a sus juegos a los ojos de los demás, si no a los suyos. Necesitan ese biombo para poder continuar siendo unos niños. En el transcurso de los años, pues, entre el Viejo y yo se había establecido una extraña complicidad. El uno y el otro habíamos perfeccionado el sistema. De un simple monólogo, nuestro teatro se había

transformado en una dramaturgia más compleja, con sus entradas, sus salidas, sus escenas de bravura, sus imprecaciones; y también, más secretas, sus pasiones. Y, sobre todo, el uno y el otro habíamos ganado el tener, en la sala, un espectador. Único, desde luego, pero capaz de aplaudir, de hacer repetir un pasaje, de infundir en el actor la sensación de triunfo. Lo único que debíamos procurar era evitar que aquellas representaciones embriagadoras se convirtieran en nuestro único universo. Teníamos, *también*, que practicar nuestro oficio.

El Viejo asumió un aire más natural y volvió a sentarse detrás de su escritorio. Abrió una carpeta y hojeó su contenido, haciendo tiempo antes de continuar:

—El coronel Dumont es un anciano. Tiene más de setenta y cinco años. Dumont no es su nombre verdadero. Mejor dicho, no es más que el principio de una interminable serie de partículas y de añadidos. Pero, desde que ingresó en la escuela militar, siendo muy joven, democratizó su apellido. Pasaré por alto su carrera, cuyo desarrollo no tiene relación con nuestro asunto. Únicamente diré que no obtuvo los ascensos que merecía porque durante toda su vida demostró una indiferencia exagerada hacia los políticos de la época. Estoy seguro de que a usted le será más bien simpático ese rasgo de su carácter. Las dificultades de nuestro hombre empezaron al final de la guerra, en el curso de la cual perdió a su esposa a consecuencia de un accidente de aviación. Unos años más tarde, en vísperas de su jubilación, volvió a casarse con la viuda de un oficial que murió en Indochina. Mucho más joven que él, la mujer tenía un hijo de su primer matrimonio. Dumont le tomó un gran cariño al muchacho y lo educó, naturalmente, como si fuera hijo suyo. El muchacho tiene ahora veinticinco años. Desde luego, no lleva el nombre de Dumont, sino el de su padre legal. Se llama Antoine Deschamps. Tendrá usted que recordar ese nombre, Dan.

El Viejo hizo una nueva pausa, esta vez mucho más prolongada. Tuve tiempo de terminar mi cigarrillo, de aplastarlo en el cenicero.

—Antoine Deschamps... —dije—. Ese nombre me recuerda algo.

El Viejo movió afirmativamente la cabeza.

—Es muy posible —admitió—. Pudo oírlo pronunciar a raíz de los sucesos de mayo. Antoine Deschamps formaba parte del estado mayor de uno de los movimientos revolucionarios más activos en la Universidad. Su nombre fue citado varias veces en la radio junto con los de otros cabecillas.

—Imagino la cara que pondría el coronel —dije, con una sonrisa.

—Se ha tomado la cosa mejor de lo que podría pensarse —rectificó el Viejo—. De hecho, sin tener unas opiniones particularmente avanzadas, el coronel Dumont no rechaza de plano las ideas nuevas. Ya le he dicho que quería a Antoine como si fuera hijo suyo. Y aunque desaprobaba ciertos métodos, no dejaba de admitir el derecho de los jóvenes a sacudirse el yugo de un mandarinato universitario. Unas semanas más tarde, terminada la agitación, Antoine expresó a su padrastro el deseo de ir a pasar sus vacaciones en Cuba. Recuerde que el gobierno castrista había abierto las puertas de la isla a los jóvenes estudiantes revolucionarios. Antoine, a pesar de las ventajosas condiciones del viaje, necesitaba dinero. Esta vez, el coronel vaciló. Vino a consultarme. Y yo le aconsejé que accediera a la petición de su hijastro. Me pareció que si Antoine estaba realmente decidido a trabajar en una plantación de caña de azúcar no le resultaría difícil procurarse los fondos que necesitaba. Era preferible que no rompiera definitivamente los puentes con su familia. El coronel Dumont estuvo de acuerdo, y el joven Antoine se marchó a mediados del verano de 1968. No ha regresado.

Consultó unos papeles de la carpeta.

—Tengo aquí la fotocopia del correo que ha dirigido a sus padres. Observará usted que sus primeras cartas fueron largas y afectuosas. A partir del mes de septiembre, dejaron lugar a algunas tarjetas postales procedentes de la América Central. La última de ellas se remonta a octubre de 1968. El matasello es de Iriona, en Honduras. Desde entonces, el coronel y su esposa no han recibido ninguna noticia. Como es lógico, están muy preocupados.

Cerró la carpeta, la empujó hacia mí.

—Por mi parte, no he permanecido inactivo. Ya sabe usted que tenemos algunos informadores en la América Central y que seguimos muy de cerca el desarrollo de los acontecimientos en aquella parte del globo. Por tanto, puse a mis hombres sobre la pista del joven. He podido tranquilizar a su familia: según las últimas noticias, muy recientes, Antoine Deschamps goza de buena salud. Como ya habrá adivinado usted, se decidió a compartir la existencia de los guerrilleros de obediencia castrista, probablemente. Desde hace unas semanas, sé que forma parte de las guerrillas de Puzacu, en Nicaragua.

—Comprendo —dije—. Desea usted que vaya a buscar a ese joven y que le devuelva, a las buenas o a las malas, al seno de su desolada familia...

—La cosa no es tan sencilla. Si se tratara de mi propio hijo, Dan, probablemente le pediría que se llevara una buena cachiporra y que me lo trajera atado de pies y manos. Y me atrevería a convencerle de que en Francia existen suficientes molinos de viento contra los cuales nuestros jóvenes

Quijotes pueden ir a romper sus lanzas... Me resultaría más fácil de comprender que mi hijo luchara por las reivindicaciones de los obreros de una fábrica de automóviles, que por un rebaño pasivo de peones analfabetos, degenerados, embrutecidos por el alcohol.

—Es una opinión muy discutible —dije—. Y tiene, además, cierto tufillo a racismo.

—El racismo no tiene nada que ver con esto, Dan. Es un hecho que los indios de la América Latina son incapaces de gobernarse por sí mismos. Es un hecho que cualquier régimen con etiqueta democrática que sustituyera a los actuales feudalismos se convertiría muy pronto en otro feudalismo. Es un hecho que, para la gran masa de los indios, los «comunistas» son personas que toman la «comuni3n» todos los días^[1]. Yo opino que lo más juicioso es siempre empezar por el principio. Que el Occidente descubra su propio Socialismo, si es capaz de ello, antes de pretender imponerlo a unas personas, las más evolucionadas de las cuales, porque han estado alguna vez en el cine, creen que Carlos Marx es uno de los *Marx Brothers*...

Sonreí:

—Y yo que le consideraba un viejo conservador... —dije, divertido—. Yo que creía también que en este recinto no podía hacerse política...

Se encogió de hombros:

—¿Cómo podríamos avanzar nuestros peones sobre el tablero si no tuviéramos en cuenta la estrategia del adversario? Y, ¿cómo concebir la búsqueda de la información, si no se apoyara precisamente en la coyuntura política y en la necesaria lucidez de nuestro análisis?

—Completamente de acuerdo —dije, de buen humor—. Pero, ¿y si volviéramos a ese joven? ¿Qué espera usted de mí?

El Viejo se retrepó en su asiento:

—Lo ideal, evidentemente, sería que usted consiguiera convencerle para que regresara a Francia. Pero, a juzgar por el retrato que de él me ha trazado su padastro, dudo mucho de que la idea sea factible. Creo, por el contrario, que si le encuentra tendrá usted que poner en juego todo su tacto y no herirle en sus convicciones. Trate únicamente de aludir de un modo discreto a la angustia de su madre, a los atractivos del Barrio Latino... Confío en usted, Dan. Y, en realidad, su misión consistirá en algo más que en establecer contacto con el joven Deschamps. Deseo que vaya usted a Managua y busque al mayor Nelson. ¿Conoce a Nelson?

—No.

—El mayor Nelson es también un buen amigo mío. Digamos incluso que tuve ocasión de hacerle algunos favores cuando ocupaba un alto cargo oficioso en la embajada de los Estados Unidos en París. Si a mi vez le pido un favor, no puede negármelo. Y da la casualidad que el mayor Nelson está al mando de los «Boinas Verdes» que operan en Managua y que están encargados de la liquidación de las bandas de guerrilleros. Supongo que se da usted cuenta de la situación...

—No del todo —dije.

Una sombra de impaciencia cruzó el rostro del Viejo.

—No me defraude, Dan, y utilice el cerebro. El día que Nelson y sus hombres se decidan a actuar, los guerrilleros serán derrotados como lo han sido en todas partes. Y los «Boinas Verdes» no dan cuartel... Ese día, Antoine Deschamps correrá un gran peligro. En el mejor de los casos, le condenarán a treinta años de cárcel...

Se estableció un nuevo silencio. Adiviné lo que iba a seguir. Pero, esta vez, se me erizó el cabello. Resoplé ante el obstáculo. La astucia del Viejo lindaba a veces con el maquiavelismo. Y entonces me inspiraba una especie de terror. Por un instante, acaricié la esperanza de haber entendido mal.

—En una palabra —dije—, he de visitar a ese Nelson, hablarle de Antoine Deschamps, explicarle que es uno de los protegidos de usted, pedirle que favorezca su huida, o, mejor dicho, su repatriación, en cuanto caiga, vivo, en manos de sus hombres. ¿Me equivoco?

El Viejo no respondió inmediatamente. Jugeteaba con su regla. Finalmente, levantó los ojos y su mirada se cruzó con la mía. Sus pupilas reflejaban una gran melancolía. Una verdadera tristeza. ¿Comedia? ¿O drama del anciano obligado aún a enfrentarse con ciertos valores morales?

—No se trata exactamente de eso, Dan, y usted lo sabe muy bien... Por muchos favores que me deba, Nelson no transigiría. La lucha contra los guerrilleros es implacable. Nelson no puede dar a sus hombres unas consignas capaces de ponerles en estado de inferioridad ante sus adversarios. Otra cosa sería si pudiéramos dar un empujoncito al destino.

—Comprendo —dije, pensativo—. ¿No cree que esta vez va usted demasiado lejos?

—Le repito que no está obligado a aceptar la misión, Dan. No obstante, si queremos salvar a ese muchacho, no encuentro otra solución. Si usted se presenta a él de parte de su padre, Antoine Deschamps confiará en usted. No le resultará difícil hacerle hablar. Y, cuando haya hablado, y sólo entonces, irá usted a ver a Nelson, y hará un trato con él.

—Toma y daca, ¿verdad? ¿La vida de ese joven a cambio de las de sus compañeros? Yo doy las coordenadas exactas del grupo a Nelson, sus hombres pasan al ataque, se apoderan de los guerrilleros sin disparar un tiro, me entregan el hijastro del coronel, y después llevan a los otros al paredón... Eso, suponiendo que no encuentren más divertido meterles la cabeza dentro de un saco de cal viva, como hicieron más de una vez en el Paraguay...

—Sus escrúpulos le honran, Dan. Pero le falta realismo. Sabe usted perfectamente que, tarde o temprano, ese grupo será destruido. Y esos jóvenes morirán. De un modo u otro. Si escapan a la redada, serán atrapados un poco más tarde, detrás de otras fronteras... El gran drama de esa guerrilla es el de que no encuentra ningún apoyo popular real. Por el contrario, los indios por los cuales luchan esos jóvenes intelectuales son los primeros en traicionarles por unos cuantos pesos. El resultado de la lucha sólo puede ser uno.

—Es posible. Pero no por ello me siento con derecho a precipitarlo...

—Está bien, Dan... Otros de mis hombres tendrán menos escrúpulos. De hecho, algunos de ellos se encargarían de esta misión con entusiasmo, puesto que esos sucios barbudos no les inspiran la menor simpatía. Con usted, el asunto adquiriría otro aspecto...

—Lo lamento —dije con firmeza—, pero esta vez no me convencerá. No acepto, eso es todo.

—Permítame que insista, Dan. Dispongo de otros argumentos...

—Pierde usted el tiempo.

—¡Por favor! Sea cual sea su decisión definitiva, Dan, quiero que continúe usted la investigación sobre Cadeiros. Tengo aquí un voluminoso expediente relativo al personaje. Aunque Maréchal opine lo contrario, este asunto nos afecta de un modo primordial. En efecto, si Cadeiros viene a Francia con el propósito de constituir una red de información pro-castrista, como todo hace suponer, algún día tendremos que atacar a esa organización en su raíz. Sea en la propia Cuba, sea en Bruselas. El personaje en sí nos interesa. Si es cierto, como le ha dicho Felipe, que es vulnerable, no estará de más llevar a cabo una investigación sobre el terreno. Cadeiros se encontraba en Cuba en el mes de agosto último, en la misma época en que estaba allí el joven Deschamps. Tomó parte en una serie de asambleas en las cuales se reunieron los visitantes occidentales. Creo saber que dirigió personalmente ciertas visitas. Es verosímil, pues, que Antoine Deschamps le conociera. Desde luego, Deschamps no pudo ser testigo de los acontecimientos a que aludió Bariego, puesto que en aquel período no se encontraba allí, pero es probable que pudiera informarle acerca de la personalidad de Cadeiros, sobre

sus actividades en los últimos años. Por tanto, sería muy interesante que hablara usted con Antoine Deschamps. Podría ponerle sobre una pista.

—Una posibilidad entre diez mil, casi... Un argumento muy pobre, señor...

El Viejo se encogió de hombros, desalentado. Me inspiró una vaga piedad. Continué:

—¿Por qué tiene tanto interés en que Nelson y sus hombres obtengan una victoria? ¿Y por qué supone que bastará una derrota para que su joven protegido se resigne a abandonar la lucha? ¿De qué le servirá que le repatrien, si vuelve a tomar el primer avión para La Habana?

—Si se tratara de un mercenario o de un militar profesional, no me haría ilusiones. Pero nuestros jóvenes intelectuales reaccionan de un modo distinto, como han podido comprobar todos los observadores. La derrota les hace recobrar la cordura. No porque modifique sus opiniones políticas, sino porque vuelve a situarles en el mundo de las realidades. Usted mismo ha podido apreciarlo en el curso de su conversación con Felipe Bariego. Además, me las arreglaré para que ese joven reciba una condena severa, por rebeldía. Y apuesto lo que quiera a que, en tales condiciones, la perspectiva de volver a la guerrilla no le inspirará el menor entusiasmo.

—Es posible —dije—. Pero, en lo que a mí respecta, no me ha convencido usted.

—Lo siento mucho, Dan. No hablemos más de ello. Tomaré otras disposiciones.

Accionó el interfono:

—¿Jacqueline? ¿Esas bandejas? Bien, puede usted traerlas, pequeña. ¡Ah! Dígale a Rodolphe que le espero en mi despacho. A las dos en punto.

Encajé el golpe. Cambié de color antes de preguntar:

—¿Piensa confiarle este asunto al asqueroso de Rodolphe?

—Le ruego que mida sus palabras, Dan. Nada le autoriza a insultar de ese modo a un colega honorable y competente.

—Sabe usted muy bien lo que quiero decir —repliqué, apretando los dientes—. Y me río de su hoja de servicios... aunque sea más brillante que la mía. Estoy convencido de que conducirá este asunto de un modo inmejorable. Y si los «Boinas Verdes» se muestran remisos en el momento de ajustar cuentas, no dudo que se impondrá a sí mismo el deber de liquidar a todos esos pobres tipos...

Jacqueline entró en el despacho con las bandejas superpuestas sobre los brazos. El Viejo se puso en pie galantemente, la descargó de ellas y empezó a

disponer los platos.

—Acérquese y coma, Dan.

Vacilé un breve instante antes de decidirme a acercarme a mi silla.

—Me ha quitado usted el apetito —dije—. ¿Recuerda usted a aquel pequeño Viet que tuvimos que arrancarle de las manos?

El Viejo sacudió afirmativamente la cabeza, con la boca llena. Continué:

—Ese cretino va a jugar la carta de la confianza con su joven intelectual. Y, créame, no será únicamente el grupo de Puzacu el que será entregado a los norteamericanos. Si suelta usted a Rodolphe en aquel sector, no necesitará seis semanas para redactar un informe completo sobre las organizaciones de guerrillas en toda la América Central. Un informe destinado a sus amigos yanquis, naturalmente.

—En efecto, Rodolphe es un muchacho muy eficaz —aprobo serenamente el Viejo—. Pruebe el Sancerre, Dan. Y termine con ese salmón.

—No me ponga nervioso —exclamé—. Sabe usted perfectamente que no tengo ganas de comer ni de beber en su compañía. Y en cuanto a su gotoso coronel y a su hijastro, pueden irse al diablo... Este Servicio no ha sido creado para asegurar el salvamento de las jovencitas demasiado románticas... Y permítame decirle todo lo que pienso.

Se lo dije. Mi discurso duró cinco minutos largos, durante los cuales el Viejo continuó masticando alegremente, aprobando de cuando en cuando con una inclinación de la cabeza, mientras se servía unos tragos generosos de su famoso Sancerre. Cuando hubé terminado, extendió el brazo y accionó el interfono:

—¿Está usted ahí, Jacqueline? Anule mi entrevista con Rodolphe. No se olvide de presentarle mis disculpas. Y avise a Bernier. Que se ocupe de reservar dos plazas a bordo del *Boeing* de mañana para Méjico. A las trece horas, sí, es muy posible... Para Daniel Pellerin y su amigo Sosthène... Correspondencia con Managua. Búsquelo en su diccionario, pequeña. Que nadie nos moleste. Tenemos que hablar.

Se volvió hacia mí:

—¿Y si comiera ahora, Dan?

—Es usted el mismo diablo —dije.

Entonces, el Viejo se echó a reír y, cosa rara, la mirada que me dirigió contenía una especie de ternura.

Capítulo III

—SI AL menos no olera tan mal... —gruñó Sosthéne con voz desalentada.

El aparato de climatización se había averiado por la mañana, y, a aquella hora avanzada del día, el bungalow se había convertido en un horno. Con las puertas y ventanas abiertas de par en par, vistiendo únicamente un bañador, estábamos tendidos en el suelo los tres, Luis, Sosthéne y yo, buscando un poco de frescor. Empapados en sudor, nuestros cuerpos dejaban una huella viscosa sobre el linóleo.

—Es el lago —explicó lacónicamente Luis—. El lago Managua, que ha dado su nombre a esta ciudad... El lago es el gran colector de toda la región. Al sudeste comunica con el lago Nicaragua. Y en el lago Nicaragua hay muchos escualos. Algunos de ellos tratan a veces de buscar alimento en el lago Managua. Al cabo de unos días se les encuentra flotando, con el vientre al aire: las aguas están demasiado polucionadas... Cuando los vientos proceden del norte, hay que admitir que el hedor resulta casi insoportable. Pero cuando vienen del sur, sucede que el Monotombo se despierta y entra en erupción. Es cierto también que si son del este suelen anunciar un tornado...

—¡Maldito país! —gruñó Sosthéne con un bostezo—. Quedan los vientos del oeste...

—Nunca sopla viento del oeste, *señor*. Únicamente en período canicular.

—Me gustaría saber qué entiende usted por período canicular —gimió Sosthéne—. ¿Cuándo diablos va a venir el fontanero encargado de esta instalación de aire acondicionado?

—He llamado por teléfono a las siete empresas especializadas de la ciudad. Con un poco de suerte, una de ellas dará señales de vida al atardecer, cuando no haga demasiado calor para trabajar.

Definitivamente desmoralizado, Sosthéne me dirigió una mirada llena de pesadumbre.

Llevábamos tres días en Managua, y el joven Deschamps continuaba sin aparecer, a pesar de que Luis, nuestro agente local, se había encargado de hacerle llegar un mensaje el mismo día de nuestra llegada. Pero, admitiendo incluso que lo hubiese recibido, el joven necesitaba tiempo para presentarse

en la ciudad, discretamente mezclado con los indígenas. Esto, suponiendo que sintiera el deseo de hacerlo.

Di media vuelta, apoyándome en un codo. Luis estaba tendido a mi lado. Era hombre delgado y fibroso, de unos cuarenta años. En aquel momento se abanicaba con uno de esos inmensos sombreros de paja muy característicos de Nicaragua.

—Háblenos un poco de usted, Luis —dije.

Sonrió, sin abrir los ojos.

—¿De mí? Yo no cuento para nada, *señor*. Soy Luis... Su agente en Managua. Y no hay nada más que decir. Un día, demasiadas personas sabrán que soy su agente en Managua, y los Amroks vendrán a por mí. Me matarán, probablemente con los refinamientos de costumbre... Y esta idea no me asusta: no tengo esposa, ni hijos, ni padres. Gracias al dinero que ustedes me dan, vivo bastante bien, sin trabajar. Cuando llegue el momento, moriré sin pesar. Seguramente debo este fatalismo a la sangre india que corre por mis venas.

Se produjo un desagradable silencio, interrumpido por Sosthène:

—¿Quiénes son esos Amroks?

Luis sonrió de nuevo:

—La guardia personal del Presidente, el cual los utiliza para las tareas más infamantes. Visten de azul oscuro y calzan alpargatas. Desarrollan la mayor parte de sus actividades en los pueblos, y rara vez son vistos en la ciudad, excepto durante el período electoral. ¿Tiene usted idea de lo que fueron las últimas elecciones en Nicaragua, *señor* Pellerin?

—Algo se ha sabido en Francia —dije.

—En Nicaragua votan normalmente novecientos mil electores, *señor*. Sobre una población total de un millón cuatrocientos mil habitantes, incluidos los viejos, las mujeres, los niños, y ochocientos mil indios que no tienen la menor idea de lo que puede ser una papeleta de voto, el porcentaje resulta milagroso...

—Y el Presidente, ¿es tan malo como dicen? —inquirí.

Por primera respuesta, Luis escupió hacia el suelo, demostrando con ello su desprecio.

—Es un ladrón y un asesino. Lo peor es que este país es rico, *señor*. Sus bosques son abundantes, su fruta es la mejor del mundo y nuestras minas desbordan de oro y de cobre. Y todas estas riquezas son explotadas directamente por los norteamericanos, sin que los impuestos que pagan superen nunca el dos por ciento del valor de la mercancía que se llevan. El

Presidente y sus amigos se reparten ese dinero... La familia del Presidente es actualmente la más rica de la América Central, *señor*. Hace menos de cuarenta años, su padre, antes de convertirse en el amante de la esposa del embajador de los Estados Unidos, vendía automóviles de ocasión en un destartado garaje de esta ciudad. Hoy, la familia del Presidente posee las tres cuartas partes de las tierras de cultivo, tres compañías de navegación aérea, su flota personal e importantes paquetes de acciones de todas las grandes sociedades norteamericanas que comercian con Nicaragua. ¿Cómo ere usted, *señor*, que ha podido ser amasada semejante fortuna?

—¿Y los guerrilleros? —pregunté—. Su objetivo es el de liberar a Nicaragua del yugo de esa familia, ¿no es cierto?

—Las cosas no son tan sencillas, *señor* Dan. Antes del actual Presidente tuvimos a Schick, un ex limpiabotas. Como verá, también nosotros sabemos ser demócratas, cuando se presenta la ocasión. Antes de Schick tuvimos a Luis Somozay su padre Anastasio; remontándonos en el tiempo, tuvimos a César Sandino y, antes que él, a un filibustero norteamericano, Walker. Todos fallecieron de muerte violenta, generalmente asesinados por su propio sucesor. Walker mereció los honores de un pelotón de ejecución. César Sandino tuvo la desdichada idea de aceptar una invitación a cenar de su excelente amigo el general Anastasio Somoza: allí terminó su carrera. En cuanto a Anastasio Somoza, murió en el curso de una fiesta, mientras contemplaba el disparo de un castillo de fuegos artificiales. El ruido de las tracas y los cohetes ahogó el de las detonaciones que acabaron con él, en tanto que en el cielo se desplegaban las luminosas guirnaldas multicolores. Luis Somoza vive aún. Presionado por los norteamericanos, tuvo que cederle el puesto a Schick. Éste se decía abogado. En realidad, había aprendido a leer en los periódicos que vendía en las esquinas de las calles. Enfermo, cometió el error de ponerse en manos del médico personal de Somoza. No sobrevivió más de dos horas. Ésta es la historia de nuestro país, *señor*. Una especie de fatalidad parece pesar sobre las personas, a imagen de ese volcán siempre en erupción. Casi nunca hablo de estas cosas, *señor*. Pero he reflexionado mucho en ellas, y he aquí lo que opino: no existe otra salida que la dictadura, en un país cuya población es, en sus tres cuartas partes, analfabeta. Nuestros vecinos de Costa Rica, que constituye el oasis democrático de la América Central, tienen más escuelas que soldados. Tal es, creo yo, la clave de nuestro problema: empezar por construir escuelas. Desgraciadamente...

Abrió los ojos, volvió su rostro hacia el mío:

—Me hace usted hablar más de la cuenta, *señor*. Si me escuchara a mí mismo, hablaría hasta mañana... Retenga solamente esto: para construir escuelas, no basta con quererlas. Se necesita dinero, mucho dinero. Por tanto, es preciso que nuestro país explote sus propias riquezas. Que deje de ser el granero o la mina de los cuales se sirve sin escrúpulos un vecino poderoso. ¿Comprende ahora por qué he aceptado trabajar con ustedes, franceses, y lo que algunos, como yo, esperan de ustedes? De ustedes, más que de los guerrilleros... Y con esto, *señor*, termino. No soy más que un pobre hombre fatigado al que espera la muerte. ¿Qué tengo que ver con el futuro de los pueblos?

Luis se cubrió con su gran sombrero de paja de anchas alas, detrás de las cuales desapareció casi por completo.

Permanecí pensativo unos instantes; Había refrescado un poco. Me puse en pie.

—Voy a llegarme a la ciudad —dije, dirigiéndome a Sosthéne—. Tal vez el mayor Nelson se decida por fin a recibirme. Quédate aquí con Luis. Si recibís noticias de mi protegido, no os mováis, esperad mi regreso.

Descolgué el teléfono para pedir un taxi. Un cuarto de hora más tarde llegaba a la ciudad.

* * *

Los *Speczal Forcé*, ocupaban una larga serie de bungalows contruidos con materiales ligeros^[2] y situados en el centro de la ciudad. Por quinta o sexta vez tuve que someter mi pasaporte al examen del oficial de guardia. Éste cumplió la tarea con un celo escrupuloso, en tanto que dos hombres armados permanecían junto a mí, uno a cada lado, rígidos como estatuas.

Finalmente, el oficial pareció satisfecho y me devolvió mis documentos:

—¿Le ha citado el mayor?

—He intentado inútilmente comunicarme con él por teléfono. Pero, esta misma mañana, el teniente de servicio me ha asegurado que le transmitiría el mensaje que he redactado para él. Tal vez haya una respuesta...

—Es muy posible.

Hojeó unas cuartillas que tenía encima de la mesa, delante de él, y separó una, leyéndola con más atención.

—Daniel Pellerin, ¿no es cierto?

Asentí, y el oficial descolgó el teléfono interior. Unos minutos más tarde, un centinela me introducía en la oficina del mayor Nelson.

El hombre era un coloso pelirrojo, cuyas venas debían contener un buen porcentaje de sangre irlandesa. Llevaba una especie de sahariana, de corte deportivo, sin galones ni emblemas.

—Creo que tiene usted una carta para mí —atacó, sin perder el tiempo en cortesías.

—En la medida en que usted sea el hombre al cual estoy encargado de entregársela —repliqué, con la misma frialdad.

No se apeó del burro, limitándose a pulsar un timbre, situado en un ángulo de su escritorio. El centinela volvió a entrar.

—Recítele mi identidad y mi graduación a este visitante —ordenó el mayor.

Sin manifestar ninguna sorpresa, el hombre adoptó la posición de firme y dijo, de carrerilla:

—Mayor Horace Nathanian Nelson, comandante del Octavo Batallón de la Tercera *Special Forcé*...

—Puede retirarse... ¿Está usted satisfecho, señor... ¡hum!... ¿Pellerin? ¿O tendré que mostrarle mis documentos militares?

—No hace falta, mayor. A decir verdad —añadí, tendiéndole la carta del Viejo—, tuve ocasión de estudiar su ficha antes de salir de París. Conozco incluso el emplazamiento de sus dientes postizos...

El mayor encajó el golpe, parpadeando ligeramente. Por mi parte, me sentí bastante satisfecho de mí mismo y, sin esperar a que me invitaran, cogí una silla y me senté cómodamente. El oficial norteamericano me observaba sin decir palabra, el rostro inexpresivo. Encima de nuestras cabezas, una hélice amasaba el aire.

Finalmente, Nelson abrió la carta; comprobó la firma antes de levantar la cabeza:

—Debió decirme de quién era esta carta —observó—. Encontrará cigarrillos en ese cofre, a su izquierda... Desde luego, conoce usted el texto de esta misiva...

—Un antiguo principio de seguridad —asentí—. No transportar nunca un mensaje escrito, cuyo texto exacto se ignore.

El mayor inició la lectura y, sólo para comprobar si habían mejorado, escogí uno de los cigarrillos americanos que me eran ofrecidos. Para mi gusto, el fabricante norteamericano perseveraba en el error. Lo aplasté discretamente antes de coger un *Gauloise* que el sudor de mi cuerpo había ablandado lastimosamente.

Me di cuenta de que el mayor no se perdía uno solo de mis gestos mientras continuaba su lectura. Y, para mi edificación personal, decidí que era perfectamente antipático.

Nelson releyó la carta por segunda vez, más lentamente. Luego la dejó sobre la mesa, delante de él, y se retrepó en su sillón de junco.

—Su jefe es un hombre encantador —dijo—. Conservo el mejor de los recuerdos de mi colaboración con él a raíz de mi estancia en París...

Decididamente, el mayor no era un hombre dado a las efusiones...

—También mi jefe recuerda con agrado aquella época —dije, cortésmente—. Y por ello se ha creído autorizado a recomendarme a usted.

El mayor inclinó la cabeza:

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Pellerin? No le ocultaré —añadió vivamente— que mis poderes, aquí, están limitados estrictamente a mis responsabilidades operacionales. Dudo que pueda serle realmente útil. Sin embargo, si necesita algún informe o determinadas relaciones en la sede del gobierno, puedo indicarle las puertas a las cuales conviene llamar. En el país del *mañana*, esas indicaciones pueden hacer ganar un tiempo precioso. Eso será casi todo lo que puedo hacer.

—Es mejor que nada —dije, sin convicción.

Reflexionaba rápidamente. La acogida de Nelson no había sido demasiado calurosa y yo lo lamentaba por el Viejo. El mayor continuó:

—Señor Pellerin, mis hombres y yo asumimos aquí una tarea difícil, delicada. No somos un destacamento de una unidad escogida del ejército norteamericano, como algunos imaginan. De hecho, la *Special Forcé* no es una unidad de combate, salvo cuando las circunstancias nos obligan a ello. Cada boina verde ha permanecido en la escuela militar varios años, durante los cuales ha recibido una formación especial de tecnócrata y de sociólogo. Su misión consiste en asesorar a los ejércitos nacionales de esta región del globo para permitirles mantener el orden, *por sí mismos*. Nosotros pasamos a un discreto segundo plano cuando dejan de ser los legendarios ejércitos de opereta para convertirse en un instrumento real y eficaz de pacificación. Asimismo, mis hombres y yo tomamos parte activa en las grandes tareas, en las vastas empresas de Estado destinadas a mejorar la suerte de estas miserables poblaciones. Se acusa a los Estados Unidos de explotar las riquezas de estos países, pero se olvida que al mismo tiempo invertimos en ellos enormes capitales que procuran trabajo a la mano de obra local. Y nosotros, señor Pellerin, tratamos de que esos capitales sean empleados *efectivamente* para ese objetivo.

Se calló.

—Muy interesante —dije—. Sin embargo, mayor, no veo adonde quiere usted ir a parar...

—Pensé que había sido claro... Señor Pellerin, ¿sabe usted cuál es el verdadero enemigo que venimos a combatir en estos países? ¿Sabe usted lo que significa la palabra mejicana *mordida*? Por aquí es muy utilizada.

—Supongo que tendrá algo que ver con morder...

—En sentido figurado. En realidad, la *mordida* es ese extraño fenómeno que hace que un cheque de un millón de dólares para la construcción de una autopista moderna se reduzca, en el momento de iniciarse los trabajos, a un paquete de pesos que sólo alcanzan a financiar la colocación de los postes indicadores. Una serie de bocados anónimos pero voraces, eso es la *mordida*. Nosotros hablaríamos de corrupción, pero el vocablo mejicano es más gráfico.

—Comprendo —dije.

—Por lo tanto, una de las normas más estrictas que nos es impuesta es la de suscitar, *con nuestro ejemplo*, tanto como por nuestra vigilancia, la mayor honradez. No hay ninguna nación que pueda aspirar a un mínimo de bienestar si los fondos del Estado se utilizan para el medro de unas cuantas familias... Confieso que nuestra tarea no resulta fácil, porque el mal viene de lejos y es soportado con filosofía por la clase pobre.

—He oído decir que están ustedes muy lejos de haber alcanzado su objetivo...

El mayor sonrió:

—Si se refiere usted al Presidente y a su familia, no crea que somos ciegos o idiotas. El día que el Presidente sea depuesto de su cargo —y llegará el momento en que deje de gustarnos—, permitiremos que se lleve una maleta de dólares en recompensa a sus buenos y leales servicios. Pero no se llevará sus tierras, ni sus plantaciones, ni sus minas, ni su flota. Éstas volverán a ser propiedad del pueblo el día que escojamos. El Presidente roba en perjuicio de algunos grandes terratenientes. En realidad, trabaja para nosotros y nosotros le dejamos hacer. Dígame, señor Pellerin: ¿no es una buena táctica?

—Interesante —dije—. Pero, ¿en qué afecta todo eso a mi modesta persona?

El mayor se puso en pie y dio unos pasos antes de contestarme:

—En su carta, su jefe hace alusión a algún servicio que yo podría prestarle. Los términos que emplea me hacen pensar que se trataría de algún favor, posiblemente contra las normas. Y yo le advierto lealmente, antes de

que me confíe algún secreto embarazoso, que no pienso apartarme de las normas que me he impuesto y que impongo a mis hombres. No concedo ningún favor, ningún privilegio a nadie, extranjero o no, ni siquiera a un ciudadano norteamericano. Nuestra actitud ha de ser irreprochable en todos los sentidos. Impongo a mis soldados una vida monástica: la menor manifestación de embriaguez significa el reingreso fulminante en el ejército ordinario... Ni siquiera tienen derecho a contestar a las invitaciones de las profesionales del amor. Yo soy el primero en dar ejemplo. En resumen, perdone que haya querido advertirle: puedo prestarle un pequeño servicio. Nada más.

Volvió a sentarse y encendió un cigarrillo.

—Bueno —dije, jovialmente—, lo que espero es precisamente un servicio de esa clase: he alquilado un bungalow en las afueras de la ciudad. Y la instalación de aire acondicionado se ha averiado. He tratado inútilmente de hacer venir a un especialista... Creo que tiene usted suficiente influencia para recomendarme a uno de ellos. ¿Es mucho pedir, mayor?

Nelson me miró fijamente.

—¿Es eso...? ¿Es eso lo que espera de mí, señor Pellerin?

—Nada más —dije, devolviéndole una mirada cargada de inocencia—. Nada más que una recomendación para un fontanero.

Tras una breve reflexión, el mayor descolgó el teléfono y marcó un número de dos cifras.

—¿Teniente Milis? Habla el mayor Nelson. Tengo un funcionario francés en mi oficina. Un tal Pellerin. Arrégleselas para que alguien vaya a reparar su instalación de aire acondicionado a las señas que él le dará al salir... Un fontanero, sí, teniente... ¿Para qué? Acabo de decírselo, teniente. Se trata de un recomendado de uno de nuestros aliados occidentales. Un francés, teniente... Por favor, teniente. Cumpla la orden.

Colgó el teléfono y se secó la frente:

—El teniente Milis conserva un mal recuerdo de Francia y de los franceses. Y admito que resulta raro que se movilice a un par de oficiales norteamericanos para proporcionar un fontanero a un paisano, incluso a un francés. Especialmente a un francés —rectificó inmediatamente.

—Razón de más para que le exprese mi agradecimiento —dije—. Y ahora, permítame que me retire. Me las arreglaré muy bien con el teniente Milis. El hecho de que Francia no le guste no tiene importancia: hay pocas posibilidades de que el teniente vuelva a mi país...

—En efecto —aprobó distraídamente el mayor, sin darse por enterado de mi ironía—. Dígame, señor Pellerin, ¿no... ejem..., de veras no tiene nada más que pedirme?

—Nada, mayor.

—No quisiera pecar de indiscreto... y no se crea obligado a contestar a mi pregunta, señor Pellerin: ¿qué ha venido a hacer en Managua?

Guiñé un ojo:

—Oficialmente, se trata de la rutina habitual: me han encargado la inspección de nuestras organizaciones culturales de la América Latina. En realidad, mayor, y entre nosotros, sospechamos que se producen ciertas fugas en la embajada de Francia.

—¿Fugas? ¿Qué clase de fugas?

—No puedo ser más explícito, mayor, compréndalo. Pero no es imposible que la *mordida* sea una enfermedad contagiosa. Necesitaré unos días para comprobarlo...

—En tal caso, le deseo una feliz estancia entre nosotros, señor Pellerin... Vea al teniente Milis, es el oficial de guardia que le ha recibido. ¿Desea que le haga acompañar en automóvil?

—Mi taxi me espera, mayor. Y, una vez más, gracias por el fontanero.

Nelson sonrió, con una sonrisa un poco crispada.

Capítulo IV

*Niña de los veinte novios
y, conmigo, veintiuno,
si todos son como yo,
te quedarás sin ninguno.*

SENTADO en el último peldaño de la veranda, Luis cantaba acompañándose de un instrumento más parecido a una mandolina que a una guitarra. En cuanto me vio, lo dejó en el suelo y se acercó a mí:

—Él *plomero* ha venido, *señor*... Y el aparato está arreglado. Una simple cañería atascada. He pagado la factura. Y, *señor*, el hombre ha rechazado la «propina».

En su voz había indignación y estupor. No podía digerir el hecho de que uno de sus compatriotas rechazara una propina.

—Luis —dije—, parece ser que este país va a conocer una época de pureza y de honradez... Las lecciones dadas por Fidel Castro no se han perdido para todo el mundo. Los norteamericanos han decidido aprovecharse de ellas. El hombre que ha venido a reparar el aparato lo enviaron ellos.

Luis escupió un chorro de saliva pardusca a varios pasos de distancia.

—¡El diablo se lleve a los yanquis! —gruñó—. Y también a Fidel... De esos tipos no puede salir nada limpio ni honrado.

—Luis, esta vez es usted injusto... He mantenido una interesante conversación con el mayor que está al mando de los «Boinas Verdes». Es un oficial sincero que se toma en serio su misión. Ha llegado a prohibir que los jóvenes a sus órdenes frecuenten las mujeres públicas.

Luis exhaló un suspiro desgarrador:

—¿Y a usted le parece bien, *señor*? —gimió cómicamente—. ¿No se da cuenta de que esos cerdos de yanquis se esfuerzan en condenarnos un poco más al hambre? *Señor*, en este país una familia pobre puede vivir con veinte dólares a la semana. Y eso es lo menos que un soldado puede darle a una prostituta, ¿no es cierto? Por una sola vez... ¿Sabe usted cuántos chiquillos han podido comer hasta saciarse porque su hermana, el domingo por la mañana, llegaba a casa con algunos billetes en su media?

—No me obligue a contestar, Luis... ¿No habrá sido usted un poco chulo?

Luis vaciló; luego, su rostro se iluminó:

—Es verdad que lo he sido, *señor*... Un poco. De eso hace algunos años. Era la buena época, *señor* —confesó con una candidez desarmante—. Aunque hubiera que ir a medias con la policía...

—Entonces, ¿se comía usted el pan de esos «pobres chiquillos hambrientos», Luis?

—No, *señor*... Si hay una verdad universal, es la de que la prostituta necesita a un hombre detrás de ella para animarla a trabajar. Todo el mundo quedaba contento y los chiquillos comían carne todos los días. Yo también. Sin quitársela a ellos.

—Una teoría interesante...

—Comprobada por los hechos, *señor*... Volviendo a sus *boy-scouts*, me niego a dejarme engañar por sus escrúpulos de honradez. Que empiecen por pagarnos todo lo que nos roban... Y tal vez entonces no tendremos ya necesidad de prostituir a nuestras mujeres, ni de mendigar o robar para sobrevivir. Tal vez no tendremos ya necesidad de sus lecciones... Ahí llega su amigo, *señor*... Si me lo permite, iré a la ciudad a hacer las compras. Al mismo tiempo, pasaré por Correos. Y, a mi regreso, *señor*, se lo prometo: no volveremos a hablar de los yanquis...

* * *

Cuando hube terminado, Sosthéne hizo una mueca:

—Te has metido en un buen berenjenal —dijo—. En tu lugar, yo se lo hubiera contado todo al norteamericano. A pesar de sus protestas de honradez, estoy seguro de que la propuesta del Viejo le hubiese interesado y que habría dado su consentimiento con los ojos cerrados.

—Para ser completamente sincero —dije—, yo también lo creo. Lo que pasa es que no experimenté el deseo de hacerlo...

Sosthéne se sirvió un generoso trago de *pulque*, alargándolo con un dedo de ginebra.

—¡Infecto! —exclamó, rechazando su vaso—. Cuando pienso que ese alcohol lo extraen del cactus... Para emborracharse con esto hace falta mucha imaginación... Bueno, ¿por qué no lo has hecho?

—No lo sé. Creo que antes quería ver a ese joven... Solamente verle, valorar lo que pesa.

—Al Viejo no le gustaría eso... Quiere que se cumplan sus órdenes al pie de la letra.

—Me importa un rábano. Si existe la menor posibilidad de que ese muchacho consiente en regresar a Francia por su propia voluntad, no quiero dejarla pasar. Trataré de convencerle.

—No lo conseguirás, y lo sabes perfectamente.

—Lo sé, sí. Desde que llegamos aquí, me devano los sesos. Busco un argumento nuevo, capaz de conmoverle, al menos. Y no lo encuentro. Y lo peor es que le encuentro más bien simpático. Imbécil pero simpático.

El timbre del teléfono empezó a sonar. Sosthéne descolgó el receptor, escuchó.

—Bueno —dijo, volviendo a colgar—. Es para esta noche. Luis ha encontrado una nota en Correos. Una nota firmada con dos iniciales, A. D. Estará aquí antes de medianoche. Te quedan cinco horas para resolver tu problema...

Levantó la botella de *pulque* y la observó con aire de disgusto:

—¿Y si probara con whisky?

—Tendréis que dejarme solo con él. Y no te bebas todo el alcohol, por favor. Podría necesitarlo.

—Si planeas emborracharle. Dan, estás perdiendo categoría... ¿Por qué no le llevas a dar una vuelta por la embajada de Francia, para hacerle sentir la nostalgia de la patria? Por fin he podido encontrar un automóvil que no está mal. Un *Cadillac 67*... Está aparcado delante de la puerta...

—Dame un poco de esa mezcla. Y, por lo que más quieras, desaparece. Déjame reflexionar.

* * *

Dio unos golpecitos en el cristal de puerta vidriera de la veranda poco antes de medianoche. Fui a abrir y él entró, sin pronunciar palabra, al parecer tranquilo. Sin embargo, examinó la habitación con una rápida ojeada, y su mirada se demoró imperceptiblemente en el sofá, detrás del cual hubiera podido ocultarse alguien.

—Siéntese —le dije—, y no tema nada. Estoy solo en esta casa. Tiene usted buen aspecto... Su madre estaba preocupada por su salud. Dijo que era usted bastante delicado...

Se encogió de hombros:

—Las madres son todas iguales —dijo, con una voz extrañamente grave y bien timbrada—. El recuerdo de nuestro sarampión y de nuestros resfriados infantiles les persigue hasta el fin de sus días...

Me senté enfrente de él, al otro lado de la mesa, y le señalé las botellas:

—Sírvese, sin cumplidos. Considere ésta como su casa.

—Gracias.

Mientras vertía el whisky en nuestros dos vasos, le examiné. Era un joven bastante guapo, tostado por el sol. El traje que llevaba le quedaba un poco estrecho, a no ser que el ejercicio y el aire libre hubieran desarrollado sus hombros, su torso. Iba recién afeitado y sus cabellos semilargos estaban perfectamente cortados. Consciente del examen de que era objeto, sonrió:

—¿Satisfecho, señor?

—Sabe usted muy bien que sus padres atribuirán un gran valor al relato que les haré de nuestra entrevista. Lo sabe hasta el punto que se ha tomado la molestia de ir al barbero antes de venir aquí, y se ha puesto el traje más limpio. Yo esperaba encontrarme con un *barbudo* sucio y maloliente. Y tengo delante de mí a un joven casi elegante y de buenos modales, que podría asistir sin desdoro a una recepción dada por nuestra embajada... ¿Qué ha hecho usted con su barba y sus pistolas, bravo guerrero?

—Si visitara usted alguno de nuestros campamentos, señor, le sorprendería comprobar el elevado número de jóvenes de «buenos modales» que allí se encuentran. Es cierto que no nos lavamos todos los días, porque el agua no abunda en nuestras montañas. Y a veces, también, porque cuando llega el momento de hacerlo estamos demasiado cansados. Aclarado esto, ¿qué le parece si me hablara un poco de usted? ¿Es cierto que es amigo del coronel, mi padrastro?

—El coronel en persona me acompañó al aeropuerto de Orly, el pasado viernes. Me habló mucho de usted. Aprovechando mi venida a Managua en misión confidencial, me pidió que entablara contacto con usted.

—Lo cual no es cosa fácil, señor... ¿Es usted un personaje tan poderoso?

—La organización de la cual dependo es bastante poderosa, en efecto. Tenemos algunos agentes en este país. Y nuestros hombres suelen conocer bien su oficio.

—Bien, señor Pellerin, ya me tiene delante de usted. En realidad, el azar ha actuado en favor suyo. Me hubiera resultado difícil abandonar el campamento para un asunto tan nimio, si mis jefes no me hubiesen encargado precisamente venir a Managua para arreglar unas cosas. Sin esta afortunada circunstancia, nuestra entrevista no hubiera podido celebrarse hasta dentro de unas semanas. Y, si forma usted parte del servicio para el cual trabajó mi padrastro en otra época, imagino que no permanecerá mucho tiempo en Managua. Otras misiones le aguardan, sin duda... Ahora, le agradeceré que

me transmita el mensaje que mis padres le han dado para mí, aunque no me resulta difícil adivinarlo.

—No he visto a su madre. En cuanto al coronel, sólo me ha encargado un mensaje especial para usted, aparte, desde luego, del testimonio del afecto que continúan profesándole. El coronel pide solamente que haga usted llegar con más frecuencia noticias suyas. Insistió en ese punto.

—La cosa no resulta siempre tan fácil como él imagina —respondió pensativamente el joven—. El correo está vigilado. No estamos autorizados a comunicarnos con nuestras familias, salvo en circunstancias excepcionales... ¿No le ha dicho nada más para mí?

—Nada más.

Clavó su mirada en la mía:

—¿No le ha pedido que insista cerca de mí para que abandone esta «loca aventura»? ¿Para que regrese?

—En absoluto. El coronel opina que es usted bastante mayor para escoger su destino. No aprueba su empresa, pero le considera a usted un hombre y, como a tal, le respeta.

—No he tenido siempre esa sensación —declaró el joven, con un dejo de amargura—. A decir verdad, he venido aquí con cierto recelo, dispuesto a refutar sus argumentos. Me alivia mucho comprobar que finalmente mis padres han entrado en razón.

—De lo cual me alegro mucho —dije—. Y ahora, hábleme un poco de usted. ¿Cómo ocupa su tiempo en las montañas? A sus padres, y especialmente a su madre, les gustaría conocer algunos detalles acerca de su vida cotidiana. No le pido ninguna indiscreción —añadí, sonriendo—, sólo algunas anécdotas, algunos clisés que ilustren mi relato.

Se encogió de hombros:

—No hay mucho que contar —dijo—. Y estoy seguro de que la prensa francesa esta inundada de reportajes sobre la vida de los guerrilleros... La verdad es probablemente menos brillante de lo que la pintan. A veces reímos, cantamos. Ocurre también que nos pilla una tormenta, que una aldea nos acoge de uñas, que el ejército nos tiende una emboscada... Por la noche, entonces, en el campamento, no hay risas ni cantos.

—¿En qué consiste su trabajo?

—Organizamos cursillos de instrucción política en beneficio de los indios, de los trabajadores de las minas... Nos presentamos de improviso en una aldea, en una pequeña empresa, y reunimos a la gente. Los oradores hablan, mientras los otros vigilan las carreteras. A veces, el ejército nacional

interrumpe nuestras reuniones. Por regla general, conseguimos huir sin entablar combate.

—¿Cómo se alimentan ustedes?

—Tenemos un poco de dinero para comprar lo necesario. Con mucha frecuencia, la gente se niega a admitir nuestro dinero. Y eso que son más pobres que nosotros.

—Bien —dije—. Tengo suficiente imaginación para poder pintarles a sus padres un cuadro idílico de su existencia, partiendo de las líneas que acaba usted de trazar. ¿Tiene usted hambre?

—He cenado en la ciudad, señor. Muchas gracias.

—De acuerdo —dije—. Por su parte, ¿le gustaría que transmitiera algo especial a sus padres?

—Dígales únicamente que todo va bien. Que no he dejado de quererles. Dígales también que mis ideas no han cambiado. Estoy seguro de que la revolución triunfará.

—Les repetiré fielmente todo eso —dije, en tono despreocupado—. ¿Algo más concreto?

—Para mí, esas ideas son perfectamente concretas.

—Pero no a mis ojos —dije—, y discúlpeme por ello. Aunque es cierto que yo soy un hombre de acción.

El joven enarcó las cejas:

—¿Un hombre de acción? ¿Cómo podría ser usted un hombre de acción, más de lo que lo soy yo mismo? ¿Qué clase de demostración necesita?

—El hombre de acción no busca la *demonstración*, sino la *eficacia*. Cuando un automóvil me adelanta a gran velocidad en la cumbre de una cuesta o en un viraje peligroso, imagino que su conductor se tiene a sí mismo por un hombre de acción. Pero, si algo más lejos, veo aquel mismo automóvil aplastado contra un árbol, no me detengo.

Mi voz se había hecho un poco más seca, y aceché atentamente la reacción del joven. Al ver que tardaba en producirse, continué, amable:

—Le ruego que me disculpe. Me ha pedido usted mi opinión, y yo se la he dado. Pero es evidente que sólo me comprometo a mí.

Apuré el contenido de su vaso, lo dejó sobre la mesa.

—Es usted severo —dijo—. Severo e injusto.

—Es posible, amigo mío. De todos modos, pienso al igual que su padrastro que es usted un hombre y que sabe perfectamente lo que se hace. Sin duda, el coronel espera en su fuero íntimo que el contacto con la realidad

dará más elasticidad a sus ideas. Por mi parte, sé que ha hecho usted el sacrificio de su existencia. Será cosa de semanas, de días... Y le admiro.

—Exagera usted —dijo, algo confuso—. No estoy muerto, todavía, ni lo están mis compañeros. Disponemos de los medios necesarios para resistir un ataque. Y las tropas nacionales son menos virulentas de lo que usted cree.

—Acerca de ese punto, muchacho, permítame que rectifique su juicio. Esta misma mañana he estado en casa del mayor Nelson, comandante de los *Special Forcé* de Managua.

—Frecuenta usted a unas personas encantadoras —ironizó, sin convicción.

—Frecuento a las personas que mi trabajo me impone. El mayor Nelson no me ha revelado sus planes en lo que ustedes concierne, como es lógico. Sin embargo, puedo asegurarle que el ataque contra la guerrilla es inminente. Cuando Washington dé la orden, los *Special Forcé* se pondrán al mando de las fuerzas nicaragüenses, y se pondrán en juego importantes medios militares. Ustedes son un puñado de cuatrocientos hombres y no tienen la menor posibilidad contra tres mil especialistas de la contraguerrilla...

—Tres mil asesinos —dijo el joven con voz sorda—. Si hemos de ser asesinados, no es posible que estos pueblos no comprendan algún día el valor de nuestro sacrificio.

—Los pueblos tienen la cabeza más dura que los pellejos de ustedes...

El joven se puso en pie.

—Tendrá que disculparme, señor Pellerin. Me queda una visita por hacer. Y dudo de que volvamos a vernos. Pero me he alegrado mucho de conocerle...

—Un momento —dije—. El asunto que me trae a Managua afecta indirectamente a un antiguo *comandante* de guerrilla. Y es muy posible que le haya usted conocido en el curso de su estancia en La Habana. Se trata de Manuel Cadeiros. ¿Le conoce?

El joven se sobresaltó ligeramente. Dejó en el cenicero el cigarrillo que se disponía a encender.

—¿Qué quiere usted de Cadeiros?

—Nada extraordinario —dije, de buen humor—. Sabemos que forma parte del estado mayor de Fidel Castro. Recientemente ha solicitado un visado para Francia. Y en París circula el rumor de que viene a nuestro país para participar en reuniones de estudiantes. Yo estoy encargado simplemente de asegurarme de que sus intenciones son pacíficas y que se limitará a algunos excesos de oratoria... ¿No es originario de este país?

El joven volvió a coger su cigarrillo, lo encendió con calma. Se tomaba tiempo para reflexionar.

—No tengo nada que decirle, señor Pellerin. Haga su trabajo. Efectivamente, encontré a Cadeiros en el curso de mi estancia en La Habana. Era uno de los héroes de la revolución cubana. No sé nada más.

—De acuerdo —dije, jovialmente—. La cosa no tiene importancia, se trata de simples formalidades rutinarias. ¿Tiene usted un automóvil?

Al mismo tiempo, me dirigí hacia la puerta vidriera y empecé a accionar la persiana Bauman.

—Soy un buen andarín, señor Pellerin. Y de aquí a la ciudad hay apenas dos kilómetros...

—En tal caso, mi querido amigo...

Le tendí la mano, dando la espalda a la puerta vidriera que se acababa de abrir. En ningún momento había experimentado la sensación de un peligro.

—Arriba las manos, *por favor, señores*.

Me volví con mucha lentitud, obedeciendo. También Antoine levantó las manos, repentinamente pálido, con los rasgos contraídos por la rabia. Observé a nuestros dos visitantes. El más bajito, el que acababa de hablar, tenía la tez olivácea del mestizo. El otro no tenía evidentemente ninguna ascendencia española ni india. En cuanto a los dos enormes 45 que mantenían apuntados hacia nuestros estómagos, procedían sin duda de los arsenales norteamericanos.

—Señor Pellerin —continuó el más bajito—, le ruego que se mantenga al margen. No deseamos *perjudicarle*. Las instrucciones del mayor Nelson no le afectan a usted. Hemos venido únicamente a por ese joven.

No me moví.

—¡Piara de cerdos! —profirió Antoine entre dientes.

—Este hombre está bajo mi techo —dije—. Y yo soy portador de un pasaporte diplomático. Hagan el favor de salir de esta casa inmediatamente.

El más alto sonrió. En un castellano bastante laborioso, me explicó el uso que yo podía hacer de mi pasaporte diplomático.

—Sea razonable, *señor Pellerin* —añadió el más bajito—. No nos obligue a utilizar la fuerza.

—Bien —dije—, me inclino. Pero se lo advierto: en cuanto abandonen esta casa, mi embajada será puesta al corriente, y...

Al mismo tiempo, entré en acción. Me había apartado un par de pasos y, convencidos de que mi resistencia se limitaría a algunas quejas diplomáticas, los dos hombres habían dejado de tenerme en cuenta, para concentrar su

atención en el guerrillero. Me lancé contra el más bajito, le cogí por la cintura con las dos manos y le precipité sobre su compañero. Sorprendido, el más alto dejó caer su arma. Conseguí apoderarme de ella al tiempo que los tres rodábamos por el suelo. A continuación, todo ocurrió con mucha rapidez. De un culatazo envié al más bajito al país de las campanas y de las velas. Luego, poniéndome en pie de un salto, apunté mi arma en dirección al otro, que continuaba a cuatro patas.

—No se atreverá a disparar contra mí —eructó, inquieto.

—No me privaré de ese placer, si esboza usted el menor gesto —dije, acercándome a él—. Quédese como está, apoyándose en las manos.

—No se atreva...

No terminó la frase. Mi culatazo le alcanzó en la sien. Se desplomó a su vez, sin una queja.

El joven guerrillero no se había movido. Ni siquiera había bajado los brazos.

—Despierte, amigo mío —dije—. Hemos llegado.

En la mirada que me dirigió había admiración pero, sobre todo, un asombrado espanto.

—Increíble —murmuró, bajando lentamente los brazos—. Cuando veo una escena como ésta, en el cine, no me lo creo. Yo... Todo esto no ha durado tres segundos —comprobó, incrédulo.

—Va usted a hacer que me suba el pavo —dije.

Al mismo tiempo, descolgué el teléfono. Me las arreglé para quedar de espaldas al joven guerrillero mientras marcaba el número.

—*Alió!* —dije—. Aquí, el Galo... La tormenta ruge sobre nuestras cabezas... Dos Saint-Emilion, cosecha especial. Repito: dos Saint-Emilion, cosecha especial...

Volví a colgar. El guerrillero permanecía con la boca abierta, asombrado.

—Tome este revólver y vigile a estos hombres —dije, tendiéndole el 45—. Sólo tardaré un par de minutos. Si uno de ellos despierta, vuelva a dormirle. Sin contemplaciones.

—A decir verdad, yo...

Sin escuchar su respuesta, me dirigí al cuarto de baño. Poco después volví a salir sosteniendo en la mano una jeringuilla hipodérmica. Me acerqué a la lámpara, atento, y, apretando el émbolo, hice que salieran unas gotas de líquido por la punta de la aguja hueca.

—¿Qué va usted a hacer? —preguntó el joven.

Su voz temblaba un poco.

Le miré a los ojos.

—Será mejor que se siente —dije—. Está usted muy pá lido...

—¿Va usted a... dormirles?— inquirió.

Me arrodillé junto al más alto de los dos hombres y le hice girar de modo que quedara boca abajo.

—«Dormirles» es un eufemismo. Digamos que, en un plazo bastante breve, conocerán el gran reposo.

Clavé la aguja, a través de la tela del pantalón, en la nalga del hombre. Empecé a apretar el émbolo. El joven protegido del coronel cerró los ojos. Oí su entrecortada respiración.

—¿Es realmente necesario? —preguntó, con voz temblorosa.

El hombre tenía su dosis. Retiré la aguja y repetí la operación con el más bajito. El joven se calló. Dejó el Colt sobre la mesa, esforzándose en disimular el temblor de su mano, y se sirvió una generosa ración de whisky.

—No me olvide en sus plegarias —dije—. Aunque estoy acostumbrado a ciertas cosas, no voy a desdeñar un pequeño tónico.

Me sirvió. Pero apartó la vista del odioso espectáculo. Me puse en pie, satisfecho, y tiré la jeringuilla de plástico al cesto de los papeles.

—Listos —dije—. Pude haberles aplicado una llave de estrangulamiento, mortal de necesidad, pero este procedimiento tiene la ventaja de no dejar ningún rastro. Hay que prever la posibilidad de que sean descubiertos los cadáveres.

—¿Qué va a hacer con ellos?

—No es cuenta mía. Mis atribuciones son limitadas, y nos repartimos las tareas. Pero creo que no es muy difícil contestar a esa pregunta: me han asegurado que el lago Nicaragua está infestado de tiburones.

El joven asintió con un gesto y concretó, maquinalmente:

—Es el único lugar del mundo donde viven, en efecto, tiburones de agua dulce... Se asegura que los Amroks han precipitado en él a más de un adversario político del Presidente.

—Por una vez —dije—, los tiburones trabajarán para la buena causa. No nos entretengamos más. ¿Quiere que le deje en alguna parte? Vamos a llevarnos el automóvil de esos caballeros; lo abandonaré en algún aparcamiento. Vaya a ponerlo en marcha. Yo he de recoger unas cosas. En seguida me reúno con usted.

Asintió y salió. Al cabo de unos instantes oí roncar el motor.

Entonces, Sosthéne y Luis se incorporaron. Los dos se frotaban el occipucio con la misma mirada furiosa.

—Pudiste haber golpeado con menos fuerza —gruñó Sosthéne entre dientes—. Va a salirme un chichón como un huevo de paloma...

Capítulo V

—NUNCA olvidaré lo que ha hecho por mí, señor Pellerin —dijo el joven, haciéndose a un lado para dejarme sentar ante el volante—. De no haber sido por usted, a estas horas estaría en manos de esos cerdos. ¿Y sabe cómo tratan a sus prisioneros?

—No me dé las gracias, amigo mío. Y no hable demasiado. Necesito reflexionar.

—¿Adonde piensa ir?

—Todavía no lo sé. El reglamento exige que huya de la quema por mis propios medios. Además, no corro un gran peligro. Al parecer, la cosa no iba conmigo, y siempre estoy cubierto por mi pasaporte diplomático. Sólo hace falta que desaparezcan esos dos cadáveres. Si mis colegas cumplen su tarea satisfactoriamente, no habrá ninguna prueba contra mí.

—Le ha llegado la vez de utilizar palabras huecas —gruñó el joven, irritado—. ¿Cree acaso que un pasaporte, incluso diplomático, ofrece una protección suficiente contra una ráfaga de metralleta? ¿Supone que esos cerdos necesitan pruebas, o que se molestarán en reunir un tribunal?

Me encogí de hombros:

—Mucho me temo que no. Pero no puedo eludir el correr ciertos riesgos.

—Unos riesgos a los que se ha expuesto por mí. No tenía que hacerlo. Sus jefes se lo reprocharán...

No contesté inmediatamente. El joven se enervó un poco:

—Esta situación es mucho más estúpida por cuanto, el entrar esos hombres, creí por un instante que los tres estaban representando una odiosa comedia, y que usted me había denunciado a la policía.

—Para ser completamente sincero —dije—, esa idea fue precisamente lo que me decidió a actuar. Nada más... No podía soportar el pensamiento de que usted tuviera esa sospecha en el momento de ser fusilado; y no estaba seguro de saberle explicar las cosas a su padrastro, a mi regreso a Francia.

—Pare —dijo el joven—. Estamos a punto de llegar. Y este automóvil debe ser conocido de casi toda la policía.

—Es un *Cadillac* como otros muchos *Cadillac*, y no lleva ningún distintivo.

—Me da usted miedo, señor Pellerin. Temo que tenga una visión demasiado occidental de las realidades centroamericanas. Si unos extranjeros son señalados a bordo de un automóvil perteneciente a un policía, en menos de diez minutos los Amroks se pondrán en movimiento. Y esos tipos empiezan siempre por disparar.

—Exagera usted, desde luego —dije—. Cualquiera que le oiga, creerá que no tengo muchas posibilidades de salirme de esto...

—Si su propia organización se niega a cubrirle, no tiene usted ninguna, señor Pellerin. Se lo juro. Por diez dólares, el primer *ladino*^[3] que pase irá a venderle a la policía.

Aparqué el automóvil a un centenar de metros de un cruce. Fingí que reflexionaba activamente, con las cejas fruncidas. En realidad, aguardaba, con el corazón palpitante, la proposición que no tardaría en seguir.

—Escuche, señor Pellerin... Durante dos o tres días, hasta que vea usted claro en el asunto, y por el tiempo que yo mismo he de permanecer en Managua, puedo ofrecerle un refugio en casa de unos amigos de toda confianza. No corre usted ningún peligro. Lo único que tendrá que hacer, si dispone de algún dinero, será costearse la manutención, ya que no son ricos. Por mi parte, tengo una cita a la que no puedo faltar; pero, esta misma noche, avisaré a nuestros informadores. Mañana conoceremos las reacciones del cuartel general de la policía. Entonces podrá usted decidir lo que más le convenga.

—No puedo aceptar, amigo mío. Su propuesta es generosa, pero si de veras me persiguen, sus amigos correrían serios peligros.

—Ya están acostumbrados... y, por mi parte, mido mis responsabilidades. Si le ocurriese a usted alguna desgracia, no me lo perdonaría nunca. Creo que si el coronel, mi padrastro, estuviera aquí, insistiría para que me permitiera ayudarlo. ¿No lo cree usted así?

Fingí vacilar. El joven reaccionaba exactamente tal como yo había previsto, y su candidez hacía nacer en mí un oscuro sentimiento de vergüenza.

—Acepto —dije finalmente—. Para un par de días, a lo sumo...

—Se lo agradezco mucho, señor. Dejemos este automóvil aquí. Voy a acompañarle a casa del viejo Curro. Es un anciano anarquista que nos ha prestado ya otros servicios. Está emparentado de cerca con el Ministro del Interior, el cual le protege abiertamente. Tal es la extraña comedia que representan los hombres en este punto del globo, señor...

—¿Qué opina usted del *picadillo*, señor Daniel? —preguntó Pepe Curro.

—Estupendo —dije, sinceramente—. Espero que la *señorita* no tendrá inconveniente en copiarme la receta, para que se beneficien de ella mis amigos de París.

—Ana-Rita cocina muy bien —admitió Pepe en tono condescendiente—. Sabe mimar a su viejo padre.

La joven sonrió, con las mejillas llenas de rubor.

—¿Comerá usted más bananas fritas? —inquirió, dirigiéndose a mí.

—Gracias —dije—. He comido maravillosamente, y este vino es excelente. Resistiría la comparación con muchos de los nuestros.

—Es un vino chileno —dijo Pepe—. Los vinos chilenos son los mejores de toda la América del Sur. Pero Chile no los exporta, prácticamente. Los reserva para su consumo interior. Sólo que, de cuando en cuando, los capitanes de los buques mercantes chilenos embarcan un poco más de vino del que consumen sus tripulaciones...

Y el anciano me guiñó un ojo, con aire de complicidad.

Después del almuerzo, me sentía descansado, lúcido, en plena forma. Fuera, el sol caía a plomo sobre la ciudad y la calle estaba silenciosa.

—Sírvenos el café en mi despacho, paloma, por favor —dijo Pepe—. Estaremos más frescos, y podremos charlar entre hombres, mientras tú quitas la mesa... En La Habana se fabrican aún buenos puros, *señor* Dan.

Un poco más tarde, en el sillón de enea, bebíamos nuestros cafés mientras dos ventiladores batían el aire húmedo, haciéndolo casi fresco.

—Su joven compatriota no tardará —me dijo Pepe—. Sin duda aprovechará la hora de la siesta para cruzar la ciudad. El calor hace a los policías menos curiosos...

—Compruebo que tiene usted cierta experiencia de la vida clandestina —dije, con una sonrisa—. Antoine no me ha ocultado que tomó usted parte activa en el movimiento revolucionario, en otros tiempos.

—Es verdad, *señor*... También es verdad que sé reconocer a un policía de paisano examinando el primer botón de su americana. Un policía lleva ese botón más bajo que los otros hombres, a fin de poder desenfundar rápidamente. Pero, el año pasado, le juré a mi hermana, en su lecho de muerte, que no volvería a empuñar un arma mientras su marido fuera Ministro del Interior... Y me aburro, *señor*... Me aburro y empiezo a echar tripa, ya que mi hija me prepara unos platos deliciosos. Estoy rabiando por que mi cuñado pierda su puesto...

—No me diga que volvería a la guerrilla a su edad, en medio de todos esos jóvenes.

—No se trata de eso, *señor*. Por otra parte, no apruebo del todo su actuación. No creo que sea tan útil, tan decisiva como ellos piensan. Pero de buena gana pasaría a Costa Rica para volver a encontrarme con mi viejo amigo «Don» Pepe Figueres... Como usted sabe, sin duda, Costa Rica es el único país de la América Central que tiene una constitución y un gobierno democráticos. Figueres y ese cura diabólico que es el padre Núñez preparan allí activamente su acción contra el Presidente y sus esbirros. Me saca de quicio no poder estar con ellos.

—¿Ha conocido usted a muchos jefes revolucionarios célebres, Pepe?

—A algunos, sí. Jóvenes o viejos. Muchos de ellos han dado su vida por la causa de la revolución. Conocí incluso a Fidel Castro, en 1955, durante su exilio. Acababa de publicar el Manifiesto del Movimiento del 26 de julio. Hablé con él. Le dije que su ataque contra el cuartel de Moneada en Santiago de Cuba fue una estupidez. No es posible apoderarse de un cuartel cuando sólo se dispone de un centenar de hombres mal equipados, mal armados. Me escuchó sin decir nada, limitándose a sonreír. Unos meses más tarde, el yate Granma depositaba a Castro, a Guevara y a otros ochenta hombres en la playa de Las Coveradas. ¿Podía pensar yo entonces que en menos de dos años aquellos ochenta iluminados se harían dueños de toda la isla? Imagino que si volviera a encontrarme con Castro, éste no dejaría de reírse al recordar la conversación que sostuvimos... y se burlaría de mí. Pero es cierto, *señor*, que Fidel no está bien de la cabeza. Aunque haya triunfado.

—¿Y Cadeiros? ¿Conoció usted a Cadeiros?

Había formulado mi pregunta con una indiferencia absoluta. Sin mirar a Pepe, había dejado mi taza vacía a mi lado y escogido un cigarro del cofrecillo que el anciano había colocado a mi alcance. Lo hice crujir entre mis dedos.

—A Cadeiros también, sí, desde luego... Cadeiros es nicaragüense. Aquí, en Managua, le quieren mucho. Es el fundador de la guerrilla de la Mina... Luchó en ella mucho tiempo, y todos los jóvenes de nuestra ciudad se saben de memoria el relato de sus aventuras.

—¿La guerrilla de la Mina? Nunca oí hablar de ella...

—Se trata de una mina de oro, *señor*. Nicaragua guarda en sus entrañas yacimientos auríferos muy importantes. Desde luego, los norteamericanos dirigen su explotación. Los lingotes marchan directamente a los Estados Unidos, sin pagar ningún derecho. Por lo tanto, Cadeiros no se anduvo con rodeos. Sus hombres y él se instalaron en los alrededores de esas minas. Reclutaron aliados entre los trabajadores. Y pasaron al ataque: los camiones

norteamericanos eran dinamitados, vaciados de su valiosa carga... Esas regiones inhóspitas se prestan mucho a tales golpes de mano. Los norteamericanos estaban locos de rabia. El pueblo, en cambio, se mostraba encantado.

—Sin embargo, la acción era bandidaje puro —hice observar, encendiendo mi cigarro.

—No, *señor*. Cadeiros y sus hombres llevaban un minucioso control de sus capturas. Y, de cuando en cuando, una inofensiva carreta llegaba a la ciudad. Se detenía delante del ministerio de Higiene, o delante del de Enseñanza... El conductor desaparecía al mismo tiempo que era misteriosamente arrancado el toldo, debajo del cual los transeúntes, incrédulos, veían brillar el mineral. Desde luego, periodistas y fotógrafos habían sido advertidos. En toda la ciudad aparecían súbitamente unos carteles con las iniciales de la Legión del Caribe. «Oro para construir dos hospitales, veinte escuelas», decían en sustancia aquellos carteles. «Ese oro procede de nuestro suelo, y lo hemos tomado de los que nos lo habían robado...» No hay que decir que el Presidente ordenaba que el oro fuese devuelto a los norteamericanos. Pero no resulta difícil adivinar cuál era la reacción popular.

—Pero no se construían escuelas ni hospitales. ¿No es una forma de actuar algo infantil?

—No importa, *señor*. El único punto en que están de acuerdo todos los movimientos revolucionarios de este continente es el que afecta a la necesidad de despertar a la opinión. Después, una vez liberado, el pueblo escogerá su régimen, y no cabe duda de que tendrá que soportar un nuevo gobierno autoritario, aunque sea de izquierda. Pero, como dice el propio Castro, ser revolucionario significa, en primer lugar y ante todo, hacer la revolución.

—¿Cuáles eran las opiniones de Cadeiros?

—Lo ignoro. Nunca las concretó. Al menos hasta estos últimos tiempos, en que blasona de una tendencia netamente pro-castrista. En la época de que le hablo, era conocido especialmente por su odio a los invasores extranjeros. El día que cayó en manos de los norteamericanos, todo el mundo creyó que había llegado su última hora. Pero consiguió huir... Fue una aventura rocambolesca.

—Cuénteme eso. ¿Mandaba ya el mayor Nelson los «Boinas Verdes» de Managua?

—En efecto, hacía poco que el mayor Nelson había llegado a Managua. En cuanto a la historia, es ésta: Cadeiros se había dejado sorprender en la montaña con tres de sus hombres, cuando se habían detenido junto a un

arroyo para descansar. Los «Boinas Verdes» surgieron de improviso por todas partes sin que fuera posible ninguna resistencia. Los cuatro hombres fueron encadenados, izados sobre la plataforma de un *Dodge* y conducidos a la prisión. Empezaron los interrogatorios. Poco deseosos de comprometerse a los ojos de la población, los yanquis traspasaron la tarea a los Amroks del Presidente. Por dos o tres veces, Cadeiros intentó suicidarse. Pero sus carceleros vigilaban atentamente el menor de sus gestos, y fracasó. Entonces, simuló el abatimiento, el cansancio, el agotamiento físico. El mayor Nelson debió temer que sucumbiría a los golpes que le eran infligidos y le hizo conducir a la enfermería de la prisión, donde recibió algunos cuidados. Una mañana consiguió fugarse de allí, dejando sin sentido a los dos «Boinas Verdes» encargados de su vigilancia y saliendo por la puerta principal, con la mayor sangre fría, vistiendo uno de los dos uniformes. Todo Managua se rió a costa de los yanquis... y Cadeiros no tardó ni dos horas en volver a su montaña y a su guerrilla.

—Buen golpe —admití—. Los «Boinas Verdes» tienen fama de ser muy duros, y no resulta fácil burlarse de ellos. ¿Qué pasó con los compañeros de Cadeiros?

—Fueron fusilados, los tres. Al menos, ésa es la orden que dio el mayor Nelson, humillado, loco de furor. Pero también entonces se produjo una especie de milagro. Uno de los tres hombres, un joven de poco más de veinte años, sólo resultó herido por la descarga. Cuando el oficial que mandaba el pelotón de ejecución se inclinó sobre él para dispararle el tiro de gracia, el joven se irguió y, de un salto prodigioso, consiguió franquear el muro del recinto, a pesar de que tenía una altura de tres metros. Más tarde nos enteramos de que aquel joven era un consumado deportista, y que en su país de origen detentaba el record de salto de altura. Logró aferrarse a la parte superior del muro, se dejó caer al otro lado y se perdió entre la multitud. Nadie ha vuelto a verle y, que yo sepa, no regresó al campamento de los guerrilleros. Es posible que aquella dura prueba le quitara las ganas de continuar su aventura.

Pepe se calló. Mi corazón latía tumultuosamente. Pero fingí la más completa indiferencia, al comentar:

—Una historia extraordinaria, desde luego... Y no sé qué admirar más, si la suerte insolente de aquel joven, o sus cualidades deportivas. ¿Recuerda su nombre?

—No. Pero Ana-Rita debe saberlo. Las jóvenes son románticas y entre ellas se cuentan las hazañas de esos caballeros de la época moderna que son, a

sus ojos, los guerrilleros. ¿Quiere que se lo pregunte?

—No tiene importancia —dije, en tono falsamente jovial—. Sin embargo, no desdeñaría otra taza de este excelente café...

El anciano llamó a su hija. Ana-Rita se presentó llevando sobre una bandeja una extraña cafetera de porcelana con incrustaciones de plata.

—¿Recuerdas cómo se llamaba aquel joven que escapó del pelotón de ejecución, el día de la fuga de Cadeiros?

—Sí —dijo la muchacha—. Se llamaba Felipe Bariego. Era Peruano, y creo que había jugado mucho tiempo al baloncesto como profesional.

—Eso es —dijo Pepe—. Felipe Bariego. Puedes retirarte, hija mía. Un baloncestista, en efecto —continuó, cuando la joven hubo salido—. Sé que durante mucho tiempo el propio Cadeiros trató de localizarle. Quería felicitarle, condecorarle. Por desgracia, como ya le he dicho, el joven debió juzgar más prudente trasladarse a otras latitudes.

—Lo comprendo —dije—. ¿Y qué fue de Cadeiros después de aquella aventura?

—Durante algunas semanas, continuó dirigiendo la guerrilla de la mina. Y luego, un día, las fuerzas nacionales consiguieron rodear aquel grupo. Los combates duraron todo un día y fueron especialmente sangrientos. Tres cuartas partes de los guerrilleros fueron exterminados. Sin embargo, Cadeiros consiguió huir de nuevo, cubierto de sangre. Poco tiempo después se señalaba su presencia en Cuba, al lado de Fidel Castro y de Che Guevara. Después de la muerte del Che, Cadeiros trepó un peldaño más en la jerarquía del régimen castrista. Hasta entonces había sido consejero técnico para el apoyo concedido por Cuba a la guerrilla revolucionaria de América del Sur, y a partir de aquel día se convirtió en uno de los jefes de la política exterior castrista. Es un muchacho muy inteligente, muy audaz, de la pasta de los hombres que le gustan a Fidel.

—¿Tiene aún familia en Managua?

—Sí. Su madre y su hermana viven juntas en una casa de la *calle Central*. En el momento de su detención y de su fuga, las dos habían sido molestadas por la policía del Presidente, pero el mayor Nelson se compadeció de ellas. Los propios Amroks recibieron la orden de dejarlas en paz. Llevan una vida plácida y triste, que es el destino de las mujeres de los revolucionarios. Mi hija suele encontrarse con las Cadeiro en el mercado.

—¿De qué viven? ¿Tienen dinero?

—Cuba no se muestra avara de sus *pesos*, señor Dan. Imagino que a Cadeiros no le resulta difícil hacerles llegar el poco dinero que necesitan. Y

en caso de apuro, sus vecinos no las dejarían caer. Entre la gente del pueblo, la solidaridad no es una palabra vana. *Señor Dan* —continuó, después de un breve silencio—, yo soy un charlatán incorregible y usted es un oyente amable y lleno de paciencia. Podría pasar largas horas desgranando mis recuerdos. Sin embargo, en estas latitudes, y especialmente cuando el calor es tan intenso como hoy, la siesta es una necesidad fisiológica. El simple hecho de hablar aumenta considerablemente la deshidratación de las células humanas. Sería prudente que descansáramos un poco, un par de horas, o hasta que su compatriota venga a despertarnos.

—Tiene usted mucha razón —dije—. Me retiraré a mi cuarto.

—Si necesita usted algo, golpee el suelo y Ana-Rita subirá. —De acuerdo.

Capítulo VI

—TIENE usted mucha suerte, *señor* —me dijo Ana-Rita—. Casi siempre es una de ellas la que se encarga de las compras. Rara vez salen las dos juntas. Sin embargo, puede usted verlas, a unos pasos de aquí, en aquella tienda de legumbres. Pero ¿qué quiere exactamente de esas dos mujeres?

—Nada. Verlas, simplemente. Parece usted ignorar, Ana-Rita, que en Francia todo el mundo conoce perfectamente a Cadeiros. Nuestros periódicos están llenos de relatos de su bravura, de reportajes acerca de él y de sus hombres. Puede decirse que su compatriota sabe cuidar su publicidad.

—Manuel se ha reído siempre de la publicidad. Si su nombre ha cruzado el océano, es únicamente por mérito suyo. Y en Managua todos nos sentimos orgullosos de que sea así. Pero, no ha contestado usted a mi pregunta...

—Sí, *señorita*. Siento curiosidad por contemplar, aunque sea de lejos, a la madre y la hermana de un héroe tan formidable. ¿Las conoce usted lo suficiente para que podamos atrevemos a hablar con ellas?

La joven vaciló. Sin embargo, yo sabía que ella no dudaba de la pureza de mis intenciones. Alguna otra cosa la retenía...

—No sé... —dijo, finalmente—. Supongo que la policía gubernamental no debe perderlas de vista. Y el disfraz de usted no le pone al abrigo de un control de identidad. Mi padre ha autorizado esta salida a condición de que nos mostráramos prudentes. Y además hay otra cosa, *señor*...

—¿De qué se trata?

—Sin duda es a causa de esos policías... Pero lo cierto es que nadie habla con esas dos mujeres. No acabo de explicarme el motivo. Tal vez sea un modo de adorarlas...

—No insisto —dije—. Por nada del mundo quisiera disgustar a su padre. Ni hacerle correr a usted el menor peligro. Podemos regresar, si lo desea.

—Mírelas. Se dirigen a su casa, ahora. Y vea cómo la gente evita hablarles. Sí, regresemos... He de preparar la cena.

—De acuerdo. Sin embargo, será mejor que no vayamos juntos. Es preferible que no la vean demasiado en compañía de un extranjero. Y, por otra parte, tengo que ir a comprar algunas prendas de ropa interior, y esa clase

de tiendas no son un lugar conveniente para una muchacha. Nos encontraremos en la casa dentro de media hora.

—Como usted quiera —dijo Ana-Rita—. *Hasta luego*.

* * *

Arrastrando los pies como había visto hacer a los *ladinos*, di unas vueltas por el barrio de la estación, asegurándome de que no era seguido. Luis poseía allí una casita que la última erupción del Monotombo había desmantelado aceptablemente.

Mi disfraz no debía ser tan malo, en efecto, ya que Luis no me reconoció inmediatamente.

—*No necesito nada* —gruñó, en el umbral de la puerta.

—No te hagas el tonto, amigo mío...

Entré. Sosthéne se balanceaba en una vieja mecedora. Al verme, exhaló un suspiro de alivio.

—Empezaba a preocuparme —dijo—. Te esperamos desde esta mañana. ¿Qué te ha pasado? ¿Quieres beber algo?

Colgué mi sombrero en la percha y me senté.

—*Señor* —gimió Luis—, dijo usted que lo de la inyección sería fingido... Y la nalga me duele horrores.

—También a mí —dijo Sosthéne—. ¿Qué clase de porquería contenía la jeringuilla?

—Agua. Agua del grifo, sencillamente.

—¡Agua! —exclamó Sosthéne, horrorizado—. Quieres acabar conmigo, ¿no?

—Es muy peligroso, *señor* —me reprochó Luis—. El agua de la ciudad contiene toda clase de productos químicos destinados a purificarla. Pero los empleados no son siempre demasiado escrupulosos. A veces sueltan en un solo día la dosis de toda una semana. Desdichado, entonces, del que bebe un vaso de agua...

—La lejía activa la circulación —dije bromeando—. De todos modos, muchachos, estoy bastante satisfecho de mi plan. El asunto está casi archivado. Pronto tomaremos el avión, amigo mío.

—No seré yo quien me niegue a tomarlo —aprobó Sosthéne—. Y si algún día vuelvo por aquí, no escogeré la estación cálida.

—Tiene usted mucha razón, *señor*. Durante la época de las lluvias, el espectáculo es magnífico. A veces hay que circular en barca por algunos

barrios. Nuestros tornados tienen fama en el mundo entero por su extrema violencia. Y nuestros mosquitos... Algunos son de la talla de un pájaro.

Sosthéne gruñó y atrapó la botella de whisky.

—¿Y si te explicarás? —sugirió, antes de llevarse el gollete a los labios.

—Luis —dije—, quiero que vaya a comprarme dos calzoncillos y dos camisetas en la primera tienda que encuentre... Aquí está el dinero.

Luis pareció contrariado. Sin embargo, cogió el dinero y salió.

—Le has ofendido —me dijo Sosthéne—. Has dado a entender que desconfías de él.

—No desconfío de él. Pero la historia que voy a contarte le parecería increíble. Creo seriamente que se negaría a admitirla. Y necesitaría muchas horas para convencerle, suponiendo que lo consiguiera. Además, necesito de veras esas prendas.

—Bien. Adelante. Te escucho.

—Me ha bastado con hacer hablar a un personaje bastante pintoresco que me presentó el joven Antoine. Y he podido reconstruir toda la historia, incluido el asesinato de Felipe Bariego...

Le repetí las confidencias que me había hecho Pepe. Sosthéne escuchaba, asintiendo de cuando en cuando con la cabeza. Yo espiaba sus reacciones en su rostro, y me di cuenta de que sus deducciones coincidían con las mías. Cuando hube terminado, Sosthéne permaneció en silencio un minuto largo. Luego comentó:

—Es esquema clásico, ¿eh?

—Sí. A pesar de que el personaje, en esta ocasión, se sale de lo corriente. No olvides que es una especie de héroe nacional. Aquí, nadie querría admitir que está manejado por una organización extranjera.

—¿Y la muerte de Bariego?

—Directamente o no, es obra de los norteamericanos. Nadie más que la CIA es capaz de localizar a un hombre en París. Los castristas sólo disponen en Francia de una organización política, más ruidosa que sólida. La astucia de los norteamericanos ha consistido en encontrar un lanzador de cuchillos, lo cual nos haría creer que se trataba de un ajuste de cuentas entre elementos de la América Latina. Pero liquidaron a Bariego porque éste representaba un peligro real para Cadeiros.

—¿Qué clase de peligro?

—En detalle, no podría decírtelo. Pero, a grandes rasgos, he aquí cómo veo yo las cosas. Cadeiros cae prisionero con tres de sus hombres y es sometido, supongo, a la tortura. Los otros tres son unos jóvenes procedentes

del Perú, de Bolivia, de la Argentina o de otra parte... Cadeiros, en cambio, es hijo del país y, por ello, es vulnerable. El día que traen a su presencia a su madre y a su hermana, y amenazan con golpearlas, y tal vez empiezan a hacerlo... Cadeiros se derrumba. Se convierte en traidor para salvar la vida de las dos mujeres, y la suya propia. En el curso del interrogatorio, después de que las mujeres han sido conducidas de nuevo a su hogar, los «Boinas Verdes» exigen garantías. Supongamos que Cadeiros dibujó un plano, o redactó una lista... Los norteamericanos muestran el plano —o la lista— a los otros tres detenidos, para que confirmen su autenticidad. ¿Imaginas el desaliento de los tres jóvenes? Sin embargo, heroicamente, no hablan. Entonces, los «Boinas Verdes» organizan la falsa fuga de Cadeiros. Los otros tres son conducidos al paredón. Felipe Bariego, herido, consigue huir. Hemos de admitir que en el curso de su interrogatorio había tenido el valor suficiente para escamotear uno de los documentos redactados por Cadeiros y sometidos a su examen.

—Es muy posible —dijo Sosthéne—. La sangre fría de que dio muestras a continuación abogan en favor de esa teoría. Sin duda llevaba el documento encima, tal vez con la esperanza de que su cadáver fuera exhumado algún día. O, mejor aún, no es improbable que alguna anciana, o alguna religiosa, se encargara de prestar los últimos cuidados a los cuerpos de los ajusticiados. Es cierto que los cadáveres podían ser echados a una fosa y cubiertos de cal viva, sin más ceremonia... Era una tentativa un poco ilusoria, pero, de todos modos, el muchacho no tenía nada que perder...

—Sigamos ahora el destino de esos dos hombres. La evasión de Felipe siembra la consternación en el campamento norteamericano. En cuanto a Cadeiros, resulta fácil imaginar la angustia que experimentó durante las primeras semanas. Sin embargo, por raro que parezca, no pasa nada. Y el peligro se hace menos apremiante a cada día que pasa. En efecto, los norteamericanos no quieren perder el valioso aliado que han encontrado en Cadeiros. Ellos mismos se encargan de hacerle propaganda, de convertirlo en una especie de dios a los ojos de la población. Su cabeza es puesta a precio a unas tarifas fantásticas, se le atribuyen todos los atentados que se cometen, y los «Boinas Verdes» repiten por doquier que es el mismo diablo y que nunca habían tropezado con un adversario de su talla, de su genio. Me pregunto si el mayor Nelson habrá recurrido a los especialistas en publicidad de Nueva York. En resumen, transcurridas unas semanas, o unos meses, todo el mundo se reirá del joven Bariego si se atreve a contar su historia. Por otra parte, Nelson se muestra genial. Hace contar, *por sus hombres*, la historia de la

ejecución fallida, del salto prodigioso por encima del muro de la prisión... Y los revolucionarios empiezan a formularse preguntas. La historia resulta increíble. ¿No habrá sido montada por los servicios secretos norteamericanos y ese Bariego —que no es de aquí y al que nadie conoce, a decir verdad— sería uno de sus agentes, lanzado en medio de las organizaciones izquierdistas para sembrar en ellas el desorden y la confusión? Cadeiros, por su parte, confía a algunos íntimos que el tal Bariego es seguramente un traidor. Le buscan con el pretexto de rendir un homenaje a su bravura, pero los jefes de la guerrilla están dispuestos a fusilarle en cuanto le echen mano... Milagros de la publicidad inteligente.

—Pero Bariego no dio señales de vida...

—En efecto. Y su actitud se explica fácilmente. No hay que olvidar que había resultado herido. En el calor de la acción pudo realizar una verdadera hazaña deportiva, pero lo más probable es que al caer al otro lado del muro se encontrara en un estado lastimoso. ¿Cómo consiguió salir de la ciudad? ¿Lo intentó siquiera? ¿O acudió a alguna parte para que le curasen? Nadie, sin duda, lo ha sabido, ni en el campamento norteamericano ni en el otro. Siguiendo en el terreno de las suposiciones, podemos creer que necesitó varios días, tal vez varias semanas, para sanar de sus heridas. Y que la persona que le cuidaba le informaría de los rumores que circulaban por la ciudad. Y sabemos que Bariego no era tonto. Comprendió rápidamente que corría un grave peligro, y que el arma que creía detentar contra Cadeiros podía volverse en realidad contra él. Llegó a la prudente conclusión de que lo mejor que podía hacer era abandonar el continente americano. Es posible que en aquella época conociera a la joven que se convirtió en su esposa y que semejante circunstancia precipitara su decisión. Se siente rodeado de tanto peligro que decide, como medida de precaución, no renovar su pasaporte... Sabe perfectamente que sus enemigos no habrán dejado de ponerse en contacto con los servicios administrativos por los cuales se vería obligado a pasar. En Europa cuenta con algunos amigos entre los jugadores profesionales de baloncesto que ha conocido en el curso de sus giras. Se pone en contacto con uno de ellos y, por mediación suya, consigue llegar a París. Al hacerlo, comete su primer error. Y también el último.

—La CIA, ¿eh?

—La CIA, sí... A Felipe Bariego no se le ocurre la idea de que, entre esos jugadores de baloncesto norteamericanos, hay muchos que perciben unas «bolsas de estudios» que les son entregadas por el gobierno de los Estados Unidos, si no directamente, al menos a través de organizaciones juveniles,

universitarias o puramente filantrópicas. A cambio, diremos, por eufemismo, que se obligan a continuar «manifestando su adhesión» a la madre patria. La mayoría, es cierto, no perciben dinero alguno. Entre los negros, abundan los que están firmemente decididos a no volver a poner los pies en Norteamérica, porque desprecian el sistema de vida de la sociedad yanqui. También ellos son objeto de una vigilancia especial a cargo de una sección de la CIA. Tal era el caso de Williams. Al ponerse en contacto con él, Felipe se metió en la boca del lobo.

—Sí —gruñó Sosthéne—. Ahora comprendo cómo debieron ocurrir las cosas. Y no hay por qué censurar a los servicios norteamericanos. En su lugar, nosotros hubiéramos hecho exactamente lo mismo.

—En efecto. Sin que él lo supiera, Felipe fue fichado, fotografiado. Sin duda no resultó muy difícil procurarse sus huellas dactilares... La ficha sería enviada a Langley, donde la noticia debió producir sensación. Sin embargo, es probable que en los primeros momentos nuestros colegas norteamericanos recibieran la orden de mantener a Felipe bajo su vigilancia, sin proceder a su ejecución. Habían transcurrido largos meses, la leyenda de Cadeiros tenía una base cada vez más firme y el joven peruano parecía dispuesto a crearse una existencia nueva. Tal vez no representaba ya ningún peligro. Por desgracia para él, me citó en aquel gimnasio. El agente encargado de su vigilancia debió reconocerme. O se limitó a advertir a sus jefes, facilitándoles mis señas y el número de la matrícula de mi automóvil. La reacción no se hizo esperar... Desde el momento en que Felipe Bariego se ponía en contacto con un servicio extranjero, el caso tomaba un giro muy distinto para los norteamericanos. Era necesario evitar que el jugador de baloncesto hablara y apoderarse al mismo tiempo del documento comprometedor... Ya conoces la continuación.

—Todo eso encaja perfectamente —aprobó Sosthéne—. A excepción de un pequeño detalle: ¿por qué no trataron de apoderarse de ese documento mucho antes? Me refiero a los norteamericanos.

—Tal vez se disponían a hacerlo... Pero, mientras Bariego permaneciese tranquilo, no convenía alarmarle. Por otra parte, Felipe podía haber encontrado un buen escondrijo para ese documento. Nada permitía asegurar que lo guardaba en su casa. En fin, no olvides que todos esos acontecimientos se han producido en un lapso de tiempo bastante breve. No puede hacer más de quince días que la oficina de la CIA en París supo a qué atenerse acerca de la identidad y el pasado del joven peruano.

—Es cierto. ¿Y qué ha sido de Cadeiros?

—Ayudado por los norteamericanos, continuó escalando los peldaños de la gloria. Sin embargo, después de su evasión simulada, tuvo que dar garantías de su lealtad a sus nuevos amos. Esto explica el exterminio de la guerrilla de la Mina. Y explica que Cadeiros pudiera pasar a través de las balas para volver a encontrarse, poco después, en La Habana, al lado de Fidel Castro, más glorioso y más heroico que nunca. Es posible que los yanquis acariciaran por un momento la esperanza de constituir, por su mediación, una cabeza de puente que les permitiera reconquistar la isla e instalar en el poder a un gobierno que les fuera adicto. Sin embargo, después de la desastrosa tentativa de la Bahía de los Cochinos, Washington vacila en comprometerse en una empresa semejante... El hecho de que en la isla existiera una mayoría que prefería aquel caudillo marxista a los yanquis, fue una amarga píldora que no han acabado de digerir. De modo que confiaron otra misión a Cadeiros. En el marco de la O. L. A. S.^[4], Cadeiros ostenta un cargo de título vago y rimbombante: delegado supremo de la Propaganda Exterior. En realidad, sus actividades son muy concretas: Cadeiros está encargado de organizar la red castrista en la Europa occidental y de suscitar un apoyo político e insurreccional al movimiento revolucionario latino-americano. ¿Comprendes el partido que los norteamericanos piensan sacar de la nueva misión que le ha sido confiada? Si consiguen controlar por medio de un agente unos ambientes que les son fundamentalmente hostiles, poseerán un arma formidable de presión contra las capitales europeas.

—Un punto para los yanquis —admitió Sosthène—. Desde luego, nuestros colegas de Langley han jugado muy bien sus cartas. Y tengo la impresión de que este asunto no nos incumbe, ni a ti ni a mí...

—En efecto. A quien le toca actuar es al Viejo. Al Viejo y a algunos otros. Pero tiene que ser advertido con la mayor rapidez. Debemos regresar.

—¿Y qué papel va a pintar su joven protegido en toda esta historia?

—No he vuelto a verle. Le he esperado casi toda la tarde. A decir verdad, empiezo a sentirme preocupado por él. Quisiera estar seguro de que ha conseguido llegar sin tropiezos a su guerrilla. El día que estalle la bomba Cadeiros, creo que muchos de esos jóvenes quedarán desmoralizados y que la mayoría de ellos regresarán a sus hogares.

—Si es que llega a estallar —murmuró pensativamente Sosthène—. Ya conoces al Viejo... Es muy posible que no intervenga directamente, que trate a su vez de controlar a Cadeiros. Tú y yo sabemos que de agente doble a agente triple no hay más que un paso.

Sosthéne estaba en lo cierto. El maquiavelismo del Viejo sabría adaptarse perfectamente a una situación tan complicada como aquélla. Cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que no había ningún interés real, en el terreno cruel y realista de la política exterior, en desenmascarar a Cadeiros públicamente y ponerle fuera de combate. Por el contrario, si conseguíamos introducirnos discretamente, sin que lo supieran los norteamericanos, en el astuto edificio que habían construido, nuestros servicios, a su vez, ocuparían una situación de privilegio en el mismo seno de la organización internacional.

—Creo que tienes razón —dije—. Y, al obrar así, firmaremos la sentencia de muerte de ese pobre joven. Cuando tenga la seguridad de que Cadeiros está bien situado, la CIA dará carta blanca a los *Special Forces*... Al menos en la América Central, y probablemente también en toda la parte norte del continente sudamericano, las guerrillas serán implacablemente destruidas. Nadie escapará con vida. Voy a volver a casa de Pepe para entrevistarme por última vez con ese joven testarudo... Nuestra pequeña comedia le ha impresionado. Falta convencerle. Aunque el Viejo se haya opuesto a esta solución, me pregunto si no será mejor utilizar la fuerza y obligarle a subir al avión con nosotros.

Sosthéne sacudió la cabeza:

—Se me ocurre una idea que tal vez no va a parecerle muy agradable. ¿Estás seguro de que Nelson va a dejarnos tomar el avión?

—¿A qué viene eso? ¿Por qué no tendría que dejarnos marchar? Mi coartada es excelente, y Nelson no nos ha demostrado la menor desconfianza.

—Tal vez... Por otra parte, es posible que no haya tratado de profundizar en los motivos de tu estancia en Managua. Esa aparente mansedumbre es de mal agüero. Si la hipótesis que acabas de formular es correcta, cabe esperar que Langley reaccione de un modo muy distinto.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque el informe de Nelson *tiene que haber mencionado* tu presencia en Managua. Y no olvides que fuiste testigo del asesinato de Bariago, y que éste pudo hablarte largo y tendido... Has sido reconocido, dices, por los agentes locales de la CIA. Dos y dos suman cuatro en todas las centrales de espionaje del mundo. A estas horas, todo el mundo ha comprendido, en Langley, que sigues la pista de Cadeiros. Y si existe una posibilidad, por pequeña que sea, de que descubras el pastel, lo que se juega es demasiado importante para que los yanquis se muestren sentimentales.

Suponiendo que el mayor Nelson no haya sido advertido aún, lo será dentro de unas horas, de un día a lo sumo... El sol empieza a quemar, amigo mío.

Tuve que repetirme que Sosthéne tenía razón. Cuanto más profundizaba en la idea que acababa de exponer, más lógica la encontraba.

—¡Dios mío! —exclamé—. Y yo que me tenía por listo...

—Terminar en el estómago de un tiburón me parece poco compatible con mi dignidad... Tal vez fuera conveniente que pensáramos en un medio rápido y discreto para abandonar este desagradable litoral.

—Voy a ocuparme de ello —dije—. El viejo Pepe es un zorro. Al no poder dedicarse a la lucha revolucionaria, consagró sus ocios al contrabando. No le será difícil hacernos embarcar clandestinamente en algún mercante... Quédate aquí con Luis, yo encontraré algún medio para avisarte y hacerte saber el lugar y la hora del embarque.

—Esperemos que así sea —dijo Sosthéne filosóficamente—. ¿No crees que sería preferible que me pusiera en contacto con la embajada?

—No. Si Nelson ha sido puesto sobre aviso, su primer cuidado será el de hacer vigilar la embajada. Bastará que tratemos de encontrar a uno de nuestros diplomáticos para que los *Special Forces* recurran a los medios más extremos... Me parece más prudente que salgamos del paso por nuestras propias fuerzas.

—Como quieras. Tú mandas, Dan.

Entró Luis. En la mano llevaba un paquete que me tendió, muy serio:

—Aquí tiene su encargo, *señor*. He escogido las tallas a ojo. Espero que no interrumpo sus confidencias —añadió, en tono reticente.

—No se enfade, Luis. Tenemos toda la confianza en usted. Ojalá que todos nuestros agentes residentes fueran tan abnegados, tan eficaces, tan valientes como usted... Pero en nuestra profesión hay unas normas que debemos cumplir al pie de la letra. En beneficio suyo, porque concedo una gran importancia a su seguridad, prefiero que ignore según qué acontecimientos. Su ignorancia, créame, puede ahorrarle horas muy penosas.

Luis pareció algo aliviado por mis palabras.

—Confío en usted, *señor*. Disculpe mi mal humor. Y sea prudente: no me ha gustado el ambiente de la ciudad. Me he cruzado con dos jeeps cargados de Amroks. Esos tipos observan a los transeúntes con unas miradas que hielan la médula.

—Voy a salir —dije—. En casa de Pepe estaré completamente seguro. En cuanto a ustedes, no salgan de aquí hasta nueva orden.

—Así lo haremos, *señor*...

—Luis —dijo Sosthéne—, me gustaría hacerte una pregunta. Varias veces, esta misma tarde, por ejemplo, me has contado la gloriosa historia de Manuel Cadeiros.

—Sí, *señor*. Manuelito, *el Libertador* —concretó pomposamente, con el rostro iluminado.

—Creí que ese adjetivo estaba reservado a la memoria de Simón Bolívar... —sugerí, con una voz llena de respeto y de admiración.

—Nicaragua tiene también su *Libertador, señor*. Sabemos que Cadeiros no nos olvida. Sabemos que se ha mezclado en la aventura castrista para servirnos mejor, para regresar al frente de tropas de refresco y expulsar al invasor yanqui...

El hecho de que un hombre como Luis estuviera así adoctrinado demostraba que los servicios norteamericanos de propaganda habían trabajado bien.

Sosthéne continuó:

—No me habías dicho que su madre y su hermana viven todavía en Managua. Imagino que son veneradas...

—Desde luego, *señor*. Conozco muy bien a la madre de Manuelito. Antes de casarse, vivía en este barrio. Yo era un niño y ella era ya una joven. Los domingos, cuando iba a misa envuelta en un gran chal castellano, despertaba mi más profunda admiración. La recuerdo muy bien.

—¿Y su hermana?

—No he conocido a Dolores. A decir verdad, ignoraba incluso su existencia. Después de su boda, la *señora* Cadeiros siguió a su marido a Bolivia, donde él trabajaba por cuenta de la *United Fruit*. En aquella época, esa formidable sociedad controlaba todo el mercado de frutas de la América Latina. Antes de la creación de los *Special Forces*, representaba el poder real del capitalismo norteamericano. El padre de Manuelito murió en Bolivia, de enfermedad. María regresó a Managua con su hijo. Éste era un chiquillo. Ignorábamos que tuviera una hermana mayor, la cual se había quedado en Bolivia, donde se casó. Viuda a su vez, regresó también a Managua, hace menos de un año.

—¿En qué época? —preguntó Sosthéne con una indiferencia muy bien fingida.

—No lo sé con exactitud, *señor*. A decir verdad, tal vez hace dieciocho meses, o dos años...

—¿Fue antes o después de que Cadeiros consiguiera fugarse de la prisión?

—Más o menos por entonces, *señor*. Quizás un poco antes, quizás un poco después...

Sosthéne sacudió la cabeza.

—Da la casualidad de que me he encontrado con esa joven —dijo, y me pareció que mentía—. Alguien me informó acerca de su identidad. Es una mujer muy guapa, y supongo que no tendrá dificultades para volver a casarse...

—Es la hermana de Manuel... El culto que rinde a su hermano ocupa en su corazón el lugar de un marido. Cada mañana, las dos mujeres asisten a la misa que ofrecen a la intención de Manuel, para que sobreviva, para que pueda llevar a buen término la tarea que se ha impuesto.

—¿Una misa? ¿A la intención de un jefe comunista?

—La religión es mala, pero sus ceremonias son beneficiosas para nuestras mujeres. Les permiten soportar mejor las dificultades de la vida.

—Curiosa filosofía —dije, sonriendo—. Ahora, he de marcharme.

Pareció como si Sosthéne quisiera decirme algo, pero optó por callarse y me tendió mi sombrero.

—*Hasta la vista, amigos.*

—*Hasta la vista.*

Capítulo VII

—ANA-RITA me abrió la puerta. Por el súbito rubor que enrojeció sus mejillas debí comprender que me acechaba un peligro. Pero, en mi fatuidad masculina, pensé que la joven se había emocionado con mi presencia, tal vez prendada de mi apostura.

La seguí, pues, sin la menor desconfianza.

—Su joven compatriota ha llegado, *señor*. Está en el despacho con mi padre. Le esperan allí.

Ana-Rita había hablado mientras andaba, sin mirarme. Y yo, tonto de mí, mantenía los ojos clavados en sus torneadas piernas, pensando que hasta entonces no les había dedicado la atención que merecían...

La joven abrió la puerta, y el viejo Pepe, con la mano, esbozó un saludo hospitalario. Enfrente de él, el joven Antoine fumaba, indiferente.

La puerta volvió a cerrarse a mi espalda. Simultáneamente, el cañón de una metralleta se apoyó contra mis riñones y, a mi izquierda, un hombre surgió de la sombra. Un tipo alto, de unos treinta años, de rostro inexpresivo y ojos duros y fríos. También él sostenía una Thompson entre sus manos. Antoine apartó el periódico que cubría sus rodillas. Vi surgir la negra boca de una automática.

—No se mueva —dijo el hombre de la Thompson—. Acérquese muy despacio a esa pared y deténgase cuando llegue a unos cincuenta centímetros de ella. Ahora, por favor, inclínese hacia adelante... Apóyese sobre sus manos. Y aparte los pies hasta que estén a un metro de distancia de la pared... Un poco más, por favor. Ahora, no se mueva.

Un tipo que conocía bien su oficio. Por la tensión de que estaba cargado el ambiente, comprendí que al menor gesto sospechoso llenarían mi cuerpo de plomo. Y lo que me aterrorizaba mucho más era la idea de que aquellos aficionados, en su nerviosismo, eran capaces de anticiparse incluso a mis probables intenciones. La idea me heló la sangre, y tuve que luchar contra mí mismo para resistir a la loca tentación de saltar sobre uno u otro.

El tipo alto me registró concienzudamente. Sus manos recorrieron mi cuerpo con habilidad.

—No está armado —dijo, en castellano, dirigiéndose a los otros—. Puede usted acercarse a la pared —añadió, en un francés trabajoso— y volverse. Pero no baje las manos.

—Hay que atarle, Pedro —dijo el joven Antoine en un tono cargado de odio—. Te repito que es sumamente peligroso.

—Tienda sus muñecas, *señor*. Y no se mueva.

—Podemos hablar en castellano —dije—. Resultará más cómodo para todo el mundo.

—Parece usted decidido a ser razonable, *señor*. Sin embargo, no le oculto que su caso es muy grave. Comparece usted ante un tribunal militar constituido de acuerdo con el procedimiento normal. Se encargará usted de su propia defensa. La sentencia será firme, sin apelación y sin recurso. Yo, Pedro Ramírez, teniente de las Fuerzas de Liberación Nacional, dirigiré los debates y dictaré la sentencia. Pepe será mi asesor. Su compatriota representa a la acusación. En cuanto al soldado destinado a vigilarle, podrá atestiguar que el juicio ha sido imparcial. Siéntese aquí.

Permanecí silencioso. Mis células grises, sin embargo, funcionaban a toda marcha. Atado como estaba, no podía pensar en fugarme. En cuanto a la naturaleza del veredicto dictado por esos tribunales de excepción, no podía hacerme ilusiones.

—La acusación tiene la palabra —dijo el teniente Ramírez. Estaba sentado a la derecha del viejo Pepe y, en su ridícula preocupación por conferir cierta solemnidad al acto, se había quitado el gorro, dejándolo sobre la mesa, cerca de él.

—Acuso a este hombre de ser un agente de los imperialistas —empezó Antoine—. Le acuso de ser el cómplice de los opresores yanquis. Le acuso de haber intentado infiltrarse en nuestra red, mediante argucias. Le acuso de haber conseguido recoger cierto número de informaciones que ha transmitido al mayor Nelson, su amigo. Le acuso de haber recibido, a cuenta, una importante suma de dinero, de sus patronos norteamericanos, en recompensa a sus servicios.

—El acusado tiene la palabra. ¿Qué contesta usted?

—Supongo que perdería el tiempo recusando la competencia de este tribunal.

—Desde luego. El tribunal se declara competente, de acuerdo con nuestra constitución interior provisional. Pasemos a los delitos que le son imputados. ¿Qué contesta usted?

—¿Por cuál he de empezar? —pregunté, escéptico.

—¿Es usted un agente norteamericano? Debo advertirle que una confesión sincera no le evitará la pena de muerte. Pero al menos le servirá para conocer un final misericordioso. Si es usted cristiano, no le negaremos los últimos auxilios de un sacerdote. Si se niega a confesar, será colgado por los pies y molido a golpes, hasta que se produzca la muerte.

—¿No se les ocurre la idea de que ese joven estúpido puede haber imaginado toda esa historia, o, sencillamente, haber incurrido en un error de interpretación? ¿No se les ha ocurrido la idea de que puedo ser inocente?

—Antoine nos ha dado pruebas que nos parecen suficientes. Es cierto que puede usted ser víctima de un malentendido. Para ponerlo en claro necesitaríamos una larga investigación, y la revolución tiene prisa, *señor*. La revolución no se inmuta por la sangre de algunos inocentes, si con ello se asegura de destruir el mal en su raíz. No hay alternativa, *señor*...

—Comprendo perfectamente —dije—, y no me hacía ilusiones. Sólo puedo esgrimir un argumento: soy un agente francés, comisionado oficialmente por mi país para efectuar una investigación en esta ciudad. Esa investigación no afecta a los *guerrilleros*, o, al menos, no tiene como objetivo comprometer su actuación ni su seguridad. Mi gobierno se ha abstenido siempre de toda crítica o de toda iniciativa en lo que respecta a los movimientos insurreccionales de la América Latina. Más aún, desde que Fidel Castro ha roto los puentes con Moscú, nuestros envíos a Cuba se han decuplicado. Somos los proveedores del castrismo en camiones *Berliet*, y, de un modo general, en material rodante. No hay que decir que esas ventas se efectúan en unas condiciones de crédito particularmente ventajosas...

—¿Qué tiene que ver eso con nuestro asunto, señor Pellerin?

—Si se produjera algún incidente —y la ejecución de un alto funcionario debidamente acreditado constituye el incidente-tipo—, mi gobierno se vería probablemente obligado a tomar medidas de represalia. En tal caso, este tribunal asumiría ciertas responsabilidades.

Se produjo un breve silencio. El argumento pesaba más de lo que yo había supuesto. Sin duda resultaba eficaz en el momento en que los rebeldes adquirirían conciencia del contexto político de su lucha.

—No creo que haya que tomar en consideración ese argumento —dijo entonces el joven francés—. El acusado acaba de reconocer que es un espía. Admitiendo incluso que trabaja normalmente en beneficio y por cuenta del gobierno francés, no hay que olvidar que Francia es un país aliado de los Estados Unidos de América, aunque a veces se permita ciertas veleidades. Además, su régimen se inspira en el respeto al capitalismo y al imperialismo

contra los cuales estamos luchando. El hecho de que, por oportunismo, comercie con potencias amigas nuestras, no absuelve al gobierno francés de sus pecados.

El teniente Ramírez inclinó la cabeza, asintiendo, y el viejo Pepe aprobó por su parte. La retórica del joven francés les había convencido. Me di cuenta de que estaba cogido en una trampa.

—¿Tiene usted algo más que añadir? —preguntó el teniente Ramírez.

Sacudí la cabeza:

—Tendría mucho que añadir. Pero no puedo hacerlo. Ni siquiera para salvar mi cabeza. Y, por otra parte, ninguno de ustedes me creería...

—Hermosa defensa —ironizó el joven Antoine—. ¿Niega usted que ha abusado de mi credulidad para hacerse conducir aquí? ¿Niega que ha estado tirando de la lengua a Pepe, tratando de arrancarle la dirección de Manuel Cadeiros, *el Libertador*?

—¿Le he pedido alguna vez una información de esa clase, Pepe?

El anciano se removió en su asiento, intranquilo.

—No, exactamente —dijo—. Pero tiene usted un modo muy hábil de hacer las preguntas sin formularlas. Se ha interesado por su madre, por su hermana... Y me ha hecho contar detalladamente la historia de su evasión.

—¿Qué tiene eso de malo? ¿Y de qué se hablaría en Managua, si no del héroe nacional?

Me apunté un tanto. No era gran cosa, pero no podía esperar nada mejor. Revelarles lo que sabía de Cadeiros era condenarme a una muerte rápida y brutal, sin que ninguno de ellos concediera la menor importancia a mis palabras... Tenía que encontrar otra línea de defensa.

Sin embargo, obstinado, rabioso, el joven idiota continuó implacablemente su requisitoria:

—¿Niega usted que se ha dirigido varias veces a la sede de los *Special Forces*? ¿Que ha solicitado ser recibido por el mayor Nelson? ¿Y que el mayor le recibió efectivamente ayer, por la mañana? ¿Cuál fue el tema de su conversación?

Me permití una leve sonrisa.

—Sé que no van a creerme... Le pedí que me proporcionara un fontanero para reparar mi instalación de aire acondicionado.

—No se burle de este tribunal —gruñó el teniente Ramírez, con el rostro enrojecido—. Le aconsejo que adopte otra actitud. Y que se muestre más cooperativo.

—¿Niega usted que ha invocado el primer pretexto que se le ha ocurrido para escapar de la vigilancia de Ana-Rita, esta tarde? ¿Adonde ha ido, si no a reunirse con sus cómplices? ¿Qué clase de informe les ha hecho?

Señalé el paquete que llevaba bajo el brazo a mi entrada y que me había sido arrancado:

—Pueden comprobarlo. He ido a comprar ropa interior, tal como le había dicho.

El teniente Ramírez ordenó al soldado encargado de mi vigilancia que le entregara el paquete. Con la ayuda de un cortapapeles hizo saltar la cinta adhesiva.

—Por una vez, no ha mentido.

En realidad, por una vez, yo mentía.

—El tribunal no toma en cuenta este cargo —declaró el teniente.

Por desgracia, quedaban otros. Pepe tomó la palabra:

—Yo experimentaba cierta simpatía por este hombre. Saqué para él mis mejores botellas de vino y le ofrecí mis cigarros. Puesto que he sido burlado en mi confianza, voto por un castigo ejemplar. Pido la pena de muerte y su aplicación inmediata.

El teniente Ramírez inclinó la cabeza. Parecía reflexionar. Finalmente, declaró:

—Yo voto también por la pena de muerte. La sentencia está dictada. Sin embargo, como ya le he dicho, puede usted esperar un final misericordioso si acepta entregarnos a sus cómplices. Díganos dónde podemos encontrarlos.

Me encogí de hombros, sin contestar. Antoine Deschamps se puso en pie, satisfecho.

—Joven cretino —dije, con los dientes apretados—, dudo que vuelvas a ver a tu padrastro... Pero, si vuelves a verle, no te olvides de darle recuerdos de mi parte.

El joven palideció.

—Ya ha tocado usted esa cuerda —replicó—, sin resultados positivos. Mi padrastro desprecia a los traidores de su especie.

—Está usted advertido, señor Pellerin —intervino el teniente Ramírez—. Vamos a bajarle a la bodega y a golpearle hasta que se decida a hablar. Y hablará usted.

—¡Váyanse al diablo, ustedes y su maldita revolución! —exclamé, furioso.

No recordaba haber conocido una situación más estúpida que aquella. Hubiera llorado de rabia, ante la imbecilidad de aquellos hombres. Y, sin

embargo, no se me ocurría ningún modo de convencerles. Mi mente, normalmente inventiva, se mostraba incapaz de proporcionarme una salida. Por la tarde, Sosthéne me había dado ya algunas lecciones de lógica... Por lo visto, estaba en baja forma. Sosthéne, el buen Sosthéne... ¿Qué sentido tenían las preguntas que le había formulado a Luis? ¿Y por qué había insistido en interrogarle delante de mí? Los dos hombres disponían de todo el día para charlar... Y Luis nos había hablado de la madre de Cadeiros, de su hermana...

—Un momento —dije—. ¿Puedo disponer de unos minutos?

—Todo depende de lo que piense hacer con ellos —respondió el teniente Ramírez, con una sonrisa.

—Reflexionar... Solamente reflexionar... Creo que tengo un argumento.

Mi pequeña mecánica interior giraba a toda marcha. Tenía que atrapar el razonamiento de Sosthéne, seguirlo, prolongarlo... Y la conclusión a que llegaba era tan fantástica que mi inteligencia empezó por rechazarla. Tuve que volver a examinarla, dos veces, tres veces... La hipótesis era audaz, y no era más que una hipótesis... Pero encajaba perfectamente con los hechos, arrojaba sobre ellos una nueva luz. Levanté la cabeza. Los tres hombres me observaban con curiosidad. En la mirada del viejo Pepe había incluso algo más que curiosidad, un poco de compasión, como si deseara secretamente que yo consiguiera demostrar mi buena fe.

—Estoy dispuesto a llegar a un acuerdo con ustedes —dije—. Pero es necesario que respeten ciegamente las condiciones del trato.

—Sin duda quiere vendernos sus cómplices a cambio de su pellejo —escupió Antoine con desprecio—. Esas repugnantes transacciones no nos interesan, señor Pellerin.

—No se trata de salvar mi pellejo —dije—. Sólo les pido un aplazamiento, durante el cual podrán tenerme a merced de ustedes, tan encadenado como les plazca. Adopten todas las precauciones para que me resulte imposible fugarme. Y si temen que mis cómplices me liberen, puesto que conocen estas señas, trasládenme a otra parte. Es indispensable que tengan ustedes la seguridad de que no trato únicamente de ganar tiempo.

—Es una extraña proposición, señor Pellerin —dijo el teniente—. ¿Adonde quiere usted ir a parar?

—Es necesario que, por su parte, sigan fielmente, en sus menores detalles, las líneas de un plan que acabo de concebir.

—¿Se trata de una estratagema destinada a hacernos caer en una trampa? —inquirió burlescamente Antoine.

—En absoluto. En Managua hay dos personas cuyo testimonio puede salvarme. Más aún, esas dos personas están en condiciones de prestarles una valiosa ayuda en su lucha. Y yo deseo que ustedes las rapten.

—¿Un rapto? ¿En pleno Managua? —interrogó Ramírez, suspicaz.

—Sí. Pero es una operación que no ofrece ninguna clase de peligro. No encontrarán la menor resistencia. Simplemente, necesito su palabra de honor de que seguirán escrupulosamente mis instrucciones.

—Eso es imposible, *señor*. A lo más que podemos acceder es a estudiarlas. Si nos parece que ofrece algún peligro para nosotros, actuaremos a nuestro modo.

—No —repliqué—. Por extravagante que les parezca mi propuesta, es preciso que confíen en mí. Lo que está en juego es la vida de su organización, la existencia de sus guerrillas, de sus hombres.

El teniente consultó a Antoine, y luego a Pepe, con la mirada. Su perplejidad era evidente.

—Eso es imposible, señor Pellerin —repitió—. No puedo aceptar semejante compromiso.

Se puso en pie. Ahora que había tomado una decisión, comprendí que me iba a resultar muy difícil hacerle dar marcha atrás. Decidí jugar mi última carta:

—Escuche, teniente... Tengo dos cómplices, en efecto, uno de los cuales es compatriota suyo. Voy a entregárselos. Voy a darle la dirección de la casa en la cual podrá encontrarlos. Voy a hacer algo más: le entregaré una nota; bastará que la entregue a esos dos hombres para que no ofrezcan ninguna clase de resistencia.

—Eso está mucho mejor, señor Pellerin —dijo el teniente, volviendo a sentarse—. Por mi parte, haré honor a mi palabra: le garantizo una muerte misericordiosa. Y Ana-Rita irá a buscarle un sacerdote, si lo desea. Esto es todo.

—No me ha entendido bien, teniente. Hace unos instantes no me refería a esas dos personas. Se las entrego para darle una garantía de mi buena fe. A cambio, espero que acepte mi propuesta: cuando estemos los tres a su merced, ¿comprenderá que tiene el deber de escucharme?

—Tal vez —dijo el teniente, indeciso—. En primer lugar, es necesario que nos apoderemos de esos dos hombres. Después, le doy mi palabra de que examinaré su sugerencia sin ninguna clase de idea preconcebida. ¿Es eso lo que espera de mí?

—Es lo mínimo, teniente... Quiera el cielo, en beneficio de usted y en el mío, que consiga convencerle.

* * *

La bodega era más amplia de lo que permitían suponer las dimensiones exteriores de la casa. Se componía de una gran bóveda de cemento en la cual desembocaban varios túneles secundarios. Cuando hube escrito la nota destinada a Sosthéne, volvieron a atarme y confiarme a la discreta vigilancia del mismo taciturno *guerrillero*. Estaba sentado contra la pared, sobre un leño que hacía de taburete.

El viejo Pepe vino a reunirse conmigo, encendió dos cigarrillos, colocó uno entre mis labios y se sentó a mi lado. Permanecemos silenciosos largo rato, el anciano, el joven rebelde y yo. Los ruidos de la ciudad nos llegaban amortiguados. De cuando en cuando, al paso de un camión más pesado, las paredes temblaban ligeramente. La temperatura era casi fresca, pero aquel mismo frescor estaba cargado de olores malsanos...

El anciano suspiró.

—Creo que vas a morir, muchacho —dijo—. Pesan demasiados cargos contra ti, y debes comprender que tenía la obligación de votar como lo he hecho... En mi lugar, tú también hubieras decretado la pena de muerte. Pero tengo la impresión de que eres un hombre valiente. Deseo que, en el último momento, no conozcas el miedo, ni el odio.

No contesté. El joven, por su parte, inclinó silenciosamente la cabeza. Por primera vez, tomó la palabra:

—Yo soy cristiano, *señor*... Hay muchos cristianos que participan en esta revolución. Si soy nombrado para ejecutarle, cumpliré con mi deber. Pero después, cuando me confiese con el padre, podré decirle, por haber asistido al juicio, que era justo que usted muriera.

—¿*Qué importancia tiene eso?* —gruñó el viejo Pepe—. Quisiera que me explicaras algo, *amigo*... Tal vez me equivoco al juzgarte, pero te considero un hombre rudo, leal a tu manera. Sin embargo, acabas de entregarnos deliberadamente a tus cómplices, uno de ellos compatriota tuyo. ¿Es el miedo a los golpes, a la tortura, lo que te ha inducido a esa cobardía?

Sonreí:

—Espero que el teniente Ramírez se formulará también esa pregunta, cuando compruebe que no le he engañado.

—El teniente Ramírez es un muchacho que no se formula preguntas —declaró sentenciosamente el viejo—. Lo propio de esta juventud es actuar

primero e interrogarse después. En mi época, los revolucionarios eran unos hombres inquietos, perpetuamente atormentados por sus escrúpulos. Hoy hacen tabla rasa de todo y siguen adelante. Mucho me temo que el teniente organice vuestras tres ejecuciones, en cuanto regrese. —En ese caso, Pepe —dije—, tiene usted que ayudarme. Tiene que intervenir... Es cierto que utilicé un subterfugio para introducirme en su casa. Mi trabajo me exige a menudo mentir, engañar, robar, e incluso matar. Pero he de demostrarle al teniente Ramírez y a ustedes mismos que mi misión no tenía por objeto perjudicar su revolución ni a ninguno de ustedes. Por el contrario, si me escucha, habré prestado un importante servicio a vuestra causa. Pepe, es preciso que le convenza para que me escuche...

El anciano reflexionó unos instantes. Luego se encogió de hombros.

—Haré lo que me pides —dijo—. Apoyaré tu propuesta y, si es razonable, el teniente me escuchará.

—Por desgracia, —dije— no es razonable... Todos ustedes la juzgarán completamente descabellada, cuando la exponga. Es preciso que me apoye usted ciegamente, Pepe, aunque se le ocurra la idea de que estoy loco de remate.

El anciano tomó su decisión:

—Te apoyaré. ¿Cuánto tiempo necesitarán para llevar a cabo esa operación?

—Una hora, dos a lo sumo...

—Bien. Tendrás ese plazo. Tu cigarrillo está apagado. Volveré a encenderlo.

El joven guerrillero encargado de mi vigilancia escupió en el suelo en señal de desaprobación. Un ruido de pasos resonó por encima de nuestras cabezas y, en lo alto de unos peldaños, la puerta se abrió. Luis entró en primer lugar, precediendo a Sosthéne. Los dos tenían los brazos levantados. La escasa iluminación no me permitió distinguir sus facciones. Pero, por la sarta de imprecaciones que soltó Sosthéne comprobé, sin sorpresa, que estaba de un humor pésimo.

Detrás de ellos entraron el teniente Ramírez, el joven Antoine con el ceño más fruncido que nunca y dos tipos armados. La bodega, súbitamente, se hizo demasiado pequeña para tanta gente.

El teniente avanzó. Tampoco él parecía particularmente feliz. Su ojo izquierdo, medio cerrado, estaba rodeado de un semicírculo violáceo...

—Me había dicho usted que sus hombres no opondrían ninguna resistencia —dijo rabiosamente—. Sin embargo, han hecho polvo a uno de

mis muchachos, al cual he tenido que evacuar con un brazo roto.

—Ha sido culpa suya —explicó Sosthéne, furioso—. Todo ha ido bien hasta que hemos subido al automóvil. Entonces, esos tipos han querido atarnos y vendarnos los ojos. Dando por sentado que veníamos aquí libremente, Luis y yo nos hemos opuesto a tal pretensión. No ha estado mal la cosa —añadió, sin disimular su satisfacción—. Y puedo decir que Luis ha hecho un buen papel. No se defiende mal, nuestro amigo...

—No debieron hacer eso, teniente —dije—. Habíamos acordado que mis amigos vendrían aquí libremente. Usted debía limitarse a darles escolta. ¿Quiere olvidar ese incidente?

Maquinalmente, el teniente palpó su ojo lastimado.

—Lo olvidaré muy pronto —dijo—. En cuanto sus cadáveres hayan sido arrojados al lago Nicaragua...

—Has dado tu palabra, Pedro —intervino Pepe—. Tienes que escuchar al francés, ahora...

—Le escucharé cuando esté muerto. Y no podemos eternizarnos aquí. La ciudad está en plena efervescencia: hemos encontrado muchos más policías que de costumbre... Dile a tu hija que vaya a buscar un cura. Y no hablemos más de esta historia.

—Has hecho una promesa, Pedro —replicó el anciano—. Somos varios los que te hemos oído hacerla. Incluso si es revolucionario —sobre todo si lucha por una causa noble—, un oficial no falta a su palabra. Insisto, Pedro.

Por una vez, el joven Antoine dio muestras de un poco de sentido común:

—Podemos escucharle —dijo—. A lo único que se ha comprometido usted es a escucharle, mi teniente. Si lo que busca es ganar tiempo, nos daremos cuenta.

—Habla, muchacho —dijo Pepe—. Y procura ser breve. Estos hombres tienen que salir de la ciudad antes de que anochezca.

—Hable —dijo el teniente Ramírez.

—No será muy largo —dije—. Dos mujeres viven a poca distancia de esta casa. Se trata únicamente de ir a buscarlas, con un pretexto cualquiera, y traerlas aquí.

Sosthéne gruñó. Sabía ahora lo que me proponía, y en su rostro se reflejó el desconcierto.

Los otros parecían más perplejos que sorprendidos. Se produjo un breve silencio. Luego, el teniente Ramírez inquirió:

—¿Quiénes son esas dos mujeres? ¿Y qué espera usted de ellas?

—Mucho. Las interrogaré en presencia de ustedes. Gracias a su testimonio, podrán ustedes asestarle un golpe muy duro al mayor Nelson. Y nos pondrán en libertad, a mis amigos y a mí.

El teniente reflexionó. Los otros permanecieron callados. Había conseguido intrigarles, y la curiosidad les dominaba. Pero me quedaba por franquear un escollo muy difícil.

—¿Quiere usted decir que esas dos damas están bajo la protección de los «Boinas Verdes»? —preguntó Ramírez, suspicaz.

—No. Viven solas. Nadie las vigila. Es una operación que no ofrece ningún peligro, teniente, si adopta usted algunas precauciones elementales. Por ejemplo —e insisto formalmente en este punto—, es indispensable que la operación sea llevada a cabo en el mayor secreto. Dos de sus hombres podrán traerlas hasta aquí sin llamar la atención.

Ramírez consultó a su gente con la mirada. Pepe se limitó a inclinar la cabeza, indicando que aprobaba mi sugerencia. Los otros rostros permanecían inexpresivos.

—Bien —dijo el teniente—. Si se trata de un truco, confieso que no percibo su mecanismo. Denos el nombre y la dirección de esas dos mujeres.

Vacilé a mi vez. Sabía el tumulto que iba a desencadenar. Contuve la respiración antes de soltar, con una voz que me esforcé en mantener firme:

—La mayoría de ustedes conoce a esas mujeres y sabe donde viven... Se trata de María Cadeiros y de su hija Dolores.

La sorpresa dejó boquiabierto a Pepe. Los otros parecían haberse transformado en estatuas. Transcurrieron unos largos segundos. Finalmente, Ramírez habló, con una voz seca y cortante:

—Ya se ha burlado bastante de nosotros, señor Pellerin. No podemos ponerle la mano encima a la madre del *Libertador*, ni a su hermana. No podemos ponerlas en entredicho, para enfrentarlas con un vulgar espía sin fe y sin ley como usted. Mi respuesta es no, señor Pellerin. No hay nadie aquí que considere que puedo dar otra.

Evidentemente, todo el mundo estaba de acuerdo con él. Sin embargo, Pepe no se había repuesto aún de su estupor. Me volví hacia él.

—No olvide lo que me ha prometido, Pepe...

—Yo... no sabía..., no sé... Escucha, Pedro, sé que la petición es extravagante, pero... reflexionemos un poco, ¿quieres?

Los otros parecieron horrorizados.

—No se hable más del asunto —dijo el teniente—. Y me sorprende que esas palabras puedan salir de tu boca sin que te ruborices, Pepe. Siempre has

sido para nosotros un amigo seguro y fiel, y no nos has negado tus servicios ni tu aliento. Pero siempre te has negado a formar parte de nuestro movimiento. Has decidido permanecer fiel a tus opiniones políticas. Aunque nos parezcan pasadas de moda, nadie se atrevería a echártelo en cara. Al contrario, tu fidelidad hace que te apreciemos más. Pero Manuel Cadeiros es nuestro jefe. Y como a tal debemos respetarle. No podemos infligirle esa afrenta, a través de su familia. Compréndelo, Pepe.

—Se trata de saber si esta revolución es la de un hombre o la de un pueblo. Como vosotros, siento por Cadeiros la más profunda admiración, y admitiría de buena gana que mañana se convirtiera en nuestro caudillo. Pero no creo en el hombre único, y más de una vez he vertido mi sangre para no creer más en semejantes hombres. Manuel Cadeiros es un combatiente de la revolución, quizás el más grande para la gente de este país. Pero, a mis ojos, no es más que un soldado como cada uno de nosotros. Y si la extravagante propuesta del francés afectara a una de nuestras familias, ninguno de nosotros se atrevería a protestar. Cadeiros debe recibir el mismo trato.

En boca del viejo anarquista, el argumento adquiriría una extraña resonancia. Sin estar convencido, Ramírez pareció sopesarlo. No era un secreto para nadie que el giro dictatorial que había tomado el régimen de Fidel Castro, el culto a la personalidad de que era objeto por parte del pueblo cubano propicio a inflamarse, cándido en sus amores como en sus odios, habían suscitado reacciones diversas en muchos partidos revolucionarios de la América Latina. Y todo hacía presumir que la posición adoptada por Manuel Cadeiros a la cabeza de los rebeldes favorecería, mañana, el establecimiento de otra monarquía despótica de hecho en Nicaragua.

—Soy de la opinión de Pepe —dijo súbitamente el joven Antoine.

Ramírez se volvió hacia él, visiblemente furioso.

—¿Hablas en serio?

—El viejo tiene razón. Y creo que el condenado ha dado una prueba de su sinceridad al entregarnos sus cómplices.

—Ahora somos dos —dijo Pepe—. Y la voz de ese muchacho pesa mucho. No olvides que representa la acusación.

El teniente se encogió de hombros.

—Sea —dijo—. Yo mismo iré a buscar a esas dos mujeres. Me llevaré a Sebastián.

—De acuerdo, Pedro —dijo Pepe—. Yo vigilaré a los prisioneros, si te parece. Y quisiera enseñarte algo.

Dio unos pasos para alcanzar una caja cuya tapadera levantó. Cuando volvió a acercarse a nosotros, blandía una especie de podadera.

—Mi machete —dijo—. Hace muchos años que no lo he utilizado. La última vez —debió ser en 1950 o en el 51—, abrió la cabeza de un oficial boliviano, a muchos kilómetros de aquí. Me quedaré con esos tres hombres, esperándote. Si dentro de dos horas no has regresado, o si se produce algún acontecimiento insólito, te juro que les abriré el vientre a los tres y que tardarán largas horas en morir.

—Confío en ti, Pepe —dijo Ramírez.

Un estremecimiento recorrió mi espina dorsal. Sabía que el viejo cumpliría su palabra. Y, por el brillo de su mirada, sabía también que la cumpliría con placer.

Sosthéne no había dicho nada en el curso de la discusión. Me recordó su presencia carraspeando ligeramente. Imposibilitado como estaba de explicarle mi plan, no sabía cómo tranquilizarle. Luis, por su parte, parecía estar muy lejos de nosotros. Les dirigí una seña amistosa a los dos, pero volvieron la cabeza. Me encontraba desesperadamente solo.

—Escuche, teniente —dije—. Hay que evitar que alguna de las dos mujeres advierta a un amigo... No lo olvide.

—Suponiendo que encontremos solamente a una de ellas en la casa, ¿qué debemos hacer?

—La que más nos interesa es la madre. Aunque su hija también sabe lo suficiente. Trate de traerlas a las dos.

—Bien, señor Pellerin... Si se trata de una jugada de póquer, sabe usted manejar las cartas, desde luego. Claro que la puesta vale la pena, ¿no es cierto?

Salió. Y, a partir de aquel momento, empezamos a contar los minutos.

Capítulo VIII

—SOY Cadeiros, la madre de Manuelito —dijo orgullosamente la anciana—. El teniente me ha asegurado que alguno de ustedes quería hablarme, antes de morir...

Se mantenía muy erguida, con los ojos semicerrados, y por su modo de inclinar la cabeza comprendí que estaba casi ciega. El teniente Ramírez se encontraba a unos pasos de distancia, en actitud respetuosa. A su lado, Dolores parecía preocupada. Examinaba el lugar y las personas —aquella siniestra bodega, aquellos hombres atados con una mueca de disgusto y de desprecio.

—Soy yo quien ha solicitado hablar con usted, señora... Estoy aquí, delante de usted, sentado. Y es cierto que voy a morir, quizá, muy pronto...

—¿Quién es usted? No conozco su voz. Habla usted el español de Castilla... ¿Quién es?

—Mi nombre no le dirá nada. Me llamo Daniel Pellerin y soy francés. Los hombres de su hijo me acusan de haberles espiado, y es verdad que lo he hecho. Pero no tenía la intención de perjudicarles, ni de perjudicar al *Libertador*.

—Manuelito sabe zafarse de sus enemigos —dijo orgullosamente la anciana.

Dolores avanzó unos pasos. Cogió a María por el brazo:

—Vámonos, madre. Esos hombres son unos vulgares espías. Han merecido el castigo que les espera. No tenemos nada que hablar con unos criminales.

La anciana aprobó dócilmente:

—Tienes razón, hija mía. Teniente, haga que nos acompañen a la casa. No me quedará ni un minuto más en este lugar.

—Un momento —dijo Pepe.

Salió de la sombra, se acercó a la anciana, tomó su brazo.

—María —le dijo—, conocí muy bien a Augusto, tu difunto marido. Él y yo habíamos charlado mucho. A menudo cambiábamos el mundo de arriba abajo delante de dos vasos de vino. Y admiro a tu hijo, el gran Manuel Cadeiros. Admiro su obra, el ascendiente que ha adquirido sobre las

multitudes. Pero esos hombres van a morir. Como última gracia, han pedido hablar contigo. No podíamos negárselo. ¿Tendrás tú el corazón tan seco? ¿Habrás olvidado que también Augusto conoció la miseria, el calabozo?

La anciana se estremeció. Dolores se interpuso:

—Mi madre es vieja y está cansada. Hay que dejarla en paz. Teniente, deseamos marcharnos.

—No se irá usted —dije secamente—. Aunque no tenga ningún poder para impedirselo, sé que usted no se marchará.

—Cállese.

—¿Qué hora es, *señorita*? —insistí.

La joven consultó rápidamente el reloj que no había dejado de manosear desde su llegada.

—No lo sé..., no tengo la hora exacta. Serán las ocho, sin duda...

—Las ocho, es muy posible... Señora Cadeiros —añadí, dirigiéndome a la anciana—, son las ocho. Está usted entre amigos. Todos esos hombres adoran a su hijo. Todos esos hombres la quieren a usted, todos darían su vida por la madre del *Libertador*. ¿Comprende bien lo que quiero decir, *señora* María?

—Sí, creo que sí —murmuró la anciana—. Creo que le comprendo, *señor*.

—También yo estoy aquí para ayudarla, señora. El momento ha llegado. No podía usted esperar más.

—Vamos, madre —dijo la joven, nerviosamente.

La anciana vaciló. Entonces pasó al último ataque:

—El mayor Nelson me ha hablado mucho de usted, Dolores.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Quién es el mayor Nelson? Teniente, haga que nos acompañen inmediatamente, o me verá obligada...

Su mano se hundió discretamente en su bolso. Podía aún escurrir el bulto. Nadie comprendía gran cosa de nuestro diálogo. Nadie desconfiaba de ella. Todos aquellos hombres estaban armados pero, ayudada por la sorpresa, Dolores podía fácilmente mantenerlos a raya, ganar la escalera, luego la calle...

—El mayor Nelson es su jefe, Dolores. Trabaja usted para él. No es la verdadera hermana de Manuelito. Es usted...

Ella había sacado su arma. Una Browning, sobre la cual la polvorienta bombilla proyectaba reflejos azulados.

—Que nadie se mueva —ordenó.

Nadie se movió. Todos estaban demasiado petrificados para que se les ocurriera la idea de esbozar un gesto. Todos, excepto la anciana María... Su

ataque fue repentino, de una formidable violencia. Por el sonido de la voz debió localizar la posición de su pretendida hija. Salió disparada hacia adelante, avanzando las manos, engarfiadas como garras. Dolores no la vio llegar. En el último segundo trató de evitar el choque, pero las viejas manos se habían aferrado a su rostro. Implacablemente. La joven aulló, levantó su arma...

He de hacer justicia a mi joven compatriota: en aquel momento hubiera hecho honor al coronel, su padrastro. De un salto, se unió a la refriega entre las dos mujeres. Oí el estampido de un disparo. Los tres cuerpos rodaron por el suelo, trabados. Ferozmente, la anciana se negaba a soltar su presa. En cuanto a Antoine, sujetaba con fuerza la muñeca de Dolores con la mano izquierda; con la otra golpeaba la nuca de la joven, sin conseguir atontarla.

Finalmente, Ramírez salió de la espantosa pesadilla que estaba viviendo. Aulló una orden, y sus hombres apuntaron sus metralletas sobre los tres cuerpos.

Únicamente entonces empecé a respirar.

—Detenga a esa joven, teniente... Trabaja efectivamente para los norteamericanos. Y examine cuidadosamente su reloj. Por su modo de manosearlo, no me sorprendería que ocultara una emisora en miniatura. Es posible que el mayor Nelson esté a la escucha, en el otro extremo de la ciudad, de todo lo que decimos.

* * *

Habíamos vuelto a subir al despacho de Pepe y el teniente Ramírez había ordenado que nos librasen de nuestras ataduras. Sin embargo, no puede decirse que nos trataran como amigos. Las puertas estaban vigiladas por dos jóvenes de aspecto decidido que no nos perdían de vista. Obedeciendo una orden de Pepe, Ana-Rita había traído unas botellas de cerveza y nadie nos había invitado a beber, únicamente Antoine nos manifestaba alguna atención. Me tiró un paquete de cigarrillos, con una sonrisa.

—¿Está usted en condiciones de hablar, *señora* María? —preguntó Ramírez—. ¿No prefiere contarle todo el asunto a su hijo, cuando vuelva a verle?

—Hay que matar a esa mujer —dijo la anciana, ferozmente—. ¿Están seguros de que no puede escaparse?

—Completamente seguros... He examinado ese reloj, señor Pellerin. No se trataba de una emisora, como suponía usted, sino de una mini-cámara fotográfica. Esa mujer no carecía de sangre fría. Ha tomado toda una serie de

clisés en la bodega, y a pesar de la deficiente iluminación, el mayor se ha perdido una excelente oportunidad de enriquecer sus archivos.

Yo le escuchaba distraídamente. Toda mi atención estaba concentrada, ahora, en la anciana. ¿Qué iba a decir? ¿Qué es lo que sabía, en realidad? ¿Era cómplice? ¿O sólo engañada?

A mi lado, Sosthéne tamborileaba sobre la mesa con las puntas de los dedos. Era un pequeño juego en el cual nos habíamos convertido en maestros, uno y otro. Utilizábamos un código del mismo modelo que el que se emplea en aeronáutica, consistente en un centenar de señales correspondientes a unas situaciones-tipo.

—¿Evasión? —interrogó Sosthéne.

—No.

—¿Teléfono?

—No.

Permaneció perplejo y luego, con la mayor frialdad, tamborileó mi nombre en clave acompañado de una mención particularmente injuriosa.

Yo sabía perfectamente en qué estaba pensando. Si el asunto Cadeiros era tratado en público, perderíamos con ello todo el provecho de mi misión. Y parecía que iba a serlo, si la anciana hablaba. De todos modos, contesté cumplidamente al insulto de mi colega antes de transmitir la señal de alarma:

—Fin de emisión.

Ramírez estaba hablando:

—... Hemos temblado todos por su seguridad, hace unos instantes, cuando se ha lanzado tan heroicamente sobre esa espía. A su edad, podía usted lastimarse seriamente...

—Casi he perdido la vista, pero aún estoy fuerte, muchacho. En más de una ocasión había proyectado atacar a esa mujer mientras dormía. Pero era muy lista y, por la noche, me obligaba a tragar un somnífero delante de ella.

—Así, pues, esa mujer había ocupado el lugar de su verdadera hija, a instigación del mayor Nelson —dijo Pepe—. ¿Cómo pudo usted aceptar semejante situación, María?

La anciana movió la cabeza de izquierda a derecha y de derecha a izquierda antes de contestar. Yo la observaba atentamente. No pudiendo interceptar su mirada muerta, trataba de adivinar por la contracción de los rasgos si se disponía a mentir —si había mentido ya—, o si el cansancio iba a inducirla a confesar.

—Hay que matar a esa mujer —repitió con obstinación—. ¿Necesitan más pruebas? ¿Qué les importa mi testimonio? Ya ven que estoy cansada, en

efecto, y que tengo miedo. Esa mujer es diabólica. Acabo de vivir un año infernal junto a ella. Mátela, teniente...

—Lo haré, *señora*, no lo dude —dijo Ramírez con una amable sonrisa—. Si no la ejecutamos inmediatamente, es porque tenemos excelentes motivos para ello... Le ruego que confíe en nosotros.

—¿Qué motivos pueden tener? ¿Sabe usted si los yanquis no están ya en camino para rescatarla? ¿Ha pensado en lo que sería de todos ustedes si ella recobrase la libertad?

—Le revelaré esos motivos en seguida, y con gran placer, créame... Pero, no ha contestado usted a la pregunta que le ha formulado Pepe... ¿Fue el mayor Nelson quien situó a esa mujer cerca de usted?

—Él fue, sí —asintió la anciana, fatigada—. Y yo me vi obligada a aceptar. Pido perdón por ello a todos, a mi hijo, a la causa de la revolución. Me vi obligada a aceptar.

La anciana se calló, un poco jadeante. Había hecho alarde de su fortaleza pero era evidente que aquel interrogatorio, aunque amistoso, le resultaba penoso. Intervine apresuradamente, aprovechando el movimiento de sorpresa general.

—¿Puedo ayudarla, *señora*? —inquirí con voz afectuosa.

—Nadie puede ayudarme, *señor*. Nadie sabe nada. Nadie ha podido saberlo nunca.

—Yo lo sé —dije, con la misma respetuosa afabilidad—. Sé que su heroísmo ha estado a la altura del heroísmo de su hijo. Sé toda la historia, *señora*, y soy su amigo. Interrúmpame si cometo algún error.

Ella volvió su rostro hacia mí. Yo sabía el sentido que tenían para ella, y *sólo para ella*, las palabras que yo acababa de pronunciar. Su rostro estaba grisáceo y sus ojos me buscaban en vano.

—¿Es usted un amigo de Manuel, *señor*? Mis ojos no pueden verle, pero en su voz me parece percibir un acento de sinceridad...

—¿Quién no es amigo del *Libertador*? ¿Quién no le admira? ¿Quién no lo haría todo para que él pueda continuar su tarea? Permítame que cuente la historia a los demás, y no me interrumpa si no me equivoco.

—De acuerdo, *señor*. Ignoro cómo ha penetrado usted mi secreto, pero, puesto que es así, dígales *lo que debe decirse*.

La pobre mujer había comprendido mi mensaje. Se aferraba desesperadamente a mí. Yo conté su historia.

* * *

—Empecemos por retroceder un par de años —dije—. Ninguno de ustedes ha olvidado aquellos días de angustia... Acababan de enterarse de que Manuelito Cadeiros había caído en manos de su enemigo mortal, el mayor Nelson. Ciertamente, en aquella época no era aún el gran *Libertador*. No era más que «Manuelito», pero todo un pueblo le adoraba ya. Los corazones de vuestras muchachas palpitaban por él, vuestros jóvenes soñaban en emular sus hazañas. Dejaban crecer sus cabellos para remontarlos sobre la nuca, como él... ¿No es cierto, señora?

—Muy cierto, sí...

—Cadeiros, pues, fue detenido, encarcelado, al mismo tiempo que tres o cuatro heroicos compañeros. El Presidente envió a los más crueles de sus Amroks para proceder a los interrogatorios. ¿Imaginan ustedes lo que fueron aquellos interrogatorios? Cada uno de aquellos muchachos fue molido a golpes, torturado. ¿Necesito decir que ninguno de ellos habló? Ninguno de ellos podía hablar porque, con su ejemplo, Manuelito galvanizaba los corazones. Porque, con su simple contacto, el hombre más débil se sentía un héroe.

En Europa, mi calculado énfasis me hubiera valido negras miradas y algunos sospechosos carraspeos. En aquellas regiones donde un torero mediocre oye cantar más himnos a su gloria que la propia Virgen, no provocaba ninguna sonrisa. Los hombres aprobaban gravemente. La anciana María apretaba las manos sobre sus rodillas, con la cabeza inclinada, en actitud de recogimiento.

—Entonces —continué—, el mayor Nelson tuvo una idea diabólica. Una idea que muy posiblemente le fue sugerida por algún esbirro a sueldo del Presidente. Después de todo, ¿cómo podía saber Nelson que la madre del héroe vivía en esta misma ciudad? Y que, viuda de un obrero, madre de un revolucionario, veía transcurrir unos días sin alegría, en la dignidad, el recogimiento y esa verdadera riqueza de los pobres que es orgullo...

Me interrumpieron unos murmullos de aprobación. Mi auditorio empezaba a calentarse.

—Tampoco podía saber que esa mujer había dado a luz una hija en tierra extranjera y que la hija se había quedado allá, casada, madre de familia tal vez, y que la anciana María, al no poder leer sus cartas, las llevaba a casa de algún vecino caritativo para enterarse de las noticias... Sí, amigos míos, tenemos que admitir que algún traidor ha aconsejado al mayor Nelson... Ojalá reciba, un día, el castigo que merece...

Uno de los jóvenes rebeldes aprobó vigorosamente con una larga letanía de insultos dedicados al traidor en cuestión. María, por su parte, no decía nada. Hubiérase dicho que estaba durmiendo.

—He aquí, pues, lo que pasó. La pobre anciana fue sacada de su casa por los «Boinas Verdes», conducida a la prisión. En aquella época ya había perdido la vista. De modo que le fue ahorrado el espectáculo de la carne martirizada de su hijo. Y, al hablar con su madre, Manuel supo conservar la firmeza de su voz, disimulando su dolor y su cansancio. Pero una madre capta ciertas cosas, más allá del concursó natural de los sentidos. María supo que su hijo sufría. Supo que también ella iba a sufrir. Sus verdugos, con la esperanza de vencer la resistencia del héroe, habían decidido martirizar a su madre delante de él. Golpearla, mutilarla si era preciso.

Estremecimiento de horror. Cerca de mí, Sosthéne se inclinaba, más interesado en mi actuación como orador que en la historia en sí.

—No olvidéis que Manuel había sido trasladado a la enfermería. Las graves heridas que había recibido parecían mortales. Y el mayor Nelson esperaba sin duda debilitar la resolución de sus compañeros separándoles de su jefe. Nuestra querida María no fue torturada el primer día. El mayor Nelson se limitó a llevarla delante del lecho de Manuel. Le concedió al héroe una noche de reflexión. Al día siguiente, el hijo vería cómo golpeaban a su madre ante sus ojos. Y, ¿qué hijo resistiría ese espectáculo? ¿Qué hombre no se confesaría vencido ante el cuadro de su madre martirizada? ¿Y qué perros rabiosos pueden perpetuar tales crímenes?

El silencio pesaba toneladas. Ana-Rita, en el umbral de la puerta, profirió un leve gemido y todas las cabezas se volvieron hacia ella. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Manuelito tomó una decisión. Sabía que su valor alcanzaba los límites supremos, pero sabía también que un héroe no puede transigir con la cobardía. Resolvió, pues, intentar evadirse o suicidarse. Por otra parte, los Amroks les hubieran matado a los dos en cualquier caso, después de haberle obligado a hablar, a indicar dónde se ocultaban sus camaradas. Desde luego, al huir, el héroe abandonaba a su madre en manos de sus enemigos. Al menos podría, después, vengar su muerte, hacer pagar el precio de la sangre a los inmundos verdugos... Nuestros amigos cristianos dirán que Dios le ayudó en su fuga. Y nosotros sabemos cómo consiguió, herido, medio muerto, engañar a sus vigilantes, volver a su querida guerrilla.

Los rostros se aclararon. Sosthéne carraspeó para mostrar que apreciaba el difícil viraje que yo acababa de dar.

—María, pues, permaneció en poder del mayor. En su primer movimiento de rabia, Nelson quiso condenarla a muerte. Pero intuyó que si incurría en tales atrocidades el pueblo iba a gruñir. Tal vez temió, incluso, que semejante a un arcángel invulnerable Manuel bajara de la montaña al frente de sus hombres y le hiciera expiar su pecado... Entonces se le ocurrió la idea de utilizar a esa mujer, y obligó a la anciana María a aceptar el trato: a los ojos de todo el mundo, la espía pasaría por la hija que había regresado, viuda, de América del Sur. Así quedaba tendida la trampa. Si se enteraba de que su madre había sido puesta en libertad, de que su hermana estaba con ella, Manuel no resistiría a la tentación de venir a estrecharlas entre sus brazos, a las dos... Y admitiendo incluso que desconfiara, no dejaría de enviar unos emisarios. La espía, entonces, estaría magníficamente situada para interceptar los mensajes y permitir así que el mayor Nelson efectuara algunas redadas espectaculares, capturando a Manuel, quizás...

Hice una breve pausa. Ana-Rita la aprovechó para traer tres botellas de cerveza, que dejó delante de nosotros. Pepe aprobó con la cabeza, silenciosamente.

—Pero, dirán ustedes, ¿tenía María tantos deseos de sobrevivir como para aceptar la propuesta del mayor? Pues bien, no: María es una hija del pueblo, y el sacrificio de su vida no le importaba. Lo que ignoraba el mayor es que desde hacía mucho tiempo la madre y el hijo habían previsto una eventualidad de aquella clase. Desconozco el trato que hicieron, pero supongo que María sabía que su hijo sería advertido inmediatamente del peligro. Y comprendió el partido que él podía sacar de aquella situación. Por eso fingió acobardarse, para que el mayor no sospechara y cayera en sus redes. Y ahora saben ustedes cómo ha podido manejar Manuel a los «Boinas Verdes», dándoles a veces un hueso que roer para conducirles, inmediatamente, a una emboscada en la cual dejaban la piel...

—¡Magnífico! —exclamó Pepe, entusiasmado—. María, es usted una mujer de las que a mí me gustan. Si no tuviera miedo a que Manuelito me rompiera los huesos, por haberseme ocurrido esta idea, me dedicaría a cortejarla...

La carcajada general distendió la atmósfera.

—Eso es —dijo la voz fatigada de la anciana—. Ese francés cuenta bien las cosas. Fue así, exactamente, como ocurrió todo.

—Pero, al final —dije—, Nelson y sus hombres empezaron a desconfiar. Los «Boinas Verdes» habían experimentado demasiados fracasos cuando

contaban con sorprender al enemigo. Imagino, señora, que la vida no fue para usted ae color de rosa, en estos últimos tiempos...

—No podía soportarla más —dijo María—. Incluso ahora, recordarla me da náuseas. Insista cerca del teniente, *señor*. Es preciso que maten a esa mujer, ahora mismo.

Hablaba más de la cuenta. Sin embargo, ninguno de los hombres manifestó la menor suspicacia.

—Le debo una disculpa, *señor* —dijo el teniente Ramírez, dirigiéndose a mí—. Su intervención en nuestros asuntos habrá sido beneficiosa, y todos le agradecemos la valiosa ayuda que nos ha prestado. Aunque sentimos curiosidad por saber cómo ha conseguido desenredar la madeja y reconstruir la verdad. ¿Es usted el diablo?

—Solamente uno de sus humildes servidores —dije, riendo—. Digamos que mi país sigue muy de cerca la evolución política en la América Central. Tenemos aquí buenos agentes, discretos, eficaces. Permítame presentarle a Luis, que es uno de nuestros corresponsales en Managua...

—Personalmente —protestó Luis—, yo no...

Le interrumpí vivamente, temiendo que comprometiera los resultados que tanto me había costado alcanzar:

—Luis es un hombre muy modesto. Los que le conocen, entre ustedes, saben que su corazón late a la izquierda, del lado del pueblo. Siente un ardiente deseo de unirse a las guerrillas, pero nosotros se lo hemos prohibido. Las personas como él, usted mismo habrá podido comprobarlo hoy, pueden ser más útiles en la clandestinidad que con una metralleta en la mano.

Nadie se atrevió a contradecirme, ni siquiera Luis, que no comprendía gran cosa de mis palabras y que se ruborizó hasta la raíz del pelo al volver a sentarse.

—¿Y esa mujer? —inquirió de nuevo la anciana, testaruda.

Ramírez sonrió. No respondió inmediatamente. Ahora que todo parecía haber sido puesto en claro, había estallado un alegre jolgorio. El joven Antonio me contemplaba con otros ojos, Pepe canturreaba un antiguo himno anarquista mientras servía de beber. Nuestros vigilantes intercambiaban comentarios animados...

Sosthéne se inclinó a mi oído.

—¡Lo nunca visto! —susurró, admirado—. El más extraordinario tejido de mentiras que haya sido fabricado nunca ante mis ojos... Tan lleno de contradicciones y de inverosimilitudes, que el más idiota de esos individuos debió haberte liquidado a la cuarta palabra... Tendrías que dedicarte a la

carrera política, *amigo*... Y yo sería lo bastante estúpido como para votar por ti.

—¿Qué opinas de la vieja?

—Le has prestado un gran servicio. Por sí sola, no hubiera sabido salir del paso. Debe creer que eres un amigo de su hijo, enviado por él para salvar los muebles. Continúa apoyándole en su traición. Pero, sin ti, lo hubiera dicho todo. Nosotros hubiéramos salvado nuestros pellejos, quizás, pero, desenmascarado Cadeiros, el Viejo perdía la ocasión de divertirse. De momento, tenemos todos los triunfos en la mano. Pero la partida no ha terminado aún.

—Sólo nos queda marcharnos a Costa Rica. Mañana estaremos en París, amigo mío. Con el inefable Antoine, o sin él. Por un feliz regreso...

Levanté mi vaso, y Sosthéne me imitó. En aquel momento, noté que el teniente Ramírez me observaba, sonriendo. Con su cortapapeles hizo tintinear su vaso y se restableció el silencio.

—Quiero comunicarles una extraordinaria noticia. La he reservado a propósito para este instante en que todos tenemos nuestros vasos en la mano, unidos en la amistad, en la fraternidad de los pueblos... He aquí por qué, *señora*, he aplazado para más tarde la ejecución de esa criminal... He aquí por qué, *señores franceses*, la expresión de mi gratitud ha debido parecerles poco efusiva. Otra persona se encargará de castigar a los culpables, de recompensar a los devotos aliados de nuestra revolución...

Mi corazón dejó de latir. La lámpara estaba a punto de caer del techo. Yo tenía los ojos clavados en ella y, sin embargo, no podía evitar que cayera sobre nuestras cabezas... Sabía lo que iba a seguir, palabra por palabra, letra por letra:

—Esta noche, *señores*, habrá fiesta en la montaña. El *Libertador*, Manuelito Cadeiros, el héroe, nuestro jefe, estará entre nosotros. Antes de marcharse a Europa, ha querido... visita fraternal... su antigua guerrilla...

El resto se perdió entre el clamor del auditorio. La anciana María se había puesto en pie, rígida, medio sofocada, y Pepe tuvo que sostenerla mientras ella desfallecía de dicha...

—Los camiones están preparados... Iremos todos. Que un par de hombres vayan a buscar a la prisionera. Que la aten y la amordacen cuidadosamente.

La sangre se había helado en mis venas. Aquel estúpido oficial acababa de firmar nuestra sentencia de muerte, con tanta seguridad como si se dispusiera, él mismo, a vaciarnos un cargador en el vientre.

A mi lado, Sosthéne, muy pálido, se había dejado caer sobre su silla. Al ver que el teniente le miraba, se disculpó con un gesto vago:

—La emoción, *señor* teniente. Y la alegría...

Esbocé una especie de rictus que podía pasar por una sonrisa de aprobación. Luego me dejé caer a mi vez sobre mi silla. No tenía ya piernas.

Capítulo IX

EL GANADO conducido al matadero no tiene la obligación de ir a él fingiendo la mayor alegría. El ganado no bebe, no canta, no se emborracha de *slogans* embriagadores. El ganado está preparado, por un largo y triste atavismo, a su suerte funesta.

Nuestras carnes, en cambio, se sublevaban. Y, sin embargo, tuvimos que cantar con los demás en cuanto los dos camiones se reunieron a la salida de la ciudad. Y si había acariciado la esperanza de intentar una fuga aprovechando algún atasco de la circulación, tuve que renunciar prontamente a ella. Por motivos de seguridad, habíamos sido amontonados sobre las plataformas cubiertas de paja y tapadas con un toldo. Además, me encontraba tendido entre dos de los *guerrilleros*, separado de un Sosthéne tan deshinchado como yo... En cuanto a Luis, embarcado en el otro camión, me había parecido completamente rebasado por los acontecimientos e incapaz de la menor iniciativa.

Hubiera llorado de rabia. La mala suerte se encarnizaba con nosotros y, esta vez, no veía ninguna posibilidad de burlar al destino. Si la «mamma» había podido tomarnos por aliados, Cadeiros no perdería el tiempo en consideraciones ociosas. No necesitaría más de diez segundos para comprender que lo sabíamos todo... Y acabaría con nosotros.

Ni siquiera tenía la posibilidad de hacer marcha atrás, de contar ahora la verdadera historia de su traición. Antes de que empezara a hablar me acribillarían. Maldije al Viejo, a sus tortuosas combinaciones y, por encima de todo, a aquel joven cretino responsable de todas nuestras desgracias.

Uno de los hombres se removió a mi lado y me hundió el tacón de su bota en la pantorrilla.

—Tenga cuidado —gruñí, furioso.

—Disculpe, *señor*... Estaba pensando en el vino que Pepe ha cargado en el primer camión. Esta noche vamos a divertirnos, *señor*...

Mucho más de lo que crees, joven inocente. Esta noche habrá carne borracha. Y también carne muerta, agujereada por todas partes. Entre ella la mía.

* * *

Para colmar mi furor, tuvimos que hacer a pie la mayor parte del camino, por una montaña que era un verdadero pedregal. Mis tobillos no dejaron de saludar a una sola de aquellas malditas piedras. Delante de mí, a unos pasos de distancia, Sosthéne blasfemaba como un carretero. Los dos llevábamos zapatos veraniegos, y los propios *guerrilleros* se compadecían de nuestra suerte. Toda tentativa de fuga hubiera sido ilusoria. Una luna generosa bañaba la montaña con su luz lechosa. Y estábamos rodeados de una docena de fusiles y de otras tantas metralletas empuñados por unos individuos acostumbrados a disparar...

Alguien, sin embargo, intentó la aventura. Yo había olvidado por completo a la pobre muchacha destinada por Nelson a vigilar a la anciana María. Tampoco ella podía hacerse ilusiones. A los ojos de sus compatriotas, su delito era incalificable, a pesar de que nadie supiera en concreto en qué consistía su verdadero papel. Había comprendido, sin duda, que Cadeiros no le concedería tiempo para explicarse. Tal vez ella no sentía tampoco el deseo de explicarse. Trató, pues, de huir.

Sus guardianes se habían visto obligados a desatarla para permitirle andar. Al pasar junto a un barranco de pendiente relativamente suave y excepcionalmente cubierto de una hierba larga y espesa, probó suerte y se dejó caer rodando. Por su modo de dejarse caer comprendí que había recibido una buena formación profesional. Tal vez procedía de la sección femenina de los *Special Forces*, cuya Escuela de Adiestramiento se encuentra en Panamá... De momento, creí que iba a tener éxito, hasta tal punto quedaron sorprendidos sus guardianes por lo repentino de su acción.

La joven sólo tenía que recorrer un centenar de metros para alcanzar una zona de sombra a partir de la cual tendría muchas posibilidades de escapar de las balas. Recorrió aquellos cien metros a una loca velocidad, inclinada sobre sí misma, las manos apretadas contra sus piernas.

Entonces, los jóvenes lobos se lanzaron tras la pitanza. Ninguno de ellos iba armado. Corrían con alegres aullidos, como en un juego bárbaro consagrado a una divinidad cruel... En pocos segundos alcanzaron su presa, la rodearon. La joven se irguió y se hizo el silencio.

Toda la columna se había detenido para contemplar el espectáculo.

La joven, alzando orgullosamente la cabeza, cruzó en sentido inverso el camino que acababa de recorrer. Los lobeznos la rodeaban. Uno de ellos tocaba la armónica. Extraía de ella unos acentos burlones.

Reemprendimos la marcha.

* * *

Finalmente, vi a Manuel Cadeiros.

El hombre estaba a la altura de su leyenda. Inmenso, atronador, barbudo... Nos esperaba delante de una gran tienda de campaña probablemente reservada para las reuniones de los jefes, iluminada violentamente por dos proyectores de acetileno.

La falsa Dolores fue llevada en primer lugar a su presencia. Los hombres formaban círculo alrededor de nosotros. En total, no llegaban a ciento cincuenta. Todos permanecían callados y, absurdamente, oímos a lo lejos la queja amorosa de algún animalito de la montaña. Me estremecí.

—¿De modo que ésta es mi hermana? —interrogó *el Libertador*.

Sus hombres estallaron en una risotada. La joven no se inmutó. Me admiró que no intentara confundirle, gritarle que él, mucho más que ella, era un impostor, un renegado, un traidor.

—No te pareces a Dolores —dijo Manuel—, Dolores es mucho más guapa que tú. Eres morena, también, y te peinas como ella. Pero, ¿no te ha dicho tu amo extranjero cómo puede reconocerse a mi hermana, sin posibilidad de equivocarse?

Se había acercado a ella. La dominaba con su inmenso corpachón. La joven tuvo que levantar la cabeza para mirarle. Únicamente Sosthéne y yo percibimos el infinito desprecio que reflejaban sus ojos.

—Muchacha, mi hermana fue derribada por un toro, en un campo. El animal se encarnizó con ella, taladrándola con sus cuernos. Mis padres gastaron todo su dinero para pagar al mejor cirujano de Bolivia. Y aquel hombre la salvó. Pero le quedó una profunda cicatriz, debajo del estómago. Aquí, en este preciso lugar...

No vi su gesto. Manuel estaba muy cerca de ella y, para clavar el puñal, le bastó con mover el brazo. Luego retrocedió, secándose la mano en el pantalón.

La joven permaneció erguida, con el mango del arma surgiendo horizontalmente de su vientre. Permaneció en pie unos minutos interminables.

—Sí, ahora te pareces a mi hermana —rugió Manuel—. Pero el cirujano vive muy lejos de aquí y nosotros somos pobres. Demasiado pobres para pagar sus honorarios, hermanita...

Los hombres aullaron de alegría. La joven abrió la boca y pronunció unas palabras que no llegaron a mis oídos. Luego giró sobre sí misma y se desplomó. Una leve queja brotó de sus labios, muy parecida a la otra queja animal de hacía unos instantes.

—Esa asquerosa me robaría mi hermoso cuchillo —dijo el *guerrillero*—. Nadie me había dicho que, además, era ladrona.

Entre las risas de sus leales, se inclinó sobre el cuerpo agonizante y, con un golpe seco, retiró el arma de la herida. Secó la hoja en la hierba y se incorporó:

—Así mueren los que traicionan a la revolución...

El coro repitió las palabras, las hinchó, las hizo volar por encima de la montaña.

Entonces, Ramírez nos hizo avanzar a nuestra vez.

* * *

—Éste es paisano nuestro, ¿verdad? ¿No te he visto en Managua?

—Sí, *señor Libertador* —balbució Luis—. Yo también te he visto algunas veces.

—¿Qué haces con esos *extranjeros*? ¿Por qué no te has unido a las fuerzas del Frente de Liberación Nacional?

—Tengo los pulmones enfermos, *señor Libertador*. Estoy demasiado estropeado para aspirar a un puesto de honor entre tus valerosos combatientes. Pero estoy contigo, *Libertador*. Y, en la sombra, trabajo para ti.

—Lo comprobaremos. Si nos has mentido, conocerás otra muerte. La que reservamos a los embusteros y a los incapaces. Saltarás desde lo alto del Pico de la Virgen. Si te brotan unas alas en pleno vuelo, no es imposible que te salves...

Grandes risotadas. Nosotros, ahora...

—Los franceses, ¿eh? Me han hablado de vosotros...

Capté perfectamente un brillo de inquietud y de indecisión en la mirada de Manuel.

—Les debemos mucho a estos hombres —intervino oportunamente el teniente Ramírez. Gracias a ellos hemos desenmascarado a la espía, librado a tu madre de sus garras. Puedes darles las gracias, *Libertador*. Han solicitado el honor de ser cumplimentados por ti, y no podíamos negárselo.

—Desde luego, sí... Pues bien, que así sea. Os doy las gracias, amigos míos. Sois nuestros huéspedes y participaréis en la fiesta. Que les den la tienda azul, cerca de la mía... ¿Dónde está mi madre?

Ramírez pareció un poco sorprendido por el hecho de que su jefe no nos manifestara más dignamente su gratitud. Pero le habían formulado una pregunta, y se apresuró a contestar:

—María, tu madre, estaba demasiado cansada para esta larga marcha, Manuel. Llegará mañana por el otro atajo. Está en el poblado indio y le he dejado una escolta. Tranquilízate, no carece de nada. Se sentirá muy feliz cuando pueda estrecharte contra su corazón. De momento, déjala descansar.

—Has hecho bien, Pedro. Eres un buen teniente, Pedro. Te he propuesto al Centro para que te sea confiada la responsabilidad de la *guerrilla* en todo el norte del país. No hay ningún motivo para que no seas nombrado, antes incluso de mi salida hacia Europa... Vamos, que corra el vino y que suene la música. Yo abriré el baile con Perlita. ¿Dónde se ha metido esa morenita?

—Estoy aquí, Manuelito. Estoy cerca de ti y no me ves, Manuelito.

—Eres tan pequeña...

Junto al improvisado estrado que ocupaban los músicos había una docena de muchachas entre las cuales reconocí, sin demasiada sorpresa, a la generosa Ana-Rita, rodeada de *barbudos*.

Nadie, ahora, se ocupaba de nosotros.

—Disponemos de una tregua —me susurró Sosthène—. Apártate un poco. Podremos hablar.

Una de las jóvenes nos entregó un cantarillo de vino y bebimos, los dos, con satisfacción.

—He aquí un placer con el cual ya no contaba —dije, secándome los labios con el dorso de la mano. Pero, tal como se presentaban las cosas, Cadeiros no podía obrar de otra forma. No podía liquidarnos sin más ni más, cuando a los ojos de todos habíamos salvado a su propia madre. Algunos de sus hombres no hubieran dejado de hacerse preguntas...

—Y, asimismo, sabe que somos prisioneros de nuestro secreto. Al igual que esa pobre muchacha cuyo cadáver acaban de retirar, no tendríamos ninguna posibilidad de ser creídos si decidiéramos desenmascararle. Nadie podría hacerlo, ni siquiera su madre... Por otra parte, nosotros constituimos un peligro para él. No puede dejarnos salir de aquí con vida...

La orquesta compuesta de guitarras y de armónicas atacó un pasodoble. Se formaron las parejas, y los barbudos, a falta de mujeres, se aparejaban entre sí. Un espectáculo divertido y vagamente enternecedor.

—Quería sugerirte una cosa —dije.

—Y yo también —respondió Sosthène.

—Creo que, después de habernos metido en nuestra tienda, no estaría de más que saliéramos de ella rápidamente y que nos fuéramos a dormir a otra parte —al raso, si es preciso—, relevándonos para montar guardia.

—No quería proponerte otra cosa.

—Me pregunto si habrá dejado centinelas —murmuré, pensativo.

—No podemos intentar nada de noche —objetó Sosthéne—. En cuanto se oculte la luna detrás de esas nubes, la montaña se convertirá en una trampa infranqueable. Nos romperíamos los huesos en el primer barranco.

—No pensaba en eso. ¿No crees que esos proyectores han de divisarse desde varios quilómetros de distancia? Un poco imprudente el *Libertador*, ¿no? Y esa música endiablada cuyos ecos repercuten por toda la montaña... Y todos esos jóvenes acostumbrados a un régimen frugal y a los cuales se sirve vino en abundancia... ¿En qué estado se encontrarán mañana, al despertar, si tienen que luchar?

—¿Ocurrieron así las cosas en la guerrilla de la Mina? —inquirió Sosthéne, siguiendo mi pensamiento.

—No me sorprendería demasiado.

—Os estaba buscando, amigos —dijo una voz detrás de nosotros.

Nos volvimos vivamente y, sin sorpresa, reconocí al joven protegido del Viejo.

—Quería presentarle de nuevo mis disculpas, señor Pellerin, y decirle cuánto lamento este malentendido. Ha faltado muy poco para que fuera responsable de su muerte, y lo hubiese lamentado infinitamente.

—No tanto como yo —repliqué, cáustico—. ¿No toma usted parte en la fiesta?

—No me gustan esas diversiones. Dentro de unos instantes, los muchachos se pelearán entre ellos y una chica vendrá a quejarse de que la han violado con demasiada rudeza. Además, ya habrá observado que carecemos de vigilancia...

—Eso estábamos comentando, en efecto —dije prudentemente—. Pero sabemos que Cadeiros conoce su oficio.

—Lo conoce mejor que nadie, desde luego. Y puedo tranquilizarles. Manuel les ha hecho una jugarreta a los gubernamentales. Les ha enviado tras una falsa pista, al otro lado del lago, y el mayor Nelson ha picado como un incauto. Nos veremos libres de ellos durante cinco o seis días, por lo menos.

—Estupendo —dije—. Ese muchacho les daría sopas con honda a los mejores expertos de nuestra Academia Militar. Claro que está jugando con fuego...

—¿A qué se refiere, señor Pellerin?

—Bueno, no se tome a mal esta reflexión, pero puede darse el caso de que Nelson y sus hombres no sean tan estúpidos. Por dos o tres veces, en estos últimos tiempos, unas guerrillas vecinas han sido diezmadas por los *Special*

Forces y sus aliados gubernamentales. Pero nadie se lo ha reprochado a Cadeiros, ni a los oficiales que mandaban esas guerrillas.

—Creo que no le comprendo, señor Pellerin.

—Tal vez sea preferible —dije, riendo—. Sería usted capaz de liquidarme en el acto si pusiera en duda las virtudes militares de Cadeiros.

—Ya las ha demostrado... Sin embargo, señor Pellerin, yo soy francés y mi entusiasmo es más comedido que el de esos sudamericanos, demasiado exuberantes para mi gusto. Por otra parte, tengo a gala ser cartesiano y no rechazo una idea *a priori*, sin haberla sometido a análisis. ¿Qué quiere usted decir exactamente?

—Trataba de sugerir que la popularidad de Cadeiros ha alcanzado tales cumbres que aun en el caso de que cometiera la mayor equivocación, nadie se la tomaría en cuenta. Sus gloriosos hechos de armas son hinchados desmesuradamente; sus errores, si los comete, son pasados en silencio.

—No creo que eso sea exacto, señor Pellerin...

—Supongamos que los gubernamentales ataquen mañana por la mañana. En el curso de la noche les habrá resultado fácil rodearles, guiándose por las luces y por los ruidos que ustedes no tratan de disimular. Encontrarán unos combatientes sin recursos y sin fuerzas... Sería una verdadera carnicería. En Europa, si un general fuera responsable de semejante desastre, sería juzgado por el Tribunal Supremo, o, al menos, tendría que rendir cuentas a sus superiores, justificar su estrategia. Aquí, si Cadeiros saliera con vida, su aureola sería mayor.

—Es posible... Pero da la casualidad de que los soldados no atacarán mañana.

—Para un hombre que tiene a gala ser cartesiano, la falta de lógica es evidente, mi joven amigo. Por otra parte, si atacaran, si usted pensara en su fuero íntimo que Cadeiros no es el superhombre cantado por los trovadores locales, ¿empezaría a dudar? La duda es científica, joven. La fe no es más que una superstición. ¿Se ha olvidado usted de dudar?

—Tal vez no, señor Pellerin. Menos de lo que usted cree, en cualquier caso. Cuando haya vivido unos días con nosotros, espero que comprenderá su error.

—Acepto el augurio —dije, sin convicción.

* * *

Fuimos a ocultarnos entre la hierba seca a unos treinta metros de nuestra tienda. Me hice cargo de la primera guardia y Sosthène se tumbó en el suelo.

—No tienen artillería —dijo—, y sólo disponen de una cantidad irrisoria de granadas. Además, para preservar de la humedad sus municiones, las untan con grasa animal...

—De cuando en cuando, los fusiles deben estallarles en las manos...

—Naturalmente. Luego les echan la culpa a los norteamericanos, diciendo que les hacen entregar unos fusiles con los cañones rajados... Otra cosa, saben fabricar minas o explosivos partiendo de los abonos nitrogenados que les entregan a los campesinos. Pero no separan la creta incorporada a ellos. Les he explicado el procedimiento, pero ni siquiera me han escuchado. Creen que la cosa marcha muy bien, y que sus minas hacen mucho ruido y mucho humo... Apuesto a que no romperían un tiesto... Desalentador.

Tras pronunciar esas palabras, Sosthéne se durmió e imagino que, en sus sueños, se ocupó de dar una instrucción seria y metódica a los jóvenes guerrilleros.

Me tendí a mi vez entre la hierba, apoyándome en los codos. Nuestra tienda se recortaba contra el cielo color malva. Me pregunté a qué hora iba a pasar algo.

* * *

La explosión me sacudió y, en una fracción de segundo, me encontré sentado, atento. Hacía poco tiempo que Sosthéne me había relevado y que yo había podido dormir un poco...

—Una granada —me informó Sosthéne, que acababa de reunirse conmigo—. A no ser que se trate de una de sus famosas minas.

—Si es una mina —dije—, no son tan torpes como parece. No queda gran cosa de esa tienda.

—Esperemos que se disipe el humo. Eso parece el incendio de un petrolero.

El campamento se agitaba, pero nosotros no nos movimos. Oímos algunas maldiciones, algunas galopadas.

—No vienen por aquí —dijo Sosthéne—. Sin embargo, han debido comprobar que no estábamos bajo la tienda. Deben preguntarse si nos hemos fugado.

—Saben muy bien que eso es imposible. Pero están demasiado cansados. Volverán a acostarse.

—Nuestra idea no era tan mala —concluyó Sosthéne—. A no ser, desde luego, que se trate de un «accidente».

* * *

—Un lamentable «accidente» —repitió Manuel, sonriendo—. Uno de nuestros muchachos que había bebido más de la cuenta y que quiso jugar con una granada de las que fabricamos nosotros. Las horquillas de seguridad saltan fácilmente.

Sabía que no creíamos una sola palabra de su historia, y se divertía con nosotros de un modo casi descarado.

—Beba, *señor* —me dijo—, y tranquilícese, el café no está envenenado. Vea cómo lo bebo yo.

Estalló en una risotada y tragó un sorbo de café de mi escudilla.

—En tal caso —dije, cortésmente—, no tengo ningún motivo para desconfiar.

Rió de nuevo antes de preguntar:

—¿Dónde diablos se han acostado esta noche? Han estado muy de suerte al no ocupar esa tienda, *señores*. Esta mañana estaríamos ocupados en hacerles un hermoso entierro. Y yo habría pronunciado un bello discurso sobre sus tumbas... Un discurso muy bello, *señores*.

—No lo dudo. Si los papeles estuvieran invertidos, si yo tuviera que hablar sobre su ataúd, también sabría encontrar imágenes emotivas.

Manuel se golpeó enérgicamente los muslos, muy alegre.

—Son muy bromistas... Los franceses son muy bromistas...

A nuestro alrededor, a pesar de que ya era de día, los hombres no demostraban demasiada prisa por levantarse.

—¡Están muy cansados, los pobres! —explicó Cadeiros—. No quiero molestarles. Esta tarde, quizá, haremos un poco de ejercicio. Si lo desean, pueden venir con nosotros.

Entonces pregunté, en tono de absoluta indiferencia:

—¿A qué hora tiene que atacar el mayor Nelson?

Manuel no rió. Por el contrario, su rostro se cerró. Parecía reflexionar. Sosthéne había palidecido pero, simulando un total desinterés, mojaba un trozo de pan de maíz en su café. Por mi parte, dejando mi escudilla a un lado, encendí un cigarrillo.

—Podría liquidarle ahora mismo —dijo el *guerrillero*, palmeando el enorme Colt que llevaba al cinto.

—No sería divertido —repliqué—, y sé que usted tiene cierto sentido del humor. Además, nadie lo comprendería.

Se encogió de hombros:

—No habrá nadie para comprender, *después...* Pero tiene usted razón en el primer punto. Nuestras situaciones son chistosas, y quisiera apreciar su comicidad hasta el final. Francamente, tengo todos los triunfos, *señores...*

Consultó su reloj:

—A estas horas, el ejército ha terminado de rodear esta montaña. Dentro de cuarenta minutos, los soldados gubernamentales pasarán al ataque. Oficialmente, los norteamericanos no participarán en esta operación. Pero la controlarán por medio de algunos de sus instructores. Escúchenme bien, *señores*, nadie saldrá con vida de este avispero. Sólo a este precio he aceptado la operación: *ningún superviviente*. El terreno será rastreado pulgada a pulgada. Todos los agujeros serán dinamitados. El ejército dispone de una potente artillería de montaña. Y la aviación soltará sus bombas en cuanto yo haya alcanzado el refugio que me ha sido asignado. No habrá lugar para ustedes en ese refugio, caballeros. Allí se librarán los últimos combates. Creo que mataré a los últimos de mis hombres con mis propias manos. Después, me haré el muerto y seré conducido discretamente lejos de allí. Me espera otro trabajo...

—Muy interesante —dijo Sosthéne, flemático—. ¿Puedo tomar un poco más de café?

—¿Es una mezcla del país? ¿O se trata de café brasileño? —inquirí, amable.

Cadeiros se echó a reír:

—Unos nervios sólidos, ¿eh? Les hará falta también una piel sólida, *señores...* Después de los primeros combates, encontrarán ustedes armas para defenderse, sin duda. Les bastará recoger las de los primeros cadáveres. Son ustedes soldados expertos y no tienen telarañas en los ojos. Tal vez consigan liquidar muchos soldados antes de sucumbir a la fuerza del número... Casi tres mil soldados, *señores*. Con las municiones de que disponemos, no podríamos matar ni a la tercera parte.

Se puso en pie, se apretó el cinturón:

—¿Por qué no llaman a algunos de mis hombres? ¿Por qué no les dicen lo que saben de mí? Tal vez les creerán...

—No —dije—. Cuando hayamos rechazado a los gubernamentales, le buscaremos a usted. Y continuaremos esta interesante conversación.

—Les deseo buena suerte, caballeros. Y, discúlpenme: he de tomar algunas disposiciones.

Nos quedamos solos. Me puse en pie:

—Nos queda media hora para encontrar una salida a este laberinto. No creo que Manuel haya mentido. Y te recuerdo que en caso de operación militar tú asumes el mando. Pon en marcha la calabaza que llevas encima de los hombros, y procura sacar de ella algo que se parezca a una idea...

* * *

Luis fue alcanzado por una de las primera ráfagas en el preciso instante en que se arrastraba en dirección a nosotros. Quedó partido en dos, bajo nuestros ojos, a menos de treinta metros de distancia. Sosthéne golpeó con el puño la roca que se alzaba delante de él:

—Era un buen muchacho, Dan. Por haber vivido estos últimos días con él, sé que era un buen muchacho. No merecía esta muerte estúpida.

Arreciaron las descargas. Oímos a Cadeiros que, vociferando, enviaba a sus hombres a los lugares más peligrosos.

—Organiza *seriamente* la resistencia —le dije a Sosthéne—. Otra prueba de su famoso sentido del humor.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Antoine Deschamps, furioso.

—¡Cierra el pico! —le intimó Sosthéne, agresivo—. Aplástate contra el suelo y cállate.

Sin embargo, Antoine nos había sido útil. Nos había proporcionado los explosivos que Sosthéne había colocado delante del reducto.

—Ahora estás luchando en el ejército francés —le recordó Sosthéne—. Y eres un soldado raso. Necesitábamos un soldado raso. Yo soy el general. Dan y Pepe son ayudantes. En combate, los ayudantes son más valiosos que los coroneles. Pepe representa a la Legión Extranjera. Y tú debes respetarnos a todos... ¡Cuidado!

Una granada estalló a unos pasos de nosotros, luego otra, luego toda una ristra. El estrépito era ensordecedor.

—Sobre todo no contestéis —repitió Sosthéne—. El éxito de mi plan depende de que el enemigo se sienta confiado y penetre en gran número en esa angosta garganta. Por nada del mundo debéis señalar vuestra posición.

No teníamos más armas que el viejo fusil del joven Antoine, comido por la herrumbre. Disparar con él equivalía a un suicidio.

—Tienen artillería, en efecto —dijo Sosthéne—. Ese cerdo no ha mentido... Ahí están... Sobre todo, que nadie se mueva.

Una docena de hombres se acercaban a la entrada del desfiladero, prudentemente, desplegados...

—Apuesto por el pelirrojo de la izquierda —dijo Sosthène—. Va a poner el pie encima. Está... ¡He ganado!

La explosión fue formidable y un alud de piedras cayó sobre los infortunados soldados.

—¡Tu turno, dinamitero! —aulló Sosthène.

Pepe dejó oír una risotada de satisfacción. Cogió las ocho granadas fumígenas y las lanzó una detrás de otra. En unos instantes, el sector quedó cubierto de una fantástica nube de humo negro.

—Lo que yo decía —comentó Sosthène—. En lo que toca a hacer humo, los guerrilleros son invencibles. ¡Vamos, muchachos!

Nos lanzamos al mismo centro de la humareda, tosiendo, carraspeando, ahogándonos.

—No toques a ése —gruñó Sosthène a mi lado—. Es de mi talla. Hay otro allí, detrás de mí.

Los cuatro íbamos casi desnudos, no habiendo conservado puestas más que nuestras camisas y nuestra ropa interior. Extraño espectáculo el de aquellos hombres semidesnudos ocupados en desvestir unos cadáveres en medio de una fantástica nube de humo y de polvo.

Algunas balas silbaban en nuestros oídos. Pero el adversario disparaba al azar y, en el monte y en tales condiciones, sólo una bala de cada diez mil hace blanco.

—Apresurémonos —gruñó Sosthène—. ¿Dónde estás, dinamitero?

—A tu lado —respondió Pepe, con voz casi alegre—. No consigo abotonarme esta asquerosa guerrera.

—Date prisa. Dentro de dos o tres minutos vamos a ser descubiertos. ¿Y Antoine? ¿Dónde está Antoine?

—Estoy listo —dijo el joven—. Sólo me falta el gorro. No lo encuentro.

—¡Al diablo! No serás el primer soldado que ha perdido su gorro. ¿Y tú, Dan?

—Preparado —dije—. Contigo, la guerra se convierte en una verdadera...

Me interrumpí bruscamente, atravesado el pulmón por una lacerante quemadura.

Debí gritar algo.

—Le estoy viendo, está herido —aulló junto a mi oído la voz de Pepe.

—Recógelo... Con mucho cuidado... Procura arrastrarle hasta aquí...

Noté que alguien me levantaba, me levantaba, me levantaba...

Una bala de cada diez mil, muchachos... Y, desde luego, tiene que darle al pobre Pellerin.

Capítulo X

—TAMBIEN hay unos periódicos de París... Todo lo que he podido encontrar. Algunos son atrasados, pero he pensado que no tenía importancia. Durante estas dos semanas han ocurrido muchas cosas. También he traído algunos libros. Y cigarrillos «gauloises»... Es lo que más me ha costado encontrar. Y además, esto...

—Gracias, Pepe.

—Lo pondré debajo de tu colchón. Es escocés... Quince años de garantía... Ya está. No tienes mal aspecto.

—Dentro de unos días me levantaré. Gracias por todo lo que has hecho.

—Yo te debo mucho más que las gracias. Y las palabras no significan nada. Tu amigo Sosthéne se ha marchado esta mañana.

—Lo sé. Vino a verme, ayer, y pudimos charlar. Le acompañaba Antoine, ¿no es cierto?

—Sí. Temo que vuestro joven amigo esté perdido para la causa de la revolución. Al menos, para la revolución activa, la única que cuenta. Las palabras...

—... no significan nada, ya lo has dicho, viejo perillán. ¿Tienes noticias de Managua?

El rostro de Pepe se ensombreció:

—Los norteamericanos cantan victoria, *amigo*. Muchos jóvenes valientes han muerto. No hubo prisioneros. Todos los que fueron capturados, heridos o no, fueron ejecutados. Me siento feliz al pensar que tu amigo y tú pudisteis escapar, *amigo*. Y pienso también en el pobre Luis. A él no le gustaba esta revolución, ¿verdad? Y, sin embargo, murió por ella... La vida es extraña, ¿no es cierto, *amigo*?

—¿Y Cadeiros?

—Ya sabrás que consiguió escapar de nuevo de los «Boinas Verdes». El mayor Nelson debe estar loco de rabia. He oído decir que Manuel se había deslizado por entre sus dedos, como la anguila de nuestros ríos. Sin embargo, hubo un momento en que se encontró rodeado con un último grupo de siete u ocho leales. Todos murieron, pero *el Libertador* pareció evaporarse... ¡Qué hombre! Sin duda, un día gobernará nuestro país. Tal vez hará como muchos

otros y se dejará corromper por el gusto del poder... Entonces, *amigo*, si vivo aún, empuñaré las armas contra él, una vez más... La anciana María ha muerto. No ha sobrevivido a todas esas emociones. Su viejo corazón falló en el transcurso de su huida, y los camaradas la enterraron en el monte, regado por la sangre de los hombres que combatieron a las órdenes de su hijo. Admirable mujer, y formidable símbolo.

—Hablas con la pasión de un joven, Pepe. Te creía curado de todos esos entusiasmos.

—Es cierto, *amigo*. Haces bien en reprenderme. Tengo la sangre demasiado espesa.

Se echó a reír.

—Nunca he sabido lo que *realmente* pensabas —añadió—. Ni siquiera he llegado a saber si de veras estás a nuestro lado.

—He corrido mucho mundo —dije—. He visto muchas cosas y he tratado de retener el mayor número posible de ellas... ¿Lees alguna vez, Pepe?

—En mi juventud, leía mucho. Ahora, mis ojos se cansan pronto y mi cabeza ya no es tan sólida.

—Hay una novela de anticipación bastante curiosa, publicada en los Estados Unidos poco después de la guerra, titulada «1984». Su autor es un tal George Orwell. Deberías leerla.

—Historias de cohetes y de marcianos, ¿eh? Soy demasiado viejo, *amigo*. Pertenezco a aquellos hombres para los cuales la luna era otro mundo.

—No se trata de eso. En su libro, el autor imagina el futuro idioma hablado por los hombres. Un idioma cómodo, funcional, que él llama el *Newspeak*.

—¿Y qué?

—En su deseo de ahorrarse esfuerzos inútiles, Orwell imagina que los hombres, cada año, reducen el vocabulario del *Newspeak*. Lo simplifican, ¿comprendes? Entonces, en virtud de un fenómeno extraño y muy conocido, al parecer, por los expertos en lingüística, las palabras llegan a cambiar de sentido. Al perder los matices, llegan a perder sus «coordenadas»... Y, poco a poco, adquieren a veces un sentido que es todo lo contrario de su significado original. Curioso, ¿verdad?

—Hum... ¿Por qué me cuentas eso? Encuentro esa idea bastante extravagante.

—¿Extravagante? ¿Consideras a Méjico como un país progresista, hasta estos últimos años?

—Si te refieres al Méjico de Cortinas, lo es todo, excepto progresista — dijo Pepe, con una risotada.

—Y, sin embargo, el partido gubernamental se autocalifica de «revolucionario» y «democrático». Y a nadie se le ocurre reír. ¿Has oído hablar de la guerra de Argelia?

—Desde luego, *amigo*. Tu país la ha perdido. Y me alegro. Era una guerra imperialista.

—Ése es tu punto de vista. En lo que a mí respecta, nunca he oído hablar de la «guerra» de Argelia, sino de nuestras operaciones de «pacificación». ¿Crees que «pacificación» tiene el mismo sentido que «guerra»? Cuando los rusos entraron en Budapest, o, más recientemente, en Praga, «liberaron» esas dos ciudades, ¿verdad? A los ojos de muchísimas personas, las «ocuparon». ¿Son sinónimos «liberar» y «ocupar»?

—No lo sé, *amigo*, no soy tan instruido. Pero, ¿adonde quieres ir a parar?

—A ninguna parte, Pepe. Únicamente quería explicarte mi desconfianza en las palabras. Tú desconfías de los hombres... Yo desconfío de las palabras a las cuales cada uno puede dar el sentido que le conviene. Y ésta es mi respuesta a la pregunta que me formulabas.

—Me pasa algo raro, *amigo*. Tengo la sensación de que tratas de entregarme un misterioso mensaje, y de que todo eso tiene un sentido. Pero que el diablo me lleve sin entiendo algo. ¿Quieres decir que la verdad es a veces distinta de lo que parece ser?

—No eres tan tonto, Pepe. Escúchame, ahora. Quiero que contestes a una pregunta. ¿Puedes abrirme tu corazón unos instantes y volver a cerrarlo, para siempre, sobre cierto secreto?

—Para ti puedo hacerlo, amigo mío, te lo juro.

—En Francia, existen organizaciones semejantes a aquella en la cual militaste...

—Sí.

—¿Tienes algún contacto con ellas?

—Sí... ¿Necesitas detalles?

—No. Entre aquellos hombres, ¿hay alguno que merezca toda tu confianza y que, a una señal tuya, haría lo que fuera preciso?

—Sí, *amigo*. Más de uno.

—Bien, Pepe. Ahora voy a pedirte que me dejes solo... Estoy fatigado.

—¿Es eso todo? ¿Es eso todo lo que querías saber?

—Desconfía de los hombres, Pepe, y de las palabras... Y desconfía mucho más de las palabras que les son pegadas a los hombres.

Pepe frunció el ceño. Su cerebro de viejo conspirador se ponía en marcha.

—Sólo conozco a uno —dijo vivamente—, al que tú conozcas también.

—Déjame, Pepe...

Pero el viejo continuaba reflexionando. Repentinamente, su rostro se iluminó para volver a ensombrecerse en seguida.

—¿Hablas en serio, *amigo*?

—Te he pedido que me dejes dormir.

—Voy a dejarte dormir. Necesito digerir lo que acabas de decirme. Voy a dejarte dormir, pero no pararé hasta haber descubierto... Descansa.

Se dirigió hacia la puerta, la abrió, volvió a cerrarla.

—Una sola pregunta, *amigo*. Puedes ahorrarme un largo viaje. No había *hermana*, ¿verdad? Nunca existió *una hermana*, ¿eh? Si voy a consultar las actas del registro civil, en Bolivia, no encontraré nada, ¿no es cierto?

—Déjame en paz, viejo charlatán.

—Haré ese viaje, *amigo*.

Pepe salió. Me senté en la cama. Mentalmente, me dirigí al Viejo:

«Lamento romper su hermoso mecanismo, caballero... Y, conociendo al personaje, no hubiera funcionado mucho tiempo. Lo siento... Pero le debía esto a Luis, y a todos esos jóvenes magníficamente imbéciles que se han hecho matar por *el Libertador*...»

Capítulo XI

—**T**IENE usted un cenicero a su derecha —dijo el Viejo—. ¿Se siente lo bastante descansado como para reemprender el trabajo?

—Durante estas últimas semanas me he aburrido como una ostra. ¿Tiene usted algo que confiarme?

—De momento, nada, pero no tardará en aparecer, mi querido amigo. Todo el planeta está en ebullición. Le encontraremos algo... Su última misión ha sido un éxito.

—¿De veras? —inquirí, amargamente—. No recuerdo haber ensuciado nunca un asunto, como ensució ese... Tuve suerte.

—Tuvo usted éxito, Dan, y esto es lo que me importa... No discutamos si se ha debido a la suerte o a su astucia: lo esencial es el resultado.

—No puedo evitar el pensar en todos aquellos hombres que murieron allá, en la montaña. De las dos partes.

—No se enterezca, Dan. Todos ellos habían aceptado el riesgo. En nuestra jungla, sobrevive el más fuerte o el más listo. Aunque deba su supervivencia al sacrificio más o menos deliberado de algunos inocentes. El concepto de justicia sólo aparece en segundo término, Dan, después de nuestro éxito.

—Me recuerda usted a alguien —declaré, sin alegría—. Cuando el teniente Ramírez presidía aquel tribunal, razonaba como usted. La revolución en primer lugar, la justicia después... Y me acusaba de representar al «gran capitalismo», al «imperialismo opresor» y a no sé cuantas cosas más. Compruebo que los métodos son los mismos a ambos lados de la barricada.

—Lo que no puede comprender Ramírez, lo que usted parece olvidar, Dan, es que ni usted ni yo estamos a uno u otro lado de la barricada. Todos esos nombres que terminan en «ismo» no deben significar a nuestros ojos más que una cómoda etiqueta para nuestras clasificaciones. Nosotros somos los servidores de esta nación y nada más. Antes que nosotros, hubo otros servidores que pusieron la misma buena fe, el mismo coraje, al servicio del régimen monárquico. Siempre los ha habido, en los períodos más negros de nuestra historia, para ayudar al timonel a mantener el barco en la corriente. Habrá otros, mañana, para continuar nuestra obra, sea cual sea el régimen

político que escoja el país... Para que una nación pueda elegir sus hombres, sus estructuras, es preciso, en primer lugar, *que exista*; es preciso que una larga serie de hombres silenciosos y discretos hayan asegurado su supervivencia a lo largo de los siglos, su independencia en el tiempo, en el espacio geográfico. Sólo los países fuertes y libres pueden permitirse el lujo de una revolución... Ésa es, sin duda, la verdadera grandeza de nuestro trabajo, Dan, un ideal comparable a cualquier otro, porque hunde sus raíces en los tiempos más antiguos de nuestra historia, porque no depende de ningún sistema en exclusiva, porque está hecho de abnegación...

El Viejo se interrumpió, algo confuso.

Sonreí:

—¿Me está dando una lección?

—Una puntualización, sencillamente. Me importa un bledo que se burle de mi lirismo. Cuando reemprenda el trabajo, volverá usted a ser como yo, coriáceo, decididamente realista, insensible a los bellos espejismos de los *slogans*. Y tiene que ser así, Dan, en beneficio de su paz interior.

—Trataré de recordarlo.

—A propósito de «paz interior», hoy he almorzado con el coronel. Puede decirse que le ha devuelto usted la alegría de vivir. Incluso quería enviarle una buena suma de dinero, en prueba de gratitud.

—¡El viejo imbécil! —exclamé, furioso—. ¡Que se vayan al diablo, él y su dinero! Que...

—Despacio, Dan. El coronel es amigo mío. No sabe qué hacer para darle las gracias. Pero ya le he dicho lo desinteresado que es usted...

—No exageremos, señor. Estoy redactando mi nota de gastos, y le advierto que será especialmente elevada. En cuanto a la prima de «misión arriesgada», la quiero al índice veinticuatro...

El Viejo se sobresaltó:

—¡Ni pensarlo! El índice veinticuatro sólo se concede excepcionalmente y en zona «reservada».

—Índice veinticuatro. No transigiré. ¿Qué cree usted que caía del cielo en la zona a la cual fui a recuperar a ese jovencito?

—No tengo ni idea.

—Llovía plomo, señor. Lo nunca visto. Como si cada soldado hiciera funcionar diez ametralladoras. Y eso no es todo. ¿Ha oído usted hablar, alguna vez, de tiburones que viven en agua dulce?

—Nunca.

—Pues bien, en Nicaragua los poseen. Y cuando están demasiado hambrientos, saltan del agua y agarran a los niños imprudentes que juegan en el puerto. Se los ha visto subir hasta el centro de la ciudad.

—¿No exagera un poco?

—Apenas. Y no le hablo de los tornados, de los temblores de tierra.

—No me diga que ha ocurrido algo de eso durante su estancia allí.

—A decir verdad, no. Pero no por ello es menor «el riesgo», índice veinticuatro, señor...

Suspiró profundamente, como de costumbre.

—De acuerdo, Dan... Quisiera hablarle de Antoine.

—Cuando oigo su nombre, se me erizan los cabellos. ¿Qué es lo que pasa?

—El coronel les ha enviado a Saint-Tropez, a su madre y a él. Según las últimas noticias, anoche regresó a su hotel borracho como una cuba y con una rubia colgada de cada brazo.

—¡Señor! —exclamé—. Que le alimenten hasta el final de sus días en rubias y en whisky aceptables...

—Es lo que piensa hacer el coronel.

—Me alegro muchísimo. ¿Es todo?

—No.

Sonrió maliciosamente, hundió la mano en un cajón de su escritorio y sacó una llave pintada de rojo.

—En su opinión, ¿qué es este objeto? —preguntó.

—Doble la prima y acepto la apuesta —dije—. Es una llave.

—Una llave, desde luego. Pero, ¿qué clase de llave?

—A ver... Déjeme adivinarlo.

—¿Nos apostamos la cena de casa Gino?

—De acuerdo. No tiene que ser muy difícil.

—No lo adivinará usted.

—Concédame unos minutos.

—Entretanto, voy a encargar la cena. Pero no lo adivinará usted. Puede ir preparando el dinero.

—No me ponga de mal humor.

Mientras el Viejo pasaba el encargo, reflexioné activamente. A menudo, el Viejo y yo nos permitíamos unos pequeños juegos de nuestra invención, que requerían únicamente un poco de astucia.

Cuando hubo terminado la comunicación, dejé la llave sobre su escritorio:

—Este objeto, en sí, carece de interés. El que cuenta es *el otro*.

El Viejo frunció las cejas:

—¿El otro?

—Sí, el que usted guarda probablemente en ese mismo cajón. A no ser que lo haya archivado... Puede tratarse de un sobre o de un simple papel doblado. No es imposible que esté manchado de sangre.

Sacudió la cabeza:

—Ha ganado usted, Dan... Pero, ¿cómo diablos se las ha arreglado?

—En Managua he oído hablar mucho de Felipe Bariego. Y lo que sé de ese joven me hace creer que no tenía nada de idiota. Nunca he admitido que nuestros amigos norteamericanos hayan encontrado tan fácilmente, entre sus pertenencias, el documento que constituía una prueba abrumadora contra Cadeiros. Pensé que Felipe había tenido la paciencia y la astucia necesarias para hacer una copia perfectamente imitada. Pero no era posible que guardara el original en su casa. Tenía que haberla metido en alguna parte, en una caja fuerte de un banco o en cualquier consigna automática. Esta llave es una llave de consigna. Lo malo, para él, era que esa solución no hacía más que desplazar el problema. Tenía que ocultar también esta llave, ya que de ser encontrada entre sus pertenencias hubiera provocado sospechas...

—Correcto. Nuestros colegas norteamericanos registraron el apartamento de arriba abajo y no encontraron la llave. Sin embargo, estaba allí. Su peruano era muy astuto, en efecto. ¿Dónde la había ocultado?

—Ya entiendo —dije—. De modo que la señora Bariego se ha mudado... ¿Ha regresado a su país, quizás?

—No se trata de eso —gruñó el Viejo—. El mejor escondrijo que puede encontrarse para un objeto insólito, es el que le hará perder su carácter insólito... Edgar Poe escribió algo acerca de eso. Bariego se había limitado a colocar la llave en la cerradura de su baúl. En realidad, había llevado su refinamiento hasta el punto de hacer cambiar la cerradura del baúl, adaptándola a la llave. ¿A quién se le ocurriría comprobar el funcionamiento de una cerradura de baúl vacío y abierto?

—Y cuando la señora Bariego quiso utilizar aquel baúl para su traslado, se dio cuenta de que la llave no funcionaba.

—Y tuvo la buena idea de avisar a Maréchal. Éste, por su parte, después de la reciente algarada, consideró más prudente informarme de su descubrimiento. Y hemos acordado que sería yo quien se encargaría de Cadeiros. Le reservo una alegre sorpresa, desde luego... Espero mucho de ese personaje.

—Eso es asunto suyo, señor.

Jacqueline entró con las dos bandejas. Como de costumbre, el Viejo salió galantemente a su encuentro para librarla de su carga. Comprobó el frescor del Sancerre y pareció satisfecho.

—Tengo un hambre de lobo —dijo, frotándose las manos—. Acérquese, muchacho.

Empujé mi silla y me instalé cómodamente. Pero el Viejo no se movió. Se había quedado inmóvil, la mirada fija, la oreja violácea, síntomas de una gran excitación.

—Dígame, muchacho... —empezó.

Se interrumpió, pareció reflexionar antes de continuar:

—Dígame... Veo que sabe usted hacer funcionar agradablemente su cerebro, pero, no obstante...

—Este salmón es delicioso —dije—. Cada vez que compro salmón por mi cuenta, me encuentro con unas lonjas casi resacas... Éste, en cambio, es muy oleoso...

—Un momento, Dan... ¿Lo he soñado, o me ha dicho usted hace unos instantes que el documento relativo a Cadeiros debía estar «manchado de sangre»?

—¿Eso he dicho?

—No se haga el tonto, Dan. Comprendo perfectamente el mecanismo de sus deducciones, pero nada de lo que le he dicho podía permitirle adivinar ese detalle... Ya que, efectivamente, está manchado de sangre.

—Soy un poco brujo —admití, de buen humor—. Soy menos inteligente de lo que usted cree, pero lo compenso con mis cualidades de brujo. Eso es todo. Recuerde que yo no le he asegurado que ese papel estaba manchado de sangre. Le he dicho que era posible que lo estuviese. No arriesgaba gran cosa, ¿verdad?

El Viejo se sentó lentamente y reflexionó a su vez.

—Una botella de champaña no sería demasiado para festejar el regreso del hijo pródigo, ¿no le parece? ¿Nos la tomamos?

—De acuerdo, Dan.

Cadeiros desembarcó en Orly el lunes siguiente. Sosthène y yo no quisimos perdernos el espectáculo. También el Viejo se había hecho conducir al aeropuerto en su anticuado *Salmson*. Se mezcló con la multitud de periodistas que acogían al político. Éste cruzó el vestíbulo, repartiendo apretones de manos, sonrisas...

Sosthène y yo nos manteníamos apartados. Mi compañero estaba que trinaba.

—¡El muy cerdo! —gruñó—. De buena gana le pegaría un par de tiros, aquí mismo...

—¿No crees en la justicia inmanente?

—Monsergas... Esta misma noche, ese sinvergüenza se correrá la gran juerga en el *Folies Bergère*. Y mañana empezará su vil tarea. ¿Y tú aceptas eso?

—No soy más que un servidor —dije—. Un modesto servidor.

Sosthéne se comportó entonces de un modo grosero. Escupió en el suelo, casi entre mis pies.

Un gran automóvil negro esperaba a Cadeiros. Dos jóvenes agresivamente barbudos se hicieron cargo de su equipaje. Manuel Cadeiros avanzó, sonriente. Se oyó una especie de «plof» apenas perceptible y *el Libertador* dio un traspiés. En la base de su nariz había ahora un pequeño agujero, del tamaño de una moneda de cinco francos. Detrás, en el agujero de la nuca, cabían una cartera, un pañuelo y un encendedor. Cadeiros se desplomó al mismo tiempo que rugía el motor de un coche deportivo.

—Lo veo y no lo creo —comentó tranquilamente Sosthéne—. Tú que hablabas de justicia inmanente...

—El Viejo se pondrá furioso —dije—. Pensaba divertirse mucho con su nueva marioneta.

El Viejo estaba cerca de mí. Debió oír el final de mi frase. Sus ojos relampaguearon:

—Espero que eso no habrá sido una de sus jugarretas, Dan...

—¿Cómo ha podido pasar semejante sospecha por su imaginación, señor?

—Seguramente, ha sido un golpe de los yanquis —sugirió Sosthéne, jovialmente—. Se habrán olido algo.

—No sea estúpido, Sosthéne —dijo el Viejo—. Los norteamericanos no se han olido nada. Es evidente que toda una prensa va a acusar a la CIA. Pero nosotros sabemos que Langley concedía una gran importancia a la vida de Cadeiros.

—En este oficio... —murmuré, prudentemente.

El Viejo me dirigió una mirada cargada de sospechas.

—No le pido su palabra de honor, Dan —gruñó—. Tendría que hacerlo, pero no voy a pedírsela.

Clavé mis ojos en los suyos.

—Gracias, señor —dije.

Entre nosotros no volvió a hablarse nunca más de Cadeiros.

UN CALDO PARA CALONE

Un bouillon pour Calone

Alain Page

ALAIN PAGE



Capítulo Primero

En alguna parte de Europa

— . . . **P**OR su parte, el Presidente de los Estados Unidos ha declarado que estaba firmemente decidido a garantizar la libre circulación en el pasillo aéreo de Berlín. Parece, pues, que va a producirse una nueva fricción entre los dos supergrandes a propósito de la antigua capital alemana. Otras noticias internacionales: un despacho que acabamos de recibir nos informa de fuente oficiosa que la China comunista ha procedido a un nuevo ensayo termonuclear. Éste sería el séptimo experimento chino. Siempre de fuente oficiosa, la potencia de la explosión sería de 15 megatones, es decir, el equivalente de 15 millones de toneladas de T.N.T. Aunque la potencia obtenida sea inferior a la de los rusos o los norteamericanos, bastaría una docena de esas bombas para destruir un país europeo como Alemania, Francia o Italia...

Delante de su televisor, el hombre se puso a temblar. Sacó su pañuelo y se frotó con él la palma de las manos. ¿Cómo podían decir semejantes cosas con una voz tan tranquila? ¿Es que no se daban cuenta? El hombre se puso en pie, dio algunos pasos con aire agitado y luego fue a servirse un vaso de agua, que apuró de un trago.

Era inconcebible. El mundo estaba loco, completamente loco. Entre los responsables, ¿no quedaba un hombre si no lúcido, al menos dotado de sentido común? Sí, los hombres eran presa de un vértigo mortal, hacían juegos malabares con los megatones, desencadenaban unas guerras teóricas en las cuales el adversario era destruido del 90 al 100/100. ¿Qué placer experimentaban jugando así con el fuego nuclear? ¿Llevaba el hombre en sí el gusto de su propia destrucción?

El hombre no podía creerlo. Él no tenía la obsesión del suicidio. Temía por su vida y por la de los demás. Se aferraba a la vida, pues, aunque a veces se preguntaba por qué. ¿Merecía ser salvada aquella humanidad demente que empleaba todo su genio en infundirse miedo?

Fue a instalarse detrás de la mesita que le servía de escritorio y abrió un voluminoso expediente intitulado: «Expediente del Gran Miedo». Un nuevo artículo iba a figurar en él. Procedía de la revista norteamericana *News and World Report*. Decía, entre otras cosas, que los Estados Unidos poseían una potencia de fuego igual a 35 mil millones de toneladas de T.N.T. Aquello se convertía en abstracto, hasta tal punto era fantástico. En fin, relativamente abstracto, ya que allí había con qué destruir la casi totalidad del globo. Incluidos los Estados Unidos.

¿Qué vértigo absorbía a los dirigentes del mundo? ¿Acaso ellos no tenían miedo? ¿Eran insensibles a la sonrisa de un niño, a la suavidad de una noche de verano? ¿Por qué no tenían miedo? ¿Por qué?

El hombre sacó de nuevo su pañuelo y, esta vez, se lo pasó por la frente. Sus manos seguían temblando. Había dejado de beber, e incluso de fumar, pero era inútil: sus manos temblaban siempre.

¿Cómo estaban las de los dirigentes, las de los sabios, las de los militares, las de todos los que tenían el destino del mundo en sus manos, precisamente? La felicidad del género humano, que ellos pretendían defender, ¿pasaba por su destrucción total?

Feliz como un ángel, en un mundo inmaterial... El hombre se estremeció. Estaba apegado a la existencia. De un modo animal. Visceralmente. «Me han dado la vida —se decía—. ¿Por qué habrían de quitármela? ¿Tengo yo derecho a tomar la de alguien? No. ¿Entonces?» De esta falta de equidad procedía la fuente de todos los males. Existía el racismo declarado —los blancos contra los negros— y el racismo invisible. Los elegidos contra los otros.

Se preguntaba a veces si aquellos elegidos habían surgido del pueblo, si no estaban «habitados» por unas potencias ajenas a la Tierra y llegados a ella para colonizarla. El hombre que pulsaría el botón fatal debía saberse invulnerable, pues de no ser así volvía a caerse en el absurdo.

Muchas veces había intentado meterse en la piel de uno de aquellos hombres, sin conseguirlo nunca. Su psicología se le escapaba.

El hombre consultó su reloj. Eran casi las once. La pantalla del televisor estaba muda. El hombre contempló aquella ventana abierta sobre un vacío que le pareció espantoso. A su alrededor, el silencio era casi absoluto. Empezaba una nueva noche, angustiosa, interminable. No conseguía dormir. Sus raros momentos de sueño estaban poblados de pesadillas, siempre las mismas. Poblaciones enloquecidas, huyendo, aullando de miedo, un gigantesco éxodo a escala mundial al cual asistía él, impotente y paralizado.

Sobre todo paralizado. Se enfrentaba con ellas, las veía acercarse, rodearle. Algunos trataban de arrastrarle, pero él estaba pegado al suelo. Sus pies se negaban a moverse. Y aquellos gritos, aquellos gritos... El gran miedo del año 2000. Entonces llegaba el momento tan temido. Cada vez más oprimido, helado por un miedo mortal, sabía que el instante había llegado... Resonaba un sordo rugido, como una lejana tormenta, el cielo se oscurecía en el horizonte, bandadas inmensas de pájaros pasaban por encima de su cabeza. Quería gritar, huir, pero todo movimiento le estaba vedado. Sólo sus ojos continuaban vivos... Y, en el momento en que aquello se hacía insoportable, en el momento en que le parecía que su corazón iba a estallar, el gran sol blanco surgía en el fondo del horizonte... Entonces, todo quedaba silencioso, y únicamente su grito se elevaba mientras una gigantesca seta ascendía hacia el cielo...

El hombre no había ido nunca más lejos en su pesadilla. ¿Era útil aquello? Él estaba muerto, y a su alrededor no había más que muerte y desolación. Había soñado todo aquello con tanta frecuencia que conocía sus menores detalles. No podía evitar el pensar en ello antes de acostarse, y se sentía invadido por el pánico... Estaba convencido de que profería realmente aquel grito.

La cosa duraba desde hacía meses y meses, y nadie podía ayudarle. Por otra parte, siempre había sido un solitario y un tímido, acosado por unas ideas asociadas de miedo y de fuerza. Una no iba nunca sin la otra.

Siendo niño, a causa de su físico, había tenido que sufrir sin cesar la ley del más fuerte. Entonces era algo simple y directo: «Si no me das cinco canicas, te parto la ca...» ¿Cómo evitarlo? ¿Y a quién quejarse? Por desgracia, tenía un padre de espaldas macizas que no hubiera comprendido que alguien dejara de defenderse.

Más tarde, había vuelto a encontrar aquella noción de fuerza. Estaba en todas partes, incluso en la calle, donde debía ceder la acera a los más altos que él. Había terminado por odiar la fuerza, al tiempo que se sometía a ella con una complacencia de la que renegaba *a posteriori*. Decía siempre «perdón», como si se tratara de una fórmula mágica apta para protegerle.

De tanto cohabitar con su miedo, había terminado por atribuirle tal importancia que poco a poco había invadido su visión de las cosas y de las personas. No veía ya más que a través de ella, y aquella imagen deformada acabó por separarle del mundo.

Había pasado con mucha rapidez de lo particular a lo general, y la «proliferación de las armas nucleares», como decían los periódicos, había

constituido un alimento de excepción para su miedo. Ahora, ni siquiera se sublevaba. En tanto que en otra época se imaginaba potente y musculado, castigando en la quietud de su lecho al hombre que le había humillado durante el día, ahora se sometía.

Sin embargo, conservaba en su memoria el recuerdo de cierta velada. El hecho se remontaba a más de quince años. Él tenía treinta. La empresa en la cual trabajaba había organizado una fiesta para celebrar el centenario de la firma. La dirección había hecho bien las cosas, y el alcohol calentó muy pronto el ambiente. Él mismo, que apenas bebía, se había dejado llevar. ¿No se había atrevido a hacerle la corte a una secretaria a la que ni siquiera se atrevía a mirar en estado normal? Durante casi media hora, aquello había sido maravilloso. La secretaria reía, y él se daba cuenta de que le observaba con una mirada nueva, simpática. Luego había llegado su colega del laboratorio, un tipo alto, rubio y sanguíneo, que se pasaba la vida martirizándole. Nuestro hombre le detestaba, y había imaginado veinte modos de matarle.

El rubio, que había bebido, se plantó delante de él, titubeante y fanfarrón.

—¡Palabra de honor, colega, que ignoraba que se interesara usted por las damas!

Había notado un nuevo calor en su rostro. La secretaria hacía esfuerzos para no reír. El otro, seguro de su éxito, había hecho señas a otros colegas para que se reunieran con él y, muy pronto, se había formado un círculo a su alrededor.

—Bueno —continuó diciendo el rubio—, siga, colega, siga...

Él había hundido las manos en sus bolsillos para ocultar su temblor. La secretaria le observaba ahora con aire burlón. El rubio se había inclinado sobre él.

—¿Le intimido, tal vez?

—Déjeme en paz —había terminado por articular—. Está usted borracho.

—¿Borracho, yo? ¡Lo que me faltaba por oír! Entérese, colega, de que nunca estoy borracho. Puedo beber lo que quiero, y nunca me emborracho. ¿Y usted? ¿Puede decir lo mismo?

—Eso..., eso... Quiero decir que beber... no es una superioridad.

—Desde luego, desde luego... Una pregunta, colega: ¿puede decirme qué superioridad es la suya?

Había vuelto a inclinarse, con peligro de caer, y se había golpeado la frente, inquiriendo:

—¿Ésta, quizás?

La secretaria se había echado a reír, y él había apurado de un trago el contenido de su vaso. Los rostros burlones de los otros se habían envuelto repentinamente de niebla. Sólo la risa de la secretaria era clara y concreta. Se había oído a sí mismo replicar:

—¿Por qué no?

—¡Vaya, vaya! —había dicho el rubio—. Entonces, si es usted más inteligente que yo, ¿por qué no es mi superior?

—La inteligencia no tiene nada que ver con el éxito social. Y todo se juzga con el tiempo.

—¿Y cree usted que saldrá mejor librado que yo, un día u otro?

—Sí, ya que, un día u otro, se encontrará usted en estado de inferioridad. Como ahora.

—¿En estado de inferioridad como ahora? ¿Porque he bebido?

La secretaria ya no reía. El hombre notó que ella le miraba de nuevo. Entonces, se sintió invulnerable, a causa de ella, y también del alcohol. Había continuado:

—Imagine que no simpatizo con usted, que le odio, incluso... ¿Qué me impediría matarle, esta noche? No posee usted la mitad de sus facultades...

El rubio había querido seguir la broma. Tomó a los otros por testigos:

—¿Habéis oído? Dice que me liquidaría... ¡Huy, qué miedo!

Luego, volviéndose hacia él:

—Antes de que levantara usted la mano, le aplastaría.

—¿Y si estuviera ya a punto de morir?

—¿Eh? Cómo?

—¿Si hubiera vertido veneno en su vaso hace unos instantes, cuando usted bailaba?

En contra de su voluntad, el rubio había mirado su vaso. Alrededor de ellos se había hecho el silencio. El hombre había continuado:

—¿Quién le asegura que no he saboteado su automóvil? Para regresar a su casa, tiene que tomar una carretera muy sinuosa... Y, ¿por qué referirnos exclusivamente a esta noche? Si usted ignora que quiero matarle, se encuentra en estado de inferioridad. Un accidente de laboratorio, por ejemplo, es fácil de provocar. Un día me dijo usted que cada noche sacaba a pasear a su perro a lo largo del canal. Suponga que me oculto, que le propino un empujón y le hago caer al agua... O que inoculo una enfermedad mortal a su perro para que le contagie... O que mancho su servilleta en la cantina... Se seca usted la boca con ella, y...

—Ya está bien, amigo, la cosa no resulta divertida...

La niebla se había disipado súbitamente. El círculo volvía a ser claro. Nadie sonreía ya. Y, en el centro, el rubio le observaba con una mirada llena de..., sí, llena de miedo. La secretaria se había puesto en pie bruscamente, preguntando:

—¿Quién me saca a bailar?

Un hombre se había acercado a ella, rompiendo el encanto. El rubio se había encogido de hombros, murmurando:

—¡Pobre idiota!

Pero había abandonado su vaso sobre una esquina de la mesa antes de alejarse. El hombre se había quedado solo, saboreando una victoria un poco amarga. De todos modos, había conseguido inquietar a su colega. Aquella noche, se había dormido sin ideas de revancha.

Por desgracia, al día siguiente, brillaba el sol, él estaba en ayunas, y la secretaria no se encontraba allí para servirle de público. Al entrar, había ido a ver al rubio, tartamudeando:

—Le..., le ruego que me disculpe... por lo de anoche. Fue..., fue una broma de mal gusto.

Después, nunca volvió a encontrar las condiciones que hubieran podido hacer de él un hombre liberado. Sólo de cuando en cuando pensaba que había conseguido infundirle miedo a un hombre más fuerte que él.

El principio era simple: sorprender, coger en frío. Utilizar un arma desacostumbrada, inquietante. Si hubiera amenazado al rubio con golpearle o echársele encima, no se lo hubiese tomado en serio. Pero había utilizado unos procedimientos solapados, imprevisibles.

Esta noche lo recordaba. ¿No habría alguien capaz de detener a los grandes de este mundo con un procedimiento semejante? Ya que la amenaza atómica no preocupaba a nadie. Incluso los pequeños países tenían acceso al arma nuclear. Un día, alguien pulsaría el botón, y su pesadilla se convertiría en realidad.

¿Cómo vivir con semejante amenaza? Aquellos depósitos de armas, aquellos cohetes preparados para partir, aquellos aviones girando en el cielo las veinticuatro horas del día, aquellos submarinos dispuestos a escupir sus ojivas nucleares y, a no tardar, unos satélites cargados de bombas H, dispuestos a convertir el planeta-madre en un astro muerto.

Aquella noche se le ocurrió la idea.

Un artículo sobre un congreso de la U.N.E.S.C.O. sirvió de catalizador. El problema evocado era el del hombre frente a la naturaleza. Se explicaba que, en una primera época, el hombre había sometido a la naturaleza; en una

segunda época, la había agredido. Esa segunda época no había terminado, por desgracia, y los sabios actuales se habían preguntado con angustia cuándo llegaría el hombre a la tercera época: la de la reconciliación.

¿Qué alquimia misteriosa se operó en el cerebro del hombre? Su visión cesó de ser personal para convertirse en planetaria, y su miedo a morir disminuyó proporcionalmente. Su caso le pareció despreciable, y se echó en cara el haber polarizado durante tanto tiempo sus angustias sobre su insignificante persona. Tenía la posibilidad de *saber*, de tener una visión lúcida de las cosas, y, ¿qué hacía? Nada. Alimentaba un miedo estéril, negativo.

Por primera vez, se sintió liberado y no temió a la noche en progreso. Por el contrario, aprovechó aquellas horas de calma y de soledad para examinar la situación con lucidez.

Los hombres eran los artesanos de su propia destrucción. Sea. La escalada era inevitable y, tarde o temprano, sobrevendría la catástrofe, era ineluctable. A menos que... Cuando se estudiaba la historia de los hombres, podía comprobarse que la naturaleza había pronunciado siempre la última palabra. La naturaleza tenía sus leyes y, cuando éstas corrían peligro de ser violadas en exceso, sabía restablecer el equilibrio. Incluso por los medios más sinuosos.

¿Por qué no sería él uno de esos medios?

¿Qué hacía falta para que los hombres retornasen a un concepto más sano de las cosas? Que, de la naturaleza, brotara una fuerza que sembrara el terror y que obligara a los hombres a unirse para sobrevivir, aunque para ello debieran renunciar a lo que constituía su orgullo. A sus armamentos atómicos, por ejemplo.

Era preciso, desde luego, prever la posibilidad de que los dirigentes no se tomaran en serio la amenaza. Entonces, la humanidad sería condenada un poco antes, sencillamente.

A eso de las cinco de la mañana, el hombre había establecido las grandes líneas de su plan. Gracias a su profesión, a sus conocimientos, entreveía el medio de obligar a las potencias nucleares a pactar. En menos de dos meses podía estar preparado. Entonces, llevaría el miedo al seno de aquellos gobiernos insensatos a los que ningún refugio atómico, por perfeccionado que estuviera, conseguiría proteger. Una idea descabellada, quizás, pero de indudable eficacia...

En realidad, el hombre se había vuelto loco, pero él no lo sabía.

Capítulo II

GEORGES-HENRI Costes contemplaba con aire indolente el nuevo planisferio instalado enfrente de él y que reemplazaba al anterior, acribillado a pinchazos.

Bello como un mundo completamente nuevo, con unos colores concretos, bien delimitados, festoneados de rayas gruesas que marcaban las fronteras. Estaba hecho con cuidado, si no con gusto, por el Instituto de Geografía, y tenía el aspecto de las cosas confeccionadas para que durasen toda la vida.

Pero Georges-Henri Costes, mejor que nadie, conocía la fragilidad de aquellos rayados que a él no le hubiera disgustado que fuesen inamovibles.

Aquella cosa plana, fija y multicolor, tenía una relación muy lejana con este planeta bullicioso y absurdo que sólo parece complacerse en incesantes desórdenes.

Sí, todo aquello le parecía periclitado incluso antes de haber envejecido. Todo aquello no era más que apariencia propia para satisfacer a unos alumnos de sexto curso. Los verdaderos valores, las verdaderas fronteras, estaban allí, en filigrana, invisibles, pero más reales que las otras. ¡Hasta qué punto lo sabían los que cultivaban aún el nacionalismo como una preciosa flor!

Punto de vista tendencioso que Costes no se atrevería a manifestar. Costes no era de los que juegan a visionarios de salón. Era un hombre realista y fatigado que había perdido sus últimas ilusiones a lo largo de los años pasados en el servicio de información. Él, que tenía una visión futurista de las cosas, sabía que libraba una batalla de retaguardia sin esperanza. Pero estaba en el Sistema, y moriría antes de que el Sistema cambiara.

¿Se detiene uno cuando es una bola y desciende una pendiente, aunque sepa que tiene que aplastarse al final de aquella pendiente?

«Soy una víctima de la aceleración», pensó.

A su alrededor, el inmueble hormigueaba, sus ocupantes iban y venían, imaginando que hacían algo importante. Incluso el ordenador se tomaba las cosas en serio.

La luz piloto del pequeño televisor parpadeó y apareció el rostro de Paule Blain, su secretaria. Costes pulsó un botón.

—Escucho.

—Matignon en línea, señor. ¿Se lo paso?

—Sí.

Descolgó su teléfono y reconoció inmediatamente la voz del ministro.

—Va a celebrarse una importante reunión en Matignon, a las dos en punto. ¿Puedo pedirle que participe en ella, señor Costes?

—¿A título oficial, o personal?

—Digamos que hay un poco de los dos. ¿Cuento con usted a esa hora?

—No faltaré, señor ministro.

Costes colgó, pensativo. Siempre había mantenido unas relaciones de privilegio con el Primer Ministro, al cual había estado supeditado su servicio hasta que pasó a depender del Ministerio del Ejército. De todos modos, había conseguido conservar cierta independencia a pesar del personal que los «militares» le habían impuesto.

De hecho, escapando a cierta influencia, había logrado no caer bajo la presión de otra. Era muy útil en el presente... y para el futuro.

Matignon, pues, había conservado la costumbre de consultarle y de dirigirse con preferencia a su Servicio cuando se trataba de operaciones delicadas. Aquella independencia era paradójicamente su mejor triunfo. Los otros servicios franceses se hacían una guerra sorda, se espiaban entre ellos, se intoxicaban mutuamente, a menudo politizados en uno u otro sentido, a veces incluso mediatizados por servicios extranjeros amigos que habían sabido aprovechar ciertas circunstancias favorables después de la guerra.

Costes maniobraba teniendo en cuenta el presente pero sin perder de vista el futuro. Había visto demasiadas cosas para conceder la menor importancia a las influencias, casi siempre demasiado fugaces. Hasta el punto de que siempre tenía enemigos, pero no eran siempre los mismos.

A las dos en punto fue introducido en un saloncito de Matignon. Estaban allí el Primer Ministro, el ministro del Ejército, el jefe del S.D.E.C.E. y un hombre bajito y con perilla, tan desplazado como una silla Enrique II en un salón Imperio. Costes se instaló y el Primer Ministro tomó la palabra.

—Señores, creo que es inútil recomendarles el secreto. Desde ahora les considero atados por ese secreto, del cual sólo puedo relevarles yo mismo. Disculpen mi brusquedad, pero dentro de unos instantes comprenderán el motivo. Si quieren beber algo, pueden servirse.

Nadie se movió. Costes encendió un cigarrillo rubio, se hundió un poco más en su sillón, intrigado. El Primer Ministro continuó:

—Todo empezó con la llegada de una carta enviada al Elíseo y dirigida al Presidente de la República. Ésta...

El Primer Ministro sacó un documento y lo entregó al ministro del Ejército, el cual lo recorrió con la vista y levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Una clave?

—No.

Pasó la hoja al jefe del S.D.E.C.E., que tuvo la misma reacción antes de pasarla a Costes. El texto estaba mecanografiado y no llevaba firma. Pero su originalidad residía sobre todo en el hecho de que era completamente incomprensible. No se relacionaba con ningún idioma conocido, aunque los vocablos parecieran a veces extrañamente familiares. El hombre de la perilla la examinó antes de devolverla al Primer Ministro, el cual inquirió:

—Curioso, ¿verdad?

—Se trata indiscutiblemente de un idioma —observó Costes—. Pero, ¿cuál? Lo único que puede decirse es que su origen es indo-europeo.

—Hasta cierto punto, sí, aunque resulte difícil de hablar en origen, propiamente dicho. Si lo encuentran a la vez familiar y extranjero, es porque se trata de un idioma sintético.

—¿Esperanto? —aventuró el hombre de la perilla.

—Sí. Ese idioma fabricado artificialmente ha buscado sus raíces en los idiomas más hablados. La idea era generosa, pero un idioma sin tradición ni literatura no puede vivir. Hay que creer que la maldición de la Torre de Babel sigue pesando sobre nosotros. —El Primer Ministro sonrió—. Pero no les he invitado a un curso de lingüística. Lo que nos interesa es el contenido de esta carta, que ha resultado fácil de traducir... Les ahorraré el texto *in extenso* y les daré únicamente el sentido general. Se desprende de esta carta que si el gobierno francés no se pone de acuerdo con las otras potencias nucleares para proceder a un desarme total con destrucción de las reservas atómicas, el autor de esta carta desencadenará una catástrofe que aniquilará a las potencias en cuestión. Desde luego, tras los controles de costumbre, la carta fue incluida en la voluminosa carpeta de los desequilibrados. A veces logramos identificar a los autores de esa clase de misivas, todos los cuales, sin excepción, resultan ser enfermos mentales. Sin embargo, ocho días más tarde, llegó una nueva carta, escrita también en esperanto. La amenaza se concretaba. Los gobiernos interesados disponían de tres semanas para ponerse de acuerdo. Esta vez se precisaba que el arma que debía destruir a las potencias nucleares estaba a punto. En cuanto se firmara el tratado de desarme general con destrucción de las reservas, el autor revelaría el modo de evitar lo peor. Si no...

—¿Archivaron también esa segunda carta? —preguntó el jefe del S.D.E.C.E.

—No inmediatamente... A pesar de la dificultad que entrañaba la utilización del esperanto, se inició una investigación. La primera carta había sido echada al correo en la estafeta principal de la calle del Louvre, y la segunda en la calle Desnouettes, en el distrito XV. El examen del papel y del sobre no reveló nada. Materiales corrientes, como los que se encuentran en todas las papelerías de Francia. Caracteres de máquina vulgares. Finalmente, la segunda carta fue archivada.

Se produjo un breve silencio. Costes se preguntó a dónde quería ir a parar el Primer Ministro. ¿Qué importancia atribuía, después de todo, a aquellas cartas insensatas?

El Primer Ministro continuó:

—La tercera carta llegó anteayer. Echada al correo en Montmartre. El mismo papel, el mismo sobre. Esta vez, voy a leerles el texto.

El Primer Ministro se puso las gafas, sacó otra hoja de la carpeta y se aclaró la voz antes de empezar:

Señor Presidente,

A pesar de la advertencia contenida en mis anteriores cartas, no han estimado conveniente convocar esa conferencia sobre el desarme nuclear. He recorrido en vano los periódicos buscando la noticia. Nada. Me veo obligado a deducir que no se han tomado ustedes en serio mis amenazas. Estoy seguro, incluso, que me han tomado ustedes por un pobre demente, necesitado de un tratamiento psiquiátrico. Craso error el suyo si confiara en esa tranquilizadora idea. Soy un hombre normal, que vive normalmente pero que no puede soportar que otros hombres conduzcan a su perdición a aquellos a los cuales están obligados, por su cargo, a proteger, y de cuya felicidad pretenden ser responsables. ¿Qué sabe usted de la felicidad de los hombres, señor Presidente? Yo no pretendo haber descubierto una fórmula, pero sé que al dejar de hacer gravitar sobre la humanidad la amenaza de una guerra atómica, habrá dado usted un paso hacia esa felicidad que parece inalcanzable, pero que no puede, en cualquier caso convivir con el miedo que padece actualmente la humanidad. He escrito cartas parecidas a los dirigentes de las otras potencias nucleares, los cuales tampoco han estimado oportuno darse por enterados. Por lo tanto, me veo obligado a aportar la prueba de que no hablo por hablar y de que tengo el poder —como decía en mi primera carta— de desencadenar una catástrofe de la cual no escaparía nadie, o casi nadie. Puede parecerle raro que quiera destruir una humanidad cuya felicidad deseo. La paradoja sólo es aparente. Si a pesar de mis advertencias no se hace nada, es que el mundo está podrido, condenado, y en

tal caso no haré más que adelantarme a los acontecimientos. Seguramente habrá oído usted hablar de la mixomatosis, señor Presidente. Ésa es mi arma. Una mixomatosis a escala humana. En apoyo de mis afirmaciones, sus servicios encontrarán un pequeño frasco herméticamente cerrado, cuyo contenido deberán analizar con las precauciones de rigor. Otros frascos se encuentran repartidos en diversos lugares de Francia. Están provistos de un sistema independiente que liberará su contenido dentro de seis semanas, exactamente. Será un placer para mí revelarles los emplazamientos en cuanto sea firmado el acuerdo sobre el desarme y la destrucción de las reservas atómicas. Siempre he creído que unos hombres de buena voluntad no necesitaban seis semanas para entenderse.

El Primer Ministro volvió a doblar cuidadosamente la carta y la colocó de nuevo en la carpeta. A continuación se quitó las gafas y preguntó:

—¿Qué reflexiones les sugiere ese texto, caballeros?

—Una cosa me ha impresionado —dijo Costes—. El tono de la carta. Al margen de la amenaza que contiene, el tono es relativamente moderado. Todo queda cortés y comedido, lo cual no suele producirse con las cartas de los desequilibrados.

—Exacto. ¿Qué más?

—Esa carta es concreta, y si su autor está loco, la suya es una locura organizada.

—Se han visto casos semejantes de locura.

—Sólo cuenta una cosa —dijo el ministro del Ejército—. ¿Se ha encontrado ese frasco?

—Sí.

—¿Era peligroso?

El Primer Ministro se volvió hacia el hombre de la perilla y le dijo:

—Usted tiene la palabra, señor profesor.

—Hemos examinado en el laboratorio el contenido del frasco en cuestión —explicó el profesor—. Nos encontramos en presencia de un caldo de cultivo perfectamente conseguido. El frasco encerraba unos bacilos anaerobios, cuyo nombre científico es el de *bacillus botulinus*. El *bacillus botulinus* desencadena unos fenómenos tóxicos de suma gravedad, cuyo poder de contagio es enorme. Esa enfermedad se llama botulismo, y hay que reconocer que estaríamos bastante mal armados contra una epidemia que causaría estragos espantosos entre la población, sobre todo si brotara simultáneamente en varios puntos del país. Citaré como ejemplo la epidemia de gripe española de la primera guerra mundial. El número de víctimas que causó aquella

epidemia, que tuvo como origen los experimentos desdichados e imprudentes de un médico español, ascendió a 25 millones. Resulta fácil imaginar, pues, cuál sería la hecatombe si varios países quedaran contaminados al mismo tiempo. Un frasco como el que poseemos bastaría para destruir una ciudad como Nantes.

Se produjo un silencio. Costes encendió otro cigarrillo. El Primer Ministro dijo:

—He aquí por qué no hemos archivado la tercera carta, caballeros.

—Es increíble —dijo el jefe del S.D.E.C.E.—. Pero eso no demuestra que el autor de la carta diga la verdad. Tal vez haya robado ese frasco en alguna parte y lo utiliza para hacer verosímil su amenaza.

—Ya se nos había ocurrido la idea. Nos hemos puesto en contacto con el gobierno inglés. Tres cartas idénticas han sido enviadas a la Reina, y Scotland Yard ha encontrado un frasco semejante.

—¡Resulta inimaginable! —exclamó el ministro del Ejército. Y añadió, dirigiéndose al profesor—: ¿Tan fácil resulta, pues, procurarse unas toxinas tan peligrosas?

—No, pero no es muy difícil obtenerlas. Partiendo de carnes en conserva estropeadas, por ejemplo. Si se poseen algunas nociones básicas, puede llegarse a ese cultivo virulento que hemos analizado.

—Otra pregunta, señor profesor —dijo Costes—. ¿Cuál es el vehículo más favorable para esa clase de epidemia?

—El *badilas botulinus* se transmite sobre todo por ingestión, pero cuando una epidemia ha tomado cuerpo, las formas de contaminación son múltiples. Entonces es preciso localizar, aislar...

—¿Qué medio escogería alguien que quisiera llegar rápidamente a su objetivo?

—El mejor vehículo sería el agua, desde luego.

El Primer Ministro intervino:

—El aspecto científico de la cuestión no carece de interés; por desgracia, hay algo más urgente. Sólo existe una posibilidad de que nuestro hombre diga la verdad, pero estamos obligados a tenerla en cuenta.

—En mi opinión, se trata de un «bluff» —dijo el jefe del S.D.E.C.E.—. Si creemos en el contenido de esas cartas, su autor ha enviado unas misivas semejantes a todos los países que poseen armamento atómico, es decir, los Estados Unidos, la U.R.S.S., China, Francia y Gran Bretaña. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo se explican ustedes que un hombre solo haya podido elaborar un plan tan amplio y esté en condiciones, por ejemplo, de enviar simultáneamente unas cartas a los dirigentes de esos cinco países? Además de su demostrada capacidad de biólogo, ¿poseerá el don de la ubicuidad?

—Puede tratarse de una organización internacional.

—No ha aludido a ella. Dice «yo», y parece actuar solo. Por eso creo que su amenaza es un «bluff». Falta por saber lo que oculta ese «bluff». ¿La obra de un demente, o una oscura maniobra cuyos motivos todavía no se nos alcanzan? Aunque los países afectados parecen ser cinco, nada prueba que todos lo estén, *realmente*.

—La hipótesis no ha sido excluida —replicó el Primer Ministro—, pero, de momento, las órdenes son estrictas: hay que actuar como si el autor de la carta dijera la verdad. Ya que, en tal caso, sólo nos quedarían seis semanas.

Dirigiéndose más particularmente a Costes y al jefe del S.D.E.C.E., continuó:

—Por desgracia, caballeros, no cabe pensar en movilizar a sus servicios para este asunto. Si la prensa se oliera algo, nos encontraríamos ante un pánico sin precedentes. Y todos sabemos que el peligro de una indiscreción es directamente proporcional al número de personas puestas en el secreto. Por lo tanto, tendrán que trabajar ustedes con unos efectivos muy reducidos, dos o tres personas, a lo sumo, para cada uno de sus servicios. Esas personas serán escogidas por ustedes entre sus hombres de más confianza. En cuanto las hayan seleccionado, y antes de ponerlas al corriente, me enviarán sus expedientes. ¡Ah! Un último detalle... Ante la gravedad de la situación, hemos aceptado el principio de una estrecha colaboración con los ingleses. El señor ministro del Ejército se encargará de coordinar el conjunto de las investigaciones. Se redactarán informes diarios, y se enviarán a razón de un ejemplar para el Ministerio del Ejército, un ejemplar para Matignon y un ejemplar para el Elíseo. He preparado una carpeta para cada uno de ustedes. Contiene unas fotocopias de las cartas, un informe de laboratorio redactado por el profesor T... y un resumen de los datos esenciales que poseemos. Los cuales, no tengo por qué ocultárselo, son muy escasos.

Costes cogió la carpeta y preguntó:

—¿Hay que efectuar pesquisas para encontrar los otros frascos... si es que existen?

—No. Un equipo especializado se encargará de ello en París. ¿Alguna otra pregunta, caballeros?

El Primer Ministro se puso en pie, diciendo:

—En tal caso, les doy las gracias.

Cuando Costes se disponía a salir, el Primer Ministro le retuvo:

—He de hablar con usted, señor Costes...

El Primer Ministro cogió familiarmente del brazo a Costes.

—Conozco las cualidades de su organización, señor Costes. Conozco también sus defectos, pero, a pesar de las apariencias, un poco de anticonformismo no me desagrada. Los conservadores no han hecho progresar al mundo...

Costes sonrió. La declaración del Primer Ministro resultaba paradójica: su filiación política era netamente conservadora.

—El S.D.E.C.E. se ocupará del caso de un modo eficaz, pero tradicional —continuó el Primer Ministro—. Me gustaría que usted lo enfocara desde otro punto de vista... ¿Me comprende? Su... independencia no ha resultado siempre grata al gobierno. Demuéstrele que puede serle también útil.

Vaciló un instante, y añadió:

—Si ese hombre existe, señor Costes, tenemos que dar con él. Y si el asunto adquiriese un giro imprevisto, cuento con usted (y sólo con usted) para extraer de él todas las consecuencias.

Era un modo tortuoso de conceder carta blanca. Pero el Primer Ministro pertenecía a la carrera diplomática. Su vocabulario estaba a la altura de su talento.

Capítulo III

EL TCHAIKA 13 giró en la calle Dzerjinski, aminoró la velocidad y se detuvo a la altura del inmueble que albergaba los servicios del K.G.B. Youri Alexandrovitch Bokoumov se apeó del vehículo y encendió un cigarrillo antes de penetrar en el edificio.

Le habían citado. El despacho donde le esperaban se encontraba en el segundo piso. La antesala estaba controlada por una ucraniana que sólo debía conocer el amor de oído. Bokoumov opinaba que había sido concebida por un cibernético enamorado. Un bello mecanismo dentro de una piel de vaca.

Cuando se encontró delante de ella, Bokoumov dijo:

—Penkovsky me espera.

—Voy a anunciarle.

Lo hizo, informando a Bokoumov que debía esperar unos instantes. Bokoumov dio algunos pasos por el despacho, echando de cuando en cuando una ojeada a la rubia que escribía a máquina. Su cigarrillo estaba casi consumido. Se acercó al cenicero para aplastarlo, y dijo:

—Oiga... ¿Se ha formado usted en el Centro?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Fue allí donde le prohibieron sonreír, o es un defecto de nacimiento?

Ella le observó con una sombra de desprecio. Bokoumov viajaba con frecuencia al Oeste, del cual se había traído ciertos tics, y ella no estaba lejos de considerarle como un peligroso desviacionista. Replicó:

—No creo que la sonrisa sea un elemento útil o necesario en mi profesión.

Se abrió la puerta y apareció Penkovsky, ahorrándole la respuesta a Bokoumov. Los dos hombres penetraron en el despacho.

—¿Estabas metiéndote con Lena, como de costumbre?

—¿Terreno vedado?

—Sí. Pero siempre me he preguntado para quién.

—Hazla espionar. Estás mejor situado que nadie para hacerlo.

Penkovsky se instaló en su sillón con una leve sonrisa.

—Está hecho, camarada. Seguridad ante todo. Mientras Lena no escoja sus amiguitas en otra parte que no sean nuestros servicios, todo irá bien.

—Comprendo —dijo Bokoumov, instalándose a su vez.

Penkovsky encendió un cigarro. No sonreía ya. Suspiró:

—Me gustaría no tener otros problemas.

—Supongo que ocurre algo muy especial para que me hayas llamado con tanta urgencia...

—Sí. Te necesito, a ti y a tu equipo. Toma, mira esto...

Penkovsky le tendió un par de hojas mecanografiadas. Bokoumov recorrió con la vista la primera; dijo:

—¿Qué es esto?

—Esperanto. Tienes la traducción en la segunda hoja. Esa primera carta fue echada al correo en Moscú, hace quince días.

Bokoumov leyó la traducción.

—¿Un chiflado?

—Es lo que pensamos en el primer momento, y nos gustaría poder continuar pensándolo. Aquí está la traducción de las otras dos cartas...

Bokoumov se enteró del contenido, las dejó sobre el escritorio.

—¿Y ese frasco?

—Lo hemos encontrado en el lugar señalado. Según el informe de nuestros laboratorios, contiene las suficientes toxinas botulínicas para liquidar una ciudad de doscientos mil habitantes.

Bokoumov silbó, encendió otro cigarrillo.

—Un loco peligroso...

—Sí. Y conviene localizarlo sin demora. Nuestra primera investigación no ha dado ningún resultado.

—... Y yo estoy encargado de tomar el relevo.

—Exactamente.

—¿Por qué yo?

—Tú y tus hombres —rectificó Penkovsky—. Nos hemos hecho el siguiente razonamiento: a pesar de las cartas echadas al correo en Moscú, si la investigación no ha revelado nada, nuestro hombre no es ruso. De todos modos, sólo había una posibilidad entre cinco de que lo fuera, puesto que son cinco los países afectados. Además, he hecho revisar la lista de nuestros compatriotas que salieron al extranjero en la época del envío de la primera carta. Hemos estudiado el empleo del tiempo de cada uno de ellos, y no hemos encontrado nada.

—Conclusión, el hombre es norteamericano, o francés, o chino, o inglés.

—Sí.

Bokoumov se inclinó para sacudir su ceniza.

—Algo me parece tendencioso en tu razonamiento...

—¿Qué?

—¿Por qué el hombre ha de ser necesariamente de una de esas nacionalidades? ¿Por qué no italiano, o austriaco?

—He sometido el caso a uno de nuestros psicólogos. He aquí el resumen de sus conclusiones: el autor de la carta no es normal, pero, en la vida, se comporta normalmente. En esos textos no se encuentra el estilo desmadejado y delirante de ciertos desequilibrados. Nos encontramos más bien ante un hombre profundamente traumatizado, de una sensibilidad anormal. La primera motivación de ese hombre es el miedo. ¿Qué clase de miedo? Sencillamente, el de la bomba atómica. Se ha convertido en una verdadera obsesión para él. Teme ser la víctima de un conflicto nuclear.

—No es el único... Pero de eso a perder la cabeza y pasar a la acción...

—Él sabe que en caso de guerra atómica no tiene ninguna posibilidad de salvarse. ¿Por qué? Porque vive en un país dotado de tal armamento y, en consecuencia, factor activo en un eventual conflicto. Según el psicólogo, un desequilibrado no pasa nunca a la acción si no se siente acorralado. Si fuera, como tú dices, italiano, podría pensar que tiene una posibilidad de salvarse, puesto que su país no podría en ningún caso ser el agresor.

—¿Y el escudo atómico de la O.T.A.N.?

—Ésa es una idea más abstracta. En los periódicos occidentales apenas se habla de ella. En cambio, el menor experimento nuclear es comentado ampliamente.

—Bien. Nuestro hombre, pues, tiene una de esas cuatro nacionalidades. ¿Qué más?

—Tienes menos de seis semanas para localizarle.

—¿Y liquidarle?

—No.

—Quiero decir, después de haberle hecho confesar dónde se encuentran los frascos.

—No.

—Entonces, te escucho.

—Según los informes del laboratorio, ese hombre ha llevado a cabo un notable trabajo, Sería interesante saber si el resultado obtenido es fruto de la casualidad. De hecho, ha conseguido producir un bacilo de una virulencia particular y de una resistencia asombrosa. Si llegamos los primeros, tendremos que hacerle confesar dónde se encuentran *todos* los frascos que ha ocultado, lo mismo aquí que en el extranjero, ya que es un problema que afecta a toda la humanidad. No serviría de nada limpiar Moscú de esa

suciedad, si París resulta contaminado. El contagio no tardaría en alcanzarnos a nosotros.

Penkovsky contempló el cilindro de ceniza, tan largo como el resto del cigarro. Añadió:

—Y eso va a conducirnos, por otra parte, a colaborar.

—¿Con quién?

—Con los otros países interesados.

—¿Con qué objeto? Somos muy capaces de resolver el caso sin ayuda de nadie.

—También yo lo creo así, ya que disponemos de un triunfo que ellos no poseen. Pero existe un peligro, pues el país de origen de nuestro hombre puede localizarle rápidamente. Por encima, pues, de las ideologías políticas, debemos mostrarnos solidarios para evitar una catástrofe. Lo que está en juego es el futuro del mundo.

Sonrió y añadió:

—Y eso nos permitirá saber en qué punto se encuentran. O casi, ya que nunca he visto que un occidental jugara limpio.

—¿Y si habláramos de los chinos?

—Es el único enigma del asunto. Parece muy improbable que nuestro hombre haya conseguido ocultar sus frascos en Pekín o en Cantón. Ignoro cómo ha procedido. A no ser...

Penkovsky se calló. Bokoumov dijo:

—Continúa... Sigue hasta el final de tu pensamiento.

—No es más que una hipótesis aventurada... Nada nos demuestra que no se trata de un golpe planeado por los chinos, precisamente.

—¿Con qué finalidad?

—Desde hace algún tiempo, ya no nos es posible saber cuál es su producción en materia de armamento nuclear. Imagina que no encontramos al autor de esas cartas, porque no existe. ¿Qué pasará cuando termine el plazo?

—Es lo que me estaba preguntando.

—No eres el único. Desde hace quince días, me he instalado prácticamente en el Kremlin. Sigamos con la hipótesis china... No pasa nada, nadie habla de desarme, los chinos no son tan idiotas como para desencadenar semejante epidemia.

—Entonces, ¿fracasa el golpe?

—Sí, suponiendo que nadie esté al corriente. Pero, si la prensa internacional se huele algo, o los chinos revelan el asunto, aprovechando la

ocasión para acusarnos, a los occidentales y a nosotros, de asesinatos, declarándose dispuestos, por su parte, a aceptar el desarme. ¿Qué pasará?

—Lo más probable es que la opinión pública internacional nos obligue a ceder.

—Exactamente. Los países del Tercer Mundo efectuarán todas las presiones necesarias.

—Bien. Se convoca la conferencia, y se decide el desarme. ¿A quién beneficia eso?

—Al que pueda conservar una parte de su stock de armas nucleares.

—¿No es lo que cada país tratará de hacer?

—Naturalmente. Pero nosotros conocemos con bastante exactitud las reservas norteamericanas o francesas, y, por desgracia, es probable que los norteamericanos estén bien informados acerca de nuestros stocks. Creo que será difícil hacer trampa. Excepto para los chinos.

—Supongo que se establecerán comisiones de control, las cuales podrán ir adonde les parezca...

—Desde luego. Pero China es grande, muy grande. De todos modos, admitamos que pueda ejercerse el control de todo el territorio.

—¿Entonces?

—Queda un lugar que resultará difícil de controlar...

—¿Un país extranjero?

—No, eso sería demasiado fácil...

Penkovsky contempló lo que quedaba de su cigarro y decidió abandonarlo. Continuó:

—Alrededor de la tierra hay mil quinientos satélites u objetos satelizados. Observaciones precisas y continuas han permitido inventariarlos e identificarlos. Excepto dos^[5]. Uno de los dos es particularmente inquietante. Es un verdadero satélite, y no se sabe nada acerca de su origen. Se le conoce por el nombre de *Caballero Negro*. Se ignora de dónde procede. ¿Es un objeto venido de otro mundo, y que se ha satelizado? ¿Es la mitad de un satélite cualquiera que se habría roto por motivos desconocidos? Imposible afirmarlo. Conocemos su trayectoria, que no se acerca a ninguna otra inventariada. Entonces, surge la pregunta: ¿será un satélite chino portador de armas nucleares?

Bokoumov tuvo un instante de vértigo.

—Uno cree soñar —murmuró.

Las miradas de los dos hombres se cruzaron.

—Un sueño muy poco divertido —dijo Penkovsky lentamente—, y el público no conoce ni la centésima parte de la realidad. Si lo supiera...

Bokoumov, con aire preocupado, encendió otro cigarrillo. Penkovsky permanecía silencioso. Dejó transcurrir un par de minutos antes de añadir:

—Por desgracia, el hombre llega a dominarlo todo, excepto a sí mismo.

—Si no lo consigue, el *Caballero Negro* dirá la última palabra.

—Tratemos, de todos modos, de decir la penúltima. Tú te encargarás de establecer contacto con los otros interesados, procurando obtener toda la información posible para saber si nuestra hipótesis es correcta, en cuyo caso reconsideraríamos todo el problema, desde luego.

—¿Y en caso contrario?

—En caso contrario tendrás que aplicar el plan primitivo. Los detalles de ese plan te serán dados a su debido tiempo. Por otra parte, para no perder tiempo, voy a abrir una investigación relacionada esta vez con todos los súbditos extranjeros que se hallaban en Moscú cuando la primera carta fue echada al correo.

Bokoumov contempló las puntas de sus zapatos comprados en Londres.

—¿Quieres que te diga lo que pienso?

—Te escucho.

—Sería casi deseable que se produjera una catástrofe...

—¿Por qué?

Bokoumov miró a Penkovsky a los ojos:

—Nuestro chiflado tiene razón: el mundo está podrido. Nuestra humanidad va embarcada en un buque que está perdiendo el rumbo. Temo que no pueda volver a encontrarlo a tiempo... A veces me pregunto: desde que tenemos veinte años, ¿qué es lo que ha cambiado? ¿Nosotros, o nuestros principios?

Penkovsky se puso en pie.

—Somos unos médicos, Youri Alexandrovitch. Nuestra misión es la de cuidar al enfermo. Otros se encargarán de averiguar por qué ha enfermado.

—Entonces, cuidemos, cuidemos —suspiró Bokoumov.

Capítulo IV

—POR aquí, señor —dijo el *maitre d'hôtel* con voz afelpada.

Calone subió la escalera detrás de él. En el primer rellano, un pasillo débilmente iluminado por unos apliques. El ambiente recordaba la *Belle Époque*. El *maitre*. Se detuvo delante de la puerta.

—Es aquí, caballero.

Calone se encontraba delante de la puerta de un salón reservado de un gran restaurante parisiense. Después de llamar, el empleado anunció a Calone. Éste se inmobilizó, contemplando a Costes hundido en un sofá de colores desvaídos.

—Me ha dado usted miedo —dijo—. Por un instante he creído que habían puesto a una vieja prostituta al frente del Servicio.

—¿Champaña? —preguntó Costes.

Calone se acercó a la mesa y se sirvió. Levantó su copa, miró a través de ella.

—No acabo de creerlo... ¿Le han asignado nuevos créditos, o piensa enviarme a la muerte?

—No se trata de usted. Y, personalmente, de buena gana le ahorraría a mi hígado la prueba que le espera.

Calone se instaló en un sillón y dijo:

—Le escucho.

—Coja esa carpeta y entérese de su contenido.

Calone tomó la carpeta y la abrió. Necesitó un cuarto de hora para repasar los diversos documentos.

—¿Ha terminado? —preguntó Costes—. Lamento tener que darle prisa, pero estoy esperando a alguien.

—¿A una mujer?

—¿Qué le hace pensar eso?

—Bueno..., el decorado.

—No perdamos tiempo. ¿Qué opina usted de toda esa historia?

—No lo sé. Es una idea de chiflado, pero algo me dice que hay que tomarla en serio. Y no es solamente el análisis del frasco.

—¿Cree usted en ese tipo?

—Creo en la realidad de la amenaza. No me pregunte quién está detrás de ella.

—Sea quien sea, tendrá usted que encontrarlo.

—¿Partiendo de los elementos de la carpeta?

—Sí.

—Entonces, busque a otro para ese trabajo. Solo, no conseguiría nada positivo en seis semanas. Haría falta movilizar a todo el Servicio.

—Ni pensarlo. El gobierno está interesado en evitar toda posible indiscreción.

—¿Entonces?

—Tendrá usted colaboradores...

—Sí, lo sé, lo he leído. Pero, en este caso, de uno a tres no va la menor diferencia. Es posible que ese hombre viva en Moscú o en Nueva York. Es posible, incluso, que no sea localizado nunca. Parece estar muy bien organizado...

—Yo aludía a otros colaboradores.

—¿Cuáles?

—Vamos a colaborar con los ingleses. Y con los rusos. Espero a uno de sus representantes. Se llama Penkovsky. Los norteamericanos no han contestado aún. En cuanto a los chinos, ni siquiera han acusado recibo de nuestra petición.

—Era demasiado sencillo —suspiró Calone—. Sabía que terminaría usted por complicar las cosas. Adelante, pues, explíquese.

—No veo nada complicado en todo esto. Los ingleses y los rusos buscan, y usted busca lo que ellos buscan.

—Admiro su concepto de la sencillez. ¿No se está obligado a comunicar *todo* lo que se encuentra?

—¿Lo cree usted así?

—En la situación actual es lo más prudente, ¿no?

—Cuando encuentre a un responsable que dé muestras de prudencia, haré sacar unos retratos de él para contemplarlos por la noche en la tranquilidad de mi despacho.

—Por lo tanto, parte usted del principio de que los ingleses y los rusos van a ocultarnos algo...

—Sí.

—¿Por qué?

—Un tipo capaz de fabricar semejantes porquerías puede ofrecer cierto interés. Científico, desde luego. ¿Me comprende usted?

—Perfectamente, hasta ahora. Pero, de todos modos, hay algo que me preocupa.

—¿Qué?

—Es posible que a los ingleses y a los rusos les parezca raro que nos aportemos nuestra parte de información...

—Desde luego, es posible. Oficialmente, el que investiga es el S.D.E.C.E., y sus hombres facilitarán las informaciones que encuentren.

—Entiendo. Y nosotros trabajaremos en la sombra. En tal caso, ¿a qué viene este decorado propio para un viejo verde que espera a una cantante de ópera?

Costes suspiró.

—Me han encargado de las relaciones públicas. De buena gana hubiera renunciado, pero el Primer Ministro ha insistido para que fuera yo quien me ocupara de ellas. Ese Penkovsky tiene una sólida reputación. Sus funciones son muy especiales. Es el hombre del Kremlin en el seno del K.G.B. Esto sitúa al individuo.

Mirando a su alrededor, Costes añadió:

—Esta habitación es una especie de anexo del Servicio. ' Muy adecuada para crear una atmósfera favorable. Pero es algo más que eso. La habitación contigua también nos pertenece. Estará usted en ella cuando entre Penkovsky. El espejo que puede ver ahí le permitirá asistir a la entrevista: sólo refleja la imagen por esta parte; por la otra es un cristal transparente. Y el sonido es perfecto. Quiero que conozca usted al hombre, pero no tengo interés en que él le identifique.

Calone estaba enfrente del espejo pegado a la pared, dentro de un marco dorado. A su espalda, Costes añadió:

—Verá usted también al inglés que ha de reunirse con nosotros un poco más tarde.

Calone, delante del espejo, parecía contemplarse atentamente. Pero Costes no se dejaba engañar. Sus miradas se cruzaron en el cristal.

—¿En qué piensa? —preguntó Costes.

—En el individuo que ha escrito esas cartas...

—No es usted el único.

Calone se encaró con su jefe.

—Eso tenía que llegar un día u otro.

—Siempre hay desequilibrados.

—Ése puede hacer escuela. ¿Leyó usted, hace unos meses, la historia de aquella pareja que se suicidó por miedo a una guerra atómica? Habrá otras,

muchas otras...

—El miedo forma parte de la condición humana. Va unido al pecado original.

—Tal vez... Pero uno se adapta a él, con tal de no ir hasta el punto de ruptura. Millones de personas tienen miedo al despertar por la mañana. Miedo de llegar tarde al trabajo, de sufrir un accidente, de desagradar a su superior, de no tener éxito, miedo a morir. Miedo a vivir, también... Son miedos individuales que se dominan, mejor o peor. Pero este otro miedo que escapa al tiempo y al espacio, ese miedo oscuro, planetario que quizás tenga sus raíces en la memoria inconsciente de los hombres, ¿cómo puede usted pedirles que lo asuman?

—¿Es usted sensible a ese miedo? —preguntó Costes con curiosidad.

Calone rió sin alegría.

—No, yo no tengo miedo. Estoy acostumbrado a la muerte y no me importa. Lo único que le pido es que sea rápida. Me horroriza perder tiempo. No será más que un momento añadido a otros momentos. No, yo no tengo miedo. Y encuentro eso muy triste.

Sonó el teléfono y Costes descolgó el receptor.

—Sí... Muy bien, hágale subir dentro de unos instantes.

Colgó y le dijo a Calone:

—Es el ruso. Pase ahí al lado. La primera puerta a la izquierda.

Calone asintió con la cabeza y salió. La habitación contigua era del mismo estilo. Sobre una mesita, una botella de champaña dentro de un cubo con hielo. Calone hizo girar un sillón y se instaló en él, enfrente del cristal que se abría al salón de Costes. Calone acababa de descorchar su botella cuando el *maitre d'hôtel* anunció al ruso. Costes se había puesto en pie para recibirle. Los dos hombres se estrecharon la mano.

—¿Champaña? —preguntó Costes.

El ruso asintió con un gesto y se sentó. Encendió un cigarro. Costes le sirvió una copa.

—Entonces, lo que nos ha inducido a cooperar ha sido el miedo —dijo.

—Más bien el instinto de conservación.

Costes hizo una mueca:

—¿Cree usted en él?

—Trate de matarme —sonrió el ruso— y lo comprobará.

Costes volvió a sentarse mientras Penkovsky inquiría:

—¿Y nuestro amigo inglés?

—Se reunirá con nosotros un poco más tarde. Tenía que asistir a otra reunión.

—¿Alguna noticia de los norteamericanos?

—No. ¿Y usted?

—Reflexionan. En mi opinión, actuarán por su cuenta, y apostaría cualquier cosa a que su sacrosanta CIA ya ha entrado en funciones.

—¿Cómo marchan sus investigaciones?

—Resultados negativos, de momento. Estamos casi seguros de que no se trata de un ruso.

—Nunca lo he creído. Y ese comportamiento no es propio tampoco de un chino.

—¿Opina eso por el tono de las cartas?

—En parte, sí.

—No puede deducirse nada de un texto redactado en esperanto. La elección de ese... idioma ha sido muy hábil. No aporta ninguna indicación sobre la nacionalidad del hombre.

—No pensaba en eso... El sublevarse contra una amenaza atómica no es propio de la mentalidad de un chino.

—Entonces, sólo quedan tres países.

—Sí. Y yo apostaría por un europeo. El norteamericano vive en su época, se ha acostumbrado a la amenaza nuclear. Incluso está orgulloso de su potencia atómica, convencido de que le protegerá contra toda agresión y de que le permitirá hacer aprovechar a todo el universo de los beneficios de su civilización.

—Quedan Inglaterra y... Francia —dijo el ruso.

—¿Qué opina usted?

—Un razonamiento es válido en la medida en que su base es sólida.

—¿Es decir?

El ruso se puso en pie, fue a servirse un poco de champaña. Antes de volver a sentarse, vaciló y, finalmente, dijo:

—Se trata, a lo sumo, de una hipótesis muy aventurada. Podría ser un golpe ideado por una potencia cualquiera...

Pero Costes sabía a qué potencia se refería Penkovsky. Dijo:

—Habíamos pensado en ello, pero en primer lugar conviene ocuparse del autor desconocido y aparentemente solitario de esas cartas.

—Completamente de acuerdo...

El ruso contemplaba su copa. Se sentó, por fin, bajo la atenta mirada de Costes, que preguntó en tono amable:

—Parece usted preocupado por algo...

—Pensaba en sus deducciones... Son muy interesantes. Si ese hombre existe, ¿qué haremos con él, una vez descubierto?

—Entregarlo a las autoridades de su país, desde luego.

—Precisamente —dijo Penkovsky—, precisamente... No cabe pensar en un proceso público, que podría suscitar otras vocaciones de esa clase. ¿Qué garantías tendremos, pues, de que ese hombre será neutralizado definitivamente?

—Puede estar seguro de que, si es francés, recibirá el trato que merece.

—Si es francés o ruso, es posible...

—Diga todo lo que piensa.

—Muy bien... En mi opinión, si ese hombre existe, es inglés. Inglaterra es la patria de los pacifistas y de los desarraigados. Ya sabe usted hasta qué punto respetan los ingleses al individuo. Un respeto que a veces roza el ridículo. Mucho me temo que no apliquen la ley en todo su rigor.

Costes miraba a un punto indeterminado. Calone, cómodamente instalado en su sillón, disfrutaba del espectáculo. Pensó que su jefe debía sentirse en su elemento.

—¿Qué sugiere usted? —preguntó finalmente Costes.

—Es muy sencillo... La tarea de juzgar a ese hombre debe ser confiada a los otros países.

—Temo que le resulte difícil hacer aceptar ese punto de vista. ¿Lo aceptaría usted, si el hombre fuera ruso?

—Si fuera ruso, no habría proceso. Entre nosotros, el instinto de conservación está muy desarrollado.

—¿Entonces?

Penkovsky vaciló unos segundos.

—Voy a ser franco, señor Costes —dijo finalmente—. Pongámonos de acuerdo para actuar en el caso de que el hombre sea inglés. Adelantémonos a sus compatriotas y liquidémosle.

Al ver que Costes permanecía silencioso, el ruso añadió:

—¿Le parezco brutal?

—No, no es eso...

—¿Le preocupa algún detalle?

—Sí —sonrió Costes—. Me estaba haciendo una pregunta: ¿va usted a hacer la misma propuesta a los ingleses, o se la ha hecho ya?

Se produjo un silencio. Finalmente, Penkovsky se echó a reír. Sin mirar a Costes, replicó:

—Permítame que a mi vez le haga una pregunta: ¿por qué se las ha arreglado para verme a solas *antes* que al inglés?

Nuevo silencio. El ruso continuó:

—Creo que nos hemos comprendido perfectamente.

—Soy de la misma opinión —dijo Costes.

Inmediatamente abordaron algunos detalles del asunto. Calone les escuchaba con aire distraído, haciendo honor al almuerzo que acababan de servirle.

El inglés llegó cuando Calone se disponía a tomar el café. Se llamaba Jefferson. Tenía aspecto de jugador de polo. Nada apasionante surgió de aquella conversación tripartita que se prolongó hasta las tres y media de la tarde.

El ruso fue el primero en marcharse, pretextando una cita urgente. Jefferson fumaba un cigarro. Tomó su copa de viejo *armagnac* y preguntó:

—¿Cómo piensa usted abordar el asunto?

—Investigación en el interior de cada país. Al estudiar el caso me ha llamado la atención un detalle: nuestro hombre ha enviado tres cartas a cada Jefe de Estado. Sólo los ejemplares de las dos últimas cartas han sido echados al correo simultáneamente en cada uno de los países interesados. Para la primera, hay un lapso de varios días entre cada ejemplar.

—¿Qué deduce usted de ello?

—Que nuestro desconocido hizo una primera gira por las ciudades en las cuales fueron depositadas las cartas. Para no tener que desplazarse cada vez que tuviera que enviar otra carta, debió encontrar en cada una de esas ciudades un sistema para que las cartas fuesen cursadas en la fecha prevista. Eso nos da dos pistas. La primera: buscar por medio de quién fueron enviadas.

—Hay oficinas que se encargan de ese tipo de cosas. ¿Y la segunda pista?

—Conocemos las fechas de expedición de los ejemplares de la primera carta. Investiguemos acerca de los desplazamientos de un país a otro de uno de nuestros compatriotas en las fechas en cuestión.

Jefferson apuró el contenido de su copa y sacudió la cabeza.

—Una idea interesante, pero cuya validez depende de que se trate de un inglés o de un francés. Sabemos que usted y yo estamos dispuestos a colaborar sinceramente. Pero los norteamericanos parecen actuar por su cuenta, y los chinos siguen siendo una incógnita...

—Los rusos cooperan.

—Sí... Falta por saber hasta dónde llegará su cooperación. Supongamos que el hombre sea chino: ¿cuál será entonces su actitud? ¿Y quién le asegura que no se han entendido con los norteamericanos a espaldas nuestras? No sería la primera vez... Nuestros dos países tienen demasiados intereses comunes, señor Costes, nuestra solidaridad debe ser absoluta.

—Ésa es mi opinión —dijo Costes.

Jefferson se puso en pie, diciendo:

—Tendremos que permanecer en estrecho y continuo contacto.

Costes le acompañó hasta la puerta. Unos instantes después empujaba la puerta del otro salón y se reunía con su agente.

—Bueno. ¿Qué opina usted de todo esto? Ha sido una reunión presidida por la mayor franqueza, ¿no?

—En efecto... ¿Ha establecido también usted acuerdos especiales con los norteamericanos?

—Por desgracia, no —suspiró Costes—. Actúan *realmente* por su cuenta. De los que hay que ocuparse es de los rusos. Hay un elemento que no figuraba en el expediente... En la U.R.S.S. han adoptado las mismas precauciones que nosotros para evitar indiscreciones. Por un lado, la investigación tradicional, para situar eventualmente al hombre; por el otro, un equipo de especialistas dirigido por un tal Youri Alexandrovitch, un hombre peligroso porque está perfectamente occidentalizado. Ha instalado su puesto de mando en París, y tendrá usted que pegarse a él. Le conducirá en línea recta al hombre que buscamos.

—¿Qué le hace creer eso?

—Los rusos tienen un medio de investigación del cual nosotros no disponemos.

—¿Cuál?

—Sus puestos fronterizos. El control es en ellos lo bastante severo como para que puedan identificar rápidamente al hombre. Mucho más por cuanto el número de extranjeros que cruzan sus fronteras es bastante reducido.

—¿Y si es un ruso?

—Ya le habrían localizado. Mi razonamiento es válido en los dos sentidos.

—Entonces, algo se me escapa... Si le comprendo bien, los rusos son los que están mejor situados para encontrar al hombre.

—Al igual que los chinos, sí. Y éstos por los mismos motivos.

—Entonces, ¿por qué han aceptado el colaborar con los franceses y los ingleses?

—Para que no se les adelanten.

—No me diga que ha creído usted la historia que le ha contado... Una vez identificado el hombre, por quien sea, no constituirá ya un peligro.

—Desde luego.

—¿Entonces?

—¡Oh! Hay varias explicaciones. Tal vez les interesa el hombre...

Calone se encogió de hombros.

—En Rusia deben tener millares de individuos capaces de fabricar esa clase de caldo de cultivo.

—Escuche esto: sabemos que China forma parte de los países amenazados. En estos momentos, las relaciones entre China y la U.R.S.S. son tensas, como mínimo. Suponga que los rusos localizan a nuestro hombre, que le obligan a confesar dónde se encuentran los frascos y que a continuación advierten a todo el mundo, excepto a los chinos... Tendrían sobre ellos un buen medio de presión, ¿no le parece?

Calone inclinó afirmativamente la cabeza. Sin mirar a Costes, dijo:

—En consecuencia, hay que impedirles que lleguen los primeros...

—Bueno, no se trata exactamente de eso: en realidad, es preciso que los primeros en llegar seamos nosotros.

Calone volvió lentamente la cabeza hacia Costes. Dijo:

—¿Y usted, Georges-Henri, sobre quién quiere ejercer presión?

Capítulo V

ERA cerca de medianoche cuando Bokoumov entró en la embajada soviética en París. Le recibió un secretario, el cual le condujo inmediatamente a un salón donde le esperaba Penkovsky.

Éste hojeaba una revista que dejó a un lado al ver a su visitante.

—¿Algún problema? —inquirió Penkovsky.

—No estoy seguro... Tengo la impresión de que me siguen continuamente.

—No me sorprendería.

—¿Cuándo has llegado?

—Esta tarde. He cruzado la frontera belga en automóvil. Bokoumov se dejó caer en un sillón, sacó sus cigarrillos, encendió uno.

—¿Dónde estamos?

—Iba a preguntártelo. Después de todo, eres tú el que mantiene los contactos con los franceses y los ingleses. No hemos vuelto a vernos después de tu entrevista con ellos.

—Nunca me he hecho ilusiones acerca de la sinceridad que podía existir entre nosotros. Algo me ha preocupado desde el primer momento. Los investigadores franceses pertenecen al S.D.E.C.E. Sin embargo, el hombre con el cual me he entrevistado dirige otro servicio. No resulta muy lógico.

—¿Conclusión?

—No lo sé... Conozco a ese Costes de oído desde hace mucho tiempo. Con frecuencia nos hemos enfrentado a través de otras personas. Es un tipo listo y peligroso. No se atiene a ninguna norma, y escapa a toda clasificación. Y sus agentes son del mismo calibre. Pregunta: ¿por qué no ha puesto a sus propios agentes sobre la pista?

—¿Respuesta?

—O trata de engañarnos, o se ha planteado un problema de susceptibilidad a la hora de escoger los agentes.

—En tal caso, debiste haberte entrevistado con el jefe del S.D.E.C.E.

—Para esa entrevista, pueden haber elegido a Costes porque es más fuerte.

—Resulta halagador para ti, pero, ¿qué nos aporta eso en el terreno práctico?

—Nada. Hasta ahora, sólo me ha comunicado informaciones negativas. La investigación parece llevarse a cabo de un modo tradicional, cosa que me sorprende.

—¿Has podido hacer vigilar a los agentes franceses?

—Sí. Apenas se han movido. En un momento determinado creí que la cosa iba a ponerse en marcha, cuando se dirigieron a Inglaterra, pero sólo se trataba de una conferencia con los ingleses.

—Hablemos un poco de ellos...

—Jefferson me ha enviado un informe más bien pesimista. En su opinión, no tenemos prácticamente ninguna posibilidad de localizar al hombre.

—Si entró en Rusia, necesitó un visado, ¿no?

—Desde luego. Tenemos la lista de todos los ingleses que entraron en Rusia en la época que nos interesa.

—¿Y...?

—Se está examinando el caso de cada uno de ellos. Sobre todo en lo que respecta a los estudiantes. Se ha hecho lo mismo en lo que atañe a los franceses, mucho menos numerosos. Lo malo es que la cosa ocurrió en plena temporada turística. He transmitido las listas a los franceses y a los ingleses, para que comprueben si alguno de ellos pidió un visado para los Estados Unidos.

Bokoumov pareció sorprendido.

—¿Estás jugando limpio?

—Ahora, sí.

Los dos hombres se observaron unos instantes. Tras un breve silencio, Bokoumov dijo:

—Supongo que si me has hecho venir es porque hay novedades.

—Sí, hay novedades...

Se puso en pie, dio algunos pasos por el salón y se inmovilizó delante de Bokoumov.

—Hemos perdido tiempo porque hemos partido de una base falsa. Si he enviado las listas a los franceses y a los ingleses, es porque no tienen la menor importancia.

—¿Quieres decir que no se trata de un inglés ni de un francés?

—Exactamente.

—Quedan, pues, tres posibilidades. Mejor dicho, dos, pues sabemos que no puede tratarse de un compatriota nuestro. Por lo tanto, es un chino o un

norteamericano.

—No, ése es precisamente el error que hemos cometido todos. Hemos creído que el hombre pertenecía necesariamente a uno de los cinco países interesados, y ello nos ha hecho perder tiempo.

—Eso quiere decir que el hombre está localizado...

—Casi con seguridad. Y por eso quería verte. Tienes que entrar en acción. Nuestro sospechoso es belga y vive en Bruselas. He aquí a grandes rasgos lo que sabemos, de momento...

Penkovsky fue a sacudir la ceniza de su cigarro y regresó junto a Bokoumov.

—El hombre se llama Maes, Pierre Maes. Trabaja en un laboratorio de Bruselas, encargado entre otras cosas del control sanitario de las carnes destinadas a embutidos.

—Lo cual significa que posee los conocimientos necesarios para fabricar su porquería en frascos.

—En efecto... Entró en Rusia en la época en cuestión, con una expedición de turistas...

—Hasta ahora, no hay nada que le haga sospechoso.

—No... Hemos efectuado otras investigaciones, y nos hemos enterado de que a su regreso de Rusia marchó hacia los Estados Unidos, donde permaneció únicamente cuatro días. Ignoramos lo que hizo durante esos cuatro días. Estaba de vacaciones, lo cual significa que no se desplazó por motivos profesionales. Y un turista no viaja a los Estados Unidos para pasar allí únicamente cuatro días...

—Desde luego... ¿Algo más?

—Eso es todo.

Bokoumov hizo una mueca.

—Poca cosa, ¿no? Nada nos demuestra que haya estado en China, sin hablar de Francia y de Inglaterra.

—Lo sé, lo sé... En lo que respecta a esos dos últimos países, es incontrolable, puesto que pueden cruzarse sus fronteras sin necesidad de visado, es decir, sin dejar rastro. Además, el viaje puede efectuarse en un día.

—Queda la China de Mao...

—He establecido contacto con ellos después de haber identificado a ese Maes. No han dado señales de vida.

—Sin embargo, les interesa colaborar, ¿no? El problema les afecta también a ellos.

—No sé qué decirte... Sigue bien mi razonamiento. En la actualidad, resulta prácticamente imposible que un occidental haga turismo en China, y dudo que Maes consiguiera un visado de entrada. Incluso suponiendo que lo obtuviera, no hubiera podido pasar de matute sus frascos.

—¿Ha mentido, pues?

—No del todo... Sabiendo que no podría entrar en China, ha debido buscar otra solución.

—¿Cuál?

—Sólo se me ocurre una... ¿Cuál es el sector de libre circulación más próximo a China?

—¿Hong Kong?

—Exactamente. Hong Kong, que es casi una ciudad china, Hong Kong, que sirve de enlace entre China y el mundo exterior. Pudo ocultar sus frascos allí, diciéndose que estaba lo bastante cerca de China como para que ésta quedara rápidamente contaminada.

—Un razonamiento lógico... Siendo así, ¿por qué los chinos parecen tan poco interesados en este asunto?

—Yo veo dos explicaciones. La primera es psicológica. Hay que tener en cuenta la mentalidad china. Mao dijo un día que en caso de conflicto atómico generalizado, si había un solo superviviente, sería probablemente chino. La muerte, para ellos, tiene una importancia relativa, incluso su propia muerte si sus ideas triunfan. Pueden esperar que la epidemia se limite a rozarles, ya que el foco se encuentra en la frontera. Aunque también es posible que hayan localizado a Maes.

Penkovsky se había olvidado de chupar su cigarro. Renunció a encenderlo de nuevo y fue a aplastarlo en un cenicero. A su espalda, Bokoumov dijo:

—¿Y quieren ser los primeros en echarle la mano encima? — Evidentemente.

Bokoumov sacudió la cabeza y se puso en pie a su vez. Se acercó a la ventana, levantó uno de los opacos visillos que la cubrían. Luego se volvió.

—Tengo la impresión de que estamos jugando, todos, un juego demasiado sutil. Estamos a punto de perdernos en los detalles y en las suposiciones. ¿Cuál es el objetivo esencial, el único importante? Encontrar a ese individuo y saber dónde ha ocultado esos malditos frascos. ¿Estamos de acuerdo?

—Completamente de acuerdo.

—Entonces, ¿qué importa que sea un chino, un ruso o un norteamericano el primero en encontrarle? Lo fundamental es echarle la mano encima lo antes posible. Por lo tanto, dejemos que los chinos hagan el trabajo y se queden con

ese individuo, si quieren. Disponemos de centenares de personas capaces de elaborar ese preparado...

—De acuerdo en todo, excepto en un punto.

—¿Cuál?

—¿Y si los chinos no dicen nada?

—¿Quieres decir que...?

—Me has comprendido perfectamente. Maes desaparece, Maes se evapora. ¿A quién podríamos acusar? A nadie. Una gran ocasión para que los chinos desencadenaran una catástrofe, de la cual ni siquiera podría hacerseles responsables, puesto que ellos eran una de las víctimas previstas. Se ha pedido un estudio a un laboratorio tras facilitarle una muestra del caldo de cultivo. El país escogido era Francia. Si estalla la epidemia, el número de muertos será de nueve a trece millones. Suponiendo que desde el primer momento se hayan puesto en juego unos medios excepcionales para combatir la epidemia y para aislar por completo al país.

Penkovsky encendió otro cigarro y añadió:

—No me atrevo a darte las cifras que nos han sido comunicadas por los cinco países interesados, los cuales, por otra parte, contaminarían a sus vecinos.

—¿Se atreverían los chinos a hacerlo?

—¿Qué es lo que arriesgarían, a fin de cuentas? Dentro de algunos años estarán preparados para provocar un conflicto atómico en el curso del cual perderán quizás cien o doscientos millones de individuos. Con esos caldos de cultivo, pueden hacer más daño corriendo menos peligro, ya que, a pesar de su número de habitantes, China no es un país densamente poblado.

Bokoumov aplastó furiosamente su cigarrillo en un cenicero.

—¿Y todo eso porque un chiflado tiene miedo a ser atomizado? Bueno, ¿que has decidido?

—Vas a salir inmediatamente para Bruselas...

—Localizo a ese Maes, y le hago escupir todo lo que sabe. Confía en mí, le cortaré a pedacitos, si es preciso.

—Te embalas demasiado pronto... No vas a enfrentarte con los adversarios de costumbre, con un profesional. En primer lugar, al primer síntoma sospechoso Maes puede deslizarse de entre nuestras manos. En segundo lugar, ignoramos si somos los únicos que le hemos localizado. Ya te he hablado de los chinos, pero no hay que olvidar a los norteamericanos, que actúan por su cuenta. Pueden haber encontrado a Maes... De modo que vas a ir allí en plan de observación, y me pondrás a Maes bajo una vigilancia

constante. No necesitarás diez años para darte cuenta de si puedes actuar o no. De todos modos, antes de hacerlo ponte en contacto conmigo. Estamos casi convencidos de que se trata de Maes, pero no tenemos una seguridad absoluta. La investigación continúa.

—¿Qué pruebas puedes esperar?

—Tratamos de saber si Maes estuvo en Extremo Oriente. También nos gustaría encontrar a la persona que echó al correo las dos últimas cartas.

Penkovsky fue a buscar un papel y se lo entregó a Bokoumov.

—Son las coordenadas de Maes. Apréndetelas de memoria antes de salir de la embajada. Cuando llegues allí, tendrás que redactar un informe completo sobre Maes, sobre sus costumbres, su modo de vivir, sus amistades, sus manías, sus diversiones, en fin, todo lo que a él se refiera.

—¿Para qué servirá eso? Es él, o no es él, y el problema estriba en atraparlo, ¿no?

Penkovsky sonrió. Bokoumov no sería nunca más que un buen ejecutante. Por muchas explicaciones que se le dieran, no captaba los matices. Por ese motivo resultaba superfluo explicárselo *todo*.

—A. grandes rasgos, es eso —dijo Penkovsky—, pero de momento debes atenerte a lo que te he dicho.

—Como quieras, pero, de todos modos, hay que prever una eventualidad...

—¿Cuál?

—¿Si actuasen otros?

—Entonces podrás intervenir, ya que te encontrarás con ventaja al beneficiarte de la sorpresa.

—¿Con ventaja? Suponiendo que no tenga a cuatro equipos contra mí...

—Puedes dejar de lado a los ingleses y a los franceses. Les he enviado esas listas para distraerles. De todos modos, carecen de elementos para llegar hasta Maes.

Penkovsky se acercó a la puerta para dar a entender que la entrevista había terminado.

—No lo olvides: en este juego, ganará el más paciente. A partir de mañana, podrás establecer contacto conmigo a través de nuestra embajada en Bruselas. Llévate un equipo reducido, y trasládalo a Bélgica lo más discretamente posible. Dando un rodeo por Suiza, por ejemplo.

Bokoumov asintió con un gesto y abandonó la estancia. Una vez en la calle, subió rápidamente a su automóvil. Pensando en la discusión que acababa de sostener con Penkovsky, no observó la vigilancia de que era

objeto por parte de un *break* 404, estacionado a un centenar de metros de la embajada, con todas las luces apagadas.

En el interior del *break*, un hombre descolgó un receptor y dijo:

—Bokoumov acaba de salir de la embajada. Actúen...

Capítulo VI

CALONE penetró como un vendaval en la oficina de Paule Blain, la cual se sobresaltó.

—Está usted muy travieso, Nicolás...

—Las ganas —dijo Calone—. En realidad, empiezo a apergaminarme.

Señaló la puerta del despacho de Costes y preguntó:

—¿Hay conferencia?

—Sí. Le están esperando. Voy a anunciarle.

Unos segundos más tarde, Calone entraba en el *sancta sanctorum*. Costes se encontraba en una habitación contigua en compañía de dos agentes adscritos al caso. Intercambiadas las fórmulas de cortesía, Costes atacó dirigiéndose a Calone:

—¿Y bien?

—Era Penkovsky, desde luego.

Costes sacudió la cabeza.

—Estaba seguro... Cuando me señalaron el paso de un automóvil soviético del cuerpo diplomático por la frontera belga, desconfié. ¡Cuando pienso en sus protestas de juego limpio!

Calone sonrió. A Costes le horrorizaban algunos procedimientos que él mismo no vacilaría en utilizar. Los golpes bajos, por ejemplo.

—Afortunadamente, había tomado mis precauciones —continuó Costes—. Ahora sabemos que Penkovsky y Bokoumov se encontraron en la embajada de París. No hace falta señalar que, si corrieron ese riesgo, fue porque había novedades. ¿Dónde está ahora Penkovsky?

—Ha vuelto a salir hacia Bélgica —dijo Calone.

—¿Y Bokoumov?

—En Bélgica, también —dijo uno de los hombres.

Costes permaneció unos instantes pensativo.

—Siempre he creído que Penkovsky era el que estaba mejor situado para descubrir a nuestro hombre. Si nos basamos en la salida precipitada de Bokoumov, el hombre es belga o se encuentra en Bélgica. ¡Vaya una jugarreta! Hace tres días, Penkovsky me envió dos listas de franceses y de ingleses, a fin de que efectuáramos investigaciones.

Calone fumaba, escuchando atentamente. Dijo:

—Tal vez no sea el único que ha localizado al individuo. Estamos cinco en el asunto.

—En teoría, sí, prácticamente, no. Para poder identificar al hombre con certeza, hay que responder de modo imperativo a algunas preguntas. A saber: demostrar que ese desconocido estuvo en la U.R.S.S. en la fecha prevista, que efectuó un viaje a los Estados Unidos y que se trasladó a Extremo Oriente, o sea, a China... Nosotros, franceses, lo mismo que los ingleses, estamos muy mal situados porque no ejercemos ningún control en nuestras fronteras y carecemos, por tanto, de un punto de partida. Los norteamericanos tienen una pequeña posibilidad, porque exigen un visado, pero en cambio no pueden saber si el hombre al que buscamos ha estado en la U.R.S.S. o en China.

—Quedan los chinos. En mi opinión, tienen las mismas posibilidades que los rusos.

—Pensándolo bien, no... Me sorprendería mucho que ese individuo hubiese podido entrar en China con su colección de frascos. En un país que tenga frontera común con China, sí, pero en la misma China, no. Conclusión: Penkovsky era el mejor situado. Podía también, gracias a la eficacia de su policía, encontrar al cómplice que echó al correo las dos últimas cartas en Moscú. Por eso les pedí que no se despegaran de los agentes de Penkovsky. Era nuestra única posibilidad.

—Y, ¿cómo vamos a actuar?

—Sutilmente, muy sutilmente. Le he tomado la medida a Penkovsky; a la menor señal de peligro, se nos adelantará.

—Si es que no lo ha hecho ya...

—No lo creo. Aunque haya actuado rápidamente, el ruso ignora a pesar de todo si es el único que ha logrado alcanzar el objetivo. Por lo tanto, marcará un compás de espera para moverse sobre seguro. Esto en lo que atañe a Penkovsky. En cuanto al desconocido, no puede ignorar los peligros que corre al llevar a cabo una operación de tanta envergadura. En consecuencia, su desconfianza estará exacerbada. Tal vez ha previsto incluso una posición de repliegue en caso de que el asunto se ponga feo para él. Y Penkovsky, por su parte, no puede ignorarlo. Tendrá que montar cuidadosamente su operación. Esto nos concede un plazo, que, naturalmente, vamos a aprovechar.

—¿Cómo? —preguntó Calone—. Tropezaremos con las mismas dificultades que Penkovsky.

—Nosotros somos menos vulnerables, puesto que hemos identificado a uno de los adversarios. Y eso, por otra parte, es lo que va a definir nuestra

táctica.

Con los ojos entrecerrados, el aspecto socarrón, Costes se reencontraba a sí mismo. El golpe bajo no andaba muy lejos.

—Vamos —dijo Calone—. Saque ya su paquete de pieles de plátano.

—¡Oh! Es muy sencillo. Vamos a inducirles a cometer un error. He aquí el orden en que deberá desarrollarse la operación: en primer lugar, localizar a Bokoumov y a sus hombres; luego, inmediatamente, localizar al desconocido. Una vez adquiridos esos elementos, comprobar si tenemos otros competidores en la carrera... Al llegar a esa fase, tendremos ya dos posibilidades: o hay competidores, y procuramos enfrentarlos entre sí, lo cual nos dejará el campo libre, o los rusos actúan sin que nadie les haga sombra, en cuyo caso tendrán que cometer el error con el desconocido como sujeto.

—Un poco arriesgado, ¿no? Usted mismo lo ha dicho; si el hombre desconfía, todo corre el peligro de fracasar. Y el tiempo pasa...

—Ya he pensado en ello, y estoy decidido a hacer un sacrificio. Tenemos algunos corresponsales en Bruselas, y voy a poner en juego a uno de ellos. Cuando el desconocido sea identificado, ese corresponsal deberá arreglárselas para trabar conocimiento con él y ganarse su confianza. Dado que sabemos la clase de ideas que tiene el hombre, la cosa ha de resultar fácil. Además, se tratará de un compatriota suyo, perfectamente identificable, instalado en Bruselas desde siempre. Un hombre del cual no podrá desconfiar. Al menos *antes*.

—Bien... Se hacen amigos y nadie desconfía. ¿Qué sucede?

—Provocamos el error e intervenimos en el momento psicológico. ¿Les parece bien ese esquema?

Calone se limitó a encogerse de hombros. Costes, que le conocía bien, le miró con aire perplejo.

—¿Le preocupa algo, Nicolás?

—No, no, nada... El plan me parece completamente válido.

Los otros dos agentes le observaban, un poco sorprendidos, ignorantes de las relaciones particulares que podían existir entre Calone y su jefe.

—Bien —continuó Costes—, ya que estamos de acuerdo en lo esencial, sólo nos queda pasar a la ejecución. Los tres saldrán hoy mismo para Bruselas, y, en cuanto el hombre sea identificado, usted, Nicolás, regresará aquí... ¿Alguna pregunta?

Todo el mundo permaneció silencioso y Costes se puso en pie, siendo imitado por los tres hombres. Los dos agentes salieron en primer lugar. Calone se disponía a seguirles, cuando Costes le retuvo.

—Un momento, Nicolás.

Cerró la puerta que el último agente había dejado abierta y se volvió hacia Calone.

—Bueno, ahora que estamos solos puede hablar con toda franqueza. ¿Qué es lo que no funciona?

Calone se encogió de hombros.

—No lo sé. Sinceramente, lo ignoro. Todo lo que podría decir sería estúpido.

—Dígalo, de todos modos.

Calone dio unos pasos, bajo la atenta mirada de Costes. Éste sabía lo valiosas que resultaban las intuiciones de su agente.

—Es una impresión indefinible —dijo Calone—, como la que experimentan algunos cazadores. En cualquier asunto, por regla general, cuando estoy a punto de llegar a un momento interesante o crítico, algo me lo advierte. Dele el nombre que quiera, yo no trato de explicarlo, me limito a dejar constancia de un hecho. Esa sensación rara vez me ha engañado. Sucede incluso que me invade contra toda lógica... Con los elementos que usted nos ha proporcionado, tendría que sentir algo. Y... ¡nada!

Con una leve sonrisa, sacó sus cigarrillos. Encendió uno y echó una ojeada a Costes:

—¿Se da cuenta? No hay por qué sembrar el pánico en el Servicio.

—Tal vez tenga usted razón, tal vez no... No seré tan idiota como para decirle que se equivoca. Sin embargo, los hechos son los hechos. Ya sé que hay que desconfiar de las apariencias, pero, precisamente, Penkovsky ha querido hacerme creer en unas apariencias que no existen... Me apoyo en eso. Deme el menor motivo para creer que me he equivocado, y lo anulo todo para partir de nuevo de cero.

—No tengo ninguno —dijo Calone—, pero eso no quiere decir que no lo encuentre en Bruselas. No tema, hasta entonces respetaré sus consignas. El asunto es demasiado grave para que lo comprometa por unas simples impresiones.

Se dirigió hacia la puerta. Costes permaneció inmóvil, ligeramente apoyado sobre su escritorio.

—Tiene usted carta blanca, Nicolás.

Calone asintió con la cabeza y salió del despacho.

* * *

Uno de los agentes que acompañaban a Calone se llamaba Fraysse, el otro Colín. De momento, vivían en Bruselas en un hotel situado cerca de la estación del Norte. Dedicaron el primer día a localizar a Bokoumov y a sus hombres. El ruso había alquilado una casa particular en Anderlecht. Colín entró de plantón la primera noche y fue relevado a las seis de la mañana por Fraysse. Encontró a Calone en el hotel.

Colín llevaba muchísimos años en el Servicio, y Costes sabía que se había ganado con creces el retiro. Sólo le confiaba misiones que no implicaran demasiado riesgo. Colín medía casi dos metros, pero su enorme armazón se había resecado con el paso de los años. Su rostro se había afilado, y los cabellos grises habían invadido la abundante cabellera negra de antaño. La mirada, aunque algo velada, continuaba siendo peligrosa, y, a pesar de su edad, sus grandes manos eran aún capaces de partir nueces como si de simples cacahuetes se tratara. Sabía que envejecía, que no tenía ya la misma fuerza ni los mismos reflejos que en otro tiempo, pero se esforzaba en ocultarlo. Calone se daba cuenta, y lo encontraba triste.

La noche en blanco había marcado profundamente a Colín. Él mismo había insistido en hacer el plantón de noche, pudiendo haber optado perfectamente a la guardia diurna. Cosa que probablemente hubiese hecho en otra época. Ahora, en cambio, tenía interés en demostrar que continuaba siendo el mismo...

Calone salió de la ducha.

—¿Y bien?

—Diríase que se han instalado allí con la intención de pasar una buena temporada.

—¿Cuántos son?

—Debieron perder alguno por el camino, ya que no son más que cuatro.

—Habrà que averiguar lo que ha sido de los otros.

—Al parecer, han conservado un solo automóvil: el Mercedes. Me he dado una vuelta por el barrio: se hacen pasar por turistas alemanes. No estoy absolutamente seguro, pero creo que hay un hombre siempre de guardia en el último piso de la casa.

—¿Se lo has dicho a Fraysse?

—Desde luego.

—¿Tienen teléfono?

—Sí. ¿Vamos a intervenirlo?

—Veremos si es posible. ¿Dónde está aparcado su automóvil?

—En el patio cerrado de la casa.

—Hay que tratar de pegarle un micro-emisor, a fin de poder seguirlos a distancia en caso necesario. ¿Tu impresión general?

—Parece que están esperando algo, no puede decirse más, de momento. Anoche, un proveedor les llevó varias cajas de botellas de cerveza.

—*Okay*. Puedes irte a descansar.

—¡Oh! Estoy bien, ¿sabes? En plena forma, como siempre...

—Tienes mucha suerte. A mí, una noche en blanco me mata...

—¿De veras? Yo estoy acostumbrado. Más de una vez me he pasado la noche en vela, he tomado una ducha y, ¡hop!, de nuevo a la calle.

Se dirigió hacia la puerta y añadió, antes de salir:

—Si me necesitas, no vaciles en llamarme, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Calone terminó de arreglarse, atacó el desayuno que acababan de subirle y encendió su segundo cigarrillo. Luego salió de su habitación. Al pasar por delante de la que ocupaba Colín, vaciló, llamó suavemente. Nadie contestó. Hizo girar el pomo de la puerta y echó una ojeada al interior del cuarto.

Colín ni siquiera se había desvestido. Dormía encima del lecho, tumbado de espaldas, con la boca entreabierta, inmóvil. Calone se estremeció. Colín parecía un muerto.

Salió del hotel y fue en busca de su automóvil. Era un D.S. del Servicio, equipado con una radio-teléfono que le permitía establecer comunicación con el otro vehículo ocupado en aquel momento por Fraysse. Calone le llamó.

—Calone al aparato... ¿Dónde estás?

—No muy lejos. Nuestros turistas «alemanes» se despiertan. Uno de ellos está haciendo gimnasia, medio desnudo. Un ex militante de las Hitlerjungens, quizás... He visto a Bokoumov, el cual estaba completamente vestido.

—¿Has observado algo especial en el sector?

—Hasta ahora, no.

—Bien... Voy a reunirme contigo, y si su automóvil sale nos relevaremos.

—De acuerdo.

Calone colgó y puso el D.S. en marcha. La circulación empezaba a invadir la ciudad. El sol era pálido, polvoriento. El día se anunciaba hermoso. Calone no estaba lejos de Anderlecht cuando resonó la señal de su radio-teléfono. Descolgó, sin dejar de correr.

—Escucho.

—Aquí, Fraysse... Tengo la impresión de que Bokoumov se dispone a salir a dar una vuelta. ¿Qué hago?

—Síguele, y permanece en contacto conmigo. Yo tomaré el relevo cuando te alcance. Toma nota de los hombres que salen...

Calone dejó el receptor sobre el asiento y pisó el acelerador a fondo. Unos minutos más tarde se oyeron unos ruidos en el altavoz. Calone volvió a empuñar el micrófono.

—¿Qué pasa?

—Acaban de salir. Son tres.

—Señálame el camino...

Frayse le citó algunos nombres de calles y, diez minutos después, distinguió la parte trasera del 404 del Servicio, equipado con una matrícula belga.

—¿Me has visto? —inquirió Calone.

—Sí, sí... Voy a pasarles y a girar por una calle transversal. A continuación me darás instrucciones.

—Cuando quieras. Y no te olvides de ocultar el micro cuando pases a su altura.

Un poco más arriba, la calle se ensanchaba un poco. Calone vio que Fraysse encendía su intermitente, aceleraba y luego adelantaba a otro vehículo. Cuando hubo pasado, vio el Mercedes que rodaba tranquilamente.

—Voy a girar —dijo Fraysse—. ¿Sin novedad?

—Sin novedad. Tengo contacto con ellos.

Al cabo de diez minutos, el Mercedes aminoró considerablemente la velocidad. Calone, que había dado instrucciones a Fraysse a lo largo del camino, dijo:

—Cuidado, nos estamos acercando... Creo que deberías aproximarte, ahora.

—Nos falta un coche —dijo Fraysse—. Debimos decirle a Colín que tomara el otro.

—Se hubiera dormido al volante.

—Todo por no dejar que yo hiciera el plantón de noche... Yo no necesitaría dormir. Cuidado..., creo que me acerco.

Unos segundos más tarde, Calone vio que el 404 se intercalaba entre él y el Mercedes. Apretó suavemente el freno en tanto que, más arriba, el automóvil de Bokoumov señalaba con su intermitente que iba a girar a la derecha.

—¿Giro? —preguntó Fraysse.

Calone vaciló una fracción de segundo, dijo:

—No. ¡Continúa!

Él mismo acababa de detenerse detrás de un camión aparcado.

—Un golpe de suerte —dijo Fraysse por el altavoz—. Se han metido en un callejón sin salida. Voy a detenerme más lejos.

—*Okay*. Yo bajo. Corto. ¡Ah! Un momento: no ha sido un golpe de suerte, sino una intuición...

Sonrió, cortó la comunicación y descendió del vehículo. Se encontraban en un pueblo bastante triste. Calone, delante del escaparate de una tienda, encendió un cigarrillo. Sin volver la cabeza, entrevió la silueta de Bokoumov que salía del callejón. Le seguía uno de sus hombres.

Se detuvieron los dos al mismo tiempo, intercambiaron unas palabras y se separaron. Calone decidió seguir a Bokoumov. El ruso no fue muy lejos. Ciento cincuenta metros más arriba había un garaje. Bokoumov entró en él. Calone se detuvo y luego, instintivamente, desanduvo el camino en dirección a su automóvil. Al llegar junto al vehículo vio que el ruso salía del garaje al volante de un VW matriculado en Bélgica.

La trampa era voluntaria o no, pero Calone había caído dentro. No tenía tiempo de dar media vuelta y seguir a Bokoumov. Se instaló al volante y llamó a Fraysse.

—He visto la maniobra —dijo Fraysse—. Uno de los tipos acaba de adelantarme. Voy a seguirle.

—Cuidado. Esto huele a encerrona.

—No podemos escoger, nos falta un coche. El individuo conduce un Opel, matriculado en Bélgica. Corto.

Calone soltó el micrófono y permaneció unos instantes pensativo, fumando. No conseguía participar, meterse en el corazón de la aventura. Terminado su cigarrillo, tiró la colilla a través de la portezuela. No se había movido. Resultaba impropio de él quedarse así, sin actuar, cuando se encontraba en pleno centro de la acción.

Veinte minutos más tarde, el vibrador resonó y Calone empuñó el micro.

—Escucho —dijo.

—Fraysse al aparato... Me encuentro a unos kilómetros de ahí, en pleno sector caliente, si no me engaño. En primer lugar he de informarte de que Bokoumov se ha reunido con su agente. Iba al volante de un Volkswagen...

—Sí, lo sé.

—Han empezado a girar en redondo, y creo haber localizado la casa que les interesa.

—¿Continúan ahí?

—No... Pero he creído que era preferible no seguirles... ¿Qué hago?

—Trata de obtener algunos informes acerca de los ocupantes de la casa en cuestión. Pero, nada de correr riesgos inútiles, ¿entendido?

—Perfectamente. ¿Dónde nos encontraremos?

—En el hotel. Espera un momento...

Calone miraba su retrovisor. Continuó:

—Bokoumov ha regresado con su automóvil. Acaba de entrar en el garaje. Corto. Hasta pronto.

Capítulo VII

HABÍAN pasado tres días. Eran las once de la mañana y Calone había convocado una pequeña conferencia.

Colín fue el primero en llegar a la habitación de Calone, seguido muy de cerca por Fraysse, que había salido en busca de información. Sobre la mesita veíanse tres vasos y una botella de Cutty Sark.

—¿Un trago? —invitó Calone.

Se sirvieron. Fraysse tomó la palabra:

He aquí un resumen de las informaciones en lo que respecta al hombre que nos interesa... Se llama Pierre Maes. Trabaja en un servicio veterinario encargado del control de las carnes destinadas a embutidos.

Levantó la cabeza para observar a sus dos compañeros.

—Continúa —dijo Calone.

Un poco decepcionado, Fraysse hizo notar:

—Es capaz, pues, de haber fabricado esos caldos de cultivo. Se trata de un individuo de unos cuarenta años, que vive solo. En la actualidad no se le conocen relaciones femeninas. Tiene algunos amigos entre las personas que viven en su barrio.

—¿Y en su profesión?

—Aparentemente, no. Es un hombre tranquilo, al que no apasiona la política. Los que le conocen le aprecian bastante. La casa que ocupa la heredó de sus padres.

Hizo una breve pausa y continuó:

—Naturalmente, he guardado lo mejor para el final... Su carnicero es un hombre bastante locuaz. Maes le inspira un poco de miedo, no como persona, sino a causa de sus funciones. Un miedo inconsciente, por otra parte, pero que le hace hablar demasiado. No nos quejemos de ello. He creído entender que el carnicero era excesivamente amable con Maes. Experimenta la necesidad de hablarle cada vez que le ve, y así pudo enterarse de que Maes estuvo en la U.R.S.S. el pasado verano, durante sus vacaciones.

Calone bebió un sorbo de whisky y admitió:

—Interesante...

—¡Apasionante, dirás! Sabemos, pues, que Maes estuvo en Rusia en la época en que fue enviada la carta al Kremlin.

—El hombre que buscamos estuvo también en los Estados Unidos, en Francia, en Inglaterra y en China o sus alrededores... ¿Te has enterado de algo a ese respecto?

—No, nada... El carnicero no sabía nada más. Pero si los rusos se interesan por el sector, puede admitirse que poseen esa información, ¿no?

—Puede creerse.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Esas suposiciones no bastan —dijo Calone—. Lo mismo opina Costes, al cual he dado el nombre de ese individuo. Necesitamos algo más.

—¿Qué?

—Pienso en esos caldos de cultivo...

—¿Crees que los guarda en su casa?

—No lo sé, pero una cosa es segura: no los ha preparado en los laboratorios donde trabaja. Y tampoco pueden hacerse en una cocina. Maes vive en una casa aislada, y sería interesante averiguar si ha instalado en ella un laboratorio discreto, en el cual ha podido trabajar siempre con toda tranquilidad.

—¿Quieres que vaya a echar una ojeada allí?

—Podría ser instructivo. Tal vez encontráramos también alguna prueba de sus otros viajes...

—Habría que actuar sin demora, pues no olvidemos que los rusos están al acecho.

—Lo sé. Por otra parte, me pregunto qué es lo que esperan. ¿No habéis notado alguna actividad anormal alrededor de la casa de Maes?

—No, nada desde hace tres días.

—Entonces, vamos a atacar. Primer objetivo: el registro de la casa...

Colín intervino:

—Me gustaría ocuparme de eso. Te juro que me hace falta un poco de ejercicio.

Calone vaciló un instante, dijo:

—De acuerdo.

—¿Cuándo ha de ser?

—No podemos perder tiempo. Fraysse, ¿cuáles son los horarios de Maes?

—Muy sencillos. De lunes a viernes, sale por la mañana alrededor de las ocho y media y regresa alrededor de las siete de la tarde.

—¿Tiene automóvil?

—Sí, un Taunus 17 M, pero a menudo toma el tren para dirigirse a Bruselas.

—¿Y durante el fin de semana?

—Se queda en casa, cuidando sus flores.

—Un verdadero pacifista —rió Calone.

—Estamos a viernes —dijo Colín—. Si no hacemos nada hoy, perdemos dos días.

Calone consultó su reloj.

—Las once y media... Como medida de precaución, vamos a dejar pasar la hora del almuerzo. A partir de las dos, entrarás en funciones, Colín. Fraysse y yo protegeremos tu retaguardia.

—Todo saldrá bien.

—Es preferible que no perdamos de vista a los rusos. Podría ocurrírseles la misma idea...

Estudiaron juntos los últimos detalles y, poco después de mediodía, Calone dijo:

—Vale más que llegues con un poco de adelanto, Colín. Esto te permitirá echar una ojeada a los alrededores. Si ocurre algo imprevisto, vuelve a tu automóvil y llámanos. Estaremos a la escucha en nuestros vehículos.

Colín se frotó las manos, sonrió.

—Un poco de acción... ¡Por fin!

—No hagas el héroe —le advirtió Calone—. Se trata de una misión de exploración, no de un comando de sabotaje.

Colín guiñó un ojo y salió de la habitación. Calone apuró el contenido de su vaso. Fraysse parecía pensativo. Finalmente, dijo:

—¿Y nosotros? ¿Qué haremos?

—Tú vas a seguirle.

—¿A quién? ¿A Colín?

—Sí.

—No tienes confianza en él, ¿eh?

—Sí... Es él el que tiene demasiada confianza en sí mismo... Es de esos tipos que terminan por morir un día tontamente, sin comprender que han cometido un error... No creo que corra grandes peligros, pero nunca se sabe... Por lo tanto, síguete hasta allí y vigila.

—¿Y tú?

—Yo me encargo de los rusos. En caso de alarma, te advierto. Tú adviertes a Colín y os perdéis de vista. La consigna es clara: nada de riesgos.

—Comprendo.

A la una, Calone se instaló en su D.S. y se dirigió a Anderlecht. El Mercedes de Bokoumov se encontraba en el patio de la casa alquilada, y los cuatro hombres parecían estar allí. Calone se había llevado una reserva de cigarrillos y un paquete de revistas.

Un poco antes de las dos, Colín le llamó.

—Estoy preparado. Sector tranquilo. Voy a dar una vuelta por la casa.

—*Okay*, los rusos están aquí.

Unos instantes después llamó Fraysse.

—Colín ha llegado. He localizado su automóvil. Todo parece ir bien. ¿Y los rusos?

—No se han movido.

Transcurrió una hora, que Calone pasó leyendo y fumando. Había salido un ruso, a pie, para regresar unos minutos después.

Calone encendía otra cigarrillo cuando resonó el vibrador. Cogió el micro.

—Escucho.

—Ni... Nicolás... Nicolás... Aquí, Fraysse... Escucha, Nicolás... Era un...

Un silencio, inmediatamente invadido de parásitos.

—¿Qué pasa? —inquirió Calone—. ¡Fraysse! ¿Me oyes?

Había puesto ya en marcha el motor. Se oyeron unos jadeos y luego la voz de Fraysse, lejana:

—... Nicolás..., una trampa... Colín..., en la casa... Yo...

—¿Dónde estás? ¿Cerca de la casa?

—Sí...

—¿En tu automóvil?

—Sí...

—¿Estás herido?

—Sí..., pero, Nicolás, él..., él...

—Cállate, no tardaré en llegar.

Salió en primera, sin soltar el micrófono.

—No te fatigues, cállate, llegaré dentro de unos minutos, ya me explicarás...

De cuando en cuando, sorprendía una especie de tos que hacía rechinar el altavoz. Diez minutos más tarde llegaba a las proximidades de la casa. Fraysse había hablado de una trampa. Calone aminó la velocidad, escrutando los alrededores. Localizó finalmente el 404 de Fraysse. Se hallaba aparcado a la entrada de un bosquecillo, casi pegado a un árbol. Calone lo adelantó, observando atentamente los alrededores, y luego regresó y se detuvo

a una docena de metros. De debajo del asiento del pasajero sacó una pistola, una Radom, arma por la que sentía un cariño especial. La montó, se la colocó al cinto y se apeó del automóvil.

Tras una breve detención, terriblemente desconfiado, se dirigió hacia el 404. El lugar parecía desierto. Al llegar a la altura del vehículo, echó una ojeada a su interior. Fraysse estaba caído sobre un costado, a través de los dos asientos delanteros. Calone subió a la parte trasera.

Se inclinó sobre el respaldo, llamó suavemente:

—Fraysse...

Éste parecía en mal estado. Los asientos estaban manchados de sangre. Calone cogió a Fraysse por el hombro, trató de hacerle dar media vuelta. Toda la parte delantera de la camisa estaba manchada de sangre. Fraysse gimió débilmente.

—Fraysse... Soy yo, Nicolás.

El otro entreabrió los ojos. Tenía el rostro pálido, descolorido, los ojos hundidos en las órbitas. Calone hizo una mueca. Conocía los diversos rostros de la muerte. Y aquél era uno de ellos.

—Nicolás... —murmuró Fraysse.

—No te preocupes, voy a llevarte al hospital...

Fraysse trató de sonreír. Tosió, y un poco de sangre apareció en la comisura de su boca.

—Antes... Dime, ¿dónde está Colín?

—Muerto... en... la...

—¿En la casa?

—Sí.

—Voy a llevarte al hospital.

—No..., no, espera...

Fraysse se agitaba. Calone posó una mano en su frente.

—Tranquilízate.

—No... Antes... Colín ha caído... en una trampa...

—Los rusos no se han movido.

—No han sido... ellos... Los chinos...

Trató de incorporarse, bruscamente enloquecido.

—Cuando me di cuenta... quise... Demasiado tarde, y yo... He traído el..., el coche aquí, y...

Volvió a desplomarse, sacudido por una tos seca.

—Ahora, cállate. Ya me contarás todo eso más tarde.

Calone decidió llevarle en su D.S., ya que el 404 podía ser reconocido. Se apeó, corrió hasta su automóvil, abatió el asiento del pasajero y maniobró para llegar a la altura del 404. Cuando abrió la portezuela del otro vehículo, comprendió que era demasiado tarde: en el lugar donde ahora se encontraba Fraysse, toda intervención quirúrgica resultaba superflua.

El caso recobraba la prioridad. Calone registró a Fraysse, recuperó su arma y luego desconectó el micrófono, guardándolo en su D.S. Cortó el contacto, cogió las llaves y cerró las portezuelas. De todos modos, la policía llegaría a la conclusión de que se trataba de un asesinato. Lo único que podía hacer era embrollar las pistas y ganar tiempo.

Era el lado inhumano de la profesión. Se servía a una causa durante años, se le sacrificaba la vida, y se terminaba abandonado, anónimo, olvidado con tanta rapidez como un perro atropellado. ¿Quién vendría nunca a depositar una flor sobre la tumba de Fraysse?

Calone volvió a subir a su automóvil. No cesaba de hacerse reproches. Todo aquel asunto iba de través. Nunca debió enviar a Colin. ¿Y él, él mismo, que no había intuido el peligro? ¿Qué sucedía? ¿Por qué todo aquello no le parecía real, a pesar de los dos muertos?

Rodó despacio en dirección a la casa de Maes. No tuvo dificultad para descubrir el automóvil de Colin. Echó una ojeada a su interior: estaba vacío. Dio la vuelta a la casa a pie y descubrió que la verja estaba entreabierta.

Desabotonó su americana a fin de poder sacar rápidamente su arma y entró. Costes le hubiera tildado de chiflado, pero necesitaba saber. Penetró por la parte trasera, por una ventana que tenía un cristal roto. El interior de la casa olía a solterón, un olor un poco agrio, desagradable. Un pequeño vestíbulo enlosado en blanco y negro se abría en la planta baja. Una escalera ascendía hacia los pisos.

Calone empujó una puerta: la cocina. La siguiente daba a un comedor lleno de muebles flamencos recargados de tallas. Enfrente había otra puerta cerrada a medias. Antes de empujarla, Calone distinguió las dos piernas ligeramente separadas sobre la alfombra. Supo inmediatamente que se trataba de Colín. Casi perpendiculares al suelo, los dos pies parecían aún más largos.

Calone entró, echó una ojeada circular. Colín había tenido la muerte que había deseado. En plena acción, en pleno jaleo, incluso. Los muebles de aquel pequeño despacho estaban volcados, y la mayor parte de los *bibelots* rotos.

Calone se inclinó sobre Colín. Sus grandes manos estaban llenas de sangre. Suya o de los otros. Su rostro aparecía relajado, casi feliz. La bala que

había terminado con él penetró por su sien izquierda, y una costra negra cubría el lugar del impacto.

Pero, antes, Colín debió batirse como un león. Cuando quiso registrarle, Calone descubrió con estupefacción que el gigante había recibido doce balas en el cuerpo. Doce.

Calone se incorporó y registró someramente el despacho. Descubrió algunas manchas de sangre, una de ellas producida por una mano que se había apoyado en la pared. Una mano mucho más pequeña que la de Colín. ¿Se habían llevado sus muertos los supervivientes?

Calone descubrió otras huellas en la entrada. Colín había vendido caro su pellejo. Calone terminó de registrar la casa, pero no encontró ni rastro de un laboratorio.

El período de observación parecía ahora acabado, y el problema estaba planteado. ¿Cómo actuar en lo que respecta a Maes? No cabía pensar en borrar las huellas que había dejado la feroz resistencia opuesta por Colín a sus adversarios.

Calone vaciló un instante y luego se dirigió al teléfono para llamar a Costes. Cuando obtuvo la comunicación, Calone dijo:

—Estoy en casa de Maes.

—En casa de Maes —repitió Costes en un tono prudente—. Supongo, pues, que la situación ha evolucionado de un modo imprevisto...

—Es lo menos que puede decirse —asintió Calone, echando una ojeada al cadáver de Colín.

Expuso brevemente la situación a Costes y concluyó:

—Es el momento de la elección. Si Maes es el hombre que buscamos...

—¿Por qué ese condicional? —preguntó Costes.

—Porque no estoy seguro de que lo sea. En caso afirmativo, se asustará y huirá. Y sabemos que los chinos y los rusos andan detrás de él. Aunque quiero poner de relieve el extraño comportamiento de los rusos, los cuales, a pesar de estar presentes, parecen haberse desinteresado un poco de Maes.

—¿Adonde quiere ir a parar?

—¿Me ha dado usted carta blanca?

—Sí.

—Bien... ¿Tiene usted a alguien en Bruselas que pueda venir a casa de Maes a tomar el relevo?

—Desde luego.

—Apenas nos queda tiempo antes de que regrese el dueño de la casa. Habría que evacuar el cadáver de Colín y proceder a un enmascaramiento,

aunque existen pocas posibilidades de engañar a Maes.

—Es factible —dijo Costes—, pero quisiera hacerle una pregunta: ¿por qué no se ocupa de ello usted mismo?

—Quisiera regresar a París.

—¿De veras? ¿He de entender que se desinteresa usted del asunto?

—Al contrario. En París espero encontrar lo que busco.

—Muy bien —suspiró Costes—, le di carta blanca y no me vuelvo atrás. Pero, cuidado, Nicolás, si comete usted un error de apreciación, no tendrá ocasión de cometer otros. Esto no es ni siquiera una amenaza, puesto que yo mismo corro el peligro de encontrarme jubilado anticipadamente.

—Acepto el riesgo. No tengo bastantes elementos concretos para justificar mi conducta, pero le pido que confíe en mí. Voy a decirle algo que le asombrará: creo que una investigación tradicional nos habría hecho ganar tiempo.

—Ya sabe que no la consideré necesaria porque carecíamos de medios de control, esos medios que Penkovsky tenía a su disposición.

—Puedo equivocarme —admitió Calone—, pero si no me engaño estamos en un apuro.

—Muy bien, yo me encargo de todo. Regrese a París.

Calone sonrió antes de colgar. Costes, acostumbrado a las situaciones desesperadas, sabía restablecer el equilibrio a tiempo. Había aceptado un riesgo al jugar la carta Penkovsky, se daba cuenta y no era tan estúpido como para perseverar en su error. Si es que existía el error, desde luego.

Calone abandonó la casa dejando el lugar tal como lo había encontrado. Llegó a su vehículo sin novedad y lo puso en marcha rápidamente. Pasó por su hotel para recoger sus pertenencias y luego, sin esperar, se puso en camino hacia París.

Aquella misma noche empezaba a elaborar su plan.

Capítulo VIII

—**C**REO que es jaque-mate, amigo mío —dijo Anthony Sergeant en tono alegre.

Oleg Guzenko se inclinó atentamente sobre el tablero, estudió un instante las escapatorias posibles y no encontró ninguna.

—Yo también lo creo —dijo finalmente.

—No vaya a pensar que me refocilo sin pudor por esta victoria —dijo Sergeant—. No es más que una cosa efímera y sin consecuencias.

—Se equivoca usted... Ha sido una partida muy bonita.

—¿Un trago?

—De buena gana.

Sergeant llenó a medias dos vasos de vodka, tendió uno de ellos a su invitado. Explicó:

—Me gusta el ajedrez, pero el concepto de victoria me ha molestado siempre.

—¿Por qué?

—Ser el más fuerte es humillar al adversario. Y la humillación es la más triste de las condiciones.

El rubio Guzenko sonrió. Sergeant y él se conocían desde hacía una docena de días, y sus relaciones habían evolucionado con una curiosa rapidez. Guzenko no podía evitar el sentirse atraído por aquel hombre preciso y discreto cuya principal preocupación en la vida parecía ser la de no causar ninguna molestia a su prójimo. Se ponía voluntariamente en estado de inferioridad para no incomodar a los demás.

—Entre personas inteligentes —dijo— el concepto de humillación no existe. Si yo fuera un imbécil y me sintiera humillado, me bastaría con recurrir a la fuerza para demostrarme (y demostrarle a usted, quizás) que soy más listo que usted. Tenemos ejemplos cotidianos de esa clase de... superioridad.

—Sí... Y eso me ha sorprendido siempre. A escala política, por ejemplo. Me parece normal admitir que los dirigentes de un país cualquiera son inteligentes. Y, ¿qué es lo que vemos? Cuando un país quiere imponer su punto de vista a otro, ¿razona en términos de jugador de ajedrez? No. Recurre

automáticamente a la fuerza. Vietnam, sin ir más lejos. En lo que respecta a Checoslovaquia, está usted mejor situado que nadie para saberlo.

—Desde luego —dijo Guzenko—. Abandoné mi patria porque no podía admitir una verdad impuesta por las armas.

Sergeant paseaba de un lado a otro por su salón. Sacudió la cabeza.

—De todos modos, resulta extraño que a la inteligencia le sea imposible imponerse. Fíjese en los sabios, que no son más que unos instrumentos entre las manos de los políticos.

Se detuvo delante de Guzenko y continuó:

—He soñado mucho tiempo en un poder que estaría en manos de los hombres de ciencia y de los filósofos, un poder que pediría a los investigadores, y no a las armas, una solución a los problemas que tiene planteados la humanidad.

—Es un sueño de intelectuales... En Praga, creímos durante unos meses que podríamos alcanzar ese precario equilibrio. Los rusos intuyeron el peligro. Nuestro grupo había establecido contactos para internacionalizar el movimiento. Incluso unos intelectuales rusos habían dado su adhesión. Pero...

—¿No cree usted que algún día habrá que llegar a esa solución?

Sí, pero, ¿cómo? ¿Cuáles son las victorias alcanzadas por la mente desde que el mundo es mundo? Nos creemos civilizados, pero nada fundamental ha cambiado. Sólo hemos mejorado los medios de presión. Si esquematiza usted el problema, verá que es insoluble. Ponga uno enfrente de otro a un salvaje agresivo y a un sabio. ¿Quién ganará el singular combate? El salvaje, no lo dude.

Sergeant inclinó afirmativamente la cabeza. Sin embargo, dijo:

—Eso no es absolutamente cierto.

Guzenko se permitió una mueca de escepticismo. Sergeant continuó:

—Lo que le falta al sabio delante del salvaje es la agresividad. Es víctima de su modo de razonar, de su inteligencia. No quiere luchar, quiere dialogar, hacerle admitir al salvaje que uno y otro pueden coexistir, mejor aún, que pueden unir sus recursos... Lo malo es que el salvaje no le da tiempo a explicarse. Actúa como un salvaje que es: mata. Pero... si el sabio se encuentra con un salvaje de tipo sádico, un salvaje que se permite una pausa antes de pasar a la acción, ¿qué ocurre? El sabio descubre entonces un concepto desconocido para él: el concepto del miedo. Su instinto, refrenado hasta entonces por su inteligencia, pasa a dominar. El sabio se dará cuenta de la injusticia de que es víctima y es muy posible que reaccione.

—¿Cómo?

—Sabemos que ninguna forma de razonamiento puede impresionar a un salvaje. ¿Qué solución queda, sino la de destruirle, la de inspirarle al menos unos sentimientos de miedo y de respeto? La de presentarse a él con unas armas familiares, su propias armas.

Guzenko contemplaba el fondo de su vaso.

—Utopías —dijo—. Eso no se ha visto nunca, y no seremos nosotros quienes lo veamos.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho, el mundo no ha cambiado. A pesar de su civilización material, el mundo continúa siendo la selva que era en los tiempos primitivos. ¿Puede decirme qué diferencia fundamental existe entre una maza y una bomba atómica? No es más que la mejora de un medio de destrucción, pero las motivaciones básicas son las mismas.

—Según usted, mientras los hombres sean hombres, no puede esperarse ningún cambio... ¿Somos, pues, víctimas de una fatalidad que pesa sobre la especie humana?

—Sí.

El rostro de Sergeant se crispó ligeramente. Fue a servirse un poco de alcohol y dijo:

—Se afirma (y se ha demostrado) que las víctimas de un bombardeo atómico experimentan en su carne profundas mutaciones todavía mal conocidas. ¿Por qué no admitir que el simple miedo a semejante bombardeo pueda provocar también profundas mutaciones en la mente del hombre?

—¿Cómo se traducirían?

—Yo no acepto la fatalidad cuando la especie entera está amenazada. Estoy convencido de que, en los próximos días, un hombre adquirirá conciencia de esa amenaza y se convertirá en instrumento de la Naturaleza para evitar la última catástrofe.

Guzenko hizo una mueca.

—Creería en ese hombre cuando se manifestara. Y aun así...

—¿Y si ese hombre existiera *ya*?

—¿Un nuevo Mesías, en suma? —sonrió Guzenko—. Lo siento, Anthony, pero considero superadas las religiones y sus filosofías.

—Eso es exacto si uno se atiene a las definiciones limitadas. Después de Cristo, creo que hay que saber interpretar. Del mismo modo que Cristo supo utilizar los atributos de su época y adaptar su psicología a la de los hombres de entonces, el Mesías moderno, para conservar esta terminología, utilizará

las armas de su tiempo. Será como usted o como yo, ni más ni menos notable, pero sabrá encontrar los medios para detener a los hombres en su carrera hacia el abismo.

—Me gustaría creerle, pero soy un científico y, en calidad de tal, aun siendo la víctima, estoy obligado a reconocer que el mundo está demasiado armado para que un Mesías pueda hacerle fracasar.

—¿Incluso si utiliza las mismas armas?

Sergeant se enervaba. Apuró de un trago el contenido de su vaso.

—Incluso así —dijo Guzenko.

Sergeant hizo un pequeño gesto de enojo y se sirvió más whisky. Hacía mucho tiempo que no había bebido. Volvió a probar el alcohol desde que frecuentaba a Guzenko. Se habían conocido en los laboratorios donde el checoslovaco, que había huido de su país después de la ocupación rusa, había encontrado un empleo. Guzenko, un poco perdido, tímido, había interesado inmediatamente a Sergeant, que reconoció en él a un hermano.

—¿Y si ese hombre existiera? —inquirió Sergeant con voz algo temblorosa.

—Es una visión de la mente, Anthony. Somos científicos y no tenemos derecho a soñar así.

Guzenko se puso en pie, fue a depositar su vaso sobre la mesa y añadió:

—Se hace tarde, voy a acostarme. Estoy encantado de haber sido vencido por usted. Lo digo sinceramente. Además, ¿quién sabe? Tal vez tendré mi revancha mañana...

Sergeant parecía sumido en sus pensamientos. Finalmente levantó la cabeza y dijo, cortésmente:

—¿Quiere que le acompañe?

—No, no, es inútil, tengo ganas de andar un poco. Es raro, aguanto menos el vodka en Inglaterra que en mi país.

Sergeant le acompañó hasta la puerta. Se estrecharon la mano. Cuando el checoslovaco empezaba a alejarse, Sergeant le llamó:

—¡Oleg!

El otro se volvió.

—¿Sí?

—No, nada... Buenas noches.

—Buenas noches, Anthony.

Guzenko descendió los tres peldaños de la entraña y cruzó el jardín poniéndose su impermeable. Una vaga neblina aureolaba las bombillas de los faroles. Guzenko pensó en el Mesías de Sergeant y se encogió de hombros.

La avenida estaba prácticamente desierta. Guzenko avanzaba entre el bordillo de la acera y la línea de árboles. De cuando en cuando, un automóvil pasaba junto a él y el checoslovaco le echaba una ojeada indiferente.

Se encontraba a unos doscientos metros del cruce en el cual debía girar, cuando el comportamiento de un nuevo automóvil que llegaba llamó su atención.

Se volvió y distinguió los dos faros cuyo brillo aparecía velado por la niebla. El vehículo aminoraba la velocidad. Llegó a su altura y se detuvo unos metros más allá. Se abrió una portezuela y Guzenko se detuvo. La alta silueta de un hombre se perfilaba a la cruda luz de un farol. Su rostro permanecía en la sombra. Al ver que Guzenko no se movía, el hombre recorrió la escasa distancia que les separaba.

—Buenas noches —dijo—. Esperábamos un informe de usted ayer.

Con la cabeza, señaló el automóvil:

—Venga. Este lugar es demasiado peligroso para hablar.

Guzenko se dirigió hacia el automóvil. Había reconocido la voz del hombre. Se instaló en la parte trasera del Hillman, y el hombre se sentó a su lado. El chófer arrancó sin esperar ninguna orden.

—¿Alguna novedad?

—Estamos progresando —dijo Guzenko—. Esta misma noche he creído que el hombre iba a hablarme.

—¿Cuándo lo hará, en su opinión?

—De un momento a otro, sin duda. Tiene una sensibilidad tan exacerbada, que si le apremio correré el peligro de perder la ventaja que he adquirido estos días.

—Lo sé, pero el tiempo pasa. Hace casi quince días que se ocupa usted del asunto. Necesitamos resultados.

—¿Y qué cree usted que hago?

—Esto ha durado ya demasiado. Encuentre el modo de provocar sus confidencias, puesto que cree que hablará.

—¡Le repito que es imposible!

—No podemos esperar más; si usted fracasa, utilizaremos otros medios.

—La fuerza, ¿no es cierto?

—Conocemos mil maneras de hacer hablar a un hombre.

—La mía, aunque menos rápida, es más segura.

—Se conoce que no es usted del oficio.

—Es verdad, no soy del oficio, y no lo lamento. Soy biólogo y, en calidad de tal, he aceptado ayudarles ante la amenaza de que me han hablado. Hago

todo lo posible para que Sergeant hable, pero no me exijan nada más.

El hombre se echó a reír.

—Sé que cierta clase de individuos desprecian nuestra profesión, pero le aseguro que es necesaria. Usted cree que soy un salvaje porque hablo de emplear unos métodos más expeditivos, pero no lo hago por gusto; de ser así, no habiéramos ido a buscarle a usted. Ocurre que las cosas se precipitan a pesar nuestro, y temo que no seamos los únicos en este asunto. Y convéznase de que nadie le regalará nada a su amigo Sergeant.

—Hubiera podido hablar esta noche —dijo Guzenko—. Tal vez lo hará mañana.

—Tal vez... He aquí dos palabras que he eliminado de mi vocabulario desde hace mucho tiempo. Es muy lamentable que no haya hablado esta noche, realmente lamentable.

—Déjeme al menos veinticuatro horas. Trataré de provocar sus confidencias.

—¿Y si le pone la mosca en la oreja?

—Él no desconfía de mí.

—Se han hecho ustedes amigos, ¿no es cierto?

—Era lo que usted me había pedido, ¿no?

—*Usted* debía convertirse en su amigo; no era indispensable que él lo fuese de usted.

—¿Qué diferencia hay?

—Para usted, ninguna. Para comprenderlo hay que ser del oficio. Pero, créame, no trate de protegerle. No serviría de nada, y a usted no le acarrearía más que dificultades.

El hombre se inclinó hacia el conductor y le pidió que detuviera el vehículo.

—Vuelva a su casa —le dijo a Guzenko—. Yo no le acompaño, es lo más prudente.

Guzenko se apeó del automóvil. Contempló cómo se alejaba, tragado por la niebla, cada vez más espesa. De repente notó que hacía frío.

Unos minutos después entraba en la pensión en la que había alquilado un cuarto. Permaneció un momento sentado en un sillón, envuelto aún en su impermeable. Encendió un cigarrillo y lo fumó, pensativo, inmóvil. Cuando lo hubo terminado, se levantó y salió al rellano donde había un teléfono. Echó una moneda en el aparato y marcó un número.

—¡Alio! ¿Anthony? Aquí, Oleg... ¿Dormía usted?

—No... Creo que he bebido demasiado, no consigo conciliar el sueño.

—Yo tampoco. Es absurdo, pero la conversación que hemos sostenido me ha trastornado.

—¿Por qué motivo?

—Es algo completamente estúpido que he estado pensando mientras regresaba a casa... Sí, desde luego, es una estupidez...

—Dígalo, de todos modos.

—Se refiere a esa historia del Mesías, ¿sabe? Me he burlado de ella, porque no soy creyente.

—Tampoco yo soy creyente.

—Luego he reflexionado en su modo de ver las cosas. Finalmente, creo que tiene usted razón, el Mesías será un hombre como usted y como yo... ¿No es esto lo que usted piensa?

—En efecto.

—Si es un hombre normal, tendrá que encontrar en sí mismo la fuerza necesaria para levantarse contra el absurdo de lo que sabemos.

—Es verdad...

—Anthony, he aquí mi idea estúpida: ¿por qué hemos de esperar por más tiempo a ese... Mesías?

—¿Qué quiere usted decir?

—Es muy difícil de explicar. Usted y yo nos hemos comprendido en seguida, somos del mismo bando. Y no estamos solos a través del mundo. Tenemos que conocernos todos, agruparnos y planear una acción como la que usted preconizaba: luchar con las armas del salvaje. Es una larga tarea, una tarea muy larga, pero si nadie la inicia, ¿de qué otro Mesías podremos esperar la salvación?

Se produjo un silencio al otro extremo del hilo. Un silencio muy prolongado. Guzenko inquirió:

—¿Sigue usted ahí, Anthony?

—Sí, sí...

—¿Le parece estúpido lo que acabo de decirle?

—No... Oleg, acaba usted de decirme que no podía dormir...

—Es cierto.

—¿Quiere usted venir hasta aquí? Puede acostarse en mi casa, si es preciso, pero he de decirle algo. Algo muy importante, que no puede ser confiado a un teléfono.

Guzenko se permitió el lujo de decir:

—¿Tan urgente es?

—Sí, se relaciona con lo que usted acaba de decir. Venga en seguida, le espero.

El checoslovaco colgó y se secó la frente con el dorso de la mano. Había triunfado, pero su triunfo no le producía ninguna satisfacción.

Capítulo IX

—¡POR fin! —exclamó Costes al ver entrar a Calone—. Incluso cuando está en París, no puede usted hacer el esfuerzo de manifestarse.

Calone se dejó caer en su sillón favorito. Hizo un gesto de sorpresa.

—¿Lo ha hecho reparar?

—No, es que se ha soltado el otro muelle.

Esperó a que Calone hubiera encendido un cigarrillo y continuó:

—Tengo noticias muy curiosas de Bruselas.

—¿Continúan matándose entre ellos?

—No. *Statu quo*, de momento. Pero lo que me sorprende es la actitud de Maes. Nuestro hombre no ha tenido ninguna reacción.

—Hay que creer que su equipo de usted ha realizado muy bien el trabajo.

—O que Maes observa una táctica. Por otra parte, incluso suponiendo que desconfíe, ¿qué quiere que haga? Póngase en su lugar. Si huye, confíese; si se queda allí...

—...Le hacen confesar.

—O tal vez no. Puede arriesgarse a representar el papel de inocente.

—En ese caso, tal vez fue un error no dejar un cadáver en su casa.

—¿Por qué?

Porque se habría visto obligado a reaccionar, y nosotros habríamos sabido a qué atenernos. O advertía a la policía, y en tal caso era inocente, o huía, y era culpable. O bien hacía desaparecer el cadáver, que venía a ser lo mismo.

—No para nosotros. Podía escapársenos. Y no olvide que ya hemos tenido dos muertos.

—Dos muertes que hubieran podido evitarse...

—¿Piensa usted en Colín?

—Sí.

—Cometió un error, ¿no es cierto?

—Sí. Uno solo, y le resultó fatal. Se creía tan joven como cuando tenía veinte años. Y actuaba con demasiada audacia, para demostrarse a sí mismo que no envejecía. De todos modos, supo morir como un hombre, y es posible que no cometiera ningún error. Concedámosle el beneficio de la duda.

—No debemos dejarnos ganar por el sentimentalismo —gruñó Costes—. Pasemos a otra cosa. ¿Cómo van sus asuntos personales? Esto es lo que se llama tener carta blanca, ¿no?

—No valía la pena de que se molestara en adelantarse: no tenía la intención de quejarme. En primer lugar, quisiera formularle una pregunta. ¿Cómo andan los del S.D.E.C.E. en sus investigaciones?

—Mal. Debido a las consignas gubernamentales, sólo han puesto a tres hombres en el caso. Empezaron por consultar los ficheros de los chiflados, comparando los estilos, la escritura... Han controlado también los desplazamientos de ciertas personas sospechosas por su notorio pacifismo...

—¿Es de usted la fórmula? —preguntó Calone.

—No, la han inventado ellos.

—¿No han encontrado nada?

—No. Les he enviado también las listas que me remitió Penkovsky. No tengo aún los resultados definitivos.

—¿Cree usted en ellas?

—No. ¿Más preguntas?

—No.

—Entonces, le escucho. Exponga su idea genial.

—No tiene nada de genial, al contrario, ya que tiene como base la investigación tradicional que usted ha eliminado voluntariamente, y ellos han descuidado.

—Explíquese.

—Nuestro hombre no posee el don de la ubicuidad. Para enviar simultáneamente varias cartas y desde lugares distintos, tiene un sistema. ¿Cómo procedería usted?

—Le pediría a un cómplice, por ejemplo...

—¿Y encontraría cinco cómplices en cinco grandes capitales?

—Bueno, me dirigiría a unos especialistas, a esas oficinas que se encargan de tramitar la correspondencia. ¿Es ésa su idea?

—Sí. Me he hecho confeccionar una lista y, desde hace tres días, investigo.

—¿Y bien?

—Todavía no he descubierto nada, pero mis visitas no han terminado. Me quedan tres clientes.

—¿Y si el resultado final es negativo?

—En tal caso, podrá deducirse que nuestro hombre es francés. Ya que, en su propio país, ha echado al correo las cartas él mismo.

Costes le observaba, pensativo.

—¿No cree usted en Maes?

—No.

—¿Qué hacen los rusos y los chinos allí, según usted?

—Los unos o los otros, quizás los dos a la vez, han creado un absceso de fijación en Bélgica.

—¿Quiere usted dar a entender que Penkovsky trata de «clavarnos» allí?

—Trata de «clavarle» a usted —rectificó Calone, sonriendo—. Y, entretanto, se ocupa del verdadero individuo en otra parte. Tal vez lo ha localizado ya.

—Ser tortuoso hasta ese punto resulta inmoral...

Era la opinión de un experto. Costes continuó:

—Si supiéramos, por lo menos, dónde se encuentra actualmente Penkovsky... ¿Cuándo tendrá usted la respuesta a sus tres últimas visitas?

—Esta noche. Si descubro algo, seguiré la pista, a no ser que usted se oponga...

—No.

—Si no descubro nada, habrá que intensificar las investigaciones en Francia. ¿No ha observado usted movimientos de tropas en la capital?

—En absoluto. Lo que me sorprende es la aparente apatía de los norteamericanos.

Calone se puso en pie y dijo:

—Con toda seguridad no es más que aparente. Voy a continuar mis visitas, y presentaré un informe esta misma noche.

—Dos en un mismo día es demasiado —ironizó Costes—. Va usted a acostumbrarme mal...

—Tranquilícese; yo no soy un animal de costumbres.

Una hora después, Calone salía de la primera oficina. La segunda se encontraba en una callejuela que desembocaba en la avenida del Maine. Calone entró en un saloncito ocupado por una secretaria.

—Quisiera ver al director —dijo Calone.

La joven levantó la cabeza. Detrás de los gruesos cristales de las gafas, la mirada era vaporosa.

—¿Motivo de la visita?

—Personal.

—¿Es usted amigo del señor Leblanc?

—En efecto —sonrió Calone—. Un amigo.

La joven abandonó su asiento, preguntando:

—¿A quién debo anunciar?

—Prefiero darle una sorpresa —respondió Calone.

La joven vaciló un instante y luego se dirigió hacia una puerta, a la cual llamó. Calone encendió un cigarrillo mientras echaba una ojeada a su alrededor. Unos instantes después regresó la joven, acompañada por su jefe.

No tenía más de treinta y cinco años. Era un hombre robusto, con aspecto de boxeador, pero su traje estaba muy bien cortado. Calone le observó atentamente. El rostro no le era desconocido. Una hermosa cabeza, el cabello rizado, los rasgos regulares, los ojos grises... Un hombre guapo, sin duda, aunque una cicatriz que cruzaba su frente destruía la armonía del conjunto. El hombre se acercó a Calone, le examinó sin prisa y dijo:

—¿Nos conocemos?

—Ahora que le veo, creo conocerle.

—¿Qué desea?

La mirada de la secretaria se posaba en los dos hombres, alternativamente. Su jefe, macizo, sólido, indestructible. Calone, más alto, más delgado, pero terriblemente peligroso detrás de su velada mirada.

—Hablar con usted —dijo Calone.

—¿Policía? —inquirió el otro brevemente.

—Algo de eso hay.

El director vaciló unos instantes, luego señaló su despacho con un gesto. Entraron en él. Sin invitarle a sentarse, el director atacó:

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué quiere usted ver? ¿Mis libros, los contratos que tengo con mis clientes, o se trata de otra cosa?

—Se trata de otra cosa, efectivamente.

Calone se instaló en un sillón y continuó:

—¿Sirve usted de buzón de correos? Personalmente, me tiene sin cuidado. Pero no tiene usted aspecto de mandadero...

—No comprendo.

El director, apoyado en el borde de su escritorio, observaba a Calone con curiosidad.

—Voy a explicarme —dijo Calone pacientemente—. Ocurre que ciertos clientes le confían unas cartas, para que las eche al correo.

—¿Hay alguna ley que lo prohíba?

—No, y si a usted le sale a cuenta, el asunto no me concierne.

—¿Entonces?

—Me interesa uno de esos clientes.

—¿A título de qué?

—Hablaremos de eso después. Ese cliente, probablemente un extranjero, vino a visitarle hace un par de meses, aproximadamente. Le pidió que echara al correo unas cartas en unas fechas determinadas. Una fue depositada en la estafeta central de la calle del Louvre, la otra en la estafeta de la calle Desnouettes, en el distrito XV. ¿Exacto?

—Es posible. Tengo muchos clientes, y ha pasado mucho tiempo.

—Entonces, investigue usted y dígame de quién se trata.

El director sonrió y sacudió la cabeza.

—No —dijo.

—Es una lástima...

—Lo siento, pero entre nosotros existe también el secreto profesional.

—No me ha entendido bien. He dicho «es una lástima», porque hubiera preferido entenderme amistosamente con usted.

—Yo también lo siento. Y no se moleste en ofrecerme dinero: no lo aceptaré.

—No he pensado hacerlo. En realidad, va a darme usted esa información gratuitamente y con toda rapidez.

—¿Y si me niego?

—¿Es rentable su negocio? —preguntó Calone.

—Da para vivir.

—Entonces, deseo por su bien que recapacite, pues si me niega la información que le pido haré que cierren este tabuco.

El director se despegó ligeramente del escritorio.

—Salga de aquí —dijo, con voz tranquila.

—Me iré cuando me haya dado la información.

—Salga de aquí —repitió el otro—, si no quiere que le eche.

—Muy bien —suspiró Calone—, vamos a dejar de hablar como unos *gentlemen*.

Se puso en pie, añadiendo:

—¿Y ahora?

El otro atacó con una rapidez asombrosa. Su puño macizo rozó la sien de Calone, el cual golpeó el hígado de su adversario. Éste replicó con un rodillazo que marró su objetivo por muy poco. Calone contraatacó con el filo de la mano; alcanzado en el cuello, el director tragó aire desesperadamente, momento que aprovechó Calone para agarrarle por las dos orejas y golpearle la cabeza contra un archivador metálico. Al soltarle, el director resbaló por el archivador hasta quedar sentado en el suelo, semiaturdido.

La secretaria abrió la puerta. Profiriendo un grito, se precipitó hacia su patrón.

—¡Henri! ¡Henri! ¿Qué es lo que pasa?

El director la apartó con un gesto, tratando de incorporarse. La joven se precipitó hacia Calone, gritando:

—¡Sinvergüenza! Voy a llamar a la pol...

Calone la agarró por un brazo.

—¡Basta ya! ¡Siéntese aquí y cierre el pico!

El director se había puesto en pie. Respirando trabajosamente, se apoyó en su escritorio. Calone se acercó a él.

—Necesito esa información. ¿Está dispuesto a dármela? Su adversario se pasó el dorso de la mano por el rostro, vaciló un instante y luego se volvió hacia su secretaria:

—Mariette... Ve a buscar la carpeta rosa de los dos últimos meses.

La secretaria observó a los dos hombres y se puso en pie. Pasó a una habitación contigua y Calone, desconfiado, la siguió hasta la puerta.

—¿No se fía usted? —preguntó el director.

—No —respondió Calone.

Se equivocaba. La joven regresó con una voluminosa carpeta que depositó sobre el escritorio. Su jefe se instaló en su sillón y abrió la carpeta. Calone se había acercado.

—¿Me permite conservar el anonimato de mis otros clientes?

—Las historias de cornudos no me interesan. Deme el nombre del individuo para el cual cursó esas cartas.

El director hojeó varios legajos y acabó por sacar uno, abriéndolo.

—Dos cartas han sido echadas al correo —dijo—. Quedan dos. Una para mañana, otra para dentro de quince días.

—¿El nombre del cliente?

El director leyó una ficha, levantó la cabeza:

—No lo tengo.

Y al ver que Calone fruncía el ceño, concretó:

—Quería conservar el anonimato.

—No es muy normal, ¿eh?

El director se encogió de hombros:

—No puedo exigirles que revelen su identidad. Quien paga, manda.

—Entonces, si necesitara ponerse en contacto con él, ¿le resultaría imposible?

—Por regla general, advierto a mis clientes acerca de la improcedencia del anonimato. Ante mi insistencia, éste me dejó algunas indicaciones.

—¿Cuáles?

—En caso de que, por algún motivo, me resultara imposible cursar todas las cartas, debía informarle de ello enviando una nota a Mr. Jones, al Apartado de Correos de Purley, en Surrey.

—Mr. Jones... ¿Tenía aspecto de inglés?

—Me acuerdo muy vagamente de él. Un hombre bajito, insignificante. Pero su acento era indiscutiblemente inglés.

Calone asintió con la cabeza. Alargó la mano, y el otro no vaciló en entregarle los papeles. Había dicho la verdad. Calone se los devolvió.

—No le aconsejo que le ponga sobre aviso. Este asunto afecta a la seguridad interior del Estado. ¿Me comprende?

—Perfectamente —respondió el director, haciendo una mueca—. ¿Espionaje?

—Algo por el estilo... Procure conservar la nariz limpia, y su negocio no sufrirá ninguna alteración.

—No tengo afición al suicidio. ¿Qué debo hacer con las cartas?

—Démelas, yo me encargaré de hacerlas llegar a su destinatario.

El director pareció sorprendido. Los sobres iban a nombre del Presidente de la República, en el Elíseo. Calone se los metió en el bolsillo.

—¿No le sorprendió la dirección? —preguntó.

—Tengo por norma no interesarme en los asuntos de mis clientes. Si he de echar unas cartas al correo, lo hago sin mirar siquiera las señas; si las recibo, olvido inmediatamente el nombre de los destinatarios.

—¡Muy bien! Continúe teniendo tan mala memoria, y no habrá dificultades.

Antes de marcharse, Calone observó atentamente al director.

—Es curioso —dijo—. Tengo la impresión de conocerle... ¿No nos hemos visto en alguna parte?

—Creo que lo recordaría... Pero es posible que haya visto usted fotografías mías en los periódicos, hace algunos años.

—¿Con qué motivo?

—Fui elegido Mister Universo.

Señaló la cicatriz que cruzaba su frente y añadió:

—Pero un accidente de automóvil me estropeó la cara y, desde entonces...

Capítulo X

ANTHONY Sergeant empujó la puerta de la pequeña valla que rodeaba su jardín y cruzó éste con paso rápido. Había caído ya la noche y se anunciaba fría.

Sergeant abrió la puerta principal, alargó la mano hacia el interruptor, se inmovilizó: a su espalda, la pesada puerta acababa de cerrarse de golpe. Pulsó finalmente el interruptor y se volvió con lentitud.

Un hombre, un desconocido, estaba apoyado contra la puerta y le miraba. Medía casi dos metros, y su maciza silueta estaba envuelta en un impermeable de color gris.

—¿El señor Sergeant? —inquirió.

—Yo mismo. ¿Qué desea?

—Hablar con usted.

—Podía haber esperado fuera —dijo Sergeant con una sonrisa vacilante.

—Viene a ser lo mismo. Pasemos a su salón.

Sergeant se despojó del abrigo, lo colgó y señaló una puerta, diciendo:

—Por aquí...

—Sí, lo sé.

Sergeant cruzó la puerta y se sobresaltó al ver a los otros dos desconocidos instalados en unos sillones. El de la izquierda, el más viejo, tenía aspecto de un apacible hombre de negocios. El segundo parecía un joven guardiamarina.

—Confieso que estoy un poco sorprendido —empezó Sergeant—. ¿Qué quieren de mí?

El más viejo se puso en pie y le señaló un sillón libre.

—Siéntese, señor Sergeant. Tenemos que hablar.

Sergeant obedeció maquinalmente, apoyando sus manos sobre sus rodillas para ocultar su temblor. Su interlocutor, que parecía ser el jefe del trío, se inclinó sobre él:

—Señor Sergeant, la entrevista que va a seguir puede desarrollarse de dos maneras. De un modo amistoso y cortés si usted no pone trabas y contesta satisfactoriamente a nuestras preguntas. De un modo más movido, si se niega a cooperar.

Sergeant parpadeó, murmurando:

—No comprendo...

—Sin embargo, es muy sencillo. A usted le gusta escribir, señor Sergeant. Y si nos atenemos a las señas que figuran en los sobres, tiene usted buenas relaciones. Por regla general, se hace alarde de semejantes relaciones. Pero creo que usted es demasiado modesto, hasta el punto de que se ha olvidado de firmar sus cartas. He venido, en primer lugar, para que repare usted ese olvido...

Rebuscó en su bolsillos y sacó dos cartas que echó sobre las rodillas de Sergeant.

—¿Reconoce su prosa, señor Sergeant?

Sergeant desplegó las cartas y las recorrió con la vista.

—No entiendo nada.

—Están escritas en esperanto. ¿Cómo lo ha aprendido? ¿Por las noches, o con la ayuda de un método?

—Yo... no conozco ese idioma.

El hombre se inclinó, apoyando las dos manos sobre los brazos del sillón.

—No me ha entendido bien... Si persiste en su actitud, la entrevista va a tomar un giro desagradable. Sobre todo para usted.

Se incorporó, hundió de nuevo la mano en su bolsillo y sacó un cuaderno de notas. Lo hojeó.

—El pasado verano estuvo usted en los Estados Unidos, en Nueva York primero, y luego en Washington, donde hemos encontrado su rastro en un hotel. Al día siguiente de su partida, el Presidente de los Estados Unidos recibió una primera carta amenazadora.

—No veo la relación.

—No estaríamos aquí si no tuviéramos otros elementos. A continuación regresó usted a Inglaterra, desde donde salió en barco para la U.R.S.S.

—¿Acaso está prohibido?

—No, no... Quince días más tarde, tras haber regresado de Rusia, abandona usted de nuevo Inglaterra, esta vez en dirección a Hong Kong. Un viaje muy largo, para una estancia tan breve... ¿Qué pudo ver de Honk Kong en cuarenta y ocho horas, señor Sergeant?

El dueño de la casa empezaba a sudar. Su frente brillaba. Su interlocutor continuó:

—Una vez de regreso, vuelve usted a ausentarse por espacio de tres días. París es una hermosa ciudad, ¿no es cierto?

Al ver que Sergeant no respondía, el hombre sonrió y continuó:

—Por si todo esto no le hubiera convencido, señor Sergeant, puedo añadir que hemos localizado a la persona encargada de echar al correo las otras cartas, en Washington. Eran cuatro cartas, en total. Tenemos también las dos últimas.

Satisfecho de sus explicaciones, el desconocido se irguió del todo y encendió un cigarrillo. Fascinado, Sergeant seguía el menor de sus gestos.

—Por lo tanto —continuó el hombre—, tenemos todas las cartas, y le tenemos a usted. No nos falta ya gran cosa. Pero lo poco que queda es lo más importante. Estará usted de acuerdo conmigo... En su actual situación, señor Sergeant, me atrevo a aconsejarle que haga un buen movimiento... ¿Dónde están ocultos los frascos?

Sergeant se pasó la punta de los dedos por la frente.

—Yo...

Se interrumpió. ¿Qué podía decir?

Su interlocutor repitió:

—¿Dónde están los frascos? Hágase a la idea de que estamos dispuestos a saberlo, de un modo u otro. Créame, escoja la manera más inteligente... y la menos brutal.

—No tengo nada que decir —murmuró Sergeant.

El desconocido le contempló unos instantes con aire de perplejidad.

—¿No tiene usted miedo?

—Sí, muchísimo.

—¿Y, sin embargo, insiste en callar?

—No tengo miedo de usted...

El hombre pareció algo sorprendido. Contempló su cigarrillo, dio media vuelta y se dirigió hacia la ventana. Al pasar junto a los otros dos, dijo:

—Peor para él. Que hable.

El rubio abandonó su asiento y se quitó el abrigo de color azul marino que llevaba. Lo dobló cuidadosamente y lo colocó sobre el brazo del sillón. Luego se reunió con el gigante que, en un par de zancadas, se había acercado a Sergeant. La mano del gigante barrió el aire y se aplastó contra el rostro de Sergeant, que apretó los dientes.

—Esto es sólo para entrar en calor —dijo el gigante—. Voy a explicarle las reglas del juego. Yo golpeo, y cuando usted dice: «Voy a hablar», me paro. Sencillo, ¿eh?

Su mano volvió a salir disparada, ahora de revés, y Sergeant quiso saltar de su asiento. El rubio pasó por detrás y le inmovilizó.

—¿Y bien? —inquirió el gigante.

Sergeant sacudió la cabeza. El otro suspiró, golpeó de nuevo. Un poco de sangre apareció debajo de la nariz de Sergeant. Junto a la ventana, el más viejo continuaba dándoles la espalda. Fueron necesarios varios golpes para que los dos hombres arrancaran un primer gemido a Sergeant. El gigante hizo una pausa y dijo:

—Me sorprende usted... No tiene pinta de «duro»...

—Sin comentarios —dijo secamente el más viejo.

El gigante no parecía ser partidario de los largos discursos. Volvió a sus argumentos favoritos, y el rostro de Sergeant no tardó en cubrirse de sangre. Su cabeza empezaba a tambalearse. Respiraba con dificultad. El rubio continuaba sujetándole.

Un cuarto de hora más tarde, el más viejo se movió, por fin. Se acercó al grupo. De los labios tumefactos de Sergeant se escapaba un gemido continuo.

—Dejadle —ordenó.

Se inclinó sobre Sergeant y dijo:

—Señor Sergeant: ¿me oye?

Sergeant consiguió alzar a medias la cabeza. Su ojo derecho estaba medio cerrado. El desconocido continuó:

—Escúcheme, señor Sergeant... Pretende usted actuar en nombre de la humanidad, y no vacila en poner en peligro la vida de millones de hombres. ¿Cree usted que la suya es una actitud razonable? Ha planteado mal el problema. El camino hacia la paz es largo y está sembrado de peligros, y sólo podemos avanzar lentamente. ¿Quién puede desear sinceramente la guerra, aparte de algunos locos? Y estos locos, señor Sergeant, no están en el poder, a Dios gracias. Nosotros comprendemos su punto de vista, sabemos con qué intención ha obrado, y la tenemos en cuenta, pero deje a otras personas la tarea de construir la paz. ¿Le sería permitido a un cazador inexperto disparar al azar en medio de una cacería?

Se irguió, hundió las manos en sus bolsillos.

—Hable, señor Sergeant. Díganos los lugares donde ha ocultado los frascos, y le dejaremos en paz.

Sergeant sacudió la cabeza.

—Nunca he visto a nadie tan estúpidamente obstinado —observó el gigante—. ¿Continuamos?

El más viejo suspiró, hizo una seña afirmativa. Al segundo golpe, la cabeza de Sergeant cayó hacia adelante y su cuerpo pareció hundirse un poco más en el sillón.

—Basta —dijo el más viejo—. Dejadle descansar un momento. Ben, pásale un poco de agua por la cara.

Ben, el rubio, desapareció para volver a presentarse poco después con una palangana y una toalla. Enjugó el rostro de Sergeant, el cual se sobresaltó y gimió antes de perder de nuevo el conocimiento.

El más viejo andaba de un lado para otro, en tanto que el gigante masticaba un cigarro que no se decidía a encender. El rubio había vuelto a sentarse en su sillón.

—¿Y si no habla? —dijo el gigante.

—*Tiene*, que hablar. Creí que una intervención sobre el terreno sería suficiente pero, si es necesario, le embarcaremos.

—¿No teme usted reacciones exteriores?

—¿Cuáles? Al parecer, somos los primeros. No creo que corramos ningún peligro si nos lo llevamos.

Echó una ojeada a Sergeant, que continuaba inconsciente, y añadió:

—No esperaba tanta resistencia por su parte.

Volvió a acercarse a la ventana, levantó un visillo.

—Ben... Vaya a dar una vuelta por los alrededores.

Cuando el rubio hubo salido, el más viejo se dirigió al gigante:

—Pega usted fuerte. Demasiado.

—¿Quiere usted resultados, sí o no?

—Lo que quiero es que quede en condiciones de hablar.

El gigante se encogió de hombros y sacó su mechero para encender el cigarro que masticaba desde hacía unos instantes. Nadie miraba a Sergeant, el cual aprovechó la ocasión. Saltó bruscamente de su sillón y echó a correr hacia la puerta.

—¡Pronto! ¡Cójnle!

El gigante saltó en el momento en que Sergeant cruzaba la puerta. Perdió un par de segundos pensando que el fugitivo iba a dirigirse hacia la puerta de la calle. Pero Sergeant se encontraba ya en la escalera que conducía a los pisos. El gigante se lanzó en su persecución.

Sergeant llegó al pequeño rellano situado sobre la planta baja y se detuvo una fracción de segundo al ver que llegaba su adversario. Miró a su alrededor, vaciló de nuevo, pasó una pierna por encima de la barandilla y se arrojó al vacío.

Su cuerpo se estrelló contra el enlosado con un ruido sordo, casi a los pies del más viejo. El gigante, inclinado sobre el vacío, no daba crédito a sus ojos.

El primero se acercó al cuerpo inerte, se arrodilló junto a él para examinarlo.

—¿Está muerto? —preguntó el gigante bajando lentamente la escalera.

—Prácticamente, sí... A primera vista, tiene una fractura de cráneo. Nunca hubiera creído...

Se incorporó y sacó su pañuelo para secarse las manos. El gigante se había reunido con él.

—¿Qué hacemos? ¿Lo embarcamos, de todos modos?

—No lo sé... Si muere, nunca sabremos dónde ha escondido los frascos.

La puerta principal se abrió a su espalda y Ben, el rubio, entró precipitadamente.

—¡Alguien viene! ¿Qué es lo que...?

Vio el cuerpo de Sergeant e interrumpió su frase.

—¿Muerto?

El más viejo no contestó. Volvió a empujar la puerta principal y dijo:

—Nos largamos. De momento, lo esencial es que Sergeant viva. Saldremos por la parte de atrás.

Apenas habían abandonado la casa cuando se abrió la puerta principal. Oleg Guzenko, después de haber llamado inútilmente, acababa de entrar al ver que la luz estaba encendida.

Distinguió inmediatamente el cuerpo de Sergeant y se precipitó hacia él. Al ver el rostro tumefacto murmuró:

—Los muy cerdos...

Se dirigió a la cocina y cogió un poco de agua. Con su pañuelo, se dedicó a limpiar el rostro de su amigo. Hizo una mueca al comprobar que brotaba sangre de un oído. Con precaución, palpó el cráneo y descubrió la fractura en la base del occipital. Sergeant respiraba débilmente.

Guzenko se incorporó, miró a su alrededor y luego penetró en el salón. Los anuarios telefónicos se encontraban en un pequeño mueble giratorio. Necesitó cinco minutos para encontrar el número que buscaba. Descolgó el receptor.

—¡Alio! ¿La comisaría de policía? Quiero informarles de un accidente...

Sin dar su nombre, explicó que Sergeant acababa de sufrir una grave caída y colgó. A continuación salió de la casa y, oculto detrás de unos arbustos, esperó unos minutos. Se alejó de allí cuando la sirena de la policía empezó a dejarse oír.

Regresó a pie a su casa, donde llegó diez minutos más tarde. Estaba preocupado. Subió directamente a su habitación y, sin quitarse el abrigo, se

dejó caer en un sillón. Fumó dos cigarrillos y luego se decidió bruscamente. Abrió un armario y sacó dos maletas. A continuación empezó a llenarlas con sus pertenencias.

Casi había terminado cuando llamaron a la puerta. Guzenko interrumpió su tarea, permaneciendo inmóvil. Llamaron de nuevo y Guzenko cerró rápidamente los ojos al oír la voz de su casero que decía:

—Señor Guzenko, ¿está usted ahí?

Fue a abrir, tratando inútilmente de controlar los latidos de su corazón. El casero dijo:

—Le llaman al teléfono... ¿Prefiere hablar desde mi despacho?

Guzenko asintió y descendió detrás del anciano, el cual le dejó solo en un cuartito que olía a papel húmedo. Empuñó el receptor.

—Aquí, Guzenko...

—Estamos llegando al final del plazo de veinticuatro horas —dijo una voz que el checoslovaco reconoció inmediatamente.

—¿Y qué quiere usted que haga, ahora? —replicó Guzenko.

—Darnos resultados. Si no...

—No trate de impresionarme, ahora que sus métodos han fracasado. Sergeant tiene una fractura de cráneo, es muy posible que no se salve... Sus equipos tendrían que incluir a médicos eficientes, aunque dudo que aceptaran el trabajar para unos salvajes como ustedes.

—¿De qué está hablando? ¿Se ha emborrachado, acaso?

—Es lo que voy a hacer, posiblemente, a partir de este momento: emborracharme. Tengo demasiadas cosas que olvidar. No cuente más conmigo. De todos modos, es demasiado tarde.

—¿Qué clase de historia es ésta? ¿Qué le ha pasado a Sergeant?

—Pregúnteselo a sus hombres, si no lo sabe. Para mí, el caso ha terminado. Esta noche he descubierto que los cerdos no tienen frontera. Ahora sólo deseo que me dejen en paz.

—Le aconsejo que se tome las cosas con un poco más de calma. Ignoro lo que ha pasado y voy a informarme. De modo que sería más razonable por su parte esperar mis noticias. Quédese tranquilamente en casa. Por otra parte, ¿adonde iría usted?

Guzenko se secó el rostro con el dorso de la mano. El otro habría tomado sus precauciones, sin duda. Estaría vigilado. ¿Sabían que la víspera había regresado a casa de Sergeant?

Colgó el receptor y apretó su cabeza entre sus manos. La voz de su casero le sobresaltó:

—¿Alguna dificultad, señor Guzenko?

Consiguió sonreír.

—No, gracias. Todo va estupendamente, en el mejor de los mundos.
Pero el mejor de los mundos no era ya el que él creía.

Capítulo XI

FRÉDÉRIC Salat entró en el club y localizó fácilmente a Calone. Se acercó a él y dijo:

—*How do you do, sir?*

—No te canses, nunca tendrás el aspecto de un inglés.

—Estaba representando el papel de un inglés que no tiene aspecto de inglés.

—Ya veo, acabas de dejar a Costes...

Salat se había instalado en un sillón. Calone le observó, sonriendo. ¿Cuánto tiempo hacía que se conocían? Se acordaba de la llegada de Salat, cuando Costes insistió para que le acompañara en una misión. Calone había hecho todo lo posible para dejarle en la estacada y finalmente, el otro, obstinado, le había salvado la vida. Desde entonces había pasado mucho tiempo y los dos hombres habían aprendido a conocerse.

—Bueno, ¿cómo va el asunto?

—¿Te ha puesto Costes en antecedentes?

—Sí. He estudiado el expediente antes de venir. Entre otras cosas, me he enterado de la muerte de Fraysse y de Colin.

Calone se encogió de hombros.

—¿Para qué hablar de ello?

—Lo sé. Conocía muy bien a Colin, habíamos trabajado juntos varias veces. Creo que él no hubiera deseado otra muerte.

—Si por lo menos hubiese servido de algo...

—¿Sabes que Costes está admirado por el olfato de que has hecho gala en este asunto? Lo confiesa con un poco de celos, desde luego.

—El drama de Costes estriba en que es demasiado inteligente. Acaba por caer en sus propias trampas.

—La cosa no es grave, puesto que llega a aprovecharse de sus propios errores. ¿Qué has sacado en limpio de tu nueva pista?

—Nada, hasta ahora. Purley es demasiado grande para que podamos investigar de un modo racional.

—¿Cómo piensas proceder?

—Nuestro hombre ha dejado una dirección en el Apartado de Correos. Debe pasar por allí de cuando en cuando. Hoy ha salido de París un paquete a nombre de Jones. Llegará mañana. Por lo tanto, montaremos guardia en Correos hasta que el hombre se dé a conocer.

—Eso puede exigir varios días, y si pasamos el tiempo en Correos nos exponemos a llamar la atención.

—Ya lo he previsto. Por eso he hecho enviar un paquete, y no una carta. En el interior del paquete hay un microemisor. Nosotros estaremos en la calle, en un automóvil, y vigilaremos el receptor.

—¿Y si el tal Jones no se presenta?

—He confeccionado una lista de los Jones que viven en Purley. Estoy convencido de que se trata de un nombre supuesto, pero no hay que descuidar nada.

—¿De modo que vamos a instalarnos aquí?

—En efecto. Si Penkovsky nos ha lanzado tras una pista falsa, es que él conocía la buena. Es preciso que podamos localizar eventualmente a sus hombres.

—Si no es ya demasiado tarde.

—No lo creo. Si los rusos se han ocupado de ese Jones, o lo han embarcado, o lo han liquidado después de hacerle hablar. Sin embargo, según el periódico local no ha ocurrido nada parecido.

—Entonces, ¿no es demasiado tarde?

—Aquí encontraremos la respuesta. He alquilado una casa amueblada, cuyo precio hará rechinar los dientes a Costes. Pero es el mejor medio para no llamar la atención. Además, tendremos un local discreto en caso de necesidad.

—¿Por qué me has citado aquí?

—Quería asegurarme de que no me seguían. Ahora podemos marcharnos.

Calone se puso en pie y Salat le imitó. Salieron y se dirigieron hacia un Rover 2000 de color negro. Calone se instaló al volante. Salat encendió un cigarrillo.

—Resulta curioso cómo evolucionan las cosas —observó—. Desde que no tenemos ya enemigos declarados, no paramos de trabajar. Y, además, ya no se sabe de quién hay que desconfiar.

—A juzgar por las apariencias, los chinos son todavía partidarios de los métodos tradicionales.

Calone aminoró la velocidad y luego giró a la derecha en una calle secundaria bordeada de viviendas dotadas de amplios jardines. Detuvo el vehículo delante de una de ellas y ‘dijo:

—Es aquí.

—Espero que tendrás suficientes argumentos para convencer a Costes de la necesidad de semejante palacio.

—Era la única casa disponible inmediatamente.

Se apearon del automóvil. Calone empujó la puerta de la verja y cogió los periódicos que asomaban por la ranura del buzón. Entraron en la casa y Salat silbó al penetrar en el salón.

—Agatha Christie no ha muerto —dijo—. ¿Dónde está el cadáver del viejo coronel?

—Cerca de la chimenea, doctor Watson. El asesino es cojo, tiene un ojo de cristal y es particularmente aficionado a los spaghetti con tomate.

Salat recorrió el salón, en tanto que Calone se instalaba en un sillón, con los periódicos sobre las rodillas.

—Desconocía tu pasión por la prensa...

—Todo lo que pueda suceder en Purley me interesa.

Recorrió rápidamente las páginas en diagonal. Se paró en la cuarta, leyó durante unos segundos y dijo:

—Escucha esto... Leo: «Extraño accidente en Purley. Anthony Sergeant, biólogo de los Laboratorios de Investigaciones de Purley, fue víctima ayer de un curioso accidente. Alrededor de las ocho de la noche, la comisaría de Policía recibió la llamada telefónica de un desconocido, anunciando que mister Sergeant se encontraba en su casa gravemente herido. Fue enviada una patrulla, la cual descubrió efectivamente al desdichado biólogo inanimado en el vestíbulo de su residencia. A primera vista, parecía haber sido víctima de una caída, pero el médico encontró en el rostro huellas de golpes violentos, cuyo origen permanece inexplicable hasta ahora. Se plantea otra cuestión: ¿quién llamó por teléfono? Según el agente que recibió la llamada, el hombre parecía tener acento extranjero. La investigación está dirigida por el superintendente Wales, el cual considera la posibilidad de un crimen cometido por un ladrón sorprendido con las manos en la masa». Esto es todo. ¿Qué opinas?

Calone soltó el periódico y sacó sus cigarrillos. Salat se había instalado enfrente de él.

—¿Crees que eso puede tener relación con nuestro asunto?

—Nada se opone a ello... Ese Sergeant es biólogo. Por lo tanto, es capaz de preparar un arma biológica. Vive en Purley, donde se encuentra el Apartado de Correos señalado por el hombre que buscamos. Ha sido víctima

de un atentado inexplicable. Un desconocido —de acento extranjero— ha dado la alarma.

—Ese último punto me desconcierta... Si le han atacado, ¿por qué han avisado a la policía? Era más sencillo dejarle morir, ¿no?

—Ese punto es efectivamente inexplicable por el momento, pero hay suficientes elementos para que no nos desinterese del todo de esa historia. Por ahora, no hay mucho que hacer, ya que Sergeant se encuentra en el hospital.

—Supongamos que sea él... Si le han puesto en ese estado, es que ha hablado.

—Falta por saber a quién. Si hemos llegado veinticuatro horas demasiado tarde, Costes va a ponerse furioso. Sobre todo si el que le comunica dónde están los frascos es Penkovsky.

—¿Qué hacemos? ¿Soltar la pista Jones y meternos en ésta?

—Ni pensarlo. En el caso Sergeant, sólo estamos en la fase de las coincidencias. De todos modos, como el paquete no llegará hasta mañana, disponemos de casi veinticuatro horas para ocuparnos de él.

—Me sorprendería mucho que pudiera establecerse contacto con el herido en el hospital.

—De momento, el herido no me interesa. En cambio, me gustaría darme una vuelta por su casa. Para encontrar una fotografía suya, si es posible, y para comprobar si hay algún laboratorio improvisado.

—La casa estará llena de policías...

—Tenemos toda una noche delante de nosotros.

Salat releyó el artículo. Sacudió la cabeza.

—Me pregunto por qué han telefoneado diciendo que estaba herido. De haberle encontrado uno de sus amigos, se hubiera dado a conocer. Esa mansedumbre resulta más bien sorprendente.

Se inclinó para aplastar su cigarrillo y añadió:

—A no ser...

—Te escucho.

—Supongamos que, durante la refriega, Sergeant resultara gravemente herido, pero herido *antes* de haber hablado. ¿Qué podían hacer sus agresores? No podían cuidarle ellos mismos. Sin embargo, era importante que Sergeant no muriese llevándose su secreto con él. En consecuencia, deciden avisar a la policía para que Sergeant recibiera cuidados inmediatos, reservándose la posibilidad de recuperarlo a su salida del hospital.

—Es una hipótesis válida —admitió Calone—. De ser así, estamos en un aprieto. Nadie sabe cuánto tardará Sergeant en restablecerse. Y no quedan más que tres semanas. No quisiera estar en la piel de los que han sido tan torpes.

—¿En conclusión?

—Iremos a dar una vuelta por su casa esta noche, y mañana empezaremos a montar guardia delante de Correos.

* * *

Aquel mediodía, Guzenko decidió no comer en la cantina del laboratorio. Por otra parte, no tenía hambre. Se entretuvo en los vestuarios y salió sin prisa al patio fumando un cigarrillo. Buscaba una solución a lo que no la tenía. Había decidido no regresar a su país, pero aquí estaba en territorio extranjero, es decir, hostil. ¿Qué podía hacer ahora que el gordo Barine le había aconsejado formalmente que no se moviera? No tenía noticias de Sergeant, y descubriría con sorpresa que su amistad por el biólogo era sincera.

Terminado su cigarrillo, se dirigió hacia la salida, saludando al portero al pasar. Dio irnos pasos al azar y giró en la primera bocacalle que encontró. No había recorrido cien metros cuando un automóvil llegó a su altura. Lo reconoció. Barine ocupaba el asiento trasero. Se inclinó, abrió la portezuela y ordenó en tono imperativo:

—Suba.

Guzenko no tenía opción, de modo que subió al vehículo, que reemprendió la marcha inmediatamente. Barine tenía un aire de satisfacción. Dijo:

—No parece usted muy en forma...

—¿Le extraña?

—He leído los periódicos, y comprendo mejor su actitud de ayer. Tengo informes del hospital. Sergeant continúa en estado de coma. Su muerte representaría una verdadera catástrofe.

—De la cual sería usted responsable, ¿no?

—¿Insiste en creer que fuimos nosotros los que le pusimos en *ese* estado?

—¿Quién, si no? Por otra parte, usted mismo me dijo que estaban dispuestos a utilizar otros métodos.

—Le concedí a usted un plazo.

—Pudo cambiar de opinión. Con un poco de paciencia, estoy convencido de que lo hubiera obtenido todo de Sergeant.

Barine movió la cabeza. Miraba fijamente delante de él.

—Se me han ocurrido unas extrañas ideas a propósito de este atentado... Dígame: anoche, ¿volvió usted a casa de Sergeant? ¿Para qué?

No se había equivocado. Le vigilaban, no tenían confianza en él. Pero, ¿en quién tenían confianza?

—Sergeant no podía dormir. Estaba desvelado y me pidió que fuera a verle.

—¿Y usted corrió hacia allí?

—Es de la clase de hombres capaces de suicidarse en un momento de depresión. Era preferible estar allí, ¿no?

—¿Y qué le dijo?

—Nada concreto. Hablaba como un hombre completamente perturbado.

—¿No consiguió usted arrancarle, por casualidad, lo que todos esperamos saber?

—¿Por qué tendría que ocultárselo?

Barine alzó los ojos hacia el techo del automóvil, como si buscase allí una respuesta.

—Sí, ¿por qué? —dijo.

Se produjo un breve silencio, y luego Barine continuó:

—Se me ha ocurrido una rara idea... Supongamos que Sergeant se hubiese confiado a alguien. A usted, por ejemplo. A partir de ese momento, Sergeant no tiene ya ningún valor. Al contrario. Es preferible incluso que desaparezca. Según los periódicos, el hombre que avisó a la policía tenía acento extranjero. Un hombre que creía tal vez que Sergeant había muerto.

—¿Me acusaría usted...?

—¿Por qué no?

—¿Qué interés podría tener?

—Eso es precisamente lo que me pregunto. ¿Qué interés podría tener usted, querido señor Guzenko? Veamos, si es usted el único en poseer la información que todo el mundo busca, vale su peso en oro. ¿En qué cantidad de oro se valora?

—No le permito...

—¿Le han hecho ya otras ofertas interesantes?

Barine se volvió con una rapidez asombrosa y cogió a Guzenko por las solapas de su americana.

—¿No tendrás demasiada tendencia a considerarte un verdadero checoslovaco? Eres ruso, y traicionas a Rusia. ¡Vamos! ¿Cuánto quieres?

—¡No le permito que me hable así! No tengo nada que ver con el accidente de Sergeant.

—Tampoco nosotros. Entonces, ¿quién? ¿Quién?

Barine le sacudía, y la cabeza de Guzenko chocó contra la carrocería.

—¡Suélteme! ¿Oye? Suélteme, y encargue su sucio trabajo a sus esbirros...

—Puedo hacerlo perfectamente por mí mismo, y vas a comprobarlo...

El puño de Barine salió disparado y alcanzó a Guzenko en la punta de la mandíbula. El biólogo se desplomó contra el respaldo del asiento. Barine le levantó un párpado y se volvió hacia el conductor.

—Para.

El otro obedeció.

—Dame el maletín —dijo Barine.

Cuando lo tuvo, lo abrió y sacó una jeringuilla. Adaptó a ella una aguja y a continuación rompió la punta de una ampolla llena de un líquido de color amarillento. Hundió la aguja en el interior de la ampolla y accionó el émbolo de la jeringuilla. Remangó el brazo del inconsciente Guzenko, clavó la aguja...

Luego bajó la manga, recogió su material y se lo devolvió al conductor.

—Ya está. Cuando se despierte, no sospechará nada. Creerá encontrarse aún bajo los efectos del golpe que ha recibido. Ahora, vamos al aeropuerto. No te olvides de hacer la señal convenida a los otros al llegar.

El chófer asintió con un gesto y arrancó. Barine encendió un cigarrillo y observó a Guzenko, que se removía débilmente.

—Una vez en casa, tendrá que hablar.

Unos minutos después Guzenko entreabrió los ojos. Barine se inclinó sobre él.

—No encaja usted, señor Guzenko. Un pequeño golpe, y pierde el mundo de vista... ¿Cómo se encuentra?

—Mal...

—Descanse. Reanudaremos esta conversación más tarde. He perdido los estribos, y le ruego que me disculpe. Nada me permite poner en duda su buena fe.

Guzenko parecía no comprender. Tenía la cabeza ligeramente echada hacia atrás, y le costaba trabajo mantener los ojos abiertos.

Poco después, el conductor dijo:

—Estamos llegando.

Aminoró la velocidad, observando atentamente el borde de la carretera que conducía al aeropuerto. Dos kilómetros más lejos vio un automóvil

aparcado junto al camino. Hizo sonar el claxon tres veces, luego dos. Adelantó al automóvil, el cual arrancó inmediatamente.

Diez minutos después llegaban al aeropuerto. El segundo automóvil se detuvo junto a ellos. Se apearon dos hombres del vehículo, y Barine salió a su encuentro.

—Está en el auto... Ya saben la consigna, son ustedes médico y enfermero. Guzenko debe ser repatriado urgentemente a causa de su estado de salud. En esta bolsa están todos los documentos necesarios. Un avión especial les espera, y su plan de vuelo prevé que tiene que despegar dentro de una hora. Sólo les espera a ustedes.

—¿Cómo está? —preguntó uno de los hombres.

—*Groggy*. Sosténganle para ayudarle a andar. Normalmente, no debe crearles dificultades. Vamos, no pierdan tiempo.

Los dos hombres se inclinaron hacia el interior del vehículo y sacaron a Guzenko sin brusquedad. El biólogo apenas podía mantenerse en pie: tuvo que apoyarse en el automóvil. Dirigió una mirada vacilante a su alrededor, la detuvo unos instantes sobre Barine y preguntó:

—¿Dónde estamos?

—Vamos a llevarle a casa.

Barine hizo una seña a sus hombres y luego, en compañía de su chófer, subió a una terraza reservada a los visitantes. Desde allí podían ver el avión especial que pertenecía a una compañía checoslovaca. La tripulación era rusa.

Barine consultó su reloj. La una menos diez. No había tiempo que perder. A la una menos cinco vio aparecer al trío.

—Esto marcha —le dijo al chófer—. No han tenido dificultades en la Aduana.

Guzenko era casi arrastrado por sus dos compañeros. Estaban a una treintena de metros del avión, y Barine se desinteresaba casi de la operación, cuando se produjo el incidente.

Guzenko pareció súbitamente más pesado, y el pequeño grupo se detuvo. Barine se inclinó, repentinamente preocupado. Guzenko estaba debatiéndose. Consiguió liberar un brazo y se dejó caer al suelo arrastrando a uno de sus guardianes.

Volvió a levantarse rápidamente, dio unos pasos titubeantes y empezó a aullar:

—¡Socorro ¡Socorro! ¡Quieren raptarme!

Los hombres estaban de nuevo encima de él, pero Guzenko se debatía. Unos mecánicos, intrigados, se acercaron. Guzenko escapó una vez más y

corrió hacia ellos. Barine no pudo oír lo que decía. Cuando llegaron los dos guardianes, los mecánicos se interpusieron entre ellos y el biólogo, entablando inmediatamente una animada discusión. Luego, uno de los mecánicos hizo una señal y Barine vio a dos policías que llegaban corriendo.

—¡Maldición! —exclamó, en tono furioso—. Si no le sueltan, van a pescarles...

Los dos hombres debieron comprenderlo así, ya que renunciaron súbitamente y dieron media vuelta para dirigirse al avión, abandonando a Guzenko en manos de los mecánicos y de los policías que acababan de llegar.

El avión despegó. Era la una en punto. Los dos policías se habían hecho cargo de Guzenko.

—La dosis no debía ser lo bastante fuerte —dijo Barine en tono frío—. Tendremos que revisar eso.

Había recobrado toda su sangre fría.

Capítulo XII

CALOÑE se afeitaba en el cuarto de baño. Paró bruscamente su maquinilla eléctrica y subió el volumen del transistor. Un locutor decía:

«... se pregunta si no se trata de un nuevo caso de espionaje. He aquí los hechos. Sucedieron ayer, a primera hora de la tarde, pero no fueron conocidos hasta la noche. El protagonista del caso se llama Oleg Guzenko. Es un científico checoslovaco recientemente refugiado en Gran Bretaña a raíz de los acontecimientos de todos conocidos. Guzenko, que habla correctamente nuestro idioma, no encontró ninguna dificultad para obtener un empleo. Desde hace un mes trabajaba en Purley, en el Laboratorio de Investigaciones de la ciudad. Guzenko llevaba una vida tranquila, sin complicaciones, y vivía en una pequeña pensión donde no recibía a nadie. Sin embargo, ayer, ese hombre tranquilo, ese científico, se convirtió en protagonista de una historia digna de la serie negra. Alrededor de la una de la tarde, la atención de unos mecánicos del aeropuerto de Croydon fue atraída por el extraño comportamiento de un hombre que trataba de escapar de otros dos. El hombre empezó a pedir socorro, gritando que querían raptarle. Los mecánicos se acercaron a él y el hombre, que no era otro que Guzenko, les confió que querían subirle a un avión a la fuerza. Sus supuestos raptores intervinieron entonces, afirmando que Guzenko era un enfermo grave y que ellos estaban encargados de acompañarle a su país natal. De hecho, el avión que debía llevarle pertenecía a una compañía checoslovaca. Además, Guzenko titubeaba y no parecía encontrarse en estado normal. Perplejos, los mecánicos optaron por llamar a dos agentes de policía que se encontraban a poca distancia. Entonces, los dos desconocidos abandonaron bruscamente la discusión y se dirigieron al avión, que despegó inmediatamente. De momento, se ignora el paradero del biólogo, del cual se hizo cargo la policía. Se ignoran los imperiosos motivos que indujeron a aquellos desconocidos a correr el riesgo de raptar en pleno día a un hombre al cual se supone que habían drogado previamente. Las autoridades guardan un prudente silencio. Sin embargo, puede observarse una extraña coincidencia. Oleg Guzenko trabajaba en el mismo laboratorio que empleaba a Anthony Sergeant, el biólogo que fue víctima de un atentado hace veinticuatro horas y que todavía no ha recobrado

el conocimiento. En relación con este último caso, la policía se niega también a hacer comentarios. Por otro lado, nos enteramos de que en París...».

Calone apagó el transistor y salió del cuarto de baño, desnudo hasta el torso. Salat, en batín, desayunaba.

—¿Qué pasa?

Calone le contó brevemente lo que acababa de oír en la radio. Cogió un cigarrillo y lo encendió.

—He aquí una prolongación inesperada del caso Sergeant. Nada demuestra que haya una relación entre los dos.

—Nada lo demuestra, es cierto, pero, para mí, eso forma parte de lo que yo llamo las coincidencias exageradas. Ahora, estoy de acuerdo contigo, no podemos descuidar la pista Jones... ¿Qué hora es?

—Las ocho y diez.

—Me extraña que París no haya llamado aún... ¿Quieres llamar?

Salat se puso en pie y descolgó el receptor. Mientras marcaba el número le preguntó a Calone, sonriendo:

—Y, esta vez, ¿«sientes» el caso?

—En efecto —asintió Calone.

—Cuando te jubilen, siempre te quedará el recurso de dedicarte a las ciencias ocultas... ¡Alio! ¿París? Póngame con el despacho del señor Costes... Sí, normalmente, tiene que estar ahí... Gracias... ¡Alio! ¿Señor Costes?... Salat al aparato... No, no, ninguna novedad... Llamamos solamente para... ¡Ah! De acuerdo, eso cae muy bien... ¡Ah!... Bien... —Eché una ojeada a Calone—. Perfecto... Sí, sí, está aquí, a mi lado... Ahora va a ponerse al aparato...

Entregó el receptor a su compañero.

—Aquí Calone...

—Felicidades, *madame* Irma. Nuestro hombre ha reconocido la fotografía de ese Anthony Sergeant. Fue él quien contrató sus servicios para que cursara las cartas... Creo que ha terminado la época de las vacilaciones. Puede usted lanzarse a fondo...

—Por desgracia, no conoce usted los detalles. Si he descubierto la pista de Sergeant, es porque se encuentra en el hospital y en estado de coma.

—¿Qué le ha pasado?

—Mis cualidades de fakir no dan para tanto. Fue encontrado en su casa en muy malas condiciones, después de que un desconocido que hablaba con acento extranjero avisó a la policía.

—¿No estará usted contándome la última película que ha visto?

—La vida está llena de inverosimilitudes. Donde no aparecen ya es en las novelas. Concretado esto, no es imposible que hayan localizado al hombre de acento extranjero. Podría tratarse de un biólogo checoslovaco llamado Oleg Guzenko.

—¿Dónde está ahora ese Guzenko?

—En manos de las autoridades inglesas.

—La escena no puede ser más complicada...

—Y no lo sabe usted todo. Está allí porque quisieron raptarlo en pleno día para embarcarlo en un avión especial.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Con un comatoso y un prisionero, no puedo hacer grandes cosas. De hecho, los que ahora se encuentran mejor situados para actuar son los ingleses. Pero no saben lo que tienen entre manos.

—¿Aconseja usted entrar en contacto con ellos?

—¿Ve usted algo mejor? El tiempo apremia, y nosotros estamos paralizados.

—¿Por qué se interesa usted por ese Guzenko? Al que convendría interrogar es a Sergeant.

—Hay dos imposibilidades: en primer lugar, se encuentra en estado de coma; en segundo término, será muy difícil acercarse a él. En cambio, a Guzenko tendrán que soltarle.

—¿Y qué?

—Me pregunto por qué han querido raptarlo. Trabajaba en los mismos laboratorios que Sergeant, y es, al parecer, un refugiado político. Habría que saber si simpatizaban hasta el punto de haberse confabulado para preparar el asunto. Eso explicaría el rapto inmediatamente después del atentado contra Sergeant. Y como ese atentado demuestra que hay otro grupo sobre el terreno, Salat y yo no podemos actuar solos. De ahí la propuesta de establecer contacto con los ingleses.

—Estamos en contacto permanente. Voy a pedirle a Jefferson que le reciba.

—Si no tiene usted inconveniente, preferiría que fuera Salat quien se entrevistara con él.

Un breve silencio, y luego Costes replicó:

—De acuerdo. Pero, mucho cuidado, Nicolás, la cosa se está poniendo apretada.

—Como habrá podido comprobar, hasta ahora he actuado con la mayor discreción.

—Es cierto. Hasta ahora...

Calone colgó, sonriendo. Salat terminaba su cigarrillo.

—¿Y bien?

—Tenemos algo concreto. Esta vez, nuestro hombre ha sido identificado. Sergeant es el autor de las cartas.

—¿Cómo vamos a proceder?

—Actuaremos en dos sentidos. Costes arreglará una entrevista para ti con Jefferson, el hombre que se ocupa del caso para los ingleses. Vas a decirle lo que hay, o sea, que Sergeant es el hombre que buscamos. Hay que proteger al individuo y hacerle hablar lo antes posible. Yo me ocuparé del resto...

—¿Te refieres a Guzenko?

—Sí.

—¿Crees que está al corriente de todo?

—No es más que una hipótesis, pero me parece poco probable que los dos asuntos no estén relacionados. Como le decía a Costes, ¿por qué le habrían raptado? Por mi parte, voy a tratar de enterarme del tiempo que lleva aquí, y también de cuáles podían ser sus relaciones con Sergeant. Costes va a llamar para confirmar tu cita con Jefferson. Dile que pida informes sobre los antecedentes de Guzenko en Checoslovaquia.

—¿Por qué no les hablamos a los ingleses de él?

—Prefiero repartir las suertes. Purley se ha internacionalizado desde hace algún tiempo, y hemos de prever unos enfrentamientos de puntos de vista bastante violentos.

—Quince días... —murmuró Salat, pensativo—. Quedan quince días para el cataclismo... ¿Tú crees en él?

—Algún día se producirá el fin del mundo, y habrá mucha gente que no querrá creerlo.

* * *

Jefferson contemplaba a Salat con aire de duda.

—De modo que el hombre que buscábamos estaba muy cerca de nosotros... Confieso que me costaba creer en su existencia. En todo caso, eso demuestra la perfidia de nuestros asociados rusos.

—¿Por qué?

—Nos enviaron una lista de los ciudadanos ingleses que estuvieron en la U.R.S.S. el pasado verano. El nombre de Sergeant no figuraba en ella. Sin embargo, tenían que conocerle...

Resonó el vibrador del interfono y Jefferson pulsó un botón.

—Escucho.

—El informe de la policía sobre el caso Sergeant, señor.

—Tráigalo.

Unos segundos más tarde, una joven entró en el despacho con una carpeta que dejó sobre el escritorio.

—Gracias, Jane.

Jefferson abrió la carpeta y hojeó los diversos informes, entregándolos a Salat a medida que terminaba con ellos. Cuando acabaron la lectura, los dos hombres se observaron un instante en silencio. Finalmente, Jefferson dijo:

—No es muy brillante, ¿verdad? Sergeant parece tener muy pocas posibilidades de salvarse.

—Y aunque se salve, ¿cuánto tardará en poder hablar?

—Creo que tendríamos que ir al hospital... ¿Quiere usted acompañarme?

—Con mucho gusto.

Unos minutos más tarde rodaban en dirección al hospital. En cuanto llegaron, Jefferson solicitó la presencia del cirujano.

—Hemos venido a hablarle del caso Sergeant, doctor. ¿Cómo se encuentra?

—Su estado es estacionario. No ha empeorado, pero tampoco se aprecia una mejoría.

—¿Cómo puede evolucionar, en los próximos días?

—No hay respuesta para esa pregunta. No puede excluirse un desenlace fatal.

Jefferson movió afirmativamente la cabeza.

—Ése es nuestro problema... Sucede que Sergeant posee una información susceptible de salvar la vida a millares, a millones de personas.

El cirujano pareció sorprendido, pero no hizo ningún comentario. Jefferson continuó:

—Si queremos evitar lo peor, debemos enterarnos de esa información antes de quince días. ¿Cree usted que Sergeant podrá hablar en ese plazo?

—No lo creo...

—Doctor, compréndame bien: es preciso que Sergeant hable, aunque luego no diga nada más.

—¿Debo entender que me pide...?

—Que oriente sus cuidados en ese sentido, en efecto. Se trata de la vida de Sergeant contra la de millones de personas.

—Me pide usted que vaya contra todos los principios de mi profesión. Sergeant es un enfermo...

—Doctor, ¿ha oído usted hablar del botulismo?

—Desde luego.

—Suponga que unos caldos de cultivo de ese microbio se pasean por toda Europa, suponga que esos caldos se esparcen por los ríos o por cualquier otra vía natural... ¿Qué pasaría?

—Habría una epidemia... Una espantosa epidemia.

—Pues bien, de eso se trata, doctor. Y Sergeant es el único hombre que puede decirnos dónde se encuentran esas porquerías. Usted es médico, y a título de tal le he confiado esto. Sabe mejor que nadie la catástrofe que significaría semejante epidemia. Por eso insisto... Por un lado está Sergeant, responsable de esa eventual epidemia, y por otro todos esos inocentes que sufrirían la más espantosa de las muertes. Sabiendo esto, doctor, ¿continuará considerando a Sergeant como un enfermo vulgar? Por otra parte, si Sergeant se repone, será condenado, tal vez ejecutado, ya que este asunto afecta no solamente a Inglaterra sino también a otros países de Europa.

—Lo comprendo, lo comprendo perfectamente, pero hay algo que no me ha dado usted tiempo para decirle. He estudiado atentamente las radiografías y los electro-encefalogramas que le han sido hechos a Sergeant. Si no se produce un milagro, aunque se cure, temo que las facultades intelectuales del enfermo queden gravemente dañadas.

—¿Es decir?

—Puede quedar idiotizado, amnésico o completamente paralizado... De modo que provocar una mejoría momentánea en detrimento de su curación no serviría de mucho.

El cirujano desplazó maquinalmente algunos frascos que reposaban sobre una mesita con ruedas. Preguntó:

—Esa amenaza de epidemia, ¿es realmente seria?

—Desde luego. En este momento, los servicios secretos de cinco países trabajan activamente.

—Comprendo. Voy a ocuparme más particularmente de Sergeant, pero no puedo darle ninguna esperanza. Sobre todo en un plazo tan limitado.

—Se lo agradezco mucho.

Salat y Jefferson abandonaron el hospital y regresaron a su automóvil. Con las manos apoyadas en el volante, el inglés reflexionaba.

—Es un callejón sin salida —dijo finalmente.

—A menos de que Sergeant haya hablado antes de su accidente. De no ser así, no hubieran intentado asesinarle.

—No le mataron, precisamente. ¿Qué les impedía terminar con él?

—Tal vez se vieron interrumpidos... Recuerde el informe, ese desconocido que avisó a la policía... Supongamos que los rusos consiguieran obtener la información de Sergeant. No son tan idiotas como para reservársela en exclusiva. Una epidemia que estallara en Francia, por ejemplo, acabaría por alcanzarles.

—Se me ocurren dos objeciones a su razonamiento: en primer lugar, no sabemos si Sergeant habló; en segundo término, ignoramos si los responsables de su estado actual son los rusos. Suponga que sean los chinos...

—Entonces, tal vez haya un medio para saberlo.

—¿Cuál?

Salat sacó su paquete de cigarrillos y lo tendió a Jefferson, que declinó la invitación.

—Supongamos que Sergeant no hubiera sido alcanzado gravemente, supongamos que pudiera regresar a su casa en las próximas horas... ¿Qué sucedería?

—Algo, desde luego. Pero, ¿qué?

—Yo veo dos posibilidades: o ha hablado, y vuelven a presentarse para eliminarle definitivamente, o no ha tenido tiempo para hablar, y podrá esperar algunas visitas interesadas en conversar con él.

—Lo malo es que Sergeant no regresará a su casa esta noche o mañana.

—Lo sé... Continuemos con el juego de las suposiciones. Supongamos que tiene usted en sus servicios a un hombre que, con la cabeza aparatosamente vendada, podría pasar, desde lejos, por Sergeant. Supongamos que usted haya tendido previamente una trampa... ¿No sería interesante interrogar a los hombres que cayeran en ella?

Jefferson reflexionó unos instantes.

—Interesante —acabó por admitir—. Muy interesante.

Capítulo XIII

CALOÑE descolgó el receptor.

—¿Diga?

—Costes al aparato... ¿Alguna novedad?

—Salat no ha regresado aún de su entrevista con Jefferson. Por mi parte, me he informado acerca de ese Guzenko, y he descubierto dos o tres cosas interesantes.

—Yo también. Pero, empiece.

—Bien. Guzenko está aquí desde hace muy poco tiempo; en realidad, llegó a Inglaterra casi en el momento en que se iniciaba el caso. Ignoro todavía cómo consiguió ingresar en los Laboratorios de Investigaciones donde trabajaba Sergeant. Lo cierto es que simpatizó rápidamente con nuestro hombre y que se veían muy a menudo en sus horas libres. Éstos son los hechos. Partiendo de ellos, todas las suposiciones son posibles.

—Lo que yo sé debe permitirnos eliminar algunas. Hemos descubierto que Oleg Guzenko, biólogo checoslovaco, no existe. Ha resultado imposible encontrar el menor rastro de él.

—Muy interesante, en efecto.

—Podemos deducir, pues, sin miedo a equivocarnos, que Guzenko pertenece a los servicios secretos soviéticos y que fue enviado a Inglaterra para ganarse la confianza de Sergeant y arrancarle la información por las buenas.

—Teniendo en cuenta el estado en que se encuentra Sergeant, los rusos tienen un curioso concepto de la «bondad». Suponiendo que sean ellos los responsables... Esta historia está llena de contradicciones. Los rusos envían a Guzenko para que se haga amigo de Sergeant. Éste se encuentra moribundo en el hospital. Y los mismos rusos tratan de raptar a su agente, el cual protesta...

—¿Qué conclusión saca usted?

—Que, de todos modos, Guzenko es un personaje muy interesante.

—He leído lo que la prensa de aquí decía de él, que es tanto como decir que no se sabe nada.

—La prensa inglesa no ha escatimado titulares. Se habla de espionaje, desde luego, pero no se cita ningún elemento interesante. El avión que debía llevarse a Guzenko era checoslovaco y su destino era Checoslovaquia. Según los periódicos, las autoridades inglesas, no teniendo nada que reprochar a Guzenko, deben ponerle en libertad en las próximas horas.

—Temo que le hayan preparado un comité de recepción.

—Yo no estoy tan seguro... He oído una noticia por la radio, hace unos instantes, y espero su confirmación. Según esa noticia, la esposa de Guzenko vendrá a Inglaterra para cuidar a su marido, víctima de una depresión nerviosa.

—Muy divertido —dijo Costes—. Ya que si Guzenko no existe, ¿por qué ha de haber una señora Guzenko?

—Habiendo fracasado la fuerza, tratan de poner en juego el encanto femenino... En fin, todo eso es para la galería. No creo que Guzenko se deje engañar.

—Eso es lo que me preocupa... ¿Cómo va a reaccionar Guzenko?

—¿Qué quiere que haga? Está en Inglaterra con una falsa identidad y no puede permitirse un escándalo que podría volverse contra él.

—Entonces, ¿va a aceptar la esposa que le envían?

—¿Qué otra cosa puede hacer? Con la publicidad que ha tenido esta historia, una nube de fotógrafos y de periodistas esperará a esa mujer en el aeropuerto. Ella está en regla, completamente en regla. Si Guzenko la denuncia, se denuncia a sí mismo.

—Eso es lo que creo yo también. Queda por saber, ahora, cómo podemos intervenir nosotros.

—Se plantea un pequeño problema: ignoro cuándo y dónde será puesto en libertad Guzenko. Se me ha ocurrido una idea para recuperarlo, por una parte, y por otra saber si vale la pena... Es algo complicado, pero hay una posibilidad sobre cien de que tenga éxito.

—¿Puede saberse?

—Prefiero reservármelo.

—Entonces, será algo realmente complicado... Muy bien. De todos modos, Paula está al corriente y le pondrá en contacto conmigo a cualquier hora del día o de la noche.

—Creo que las cosas van a precipitarse, ahora.

Calone colgó. Se inclinó para encender su aparato de radio. La puerta del salón se abrió y entró Salat.

—Ahora mismo acabo de hablar con Costes. ¿Tenías alguna información para él?

—Nada especial.

—¿Qué tal la entrevista con Jefferson?

—Hemos ido a ver al cirujano que se ocupa de Sergeant. Prácticamente, no hay posibilidades de que se recupere. En consecuencia, hemos decidido montar una pequeña trampa.

Salat explicó cómo veía él las cosas, y Calone asintió.

—Normalmente, tiene que dar resultado. ¿Cuándo ha de realizarse la operación?

—Mañana, de modo que la prensa tenga tiempo para hacerlo saber. También hay que encontrar al hombre que representará el papel de Sergeant. ¿Y tú?

—Yo espero a la señora Guzenko. Su llegada no carecerá de interés. Sobre todo sabiendo que el biólogo checoslovaco Guzenko es desconocido en el batallón.

—Muy interesante. El encuentro de los «esposos» tendrá su pimienta.

—Me gustaría añadir mi propio granito... En resumen, tú y yo vamos a hacer una vela de armas...

Lo era, en efecto, ya que la radio anunció que la llegada de la señora Guzenko a Inglaterra estaba prevista para la tarde del día siguiente.

Purley iba a vivir unas horas históricas.

* * *

El avión que conducía a la supuesta señora Guzenko se posó en una de las pistas del aeropuerto a las 16,15 horas. Como estaba previsto, lo esperaban numerosos periodistas y fotógrafos. Perdido entre la masa se hallaba también Calone.

Bajaron los primeros pasajeros y hubo un momento de indecisión. ¿Cuál de las mujeres era la buena? Un fotógrafo se dirigió a una azafata y ésta le señaló a una joven rubia, muy elegante. Todo el mundo se precipitó hacia ella. Bloqueada al pie de la escalerilla, la señora Guzenko trataba de abrirse paso. Tuvo que renunciar, y terminó por aceptar el interrogatorio de los chicos de la prensa.

—Señora Guzenko... ¿Está realmente enfermo su marido? — Naturalmente. De no ser así, yo no hubiese venido.

Hablaba perfectamente el inglés, con un acento apenas perceptible.

—Señora Guzenko... ¿Cuál es la enfermedad de su marido?

—Según los médicos que le han examinado, parece sufrir una depresión nerviosa.

—¿No le sorprendió la noticia?

—No. Oleg..., quiero decir, mi marido, estaba ya muy fatigado cuando vino a Inglaterra.

—¿Piensa usted llevárselo a Checoslovaquia?

—Desde luego.

—¿Está de acuerdo su marido?

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Según él, querían raptarlo...

—Mi marido necesita mucho reposo. Nunca debió aceptar esta estancia en Inglaterra.

—Señora Guzenko... ¿Hay alguna relación entre la... fatiga de su marido y la evolución política en Checoslovaquia?

—Me niego a contestar a esa pregunta.

—¿No decidió su marido refugiarse en Inglaterra?

—¡No! Ni pensarlo.

—Su marido es biólogo... ¿No habrá hecho un descubrimiento susceptible de interesar a los países extranjeros?

La joven atacó a su vez:

—¿Quiere usted decir que mi marido estaría mezclado en un asunto de espionaje?

—Si se quiere...

—Puedo desmentirlo rotundamente. Si hay espías, sólo pueden existir en la imaginación de mi marido. Oleg no se ha ocupado nunca de política, y sus investigaciones no ofrecen ningún interés especial para el extranjero.

—¿Cuánto tiempo va a permanecer aquí?

—En cuanto mi marido esté en condiciones de viajar, nos marcharemos.

—¿Sabe usted dónde se encuentra?

—Creo saber que hoy regresará a su casa. Le esperaré allí.

—Señora Guzenko...

—Por favor... He aceptado contestar algunas de sus preguntas, pero deben comprender que estoy ansiosa por reunirme con mi marido. ¿Puedo contar con su discreción para que nos dejen en paz, a los dos, al menos durante unos días? Oleg necesitará tranquilidad, mucha tranquilidad.

Dos agentes de policía abrieron un camino a la joven, la cual se dirigió hacia el servicio de aduanas. Calone se separó inmediatamente del grupo de

periodistas y salió del recinto del aeropuerto para ir a buscar su automóvil en el aparcamiento.

Una hora más tarde estaba en Purley. Aparcó su automóvil a poca distancia de la pensión donde residía Guzenko y luego se encaminó hacia allí. Una previa investigación le había permitido saber dónde se encontraba la habitación del biólogo. Se dirigió directamente a ella, sacó un pequeño instrumento de su bolsillo y no tuvo dificultades en forzar la cerradura. Entró y volvió a cerrar.

En un rincón, en el suelo, las dos maletas de Guzenko estaban todavía llenas de ropa apresuradamente amontonada. Calone registró rápidamente la habitación, pero no encontró nada interesante. Encendió un cigarrillo y se instaló en un sillón colocado enfrente de la puerta. Estaba terminando su cigarrillo cuando oyó los pasos en la escalera. Unos instantes después, resonó la llamada.

—Adelante —dijo Calone.

Se abrió la puerta y la señora Guzenko entró en la habitación. Volvió a cerrar y se apoyó en la madera. Se produjo un breve silencio.

—Parece usted completamente recuperado —dijo finalmente la recién llegada, en ruso.

Calone conocía perfectamente aquel idioma, ya que su madre había nacido en Georgia. Sonrió ligeramente, aliviado. No había tenido en cuenta el hecho de que los rusos, por falta de tiempo, no habían podido mostrar a la joven una fotografía de Guzenko.

—¿Qué quiere usted de mí?

—¿No tiene la impresión de haberse comportado como un jovenzuelo estúpido?

—¿Por qué? Supongo que pertenece usted a los servicios especiales...

—No importa lo que yo sea. Aceptó usted una misión y debía llevarla a buen término. Sabía lo que estaba en juego. Y en su calidad de biólogo, sabía mejor que nadie los peligros que corría nuestra patria.

—Desde luego... Ahora, ¿qué quiere usted de mí?

—La verdad. ¿Ha hablado Sergeant?

—Supongamos que sí...

—¿Por qué se calla usted?

Calone permaneció silencioso. La joven se acercó a él y continuó:

—Está equivocado: nosotros no somos responsables de lo que le ha sucedido a Sergeant.

—¿Quién, entonces?

—Ni los franceses ni los ingleses podían llegar tan rápidamente hasta él. Quedan los norteamericanos y los chinos.

—¿Por quién se inclina usted?

—A juzgar por los resultados, me inclino por los yanquis. ¿Está usted convencido de su error? Le habían concedido un plazo para hacer hablar a Sergeant: ¿por qué estropearlo todo, pudiendo esperar veinticuatro horas?

—Para que otros no se adelantaran.

—Hubiéramos establecido contacto con usted, antes de entrar en acción.

Calone se puso en pie y dio unos pasos por la habitación, como un hombre atormentado que busca la verdad. Volvió a acercarse a la joven, se detuvo delante de ella:

—Señora Guzenko... Es extraño.

—¿Qué es lo que le parece extraño?

—Para todos los de fuera, ha venido usted a reunirse con su marido, del cual estaba separada desde hacía varias semanas. En su opinión, ¿cómo han imaginado ellos nuestro reencuentro?

La joven parpadeó, visiblemente turbada.

—¿Qué quiere usted decir?

—Creo que el juego tendría que continuar, incluso aquí. En tal caso, yo debería cogerla entre mis brazos y besarla tiernamente... ¿No es cierto? Así, por ejemplo...

La cogió por los hombros, obligándola a acercarse a él. Continuó:

—Hay que saber aceptar las ventajas y los inconvenientes de una situación.

Ella se relajó un poco y sonrió:

—Y, en la situación actual, ¿qué son?

—Por mi parte, no veo más que ventajas.

—Suélteme...

—Lástima. Posee usted unos argumentos convincentes y no los utiliza. Por lo visto, Penkovsky no la ha aleccionado bien...

La joven se irguió, súbitamente en guardia.

—¿Qué sabe usted...?

Se calló, y su rostro perdió el color. Con voz ligeramente temblorosa, inquirió:

—¿Quién es usted?

—¿Qué significa ese cambio de actitud?

—¿Cómo conoce la existencia de Penkovsky? Él no le ha visto nunca, y nadie ha podido hablarle de su cargo. Y mucho menos citar su nombre.

Había sido un error, que a Calone no le resultaría fácil enmendar.

—Le he conocido aquí. Vino a supervisar las operaciones, y quiso saber qué había averiguado yo.

—¿Él? Nunca ha dicho que le hubiera visto...

—¿Quiere que se lo describa?

Calone le hizo un retrato fiel de Penkovsky, tal como lo había visto en París, y la joven se quedó perpleja.

—No le creo —dijo finalmente.

—Como guste...

—¿Cuál es su verdadero nombre? —inquirió la joven súbitamente.

—Mi verdadero...

—Sí. Aquí se llama usted Guzenko y es checoslovaco, pero en Rusia, en su país, ¿cómo se llama?

Al ver que Calone no contestaba, la joven trató de dirigirse hacia la puerta. Pero Calone la cogió por la muñeca.

—Calma, nena. De acuerdo, no soy Guzenko, ni el que usted creía encontrar.

—¿Dónde está él?

La joven trataba de debatirse, pero Calone la sujetaba fuertemente. El interrogatorio iba a ser difícil ahora, mucho más difícil. Y, sin embargo, necesitaba otras informaciones si quería presionar eficazmente a Guzenko.

—No tardará en llegar —respondió Calone.

Capítulo XIV

OLEG Guzenko fue dejado en libertad a las seis de la tarde. Había leído los periódicos, enterándose así de que Anthony Sergeant saldría del hospital aquel mismo día. Apenas podía creerlo, recordando el cereño rostro del hombre tendido sobre las losas del vestíbulo. Desde luego, le había examinado apresuradamente y podía haberse equivocado. Sin embargo, Sergeant parecía encontrarse en muy mala condición.

Se habían ofrecido a acompañarle. No podía rechazar el ofrecimiento. El automóvil esperaba delante del inmueble. Uno de los hombres que le habían interrogado se encontraba en el asiento posterior. Guzenko se instaló a su lado y el hombre le preguntó:

—¿Se encuentra usted mejor, señor Guzenko?

—Sí, sí, estoy bien.

—¿Ha tomado ya una decisión?

—Todavía no.

—Ya sabe que puede acogerse al derecho de asilo político. Y, desde luego, su esposa podrá beneficiarse también de él.

Los labios de Guzenko se distendieron en una irónica sonrisa. ¡Su esposa! No se hacía ilusiones acerca de las verdaderas actividades de la persona que se hacía pasar por la señora Guzenko.

Acababan de detenerse ante un semáforo rojo. Guzenko echó una rápida ojeada a su vecino, que miraba por la otra ventanilla, abrió la portezuela y saltó a la calzada. Echó a correr, mientras el chófer preguntaba al hombre que había quedado en el auto:

—¿Qué hacemos, señor?

—Nada, nada en absoluto. Está en el orden normal de las cosas. Podemos regresar.

Guzenko recorrió dos o tres calles sin aminorar la velocidad de su carrera. Finalmente se detuvo, apoyándose en una pared para recobrar el aliento. Cuando se sintió mejor, le preguntó a un transeúnte dónde estaba la oficina de correos más cercana. Se dirigió hacia allí.

Una vez obtenido el número de teléfono del hospital al que había sido trasladado Sergeant, efectuó una llamada.

—Soy un amigo de Anthony Sergeant —dijo—, y quisiera saber cuándo va a salir.

—No cuelgue, señor, voy a informarme.

Mientras esperaba, encendió un cigarrillo. Su mano temblaba al rascar el fósforo. Luego, volvió a resonar la misma voz de antes al otro extremo del hilo:

—El señor Sergeant saldrá alrededor de las siete. No venga a esperarle, pues una ambulancia le llevará directamente a su casa.

Guzenko colgó y salió de la oficina. Anduvo hasta encontrar una parada de taxis y pidió que le llevaran a Purley. El trayecto le permitió tranquilizarse un poco, y sus manos habían dejado de temblar cuando se apeó en el centro de la pequeña ciudad. La casa de Sergeant se encontraba a unos quinientos metros de distancia. Ahora que conocía mejor la topografía de la ciudad, pudo utilizar un camino menos frecuentado para llegar hasta ella.

La vivienda estaba adosada a una especie de callejón impracticable para los automóviles. Guzenko se adentró en él prudentemente y comprobó que estaba desierto. Llegó a la parte trasera de la casa. Una puerta de hierro hundida en el muro daba acceso a un pequeño patio. La puerta estaba cerrada y Guzenko decidió escalar el muro. Apoyando un pie en el pomo de la puerta consiguió su objetivo y saltó al patio.

Allí, una escalera de una docena de peldaños se hundía en el suelo, conduciendo a la bodega. Guzenko bajó aquellos peldaños y empujó la puerta. Estaba abierta, lo cual le ahorra tener que romper el cristal de una ventana para penetrar en la casa.

Una vez en la bodega, encendió un fósforo para orientarse. Otra escalera conducía a la planta baja. La puerta estaba también abierta. O Sergeant era terriblemente distraído, o sus agresores habían utilizado aquella vía de escape.

Guzenko desembocó en la cocina. Permaneció un momento a la escucha y luego pasó al vestíbulo. Se detuvo unos instantes a la puerta del salón antes de entrar. Todo parecía en orden.

Se dirigió sin vacilar hacia un pequeño escritorio, abriendo uno de sus cajones. Encontró la pistola en el lugar que Sergeant le había indicado, la última noche que estuvo con él. Comprobó el cargador, volvió a colocarlo e hizo subir una bala a la recámara. A continuación salió del salón, pasó al vestíbulo y subió al primer piso. Empujó la puerta de la primera habitación que precedía a la de Sergeant. Fue hasta la ventana y observó los alrededores sin levantar el visillo. La avenida parecía tan tranquila como de costumbre. Algunos automóviles estaban aparcados a lo largo de las aceras, a uno y otro

lado. A una treintena de metros, unos obreros se afanaban en torno a un farol. Iban acompañados por una camioneta provista de una escalera extensible.

Guzenko cogió una silla y se instaló cerca de la ventana. Su espera no se prolongó más de veinte minutos. Cuando vio la ambulancia que se detenía delante de la casa se puso en pie, atento. Un enfermero se apeó y fue a abrir las portezuelas traseras. Apareció un hombre de baja estatura con la cabeza cuidadosamente vendada. Empezaba a oscurecer y resultaba difícil distinguir sus facciones. Podía ser Sergeant.

Sostenido por el enfermero, el hombre penetró en el jardín. Guzenko le perdió de vista y abandonó su puesto de observación. Fue hasta la puerta, la entreabrió ligeramente, sin encender la luz.

Oyó un murmullo de voces y luego la escalera crujió. Se iluminó el pasillo y, unos instantes después, aparecían el enfermero y su paciente. Guzenko miró por la rendija de la puerta: aquel hombre no era Sergeant. Se trataba, pues, de una trampa. Pero, ¿tendida a quién y por quién?

Les oyó entrar en la habitación contigua y escuchó el rumor de sus voces. El enfermero se había quedado, en tanto que la ambulancia había partido.

Guzenko permaneció largo rato sin atreverse a moverse. En la habitación de al lado se había hecho el silencio. Más tarde crujió una silla y se oyó un nuevo murmullo de voces. La puerta contigua se abrió y Guzenko vio pasar al enfermero. Desde la ventana, Guzenko vio cómo abandonaba la casa y se alejaba.

Guzenko esperó unos minutos y luego cruzó silenciosamente la habitación. Salió al pasillo y llegó a la altura de la puerta de la habitación contigua. Se inclinó y, por el ojo de la cerradura, vio al hombre que se hacía pasar por Sergeant. Estaba a un lado de la ventana, con un arma en la mano. Miraba hacia afuera.

Guzenko hizo girar con lentitud el pomo de la puerta. Empujó ésta y dijo, sin levantar la voz:

—Suelte su arma.

El hombre de la cabeza vendada se sobresaltó, se volvió, vio el arma que empuñaba Guzenko y obedeció.

—¿De dónde diablos sale usted? —inquirió, estupefacto.

—No se mueva, le he dicho. ¿Dónde está Sergeant, y por qué ha ocupado usted su lugar? ¿Por qué no contesta? Porque Sergeant ha muerto, ¿verdad?

Guzenko se acercó al hombre.

—Era mi amigo, ¿comprende?, mi amigo. Y quiero liquidar a los que le mataron.

—Tranquilícese, no ha muerto. También nosotros queremos atrapar a sus agresores. Pero usted, con su actitud, va a estropearlo todo. Les hemos tendido una trampa, ¿comprende? Vamos, deme su arma y quédese quieto a mi lado. Normalmente, tendrían que venir.

—Si son varios —dijo Guzenko—, se verá usted en un apuro.

El hombre sonrió.

—No crea que estoy solo... Tengo a algunos colegas cerca de aquí y preparados para intervenir. En cuanto dé una señal, se presentarán. Créame, no lo estropee todo.

Guzenko inclinó la cabeza como si comprendiera. Avanzó, dispuesto a entregar su arma. Sin desconfianza, el hombre alargó la mano. Guzenko levantó bruscamente el brazo y golpeó al otro en la sien. El desconocido vaciló, y Guzenko repitió el golpe, esta vez en la nuca. El hombre se desplomó. Su vendaje iba a servir para algo.

Guzenko le instaló sobre el lecho, le ató cuidadosamente los pies y los brazos y le registró. Encontró una diminuta emisora que sin duda debía servir para enviar el mensaje. La colocó con precaución sobre la cómoda.

Echó una manta sobre su adversario y abandonó la habitación. Apagó la luz del pasillo y del rellano del primer piso, dejando encendida solamente la de la planta baja. De nuevo, esperó.

Esta vez, la espera fue más larga. Transcurrió más de una hora. Luego, abajo, algo chirrió. Guzenko se puso en guardia. El silencio estaba ahora «habitado». Los ruidos se hicieron más concretos, y Guzenko reconoció el crujido de la puerta de la cocina.

Oyó un murmullo de voces y se acercó a la barandilla. Había un hombre en el vestíbulo, un tipo enorme, macizo, al cual no conocía. Otro, más joven, rubio, se reunió con él.

El rubio dijo en inglés:

—No me gusta el ambiente, huele a chamusquina.

—Déjate de tonterías —replicó el gigante.

—Cuando dejamos a Sergeant, el otro día —insistió el rubio—, estaba muy mal herido. No puede haberse restablecido con tanta rapidez.

—No perdamos tiempo... Date una vuelta por el salón, y luego subiremos al piso.

El rostro de Guzenko se había crispado. El rubio regresó un par de minutos después.

—Nada —dijo.

—Subamos —dijo su compañero.

Hundió las manos en los bolsillos de su impermeable y apoyó el pie en el primer peldaño, que crujió. Su mano fue en busca del interruptor. Brotó la luz... y Guzenko apareció en lo alto de la escalera. Hubo un momento de estupor. El gigante quiso sacar la mano del bolsillo, pero Guzenko había disparado ya. El rubio no tuvo tiempo de escapar, y cuando su compañero se desplomó quedó al descubierto. Guzenko continuó disparando, mientras descendía por la escalera.

El rubio había caído sobre el gigante. Una bala le había dado en pleno rostro, salpicando de sangre la pared. Guzenko dejó caer su arma, bajó rápidamente, saltó por encima de los cadáveres y se dirigió a la cocina.

Bajó a la bodega, la cruzó, salió de la casa, volvió a encontrarse en el callejón. Iba a girar a la izquierda, pero vio un automóvil aparcado enfrente. Dio media vuelta y echó a correr.

* * *

La joven estaba junto a la ventana, dándole la espalda a Calone. Éste cogió sus cigarrillos y preguntó:

—¿Quiere fumar?

—No, gracias.

Calone se dirigió hacia ella. El bolsillo de su americana estaba ligeramente deformado por la pequeña automática que había encontrado en el bolso de la joven.

—¿Enfadada?

—¿Es indispensable hablar?

—A mi modo de ver, nuestra profesión no nos permite ser susceptibles. No convirtamos esto en un asunto personal. Al fin y al cabo, nuestros intereses coinciden, y...

Se interrumpió al oír unos pasos precipitados en la escalera. Saltó hasta la puerta, empuñando el arma. La joven se había envarado un poco, pero no hizo el menor movimiento.

La puerta se abrió bruscamente y Guzenko hizo una entrada teatral. Se paró en seco, sin aliento, delante de la joven. No había visto a Calone, oculto por la puerta abierta.

—¿Me esperaba usted, señora Guzenko? Creo que sufrirá una decepción. ¡He vengado a mi amigo Sergeant, he matado a los hombres que quisieron asesinarle! ¡Sí, yo! ¡Yo, un científico, me he convertido en un asesino!

Calone empujó la puerta con el pie. Guzenko se sobresaltó y dio media vuelta.

—La rueda gira —dijo Calone, sonriendo—. No conozco nada tan versátil como el espionaje. Todos los profesionales lo saben. Saben también que los sentimientos personales no entran nunca en juego. Se ha equivocado usted al matar a unos hombres que cumplían con su deber.

—¿Su deber? ¿Tuvieron escrúpulos cuando torturaron a Sergeant?

—Sergeant aceptó el riesgo al desencadenar la operación que usted sabe. Abrió la puerta de un universo que le estaba prohibido.

—¿Quién es usted? —preguntó Guzenko.

—Un profesional. De modo que no corre usted peligro. Al menos de momento. Y para que esté completamente a salvo, voy a sacarle de aquí. Usted y yo tenemos muchas cosas interesantes que decirnos.

—No opino igual.

—Deme la llave de su apartamento.

Al ver que Guzenko no se decidía, Calone dio un par de pasos y repitió secamente:

—¡La llave!

Guzenko obedeció de mala gana. Calone se volvió hacia la joven.

—Lo siento, querida, pero me veo obligado a abandonarla. Conservaré un recuerdo muy agradable de nuestro encuentro.

Abrió la puerta e hizo una seña a Guzenko para que saliera. El biólogo obedeció. Una vez fuera, Calone cerró la puerta con llave, explicando:

—Ella es muy capaz de abrir sin llave, pero tardará unos minutos. No pido más.

—¿Adonde me lleva usted?

—A un lugar seguro. En estos momentos está usted muy solicitado. Pase delante, por favor. Debo recordarle que si trata de jugar a los soldaditos le convertiré en un héroe. Un héroe muerto, desde luego. Los únicos que resultan soportables.

Estaban en el rellano del primer piso. Guzenko empezó a descender hacia la planta baja. Fuera, la oscuridad era absoluta. Calone hundió la mano en su bolsillo, aunque sin soltar el arma.

—Al salir, gire a la derecha. Mi automóvil está un poco más arriba.

Delante de la puerta de la calle, Guzenko tuvo una última vacilación. Miró a Calone, el cual sonrió:

—Abra...

Guzenko tiró de la puerta y dio unos pasos, seguido de Calone. Los disparos resonaron inmediatamente. Calone retrocedió hacia la entrada, dejándose caer al suelo. Guzenko no se había movido. Calone alargó el brazo

y le agarró por la americana. Guzenko osciló bruscamente hacia atrás. Resonaron otros disparos, un poco más lejos. Calone tiró del cuerpo del biólogo y vio que le habían alcanzado. La pechera de su camisa estaba manchada de sangre. Calone empujó la puerta y se inclinó sobre el herido. Guzenko respiraba apenas, y su mirada era vidriosa.

—Guzenko... —dijo Calone, suavemente—. Guzenko... ¿Me oye?

El otro consiguió abrir los ojos. Calone continuó:

—Guzenko, escúcheme. Está usted herido y no voy a mentirle. La cosa es grave, muy grave. Es posible que signifique el final para usted...

En la calle, seguían resonando disparos.

—¿Me comprende usted? —preguntó Calone.

—Sí... —susurró el biólogo.

—Sergeant está moribundo... Si le ha confiado dónde están ocultos los frascos, tiene que decírmelo... La vida de millones de personas depende de ello.

—Yo... sé...

—¿Se lo dijo?

—Sí...

—Entonces, aprisa, Guzenko... ¡Dígalo en seguida!

—No...

Calone sudaba. Se inclinó todavía más, con las mandíbulas endurecidas:

—¡Va usted a morir, es preciso que hable! ¿Me oye? ¡Es preciso que hable!

El rostro de Guzenko se relajó ligeramente. Incluso pareció que sonreía. Dijo:

—Se han dejado atrapar...

—¿Qué quiere usted decir?

—Sí, ustedes, los otros..., nosotros... Escuche... Estoy muy mal...

—Le sacaremos de aquí.

—Escuche...

Había agarrado las solapas de la americana de Calone.

—... No hay otros frascos... Nunca los hubo.

—¿Qué dice usted?

—Sergeant... Un hombre bueno, no está loco... Ha querido inspirar miedo..., hacer comprender... Nunca hubiera podido hacer... eso. Nada..., nada que encontrar. Y... Ellos le han... torturado..., asesinado... Ellos...

Guzenko trató de incorporarse y cayó bruscamente hacia atrás. Para él, todo había terminado. Calone se puso en pie, empuñando todavía su arma.

La puerta se abrió violentamente.

Entró Salat como un vendaval, seguido de dos hombres.

—¡Nicolás! ¡Santo cielo! Pensé que te habían liquidado...

—¡Qué va! Tenía otras cosas que hacer...

Con un gesto, señaló el cadáver de Guzenko.

—¿Muerto?

—Sí.

Jefferson llegó a su vez y se inclinó sobre el difunto. Incorporándose, dijo:

—Le han liquidado sus colegas... Uno de ellos ha muerto, el otro ha sido detenido.

Calone se acercó a Salat.

—¿Cómo es que estáis aquí?

Jefferson sonrió y respondió:

—Mi querido señor, no tiene usted la exclusiva de las asociaciones de ideas. También nosotros estábamos interesados en Guzenko. Por eso le dejamos en libertad... Desgraciadamente, no podíamos prever que estaba decidido a vengar a su amigo Sergeant.

—¿A quién ha matado?

—A dos agentes norteamericanos.

Tras una leve vacilación, Jefferson preguntó:

—¿Ha hablado?

—No... No le dieron tiempo.

—Es espantoso. Si muere Sergeant, nunca sabremos...

—Sí —dijo Salat—. Lo sabremos. Pero demasiado tarde.

—Por otra parte —añadió Calone—, ignoramos si Guzenko sabía algo...

Los disparos habían sembrado la inquietud en el barrio. Era muy tarde cuando Calone y Salat pudieron regresar a la casa que habían alquilado. El propio Jefferson quiso acompañarles.

Calone se quedó contemplando cómo se alejaba el automóvil del inglés. A su lado, Salat dijo:

—Si Sergeant se salva, los ingleses serán los dueños de la situación.

—También nosotros...

—¿Qué quieres decir?

—Guzenko ha hablado.

Salat exhaló un suspiro de alivio.

—¿Ha tenido tiempo de decirte dónde están todos los frascos?

—Sí, y le ha sobrado. No hay ningún frasco. Nunca ha habido otros que los que ya se han encontrado.

—Entonces, ¿todo ha sido un *bluff*?

—Algo por el estilo. Pero, en el cerebro de Sergeant, era más complicado, seguramente.

Calone se dirigió hacia la casa. Antes de entrar en ella, dijo:

—Falta por saber si Guzenko nos ha engañado, a su vez. Y esto sólo podremos comprobarlo dentro de unas semanas.

Se buscó en todas partes durante el tiempo que faltaba. No se encontró nada. Y no pasó nada. Después de dos meses de coma, Sergeant murió, abandonando por fin este mundo, al cual no había comprendido y que tampoco le había comprendido a él.

LAS ANGUSTIAS DE MÍSTER SUZUKI

Les angoisesses de Mr. Suzuki

J. P. Conty

J.-P. CONTY

ESPIONNAGE



**LES ANGOISSES
DE M^{re} SUZUKI**

FLEUVE NOIR

Capítulo Primero

CON UN gesto maquinal, el Presidente de los Estados Unidos descolgó el receptor del teléfono colocado sobre su mesilla de noche. Pero los estridentes timbrazos continuaron taladrándole los oídos a través del aturdimiento en que flotaba su cerebro. Tenía la penosa impresión de que resonaban en el interior mismo de su cráneo. No soportaba el ser despertado bruscamente. Había dado mil veces órdenes estrictas en ese sentido. La insistencia de los timbrazos acabó por despertarle del todo, haciéndole pasar de la somnolencia a una especie de rabia lúcida. En aquel momento, recordó que había que descolgar el otro aparato, la línea directa con Gordon Bay, en Alaska.

—¡Aló! —gruñó, malhumorado.

Su voz sonó enronquecida; tenía jaqueca, la boca amarga, y su hígado le fastidiaba, a causa de una imprudencia gastronómica de la víspera.

Al otro extremo del hilo, una voz clara, bien timbrada, la voz de un militar en posición de firmes, pronunció las palabras en clave convenidas: «Primavera en Escocia», y añadió:

—Señor Presidente, unos cohetes cargados de cabezas nucleares se dirigen hacia el territorio de los Estados Unidos, a la velocidad de veinticuatro mil kilómetros por hora. Altitud: ochenta mil metros.

El Presidente notó que su jaqueca se acentuaba y consultó el reloj situado cerca del teléfono: eran las siete menos treinta segundos. El reloj eléctrico marcaba las fracciones de segundo con ritmo vivaz, y, para un cohete, un segundo es mucho tiempo.

—Aquí, el mayor Clifton —continuó la voz militar, aséptica—. Hemos localizado más de cien misiles encima de la zona de Gordon Bay, Dawson Station y MacMurray.

El Presidente se rascó el cuero cabelludo y se dijo que un buen café le sentaría estupendamente. Sabía que en el momento en que las estaciones avanzadas de la primera zona de radar detectan los misiles enemigos, significa que el ataque ha sido lanzado cinco minutos antes. Cinco minutos más, y los primeros objetivos serían alcanzados: probablemente los depósitos de cohetes U.S.A. de represalia.

El Presidente se pregunta qué hay que decir, sentir o pensar en un caso semejante.

La saeta de su reloj eléctrico borra implacablemente los segundos. El tiempo de reflexionar, y la situación sobre la cual se reflexiona se ha transformado ya sensiblemente. No hay que pensar en palabras históricas, sino únicamente en dar una orden; y dar una orden supone una decisión; y una decisión bien pensada requiere cantidades enormes de informaciones, y el Presidente sólo dispone de una fracción de segundo para dar una orden decisiva. Si le dicen que se trata de cohetes con cabeza nuclear, es que las calculadoras electrónicas han definido la densidad de los objetos detectados en unas centésimas de segundo. Hay que admitir el resultado, que otras calculadoras han confirmado, asimismo en centésimas de segundo. No se discute con un ordenador que resuelve quinientas mil operaciones por segundo: hay que inclinarse, sencillamente.

Al otro extremo del hilo, el mayor Clifton, de Gordon Bay, anuncia:

—Las baterías de Spartan están preparadas.

Es el propio mayor el que ha dado la orden necesaria. Eso quiere decir que los cohetes Spartan de la red antimisiles avanzada han abandonado los depósitos de hormigón donde estaban almacenados y apuntan sus cabezas nucleares hacia el cielo, dispuestos a lanzarse contra el agresor. Obedecerán las órdenes, pero ellos mismos están provistos de cabezas pensantes. Si las órdenes no les llegan, calcularán por sí mismos el itinerario más eficaz para destruir al enemigo o detenerlo. Son como molosos encadenados y furiosos. El peligro estribaría en soltar los Spartan sobre unos señuelos, unos cohetes ficticios que entretendrían a los molosos, dejando el camino libre a los verdaderos cohetes de cabeza nuclear.

Mientras el Presidente empuña el receptor y busca una posición más cómoda en su lecho, el mayor Clifton contempla fijamente una amplia pantalla de radar, y ve súbitamente cómo se desmigaja uno de los «ecos», como si volara en pedazos. Eso quiere decir que el cohete ha soltado de su cabeza unos cohetes más pequeños, semejantes a los de un castillo de fuegos artificiales que envían haces en todas las direcciones. Trabajando a la misma velocidad fantástica que los cohetes, la calculadora reúne los nuevos datos del problema y transmite las órdenes oportunas a las baterías teledirigidas. El mayor Clifton se limita a dar paso libre a sus molosos. Inmediatamente, *sobre la pantalla*, los antimisiles se lanzan al encuentro de los misiles. Para desencadenar esta formidable batalla en la que miles de millones de dólares quedarán desintegrados en unos segundos, el Presidente de los Estados

Unidos no tiene que tomar una decisión, ni siquiera pronunciar una sola palabra: estaba decidido que los Spartan serían soltados en cuanto los ordenadores dieran su respuesta, es decir, pronunciado su oráculo. Ningún hombre hubiera podido reemplazar al ordenador en aquella tarea, incluso trabajando sin interrupción durante mil años. En tales condiciones, ¿por qué despertar al Presidente de los Estados Unidos, puesto que su parecer y su opinión no han de ser tenidos en cuenta? Sería preferible dejarle dormir, a fin de que pueda ocuparse, al despertar, de los mil pequeños problemas de intendencia sobre los cuales tomará decisiones de poco alcance.

El Presidente deja caer la cabeza sobre su almohada, pero ya el otro teléfono deja oír una especie de zumbido, menos estridente que el resonar del timbre: es el Pentágono. Es el jefe del Estado Mayor Central, alertado en el mismo segundo que el Presidente por el timbre de alarma, y que ha dado ya las órdenes previstas.

* * *

La jaqueca del Presidente alcanza cumbres insoportables. Trata de imaginar lo que puede ser el combate de los misiles y los antimisiles. Los Spartan, molosos de diecisiete metros de longitud, contienen cada uno de ellos una bomba A que se trata de hacer estallar en el hocico del misil asaltante, para cerrarle el paso. El conjunto de los Spartan debe constituir un paraguas atómico infranqueable. Los que no han desintegrado directamente el misil enemigo forman al estallar un muro ionizado invisible, una cortina de plasma difuso, una nube atómica que corta el itinerario de los misiles intercontinentales rusos de treinta megatones. Esa zona, ionizada por la explosión de las bombas A de los Spartan, constituye la verdadera red de protección. Los asaltantes son agitados, sacudidos por los remolinos de las explosiones de los Spartan, como frágiles esquifes en medio de la tormenta; sus super-sensibles mecanismos electrónicos se descomponen; pierden la orientación, enloquecen, abandonan su trayectoria, no encuentran ya su ruta y continúan su carrera insensata, como caballos desbocados que avanzan hacia el cielo. Y acaban desintegrándose en el espacio infinito.

—¡Alió! —dice una vez más el Presidente.

Es el general Duluth en persona, el gran jefe de todas las armas.

—Señor Presidente, ¿da usted la orden de desencadenar las represalias?

Es el segundo crucial. La decisión, esta vez, corresponde al Presidente de los Estados Unidos. En lo que atañe a desplegar el paraguas de protección, no tenía que dar su parecer: el ordenador había decidido por él. Queda por saber

si conviene enviar mil cohetes de represalia sobre las ciudades rusas, las industrias, los campos de aviación, los depósitos de misiles, etc. Aniquilar a varios millones de personas. Sería una grave decisión, si hubiera que tomarla. Pero *en realidad* no hay ninguna decisión que tomar: al igual que para los Spartan, los que deciden son los ordenadores. Ahora que el jaleo está en marcha, hay que llegar hasta el final.

—Varios misiles rusos han cruzado la barrera de los Spartan —anuncia Duluth—. Los Sprints^[6] han entrado en acción.

—Desencadene el tiro de represalias, tal como estaba previsto —ordena el Presidente.

¿Sería concebible que dijera: «No repliquemos. Discutamos alrededor de una mesa redonda. Dejemos que los misiles rusos continúen su obra de destrucción. Pongamos la otra mejilla, de acuerdo con el precepto evangélico»? No. Ahora que la certeza está aquí, que las bombas H de treinta megatonnes desfilan en dirección a Seattle, Salt Lake City, San Francisco, Chicago, Detroit, Boston y Nueva York, la decisión se impone: réplica. Y si el Presidente diera la orden contraria, ¿qué haría el Estado Mayor?

Ignorarla, desde luego. Ya que, por encima del Presidente, se encuentra Su Majestad el Ordenador.

Capítulo II

L LAMAN a la puerta.

—¡Pase! —grita el Presidente, trabado en los hilos de sus dos teléfonos.

El ayuda de cámara, Purvis Potter, asoma la cabeza por la abertura de la puerta y anuncia al consejero militar del Presidente, Croxley, ex general de Estado Mayor.

—¿Sirvo el desayuno? —inquire el ayuda de cámara, ex sargento de los Marines.

—¡Claro que sí, Purvis! —exclama el Presidente, con cierta impaciencia.

El desayuno será el único momento agradable de aquella horrible mañana. Purvis Potter, desde luego, no está enterado de nada. Ha oído la llamada de los dos teléfonos sin intervenir. Normalmente, espera en la antecámara, donde tiene su despacho, a que el Presidente haya recogido los periódicos, que el criado ha dejado sobre una silla, delante de la puerta de la habitación presidencial.

Después del consejero militar del Presidente, se presenta Joe MacCloy.

Potter prepara el desayuno. Salvo indicaciones especiales, consiste en café, dos huevos duros y un zumo de naranja sin azúcar. Algunos días, el Presidente pide carne asada fría con mantequilla.

El Presidente consulta el reloj. Los segundos transcurren con una rapidez asombrosa. Y, sin embargo, el tiempo está como suspendido. Se necesitan muchos menos segundos para destruir Chicago, Milwaukee y Búfalo que para preparar correctamente un desayuno.

Joe MacCloy es el jefe de los servicios de seguridad de la Casa Blanca. Desde que el Presidente Kennedy fue asesinado, el servicio se ha hinchado desmesuradamente. Por ese motivo, sin duda, no esperaron a que Bob Kennedy fuera Presidente para asesinarle.

Son ahora las siete, cinco minutos y treinta segundos. El desayuno no está preparado aún. En cambio, los acontecimientos de alcance mundial han tenido tiempo de multiplicarse.

Los Atlas, los Titán, los Polaris han tenido tiempo para destruir todas las grandes ciudades rusas y todas las bases de lanzamiento de misiles

intercontinentales. En Rusia, el escudo antimisiles ha tenido tiempo para desplegarse del mismo modo que en los EE. UU. Allí, los molosos se llaman Guild, Guideline, Griffons o Galosh.

Finalmente, aparece el café. Purvis Potter sonríe, como de costumbre. Es la primera vez que ve a tantas personas en torno al lecho presidencial, a las siete de la mañana. Observa que el jefe del Estado no ha tomado su baño, ya que llevaría el albornoz en lugar del pijama. Normalmente, en aquel momento, el Presidente entreabre la puerta de comunicación de su dormitorio con el de su esposa, y llama a la Presidenta: desayunan juntos, aunque la esposa se hace servir por su doncella. Es el único momento del día en que pueden ocuparse de los asuntos familiares. Hoy es distinto: el Presidente desayunará sin ella, mientras discute con su consejero.

Nueva llamada telefónica. Otra vez el Pentágono, otra vez el general Duluth.

—Señor Presidente, un cohete con cabeza nuclear ha franqueado la barrera de los Spartan, ha puesto rumbo a Washington. Dentro de ochenta segundos estallará encima de la capital. Aún en el caso de que un cohete Sprint lo intercepte en el último momento, hay peligro. Diríjase inmediatamente a su refugio.

En el mismo instante, zumba el teléfono interior. Es el ayudante de MacCloy. Confirma la consigna dada por el Pentágono. MacCloy toma el aparato para aliviar al Presidente.

—Por favor, señor Presidente —insiste el ayudante—. Soy responsable personalmente.

El Presidente está desconcertado. Todo el mundo es responsable de algo que le afecta, excepto él mismo.

—¡Bueno! —gruñe—. Está visto que hoy no podré desayunar...

Purvis ayuda al Presidente a ponerse el pantalón y las zapatillas. Para ganar tiempo, Croxley se hace cargo de la americana y los zapatos. Luego, todo el mundo se dirige hacia el ascensor.

No hay lugar para Potter y su bandeja. El ayuda de cámara esperará que regrese la cabina. Todo es distinto a lo acostumbrado: desde que el Presidente abandona sus habitaciones, los agentes del servicio de seguridad son alertados por medio de un altavoz. Inmediatamente se sitúan en los puntos estratégicos de la Casa Blanca. Antes, dos especialistas han visitado el gran gabinete de trabajo presidencial, para comprobar si durante la noche ha sido colocada en él alguna bomba de relojería.

La cabina se hunde en las profundidades del subsuelo. El refugio presidencial está precedido de un depósito de dos metros cuadrados, cerrado en cada extremo por unas enormes puertas de plomo.

La gran sala semicircular está iluminada. El oficial de enlace, venido del Pentágono, se encuentra ya allí, delante de la gran pantalla de radar, conectada con la pantalla gigante del Pentágono. La pantalla de radar de la Casa Blanca sólo da una síntesis de las informaciones que figuran sobre la pantalla gigante del Estado Mayor, a unos kilómetros de allí, a orillas del Potomac. Aquello semejaría un decorado de ciencia-ficción si las proporciones no fueran demasiado mezquinas. El techo es demasiado bajo, las luces demasiado opacas.

Por fin, llega Purvis con su bandeja. Hubiera podido preparar el desayuno sobre el terreno, ya que hay una cocina completamente equipada y una reserva de víveres renovados y controlados periódicamente.

Cuatro militares atareados alrededor de la pantalla de radar han saludado al Presidente, el cual traga finalmente su café mientras su consejero militar conversa con el oficial de enlace. Los dos están pendientes de la pantalla, donde unos puntos se desplazan con una relativa y tranquilizadora lentitud. La pantalla tiene dos metros y medio de altura por tres metros setenta y cinco de longitud. Ofrece una condensación de la batalla que se desarrolla en grande, cinco por diez metros, sobre la pantalla del Pentágono.

El Presidente está de un humor pésimo. La mitad de su zumo de naranja se ha vertido sobre la bandeja; siente deseos de pedir otro, aunque sólo sea para comprobar la composición del stock de víveres del refugio antiatómico. De cuando en cuando, dirige una mirada distraída a la pantalla, donde la «gran batalla» está en pleno apogeo.

—¿Quiere usted un café, Croxley? —inquire.

—No, gracias. Ya he desayunado.

MacCloy está muy atareado. Coloca a un hombre de guardia delante del ascensor y sube a las alturas, a dar nuevas consignas. Uno de los técnicos que se mueven en torno a la pantalla *toma unas fotografías de las distintas fases de las maniobras con un polaroid de gran formato.*

Todo el mundo está ahora instalado como en un teatro. El oficial de enlace discute con el Pentágono, con el cual mantiene un contacto permanente. Diríase que se trata de la proyección privada de una película, para un cliente importante. Una película que se intitularía: *Ataque atómico contra los Estados Unidos.* Pero no es cine. Sobre la pantalla en color, se ve

el gran triángulo que forman los EE. UU., con Cuba, debajo, amarrada a su flanco como un portaaviones o un portacohetes.

Los Spartan han tejido una barrera opaca que se extiende desde Groenlandia hasta un islote a la altura del Japón. Las innumerables células que componen la pantalla se encienden y se apagan para señalar el paso de los cohetes y el avance del escudo de plasma difuso.

Las manchas que representan los cohetes enemigos avanzan con menos rapidez que un ratón trotando a través de un cuarto. Lo que da aquella falsa impresión de lentitud es la escala reducida de la pantalla en relación con las distancias reales.

De pronto, se hace un silencio impresionante. Los ojos de los espectadores siguen la evolución de un eco radar que representa un cohete intercontinental ruso. El «eco» en cuestión llega a la vista de la barrera y se conduce exactamente como un ratón en un laberinto. Sin aturrullarse, con una presciencia asombrosa, *cambia de dirección*, «trotta» a lo largo de la barrera, en busca de un «pasillo» libre de todo remolino atómico, lo encuentra... y pasa. Aquella hazaña desconcierta al Presidente, el cual se inclina hacia Croxley, sentado a su derecha, y pregunta:

—¿Qué significa eso? ¿Acaso el cohete huele de lejos el obstáculo y lo rodea, o es que conoce de antemano el pasillo?

Croxley lo ignora. Otros cohetes cruzan la barrera de los Spartan con la misma facilidad.

—¡Su paraguas atómico no es una barrera! —murmura el Presidente—. ¡Es un coladero!

Unos segundos más y otra batería de Spartan entra en acción. Los misiles antimisiles alcanzan los pasillos aprovechados por el enemigo y los cierran al estallar. La frontera del cielo está cerrada.

El tiro de los Atlas y de los Titán ha cesado. Únicamente los Polaris surgen del Océano y continúan el ataque contra las bases de cohetes y los grandes centros industriales rusos.

—Bien —dice el Presidente—, los cohetes enemigos no penetran ya en nuestro espacio aéreo.

—Sí —dice el consejero militar—, pero nuestros misiles de represalia tampoco pueden salir de él. Nuestro ataque se encuentra completamente paralizado. Una parte de nuestros Titán y de nuestros Atlas van a ser destruidos «en el nido» por los misiles enemigos que han franqueado la barrera. Los otros se encuentran inmovilizados. Es una catástrofe irreparable.

Capítulo III

ES LA primera vez en su vida que el Presidente ve a su consejero militar pesimista y desalentado. Croxley es un hombre bajito y dinámico, de cabellos blancos. Hijo de un inglés convertido en ciudadano norteamericano, ha realizado una brillante carrera militar antes de dedicarse en exclusiva a la Estrategia. Sus teorías son bien acogidas en todo el mundo. Ha publicado un grueso volumen sobre la *Evolución de la doctrina estratégica de los Soviets*.

—¡Irreparable! —gruñe el Presidente—. ¿Por qué irreparable?

—Los estragos que el enemigo nos ha causado son enormes —explica Croxley—, y nosotros no podemos, ahora, devolverles golpe por golpe, porque *nuestras ventanas de tiro*^[7] *están cerradas*. En otras palabras, hemos bloqueado las aberturas dejadas en las barreras. Necesitamos esos pasillos para nuestros propios cohetes de represalias. Sin ellos, no podrían salir de nuestro espacio aéreo.

—¿Cuánto tiempo va a durar ese bloqueo?

—Alrededor de novecientos minutos —responde Croxley—. Novecientos minutos, como máximo: el tiempo que necesita el plasma para disolverse suficientemente en el espacio, para que los iones enloquecidos se hayan calmado y no turben ya a los elementos electrónicos de los cohetes.

—¿Y quién ha decidido cerrar esas ventanas de tiro? —interroga el Presidente.

—El ordenador, desde luego —dice el consejero militar—. La calculadora electrónica ha decidido que, en un momento determinado, era preferible interrumpir la matanza de ciudadanos rusos que permitir que continuara la matanza de ciudadanos norteamericanos. El mismo razonamiento es válido para los depósitos de cohetes. Se deja intacta una parte del potencial industrial de la U.R.S.S. y una parte de sus ciudades, para salvar una parte del potencial industrial U.S.A. y una parte de las ciudades U.S.A. Teniendo en cuenta el resultado final que se busca: la victoria. Esa solución, preconizada por el ordenador, no puede explicarse ni comprenderse. Es el resultado de varios millones de operaciones ejecutadas en unos segundos, partiendo de datos cuyo número se eleva a varios miles de millones.

—Bien —dice el Presidente—. En vista de que las operaciones serias quedan suspendidas por espacio de novecientos minutos, voy a subir a tomar mi baño y a vestirme de un modo conveniente. Si hay alguna novedad, hágamelo saber.

—Novecientos minutos es el tiempo máximo —explica el consejero militar—. A partir de los seiscientos minutos, cierto número de pasillos vuelven a quedar libres, lo mismo para nosotros que para el enemigo. El escudo va a diluirse bajo el efecto de las radiaciones solares y cósmicas, y también, en las zonas de menor altitud, bajo el efecto de las corrientes aéreas.

—Pues bien —dice el Presidente—, avíseme cuando vaya a empezar el segundo asalto.

El teniente Carpenter ha continuado tomando fotografías de la pantalla de radar y las ha reunido en una gran carpeta de plástico transparente. Cuando el Presidente se pone en pie, el teniente Carpenter le entrega la carpeta. El Presidente la coloca debajo de su brazo y se dirige hacia el ascensor.

Mientras se desviste para tomar su baño, el Presidente echa una mirada a las imágenes que pretenden fijar las etapas de la derrota de los EE. UU. Deja la carpeta sobre una esquina de la mesa y pasa al cuarto de baño. Purvis prepara la ropa. Del armario situado al lado de la puerta de la habitación de la Presidenta, saca un traje de color azul claro, y, de un cajón, un par de zapatos de color azul oscuro. En aquel momento, alguien llama. Purvis va a abrir y ve al doctor Creep, un hombre gordo y jovial, con una gafas de vidrios rectangulares.

—¡Hola, Purvis! ¿Qué tal anda nuestro Presidente?

—El Presidente trabaja demasiado —dice Purvis, repitiéndose por enésima vez.

Vuelven a llamar: es Jinny Clark, la secretaria encargada de las audiencias. Alrededor de treinta años, un rostro más joven de lo que corresponde a su edad, ovalado, ancho. Cabellos cortos, gafas gigantes que hacen aparecer más pequeña la punta de su nariz. Viste con cierta austeridad, como si estuviera al servicio del Papa. Lleva un montón de papeles y su cuaderno de citas.

—¡Hola, Jinny! —dice Creep, muy paternal.

La secretaria se asombra del retraso en el horario.

—Vuelva dentro de cinco minutos —le aconseja el doctor.

Jinny pasa al despacho de Purvis Potter, situado entre el ascensor y el dormitorio del Presidente. Creep se acerca a los mandos de los tres

televisores, situados enfrente del lecho presidencial, los hace funcionar maquinalmente y echa una ojeada distraída a las pantallas.

Purvis entra en el cuarto de baño y, unos instantes después, sale el Presidente, envuelto en un albornoz. Purvis le frota la espalda.

—¡Hola, Buggy! —dice el Presidente al ver a su médico.

Se siente vagamente culpable, ya que sabe que tiene los ojos ojerosos, la córnea amarilla, la tez verdosa. Está sujeto a frecuentes vértigos. Su estado de salud es indigno de un Presidente de los Estados Unidos, obligado a trabajar desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche, sin dejar de aparecer como un luchador generoso y sonriente.

Creep examina a su paciente, le hace tenderse, toser, respirar, le palpa, frunce las cejas, levanta los ojos al cielo. El Presidente acecha una palabra de aprobación o una frase de estímulo.

—¡Está usted en pie por verdadero milagro! —declara finalmente el médico, sacudiendo la cabeza. Y añade—: Prolongue su siesta y reduzca su horario de trabajo.

Lllaman otra vez y Purvis introduce a Croxley, el consejero militar.

—Señor Presidente, sírvase volver a bajar: hay novedades interesantes.

—Bien —se resigna el Presidente.

En el rellano encuentra a MacCloy, el jefe de los servicios de seguridad, que le espera.

En la gran sala del refugio, la pantalla iluminada muestra ahora las peripecias de una batalla naval en el Pacífico. Igual que antes en el cielo del Canadá, se ve una especie de nube que forma una barrera a través del océano.

—Es una barrera submarina constituida por unas explosiones atómicas enemigas —explica Croxley—. Impide a nuestros submarinos cargados de Polaris el acceso a mejores posiciones de tiro. A pesar de ello, nuestra flota ha ganado prácticamente la gran batalla naval del Pacífico.

—¿No tendría usted un comprimido de aspirina? —inquire el Presidente.

—Aspirina, *please* —dice Croxley en voz alta.

Un oficial del servicio de sanidad, que forma parte del personal del refugio, empieza a buscar inmediatamente. Invierte más de tres minutos en localizar la aspirina, ya que en la reserva del refugio hay de todo.

—Necesita más tiempo un tubo de aspirina para franquear cuatro metros, que un cohete intercontinental para ir del Estrecho de Behring a San Francisco —comenta el Presidente—. Ésta es la tragedia de nuestra época.

Traga el comprimido y continúa:

—En resumen, si los rusos hubieran concentrado sus esfuerzos sobre nuestras bases de represalias, hubieran podido destruirlas al ciento por ciento, supongo. Sin embargo, han preferido dedicarse a nuestras ciudades, dispuestos a recibir una terrible réplica en las suyas. El efecto psicológico es más intenso con una ciudad aniquilada que con un depósito de cohetes de represalia destruido. ¿Qué opina de ellos nuestro amigo el ordenador?

—Eso depende del conjunto de la situación —expone Crox.

—La cosa cambia de acuerdo con el momento de la batalla o de la negociación. La importancia del factor psicológico es variable: cuando la moral es buena, las bajas sufridas por la población civil no tienen importancia...

Una hora más tarde, llega Duluth con una mala noticia.

—La segunda ola de Titanes y de Atlas no puede restablecer la situación —anuncia.

—¿Lo cual significa...? —inquire el Presidente.

—Que hemos perdido la guerra.

—Y no es preciso preguntar de quién procede tan fausta noticia —ironiza el Presidente—. ¡De su majestad el Ordenador, desde luego!

Capítulo IV

—BIEN —dice el Presidente, con cierta impaciencia—. A pesar de nuestra victoria naval, hemos perdido la guerra. Al menos, eso es lo que pretende el Ordenador. ¿Pueden ustedes decirme cuál es la causa fundamental de nuestra derrota?

—Desde luego —responde Duluth—. *El enemigo conocía el emplazamiento de nuestras ventanas de tiro.* Ha hecho pasar sus misiles por esas ventanas abiertas.

—Lo que yo pensaba —dice el Presidente—. El tema de estas maniobras era el de *un ataque del enemigo ruso conociendo nuestras ventanas de tiro.* Una hipótesis de trabajo poco verosímil e incluso absurda. Esos pasillos libres sólo son conocidos por los cerebros y las calculadoras de nuestros Spartan: ellos no pueden revelarlos.

Interviene Croxley, para ofrecer una explicación.

—Señor Presidente —dice el consejero militar—, en una hipótesis de trabajo estamos obligados a plantear un desequilibrio, imaginario o real. Me refiero a un desequilibrio de las fuerzas en presencia, por una y otra parte. En efecto, los rusos no atacarían si no hubiera una ocasión que explotar. Esa ocasión puede proceder de un nuevo invento que supere a los nuestros, por ejemplo, un arma absoluta, un radar más perfeccionado, etc. En resumen, el enemigo no atacaría sin un serio motivo. La hipótesis de una divulgación que afecte a nuestras ventanas de tiro no es completamente absurda. Gracias a nuestros servicios de información, disponemos de algunas ventajas sobre nuestros enemigos. Estamos obligados a admitir que también el enemigo dispone de informaciones útiles. En una palabra, el enemigo no atacaría si no tuviera una esperanza fundamentada de obtener la victoria.

—Comprendo —dice el Presidente, cuya jaqueca va en aumento—. Pero nos han cargado ustedes, desde el primer momento, con una desventaja insuperable.

—Esa desventaja podíamos superarla —protesta Duluth—. El cálculo de las diversas probabilidades nos dejaba un porcentaje favorable. Pero han intervenido otros muchos factores para empeorar las condiciones iniciales.

—Factores que han provocado ustedes —gruñe el Presidente.

—¡En absoluto! —protesta de nuevo Duluth—. Las batallas han sido «realizadas» rigurosamente por unos simuladores de combate, partiendo de datos auténticos comunicados por nuestros servicios secretos. En consecuencia, los simuladores de combate han trabajado sobre unas cifras rigurosamente exactas. Hemos partido de situaciones reales.

—Lo cual no impide —se obstina el Presidente— que todo dependa de la «alimentación» que se da al ordenador y de la interpretación de las respuestas. En todas las épocas se han efectuado maniobras seguidas de discusiones sobre los resultados. Los técnicos no estaban nunca de acuerdo sobre esos resultados.

—Una vez más, no se trata de maniobras —rectifica Duluth—, se trata de simulaciones.

—¿Y cómo han sido obtenidos los ecos radar sobre la pantalla de mi refugio?

—Como usted sabe, esa pantalla está conectada al Pentágono por medio de unos cables y da una síntesis de lo que sucede en las pantallas del gran simulador. Un simulador se compone esencialmente de una *calculadora* y de una *reproductora* sobre pantalla. Por ejemplo, una escuadrilla vuela a tal altitud y tal velocidad al encuentro de otra escuadrilla; el mando de la escuadrilla, encerrado en la cabina del simulador, da sus órdenes a un subordinado que se encuentra delante de un puesto de maniobra. La cabina se llama P.M.O.: Puesto de Mando y de Operación. El oficial que manda la escuadrilla está situado delante de la consola de mando^[8]. Tiene ante los ojos una pantalla circular sobre la cual se ven las diversas manchas luminosas que representan las distintas unidades, las suyas y las del enemigo. Así, puede abarcar la situación de una sola ojeada.

»La simulación, pues, no tiene nada en común con las maniobras: en las maniobras hay verdaderos movimientos de tropas y de material. El enemigo, asimismo, está representado sobre el terreno. En la simulación hay un calculador y un aparato electrónico que reproduce, en todo momento, la «situación» sobre una pantalla. El mando ve concretarse inmediatamente ante sus ojos los resultados, es decir, los efectos de las órdenes que ha dado.

»Por otra parte, señor Presidente, me gustaría explicarle lo que son, de hecho, las ventanas de tiro: las palabras utilizadas falsean por completo la imagen que uno puede hacerse de la realidad. Tiene usted los polaroides de las diversas fases de la batalla...

—Están en mi habitación —dice el Presidente.

—Voy a buscarlos —anuncia Croxley, poniéndose en pie. —En una esquina de la mesa —concreta el Presidente.

Al cabo de unos instantes, el Presidente se impacienta: Croxley no regresa. El Presidente se pone en pie a su vez.

Busca en su habitación, luego en su despacho, interroga a Purvis, su ayuda de cámara, y a Jinny, su secretaria. Hay que rendirse a la evidencia: las valiosas fotografías han desaparecido. Ante la consternación del jefe de Estado Mayor, el Presidente inquiere nerviosamente:

—Esos documentos, ¿son auténticos, o han sido confeccionados para las necesidades de la maniobra? Quiero decir: ¿señalan el verdadero emplazamiento de nuestras ventanas de tiro?

—Desde luego —responde Duluth—. Todos los datos que hemos confiado a la calculadora son exactos. Es el principio mismo de la simulación de combate.

El Presidente queda anonadado. *La hipótesis que ha denunciado como inverosímil hace unos minutos acaba de realizarse.*

Hay un largo instante de estupor general. Pero todo el mundo se recobra con rapidez para decir: «¡Es imposible! ¡Hay que encontrar esas fotografías! ¡No han podido desaparecer!».

En tanto que Croxley regresa a la habitación presidencial en compañía de Duluth, el Presidente pasa a la habitación de su esposa para preguntarle si por casualidad ha mudado de lugar la carpeta de plástico o la ha encontrado en el suelo. Pero la esposa se muestra categórica: no ha entrado en la habitación de su marido; ha desayunado en la suya, después de tomar el baño.

En cuanto a Purvis, parece muy sorprendido por las apremiantes preguntas que le son formuladas.

Jinny, la secretaria, no ha puesto los pies en la habitación del Presidente en ausencia del jefe. El ayuda de cámara, después de haber abandonado aquella estancia, ha permanecido constantemente en su propio despacho, situado entre el ascensor y la habitación. En la planta baja, la escalera y el ascensor estaban rigurosamente vigilados por dos Marines y un agente de los servicios secretos.

Sólo un familiar ha podido apoderarse de los valiosos documentos.

Muy pronto, la inquietud se convierte en pánico. Se piensa en la urgencia de modificar las famosas ventanas de tiro, pero Duluth explica que no es posible. El cambio exigiría demasiado tiempo y demasiado trabajo; un trabajo de titán, a decir verdad: dar nuevas instrucciones a las calculadoras incorporadas a las cabezas de los cohetes. Sin contar con que los

emplazamientos escogidos eran los óptimos en función de los objetivos y de los imperativos de la estrategia adoptada.

En medio de la fiebre creciente, se vuelve siempre a la misma conclusión: las malditas fotografías no han podido volar, nadie ha podido cogerlas y, en cualquiera de los casos, no han podido salir de la Casa Blanca. Todo el mundo está de acuerdo: ningún extraño ha entrado en el apartamento, y ninguno de los familiares que han entrado en él ha salido de la Casa Blanca.

—Discúlpenme —dice súbitamente el Presidente, asaltado por una repentina inspiración.

Abandona la estancia, cruza con paso rápido el salón y el pequeño comedor, y franquea el pasillo que separa aquella parte del apartamento de la habitación de los niños. Encuentra a su nieta Rexy en compañía de su nurse, miss Roberts, ocupada en vestirla para salir.

—Miss Roberts —dice el Presidente, esperanzado—, ¿no ha estado usted en mi habitación esta mañana, con la niña?

Rexy tiene tres años. Se ha echado al cuello de su abuelo e insiste en querer mostrarle su nuevo libro de cuentos, regalo de su abuela. El Presidente coge a la niña en brazos, para besarla.

La nurse es categórica en su respuesta:

—No, señor Presidente. La pequeña ha estado conmigo en la habitación de su abuela, para darle los buenos días. No creo que haya entrado en la de usted.

Miss Roberts lleva un uniforme azul muy correcto y unas gafas con montura de plata. Es la vigilancia meticulosa en persona.

—Está bien... —gruñe el Presidente, decepcionado.

Encuentra a los otros cada vez más consternados.

—Vamos a sometemos todos a un registro, al salir de este apartamento —decide—. Caballeros, les ruego que den el ejemplo. Mi esposa y yo no saldremos de la Casa Blanca sin exigir el ser sometidos a esa formalidad.

Añade:

—La catástrofe puede ser evitada aún, pero el momento es grave. Cuento con todos ustedes. La situación de los Estados Unidos, en este preciso instante, equivale a la de una ciudad de la Edad Media cuyas puertas han sido abiertas al enemigo por un traidor.

Capítulo V

ERA LA primera vez en su vida que míster Suzuki entraba en el dormitorio de un Presidente de los Estados Unidos. Un cable le había alcanzado en el hotel *Astoria*, de Nueva York, reclamando su urgente presencia en Washington.

Un automóvil de la Casa Blanca le había esperado en el aeropuerto. Todo se había desarrollado dentro de la más absoluta discreción. Un escalofrío de emoción recorrió la espina dorsal del japonés cuando el ayuda de cámara, Purvis, se apartó para dejarle entrar. El Presidente estaba de pie, junto al lecho; se adivinaba que había andado de un lado a otro para dominar su nerviosismo. Tendió la mano a su visitante, con un gesto de una amplitud solemne, y le dirigió, desde la altura de su poder, una mirada en la cual brillaba un reflejo de calor humano. El Presidente poseía el ascendente de hombre considerable que puede permitirse un máximo de sencillez. Traje gris y corbata azul-gris. Su sonrisa daba el pego por espacio de unos segundos: transcurridos éstos, detrás de la fachada del hombre público, optimista, irradiando éxito, aparecía el hombre amargado, gastado, acosado por mil preocupaciones.

Míster Suzuki, por su parte, ofrecía la imagen de la deferencia mesurada y del dominio de sí mismo, con esa sonrisa inmutable que debe oponerse a la adversidad.

Los dos hombres tenían la sensación de que había algo de inevitable, de casi fatal, en su encuentro. Uno de ellos representaba el poder apoyado en todas las fuerzas legales, el otro no era más que un simple particular que había desempeñado un papel oculto en muchos acontecimientos de alcance mundial. Uno y otro habían hecho inclinar la balanza del destino. Y había llegado el momento en que el todopoderoso Presidente se encontraba aislado y sin fuerza ante un temible problema. Míster Suzuki, el agente ocasional, el hombre de las misiones desesperadas, aparecía de repente como el último de los recursos para el dueño de los Estados Unidos.

Enfrente del lecho presidencial, una gran chimenea, encima de la cual hay un cuadro colgado: un negro enarbolando una bandera estrellada. Sobre la

repisa de la chimenea, la fotografía de la esposa y de los dos hijos del Presidente. Bajo la repisa, grabado en el mármol, el texto siguiente:

Ocupado por John Fitzgerald Kennedy durante los dos años, cinco meses y dos días en que fue Presidente de los Estados Unidos. 20 de junio 1961-22 noviembre 1963.

Sobre la amplia mesilla de noche veíase el teléfono del Presidente, un aparato amarillo, con dieciséis botones cuadrados. En el suelo, debajo de la mesa, un segundo teléfono, de tipo normal.

Tras la pequeña comedia del hombre fuerte con moral de acero, el Presidente, con voz monótona, inició el relato de los hechos. Oyéndole, podía creerse que no era más que un alto funcionario meticulado. Sin embargo, de cuando en cuando asomaba a su mirada un brillo de astucia y de malicia. Entonces aparecía como un tercer personaje, muy distinto del hombre oficial y del hombre particular: el político sinuoso.

No dejó ningún detalle en la sombra, y míster Suzuki apreció como buen experto el valor del informe. Ningún exceso verbal: una exposición magistral de todo lo que era esencial.

—Ahí está el informe completo —terminó el Presidente, señalando un montón de carpetas de colores distintos, colocadas sobre la mesa apoyada contra la pared a la izquierda del lecho—. Pero, antes, posiblemente desee usted echar una ojeada a las habitaciones: tendrá usted una imagen más exacta de los hechos.

Los apartamentos privados del Presidente en la Casa Blanca eran los de un hombre de negocios adinerado, sin más. Cualquiera magnate de la televisión o de los fregaderos de plástico vivía con más lujo. El Presidente acompañó en primer lugar a míster Suzuki a la habitación de su esposa, cuya puerta se encontraba incrustada en medio de los armarios roperos de la suya. Estaba orientada al norte, sobre una amplia sala de estar en la cual la estética quedaba sacrificada en beneficio de la comodidad. Nada decorativo. Un «Wohnzimmer» alemán, más bien, con sofás y sillones profundos, forrados con telas de colores vivos. Resultaba alegre y familiar. En el centro, una mesa cubierta de libros de arte. Las paredes estaban provistas de estanterías cargadas de libros y de discos. Una doble puerta se abría al norte sobre un comedor privado.

A un gesto del Presidente, los dos hombres volvieron sobre sus pasos y, esta vez, pasaron del dormitorio a la estancia que seguía, al este, es decir, el salón oval.

—A veces reúno consejos ministeriales en este salón —comentó el Presidente—, más íntimo que mi gran despacho oficial o la sala del consejo del Gabinete.

Al lado del salón oval se encontraba la sala de los Tratados.

—Aquí fue firmado con los Soviets el tratado sobre la prohibición de los experimentos nucleares.

Seguía a aquella sala el austero gabinete de Lincoln, una estancia histórica, amueblada con un inmenso lecho negro.

—Venga a ver las habitaciones de los invitados —dijo el Presidente.

E hizo visitar a míster Suzuki la habitación rosa y el salón del este.

—Cinco reinas han dormido ya en la habitación rosa —explicó, adoptando a pesar suyo un tono de cicerone.

Regresaron al salón oval y el Presidente abrió una puerta que daba al pasillo. Al otro lado del pasillo había dos habitaciones, una ocupada por la nieta del Presidente y la otra por la nurse de la niña, miss Roberts.

—Como puede ver —concluyó el Presidente—, para abandonar mis apartamentos hay que pasar por el vestíbulo y la escalinata. El acceso a la escalera y al ascensor está rigurosamente vigilado, sobre todo después del asesinato del Presidente Kennedy. Los efectivos del servicio de seguridad de la Casa Blanca han sido doblados.

—De ello depende su seguridad —replicó mister Suzuki—, así como la seguridad de los Estados Unidos. A una potencia militar creciente corresponde una seguridad menguante^[9]. Cuanta más gente tenga a su alrededor, más peligro correrá. La probabilidad de introducir al lobo en el redil aumenta mucho más aprisa que en proporción aritmética. Una docena de íntimos no le hacen correr ningún peligro. Añada cinco policías, el riesgo es grande. Añada diez, el riesgo se hace enorme. Con cincuenta, el enemigo está dentro de casa.

—Sin embargo, cada agente tiene un expediente elaborado por diversos servicios especializados. Debe someterse a *tests* psicológicos... Su *curriculum vitae* es examinado con lupa...

—No puede detenerse al espía en la fuente —dijo mister Suzuki—. Hay que cogerle con la mano en el saco.

El Presidente llevó de nuevo a su huésped a su habitación. El japonés tenía la impresión de que su interlocutor quería decirle algo más, algo que no podía expresar claramente, que había que comprender con medias palabras. Y ese algo que aún no había dicho era probablemente el motivo profundo por el cual el Presidente de los Estados Unidos no había acudido a los eminentes

sabuesos del F.B.I., de la N.S.A.^[10] o de su propio Servicio de Seguridad de la Casa Blanca.

El Presidente empezó hablando de temas sin importancia. Le pidió al japonés noticias de su familia, como si fueran dos íntimos, hizo alusión a varios incidentes de la carrera de mister Suzuki, como para demostrar que había estudiado a fondo un excelente informe antes de recibir a su visitante. Luego abordó la política mundial y, de repente, se lanzó:

—¿Quiere saber una cosa? El gran combate entablado no es el que enfrente a Oriente y Occidente, al Este y al Oeste, a las Grandes Potencias y al Tercer Mundo, a los blancos y la gente de color, a los chinos y los no-chinos. No, la gran batalla silenciosa de nuestra época se libra entre los que poseen la ciencia y los que detentan el poder, entre *los sabios y los políticos*. Ya le he hablado por encima de las maniobras sobre simuladores. Pues bien, en los Estados Unidos no hay más que tres o cuatro hombres capaces de traducir las respuestas del gran simulador de combate del Pentágono. Y esas respuestas son tan ambiguas, para el profano, como las de un augur de la antigüedad. Quiero decir que es necesario interpretarlas. En el fondo, yo estoy enfrente del gran Ordenador, como Julio César enfrente de sus augures. Éstos consultaban las entrañas de un pollo que eran muy parecidas a los hilos entrecruzados de un «computador». Julio César no veía nada en aquellas tripas de pollo, pero el augur leía en ellas el futuro que veía o que *deseaba*. El augur decía, por ejemplo: «Según lo que dicen las tripas, si atacáis el miércoles antes de las seis de la mañana, vuestras tropas serán derrotadas». Julio César no podía contestar nada; a lo sumo, podía librarse de los augures demasiado molestos. Y yo, ¿qué puedo hacer ante el Ordenador, cuando me anuncia: «Acabamos de perder la guerra»? Ni siquiera puedo expulsar a mis augures. Todo esto es grave porque, hoy, los científicos hacen política; quieren gobernar, *gobiernan ya*. Tomemos nuestro dispositivo de misiles antimisiles; nuestros superespecialistas han dicho ya que era pobre, insuficiente, apropiado para una tribu de África. Sin embargo, ha costado cuatro mil millones de dólares. Según el Ordenador, haría falta una decena de miles de millones de dólares para tener algo eficaz, realmente digno de los Estados Unidos. Pero he aquí que yo no creo ya ciegamente lo que dicen los augures: detrás de la solución técnica se oculta el objetivo político. Algunos sabios se han negado ya a comunicar a los representantes del gobierno los inventos conseguidos gracias a los créditos del gobierno^[11]. La ciencia tiende a convertirse de nuevo en oculta, como en la época de los Faraones. La ciencia del sabio se le sube a la cabeza. «Tengo un cerebro más desarrollado

—se dice a sí mismo—, y en consecuencia soy más digno de mandar.» Pero, detrás de lo que yo llamaría la política del sabio, hay una trampa. Si se nos obliga a gastar diez mil millones de dólares en un proyecto defensivo, más otros diez mil millones en los refugios antiatómicos previstos por ciertos sabios, nos veremos obligados a modificar profundamente nuestra política en el mundo. En realidad, el objetivo estriba en hacernos gastar decenas y decenas de miles de millones, a fin de que renunciemos a cierto número de objetivos fundamentales de nuestra política, por ejemplo en el Vietnam, en el Oriente Medio, en América del Sur... Las ideas políticas de los hombres de ciencia son perjudiciales porque no tienen en cuenta la realidad humana: son peligrosas utopías.

El Presidente se calló bruscamente, como un hombre que se ha dejado dominar por un impulso y ha hablado más de lo que pretendía. Pero el japonés tuvo la impresión de que aquella impulsividad había sido calculada. Sin expresarlo de un modo formal, le señalaban una dirección.

Por ese motivo, míster Suzuki no insistió en el tema. El Presidente dirigió una mirada furtiva al reloj de su mesilla de noche. Los visitantes debían impacientarse, en la sala de espera de la planta baja.

—Resumiendo —concluyó el japonés—, dejó usted las fotografías sobre esta mesa, en el momento de bajar por segunda vez a la sala de radares de su refugio. Un extraño no hubiese podido burlar la vigilancia ejercida por los hombres del servicio secreto y escapar a la atención de los familiares de usted. Por lo tanto, la persona que tomó los documentos fue un familiar o un oficial. La lista es corta: Croxley, su consejero militar, Duluth, el jefe del Estado Mayor, Purvis Potter, su esposa, la nurse, miss Roberts, la secretaria de su esposa, miss Beaumont, su nieta Rexy, el general de aviación Van Brucke, el contraalmirante Ramsey y, en rigor, la cocinera de usted, admitiendo que pudiera entrar en la habitación sin que nadie la viera.

—Le dejo estudiar el informe —dijo el Presidente—. Disponga de veinte minutos, mientras recibo a una comisión de Maryland.

El Presidente salió de la habitación por la puerta que daba al rellano.

* * *

Míster Suzuki hojeó rápidamente los expedientes personales de los sospechosos. Su vida entera aparecía desmenuzada en ellos. Pero no aportaban nada importante, y míster Suzuki los dejó a un lado encogiéndose de hombros. En cambio, leyó con atención el informe de los registros, donde figuraban los nombres de los que habían sido cacheados y de los que habían

realizado la tarea. Joe MacCloy, jefe del servicio secreto de la Casa Blanca, había consignado en su informe que la esposa del Presidente había sido sometida a un minucioso registro. MacCloy hacía observar que un ladrón eventual hubiera podido ocultar al menos una fotografía en el bolso de la Presidenta, sin que ella se diera cuenta. La nieta de tres años había sido registrada también, así como la nurse, la cual había protestado exigiendo que la registrara una mujer, a solas con ella.

Míster Suzuki necesitó menos de veinte minutos para terminar con el voluminoso expediente. El relato del Presidente le había sido más útil. Se disponía a anotar una dirección, cuando regresó el Presidente.

—¿Ha descubierto usted algún fallo? —preguntó inmediatamente el recién llegado.

—Un gran fallo, sí.

—¿Cuál?

—*Los encargados de efectuar el registro no han sido registrados.*

—¡Claro que sí!

—No a la salida del apartamento de usted.

—No, pero sí a la salida de la Casa Blanca.

—Todo lo que se ha hecho es radicalmente nulo, inoperante y vano — declaró el japonés—. Se ha registrado a todos los que estaban presentes en el momento de la desaparición de las fotografías. Durante el mismo tiempo, los especialistas del servicio secreto registraban el apartamento de arriba abajo, y *abandonaban el apartamento sin haber sido registrados.*

»¿No resulta extravagante sospechar de su esposa o del jefe del Estado Mayor, y confiar en un agente anónimo reclutado por referencias?

—Es posible, pero los agentes sólo intervinieron *después de la desaparición de los documentos.* Y MacCloy responde de sus hombres.

—Y usted de sus familiares —replicó míster Suzuki—. ¿Entonces? ¿Qué hay que pensar? ¿Que los documentos no fueron robados? Esta absurda conclusión es la única que puede extraerse del informe de Joe MacCloy, jefe de los servicios secretos.

—¿Tiene usted alguna idea?

—Probablemente la misma que usted, señor Presidente: si existe un rastro de las fotografías desaparecidas, lo encontraremos sin duda en el número 37 de Canal Street, en el tercer piso, apartamento 19. Imagino que me ha escogido usted para lanzarme sobre esa pista. Creo que no hay un segundo que perder.

El Presidente miró a míster Suzuki con sorprendente fijeza. Luego empezó a garabatear unas palabras sobre un formulario con el membrete de la Casa Blanca. En el lugar previsto para la firma había un gran sello oficial. Encima, un texto de tres líneas por medio del cual el Presidente de los Estados Unidos daba la orden a todas las autoridades federales de policía y militares de «prestar toda su ayuda al llamado Suzuki Akiha, portador de la presente, con vistas a facilitarle el cumplimiento de la misión de interés nacional confiada al interesado por el Presidente en persona».

—Esto podrá facilitarle la tarea, tal vez.

El japonés dio las gracias y se inclinó varias veces, mientras se dirigía hacia la puerta andando hacia atrás.

Capítulo VI

MISTER Suzuki no quedó demasiado sorprendido al no recibir respuesta, cuando llamó a la puerta del apartamento 19, en el tercer piso del número 37 de Canal Street. Esperó un momento, el oído pegado al batiente. Y luego sacó de su bolsillo sus trebejos de perfecto ladrón: una colección de ganzúas y una pinza para poder manejarlas. Abrió fácilmente.

El interior en el cual penetró era vulgar, un poco por debajo del nivel del norteamericano medio. Estaba polvoriento y atestado de muebles absurdos: sillones de palma, almohadones de colores estridentes... Sobre una mesita, delante de un sofá de bazar, una fotografía de gran tamaño de una mujer entrada en carnes, en traje de baño. Su rostro sonriente, malicioso e incluso travieso parecía una alusión a la inscripción manuscrita que figuraba en la parte baja de la fotografía y que precisaba ingenuamente: *Todo esto es para Alf, mi amor*. Estaba firmada: *Jemma*.

Míster Suzuki sonrió, indulgente y divertido. Todo, aquí, revelaba el hogar feliz y tranquilo, la ternura burguesa, el ama de casa competente. Otros retratos de la mujer, más antiguos, mostraban a una Jemma más delgada, más seria. Jemma debía de ser una ex institutriz, ya que en uno de los retratos figuraba en medio de un grupo de muchachos.

El teléfono estaba colocado sobre un pequeño mueble de tubo metálico, con un bloc y un bolígrafo atado con un cordel. La última página escrita había sido arrancada. Por si acaso, míster Suzuki decidió enterarse de las últimas notas. Pasó su dedo índice por el polvo de un mueble, para rozar después ligeramente el papel blanco del bloc. Un vaivén de su dedo hizo aparecer en blanco la huella en profundidad dejada por el paso de la punta del bolígrafo sobre la página anterior. Pudo leer una cifra, 204, y la mención: 11,30 horas. Maquinalmente, consultó su reloj de pulsera. Eran las diez y cincuenta minutos.

Rápidamente, el japonés registró la sala de estar, donde no descubrió nada interesante. Pasó al dormitorio, donde reinaba el desorden típico de una salida precipitada. Veíanse prendas de ropa tiradas aquí y allá. Una amplia cama ocupaba las tres cuartas partes de la superficie, y en la mesilla de noche había otra fotografía de Jemma, desnuda. Detrás de ella, otros personajes, hombres

y mujeres, poco visibles, pero evidentemente desnudos. Por lo visto, Alf y Jemma Stevens formaban parte de alguna sociedad naturista.

La pequeña cocina olía a rancio. En el cubo de la basura, que había sido vaciado sin limpiarlo posteriormente, mister Suzuki pudo inventariar diversos restos pegados al fondo: papeles grasientos, pieles de fruta, una cápsula de botella. Estaba a punto de soltarlo cuando de repente se sintió Sherlock Holmes. Pegados a las pieles de pera, unos fragmentos de una materia brillante y ligeramente amarilla llamaron su atención. Al retirarlos para examinarlos, quedó convencido de que podían ser unos restos de la famosa carpeta de plástico transparente que había contenido los polaroides del Presidente. El grosor del material y su leve coloración no eran de uso corriente. Deslizó los restos en su bolsillo para una posterior comprobación. Era fácil imaginar que se habían librado de aquella comprometedora carpeta, concebida para dos docenas de fotografías y que sólo contenía seis. La habían roto a pedacitos, para hacerlos pasar por el triturador de desperdicios. Aquel descubrimiento proporcionó a mister Suzuki la alegría del astrónomo que descubre una estrella en el lugar preciso que le había asignado en sus cálculos. Al mismo tiempo, se decía que en todo aquel asunto había algo increíble. ¿Podía concebirse que una pareja de norteamericanos medios, tras haber conseguido, con métodos de artesanía, protagonizar el robo del siglo, no hubieran adoptado ninguna precaución especial para hacer desaparecer las huellas de la operación? Resultaba inverosímil. Existía una gran desproporción entre el valor de los documentos y la negligencia de los ladrones. Tanto genio por un lado y tanta despreocupación por otro tenían que *significar* algo.

El japonés no tuvo tiempo para reflexionar acerca de aquel significado. Un timbrazo imperativo le sobresaltó. Permaneció indeciso, preguntándose si debía revelar su presencia. Después de todo, tal vez se tratara de un proveedor, que no insistiría. Un nuevo timbrazo, más largo y más categórico. Como si el que llamaba dijera: «Sé que está usted ahí, es inútil que se haga el sordo». Mister Suzuki miró a través del chivato de la puerta: un hombre de elevada estatura estaba en el rellano, con el sombrero en la mano. Por lo visto, esperaba que le abriera la puerta la dueña de la casa. El japonés decidió permitirle entrar. El visitante no pareció sorprendido al verle. Sin embargo, buscó a Jemma con la mirada.

—¿Qué desea? —inquirió mister Suzuki.

—Quisiera hablar con la señora Stevens.

—No está aquí.

Mister Suzuki observó al visitante con una atención sostenida. Había en él algo que revelaba al hombre seguro de sí mismo, importante; su modo de vestir resultaba muy «Casa Blanca». Con su metro ochenta de estatura, su frente despejada y su mentón cuadrado, recordaba al gigantón bueno de las películas del Oeste. Pero la decisión de sus modales y la frialdad de su mirada contradecían aquella primera impresión. Llevaba en la mano una cartera de cuero.

Tras haber acechado en vano la llegada de una tercera persona, fulminó al japonés con la mirada. Daba la impresión de que por menos de nada se precipitaría contra él para machacarle a puñetazos.

—Imagino que es usted Joe MacCloy —dijo mister Suzuki—, jefe del servicio secreto de la Casa Blanca.

—Exactamente.

—Le ha dolido a usted quedar al margen de mi entrevista con el Presidente, es lógico, y me ha hecho seguir, ¿no es cierto? Mi presencia aquí le obliga a examinar con más atención cierta hipótesis que en el primer momento se negó usted a considerar. Pero, sentémonos...

MacCloy gruñó algo ininteligible.

—¿Y si esa gente le encuentra en su apartamento? —añadió.

—Se guardarían mucho de hacer la menor reflexión desagradable —respondió mister Suzuki, seguro de sí mismo—. Alf Stevens está trabajando; su esposa ha salido de viaje. Mala señal, ¿no?

Mister Suzuki se instaló cómodamente, en tanto que MacCloy se obstinaba en permanecer de pie, para poner de manifiesto que le discutía al japonés su derecho a invitarle a sentarse.

—He aquí, en dos palabras, el razonamiento que me he hecho —dijo mister Suzuki—. En la imposibilidad de sospechar de los familiares del Presidente o de sus colaboradores militares, he supuesto que se trataba de una equivocación. Y, en este caso, la única persona que podía equivocarse era la nieta de tres años. Podemos suponer que la niña entró en la habitación del Presidente, a pesar de la prohibición de la nurse y sin que ésta se diera cuenta. ¿Qué es lo que pasa? La niña lleva en la mano un libro de cuentos. Descubre sobre la mesa unas estampas de colores vivos, amarillo, verde y rojo, bajo una cubierta de plástico. Las coge, pensando que es otro regalo destinado a ella. La nurse no ha observado aquella escapada, que ha durado unos segundos. La niña coloca bajo su brazo el libro de cuentos que le ha regalado su abuela y la *carpetita transparente y de un tamaño aproximado* de que acaba de apoderarse.

«Regresa a su habitación. La nurse se entretiene con la esposa del Presidente, con miss Beaumont, y luego viste a la pequeña para salir. En aquel momento, la carpeta conteniendo las fotografías está debajo del libro de cuentos, de modo que la nurse no la ve. Todo el mundo obra de buena fe, pues, y nadie ha visto nada. Poco después estalla la bomba; se registra todo el apartamento. Un tal Alf Stevens se encarga de registrar las habitaciones de los niños, al otro lado del pasillo. Un colega, otro agente del servicio secreto de la Casa Blanca, supervisará aquel primer registro. El segundo agente, lo mismo que el primero, no señala nada. Imaginemos que el primero ha encontrado algo. Se lo lleva y abandona el apartamento sin dificultad. No puede sacar el documento de la Casa Blanca, aquel mismo día, a causa del registro. Pero al día siguiente la cosa resulta fácil. Entrega las fotografías a su esposa, la cual se encargará de llevarlas a alguien que se interesa particularmente por ellas.

—¿Tiene usted alguna prueba de lo que está sugiriendo? —se impacientó MacCloy.

—Le he expuesto una hipótesis entre otras cien. He querido comprobarla, porque era la única realmente plausible. Va a ser usted mismo quien me diga si me he equivocado.

Míster Suzuki exhibió los restos de material plástico encontrados en el cubo de la basura. MacCloy cambió de color y pareció profundamente estupefacto. Sacó de su cartera una carpeta de plástico transparente, ligeramente amarillo.

—Es lo que buscábamos, desde luego —dijo MacCloy—. ¿Ha encontrado usted esos restos en este apartamento?

Bruscamente, el jefe del servicio secreto se precipitó hacia el ascensor. Regresó al cabo de cinco minutos, con unos trozos de plástico manchados y rotos que había encontrado en el depósito general del triturador de basuras, y que le permitieron reconstruir una carpeta exactamente igual que la que había traído como muestra.

—¡Es increíble! —murmuró—. Alf Stevens es un viejo amigo. Como todos sus colegas, fue escogido cuidadosamente. Un pasado admirable; una hoja de servicios magnífica; fiel cumplidor de su deber, la honradez, la lealtad en persona...

—No pongamos en duda la honradez de Alf Stevens —le interrumpió el japonés—. ¿Por qué ver el mal por todas partes? Tengo la impresión de que Stevens es un idealista, con unas ideas muy personales. De momento, conocemos sus actos, más tarde buscaremos las motivaciones. A juzgar por el bloc del teléfono, su esposa se ha marchado hace unos instantes, hacia un

destino desconocido, en un vuelo 204. Podría usted llamar por teléfono a la policía del aeropuerto, y a renglón seguido proporcionarme un avión militar que me dejara con tiempo suficiente en el campo de aterrizaje del avión en cuestión. Acogería a Jemma Stevens en el aeropuerto, y comprobaría lo que piensa hacer con las fotografías.

Como si saliera bruscamente de un sueño, MacCloy reaccionó de golpe. Obtuvo sin dificultad la confirmación de que Jemma Stevens había salido en el vuelo 204, a las once y media, aquel mismo día. El destino de aquel vuelo era San Diego, en California.

Capítulo VII

«¡PARECE increíble!», se repetía míster Suzuki, a medida que los acontecimientos se encadenaban con sorprendente sencillez.

En el aeropuerto de San Diego, donde había aterrizado diez minutos antes que Jemma Stevens, gracias al avión militar puesto a su disposición por la Casa Blanca, descubrió a la joven, sin dar muestras de la menor tensión y conforme en todo a las imágenes que conocía de ella. Con su traje sastre, muy corto, hacía pensar en una oficinista que se toma unas vacaciones bien ganadas.

Ningún corresponsal furtivo intercambió las maletas con ella, ningún automóvil misterioso la esperaba. Subió burguesamente a uno de los numerosos autocares que esperaban a los viajeros con destino a San Diego y a las pequeñas ciudades que bordean el océano hasta la frontera de Méjico.

Míster Suzuki subió al mismo autocar y pidió, al igual que la señora Stevens, un billete para Kingsfield, una de las numerosas playas del Pacífico.

Jemma Stevens se apeó a la entrada de aquella localidad, con su pequeña maleta en la mano derecha y un gran bolso en la mano izquierda. No iba lo bastante cargada como para que alguien pudiera ofrecerse, sin llamar la atención, a llevar su equipaje. Pero míster Suzuki se arriesgó a hacerlo, con tanta ceremonia, con tanta deferencia, que ella aceptó de buena gana. Con su traje veraniego cortado en Hong Kong, el panamá en la mano más a menudo que en la cabeza, el japonés parecía un caballero desocupado y galante.

—Voy al hotel *Phoenix* —anunció Jemma Stevens con toda la inocencia del mundo—. No quisiera apartarle de su camino.

—¡No! —exclamó míster Suzuki, con una sorpresa muy bien fingida—. Yo también. ¡Qué casualidad!

En el hotel acogieron a la señora Stevens como a una antigua cliente a la que se recibe con placer. Jemma dio las gracias a su compañero en voz muy alta, para darle a entender al recepcionista que no iban juntos.

La magia del dólar hizo que el japonés consiguiera la habitación contigua a la de Jemma.

Míster Suzuki informó discretamente al botones que le acompañó a su habitación que se interesaba por la dama y que sabría corresponder a

cualquiera que le informara de sus movimientos: visitas recibidas, llamadas telefónicas, desplazamientos, encuentros, etc.

—Me llamo Sam —dijo el botones, tendiendo una mano muy abierta.

Un billete de veinte dólares transformó en órdenes los deseos de míster Suzuki.

A las siete de la tarde, el japonés se encontraba asomado a la ventana de su dormitorio, desde donde dominaba el jardín del hotel. Estaban puestas las mesas para la cena, alrededor de la piscina de agua azulada. Jemma Stevens gozaba del placer del baño con la alegría de vivir que proporciona una conciencia limpia. Otras dos mujeres, madre e hija, se bañaban también en la piscina, en tanto que los camareros colocaban ramilletes de flores en las mesas. Jemma se divertía como un niño. Nadaba mal, tragando agua y escupiéndola con grandes risas. El gorro de baño floreado que apretaba su cabeza confería a su pequeño rostro un aire infantil.

Para míster Suzuki había llegado el momento de entrar en acción.

Gracias a las herramientas contenidas en su maletín pasó sin dificultad a la habitación contigua, que no difería mucho de la suya: una amplia cama, un sillón, una silla, cuarto de baño adjunto. En el armario, una pequeña maleta contenía aún dos pañuelos, una falda y unos bermudas. Debajo, un sobre de papel grueso y, dentro del sobre, tontamente, las valiosas fotografías robadas al Presidente de los Estados Unidos. La maleta era pequeña y la carpeta de plástico hubiera ocupado demasiado espacio.

¿Inconsciencia, o astucia suprema? ¿Por qué inquietarse? Alf Stevens sabía perfectamente que estaba por encima de toda sospecha; y lo mismo su esposa. Jemma chapoteaba inocentemente en el agua, esperando la hora de la cena. Por su aspecto, no parecía experimentar las angustias de los agentes secretos que se juegan la cabeza a cada envite.

Míster Suzuki continuó sus investigaciones, a pesar de que estaba convencido de que no encontraría nada más. Y, en efecto, Jemma Stevens no poseía ninguno de los artilugios que forman parte de la panoplia habitual del perfecto espía: clave disimulada en recetas de cocina, emisora oculta en un cepillo para el pelo, líquido asfixiante en un frasco de agua de colonia... Aparentemente, Alf y Jemma, tras haberdado el golpe del siglo, continuaban por el camino anodino y vulgar de su existencia.

El japonés decidió, de todos modos, procurarse un paso fácil desde su habitación a la de su vecina. Como en la mayoría de los hoteles, entre las dos habitaciones había una puerta de comunicación, para permitir el paso si eran alquiladas como «suite». Aquella puerta de comunicación significaba dos

cerrojos, uno a cada lado del batiente; de este modo, cada uno podía encerrarse en su cuarto, aunque la puerta de separación no estuviera cerrada con llave. Ahora, la cerradura tenía echada la llave, pero el japonés la abrió sin dificultad. En cuanto al cerrojo, se limitó a sacar los tornillos del puente del pestillo. Una vez fuera, agrandó los cuatro agujeros. Cuando éstos tuvieron un diámetro superior al de los tornillos, no hubo ya problema. El puente no podría resistir una presión un poco seria contra la puerta. Después de haber colocado de nuevo los tornillos y echado el pestillo, mister Suzuki regresó a su habitación, pasando por la puerta que daba al rellano. Una ojeada a derecha e izquierda le había convencido de que su visita no había tenido testigos.

Se entregó a una última manipulación deslizando bajo el umbral de la puerta de separación de las dos habitaciones una pastilla metálica unida por un hilo a un pequeño transformador, el cual deslizó bajo su almohada. De aquella almohada partía un segundo hilo, igualmente terminado en una pastilla, más pequeña que la anterior y redonda en vez de plana, que podía colocarse en el interior del oído. A continuación, conectó el pequeño transformador al enchufe de la lamparilla.

Tras haberse duchado y cambiado de ropa, bajó al jardín para la cena. El caso se hacía cada vez más increíble: el exceso de facilidades empezaba a provocar una vaga inquietud en el japonés.

Abajo, los clientes empezaban a ocupar las mesas. El crepúsculo había invadido bruscamente el jardín; las pequeñas lámparas colocadas sobre cada una de las mesas se encendieron todas a la vez. Mister Suzuki se dirigió directamente hacia la mesa de Jemma Stevens. Después de todo, ¿por qué no atacar de frente?

La actitud de Jemma Stevens disipó inmediatamente los temores que había concebido.

—¿Me permite que me siente a su mesa? —inquirió, ceremonioso, inclinándose profundamente.

Ella no dijo ni sí ni no, pero se echó a reír francamente.

—¡Le estoy viendo venir! —exclamó, amenazándole con el dedo—. ¿Cree que no me he dado cuenta de su juego? Como quien no quiere la cosa, me está usted haciendo la corte...

Un camarero, que veía igualmente claro en el juego de mister Suzuki, se apresuró a tirar de la silla, para que el cliente pudiera sentarse.

—¡No le falta a usted audacia! —comentó Jemma, inclinándose ante el hecho consumado.

Luego examinó a su interlocutor con más atención. El examen no resultó desfavorable. El rostro delicadamente esculpido del japonés, su suave sonrisa de Cakya-Mouni, la anchura de sus hombros, la tranquila autoridad que emanaba de él, la exquisita urbanidad de sus modales, su elegancia, inspiraron a la señora Stevens una engañosa sensación de seguridad, salpimentada con unas gotas de miedo que no resultaba desagradable del todo. Mister Suzuki resultaba lo bastante tranquilizador para aquietar los temores, y lo bastante inquietante para no provocar el aburrimiento. Jemma Stevens apreció la clase excepcional de su interlocutor.

Ella, por su parte, se mostró deliciosamente locuaz. Los ángulos de su mente eran tan redondeados como los de su persona. Estaba aquí para gozar de tres días de descanso. Su marido, un alto funcionario de Washington, no había podido acompañarla. No..., no se quejaba demasiado de la vida: tenía momentos muy buenos. Ahorraba para comprarse un bungalow a orillas del mar. Se vanagloriaba un poco, hablando de su apartamento de Washington, que ella veía amplio e incluso lujoso. El japonés creyó superfluo declarar que conocía el apartamento por haberlo visitado de punta a punta.

En resumen, Jemma Stevens se tomaba la vida por el lado bueno.

—Mi marido y yo —concretó— pertenecemos a una sociedad naturista; estamos en contra de los uniformes y de las fronteras. Mientras existan naciones y cada país acuse al otro de ser el responsable de todo el mal, no habrá paz ni felicidad posibles.

—¡Tiene usted las mismas ideas que yo! —exclamó el japonés.

Luego preguntó, en tono indiferente:

—¿Se toma usted con frecuencia unas pequeñas vacaciones como éstas?

—¡Oh, no! —respondió Jemma, con una mueca encantadora—. No con la frecuencia que desearía. Cuando tengo ocasión de venir a Kingsfield, la aprovecho. ¿No hago bien?

—Desde luego —se apresuró a asentir míster Suzuki.

De todos modos, no se atrevió a preguntar cuál era la ocasión, o el pretexto del viaje.

Jemma precisó:

—Con ésta, es la tercera vez que este año vengo a California. Los viajes son caros, y los hoteles también.

¡Decididamente, la damita resultaba desconcertante! Cualquiera le hubiese dado una fortuna por los documentos que tenía en su poder, y se quejaba por unos dólares... Sus mejillas redondas, su hoyuelo en la comisura de la boca, su risa cristalina, su mirada cándida, su ingenua pretensión de ver

claro en el juego de su interlocutor, todo aquello confería a Jemma Stevens un encanto infantil. Pero, ¿expresaba ese encanto su verdadera naturaleza?

A los postres, míster Suzuki se decía: «Uno de los dos está engañando al otro... Pero, ¿quién a quién?»

Capítulo VIII

DESPUES de cenar, Jemma dio un paseo por el jardín. Después declaró que estaba cansada y subió a acostarse. Míster Suzuki no se había separado de ella un solo instante.

El japonés subió a su vez a su habitación y se instaló cómodamente, un montón de periódicos al alcance de la mano y el auricular en forma de pastilla hundido en el oído. Encargó té para no dormirse, y empezó su vela.

Jemma arregló las prendas y enseres que se había traído. Luego se desvistió —caída de zapatos, roce de tela— y anduvo a través del apartamento. El auricular electrónico permitía casi ver la escena, hasta tal punto amplificaba el menor ruido. Se percibía la diferencia de sonido cuando los pies abandonaban la alfombra para andar sobre el mosaico.

Finalmente, llenó la bañera y se sumergió en ella profiriendo unos gruñiditos de placer.

Míster Suzuki retiró la pastilla de su oído cuando se presentó el camarero con el té. Volvió a ponérsela inmediatamente después. Entretanto, Jemma había salido del baño. Se oyó el glu-glu del agua en la cañería, y luego el gorgoteo final de la bañera al vaciarse. Después de aquel concierto de tubería, se estableció el silencio. Poco después, los muelles del lecho crujieron. Varias veces, traicionaron los movimientos de un cuerpo que cambia de posición, en busca del sueño. Al cabo de un cuarto de hora, la respiración lenta, profunda, algo sibilante, reveló que Jemma se había dormido. La conducta encajaba con el personaje.

Cuando el japonés hubo terminado su té, empezó a bostezar exageradamente. Como si el ejemplo de la vecina fuera contagioso. De repente, el sueño le venció. Se había puesto el pijama, para estar más cómodo, y se había sentado en la cama. Se dio clara cuenta de que su cabeza caía sobre la almohada, pero era más fuerte que su voluntad. Se sentía animado de una sorda cólera contra Jemma. ¿Cuánto tiempo iba a pasear unos secretos de Estado en su maleta? «Me despertaré antes que ella —decidió—. Es inútil que espere despierto. Si recibe una visita, lo sabré: la menor conversación hará más ruido en mi oído que una tormenta. Me despertaré.»

En realidad, una verdadera ola de fatiga le sumergió, le arrastró...

Se despertó varias veces, con la impresión de haber dormido largo rato. Una insuperable angustia atenazaba su corazón. Era como si una mano traidora se entretuviera anudando sus nervios. A través de la bruma de un sueño transparente vio al camarero que entraba en busca del servicio de té. Luego tuvo una pesadilla: soñó que una multitud desfilaba por su habitación pasando sobre su cama. Tuvo la impresión de recibir unos golpes. Su decisión de levantarse y de colocar su cabeza bajo una ducha fría no llegó a materializarse. Su sueño le paralizaba. «Tendría que despertarme», pensó. Al mismo tiempo, notaba que no estaba próximo a hacerlo. Su angustia se hacía más violenta; alcanzó las proporciones de una verdadera náusea y engendró una multitud de fantasmas.

Se vio soñando un paseo por mar, donde su propio lecho servía de barco; sacudido por el balanceo, el lecho avanzaba inexplicablemente en medio de las olas cada vez más gigantescas. Tenía la impresión de que la excursión no terminaría y que él se despertaba de cuando en cuando sobre su lecho para comprobar que se encontraba aún en el mar y que la tormenta amenazaba. El tema del paseo soñado se mezclaba extrañamente con el del desfile en la habitación. Había en ello una contradicción que el japonés percibió con dolorosa intensidad. Emergió de la pesadilla por grados, alcanzando unas zonas de sueño cada vez más transparentes. Cuando se despertó del todo, tuvo una especie de sobresalto, como un sonámbulo que oye un grito penetrante. Se irguió, todo el cuerpo empapado en sudor. Se encontraba a oscuras. A tientas, buscó la pera de la lamparilla y la encendió, aunque no recordaba haberla apagado. Se levantó para cambiar de pijama y ducharse. Sus piernas vacilaron y tuvo que agarrarse a la cama para no caer. En aquel momento se dio cuenta de que no tenía ya el auricular en el oído. Estaba sobre la sábana, cerca de la almohada. Vivamente, volvió a colocárselo y consultó su reloj. Eran las doce menos cuarto. Tenía la impresión de haber dormido durante tres días. Sin embargo, debió quedarse dormido alrededor de las diez de la noche.

En la habitación contigua reinaba un silencio de muerte. «Veamos —se dijo—, ha pasado algo, *lo sé, pero no lo recuerdo.*»

Aquella sensación aguda de olvido era lo más penoso de todo. Nunca había experimentado aquel síntoma, pero sabía a qué atribuirlo. *Habían mezclado un hipnótico al fuerte somnífero que habían puesto en su té.* Sus dos muslos estaban doloridos, como si hubiera andado toda la noche. Era el efecto de las inyecciones que le habían dado, después del somnífero. Decididamente, no se andaban con chiquitas.

«¡Caramba con la vecina!», pensó.

Y luego cambió de opinión, ante su prolongado silencio. Ya que el aparato de escucha funcionaba perfectamente. Cuando pasaba un automóvil por la calle, el ruido, amplificado por el relé electrónico, se hacía ensordecedor. Una terrible aprensión se había apoderado de mister Suzuki. Se acercó a la puerta de separación de las dos habitaciones, descorrió el cerrojo, hizo girar el pomo y empujó la puerta, que no resistió. Normalmente, el puente del otro lado tenía que haber caído al suelo con la presión; pero el pestillo no estaba echado.

El japonés entró en la habitación de Jemma. La claridad procedente del cuarto de baño permitía ver que *la cama estaba vacía y no había sido deshecha*. Este último detalle impresionó a mister Suzuki. Todo aparecía como si los ruidos que había escuchado a través de su auricular le hubieran engañado sobre la realidad de los hechos.

Se acercó con cautela al cuarto de baño, violentamente iluminado. Su garganta se anudó y permaneció sin voz, anonadado por el horror del espectáculo: Jemma, desnuda, yacía en el fondo de la bañera llena de agua. Tenía los ojos y la boca abiertos de par en par. Su mirada había perdido su expresión maravillada y parecía posarse sobre mister Suzuki con una fijeza serena, como si pensara en otra cosa y hubiera olvidado lo que había venido a hacer. Su mano sostenía aún un secador de cabello que reposaba ahora sobre su vientre; la otra mano debió sostener el peine, caído al fondo del agua. El secador eléctrico estaba conectado al enchufe situado a la derecha del espejo, encima del lavabo. El rostro de Jemma respiraba aquella paz definitiva, más impresionante que cualquier expresión de horror. Aparentemente electrocutada y ciertamente ahogada, se había deslizado suavemente hasta el fondo. Una especie de misteriosa dulzura atenuaba la fijeza de su mirada. Parecía más relajada que nunca.

Superada la primera impresión, una inmensa piedad invadió el corazón de mister Suzuki, mezclada con un odio frenético al enemigo que era responsable de *aquello*. Como si saliera de un sueño, súbitamente, el japonés se precipitó hacia la puerta de la habitación que daba al rellano y comprobó que estaba cerrada con llave por dentro; *la llave estaba en la cerradura*. La policía llegaría indefectiblemente a la conclusión de que se había producido un vulgar accidente: una mujer que quiere peinarse en el baño y suelta su secador; recibe una descarga que le hace perder el conocimiento; se ahoga. Mister Suzuki era el único que sabía que Jemma no llevaba ningún secador eléctrico en su maleta. Había registrado minuciosamente toda la habitación. Sabía también que Jemma no se había lavado la cabeza antes de acostarse.

Había oído su respiración, hubiera oído el secador... Sabía también que Jemma se había acostado después de bañarse: había oído crujir los muelles de la cama. Con gestos febriles, mister Suzuki abrió el armario, sacó la pequeña maleta negra y la vació sobre la cama. ¡Ni rastro de las fotografías robadas en la Casa Blanca! Había que rendirse a la evidencia: los valiosos documentos habían desaparecido por el mismo camino misterioso por el cual había entrado el secador mortal.

Mister Suzuki permaneció unos instantes aplastado por el peso de la fatalidad. Todo había ido bien, hasta que inició su vela nocturna. Y un asesino había entrado en escena súbitamente, actuando con una destreza satánica. ¿Por qué había matado a Jemma? No era necesario hacerlo para apoderarse de las fotografías. Un pensamiento, entonces, hizo estremecer al japonés: al inutilizar el cerrojo de la puerta, por el lado de la habitación de Jemma, *había abierto el camino al criminal.*

Mister Suzuki se sentía responsable a la vez de aquella muerte y de la desaparición de los documentos. Sólo a él correspondía remontar la pendiente. Los que habían dado aquel nuevo golpe maestro asesinando a Jemma Stevens no se dejarían desenmascarar por una investigación rutinaria de la policía local o incluso del F.B.I.

Mister Suzuki regresó a su habitación y volvió a cerrar la puerta de separación con la ayuda de su ganzúa. Corrió asimismo el cerrojo de su lado, y luego descolgó el teléfono y llamó a la recepción.

—¡Alió! —dijo—. Les llamo para informarles de que he oído un fuerte grito procedente de la habitación contigua a la mía. Eso ha ocurrido hace unos instantes, y desde entonces no he oído moverse a mi vecina. Tal vez ha sido víctima de un accidente...

—Está bien, voy a avisar —dijo una voz adormilada al otro extremo del hilo.

Capítulo IX

CINCO minutos más tarde mister Suzuki oyó llamar a la puerta contigua a la suya con una insistencia creciente. Un instante después llamaban a su habitación. Abrió y vio a un individuo de aspecto vulgar, que vestía un traje gris bastante arrugado. Unos cabellos grises caían sobre su frente. Sus ojos, de un azul desleído, carecían de expresión.

—¿Es usted el que ha llamado por teléfono a la recepción? —inquirió.

—Sí.

El individuo llevaba en la mano una llave de paso.

—Me llamo Earl Klotz —se presentó—. Soy el detective del hotel.

—Encantado.

—Su vecina no contesta, desde luego. He llamado varias veces, incluso he tratado de entrar con mi llave de paso, pero ella ha dejado la suya en la cerradura, por la parte interior.

—¡Fastidioso! —dijo el japonés.

—E inquietante —asintió Klotz—. Si me lo permite, trataré de pasar por la puerta de comunicación de las dos habitaciones.

—Por favor —dijo mister Suzuki, apartándose.

Klotz pasó a la habitación de al lado utilizando su llave. Al descubrir el cadáver profirió una sorda exclamación y gritó:

—¡Venga a ver esto! ¡Es una abominación!

Mister Suzuki fue a ver, para seguir el juego. No tenía interés en revelar demasiado pronto su calidad de investigador oficial y la misión de que estaba encargado.

Klotz permaneció largo rato silencioso.

—¡Pobre muchacha! —comentó finalmente—. Había venido aquí otras veces... Era muy amable con todo el mundo... Parece haber sufrido un accidente. A no ser...

Miró al japonés de reojo y no terminó la frase.

—Voy a avisar al dueño —decidió—. Él se encargará de llamar a la policía.

Parecía aterrado.

—Ha sido un accidente, desde luego —continuó—. Aunque resulte un poco difícil de creer. ¡Vaya idea la de secarse el pelo en la bañera!

Antes de cruzar la puerta, se volvió para decir:

—Si puedo darle un consejo, no abandone el hotel antes de que llegue la policía. Le fastidiarían, trayéndole a la fuerza para interrogarle. Se lo digo en plan de amigo: soy gato viejo en el oficio.

Mientras esperaba a las autoridades, míster Suzuki se vistió someramente, sin que se hubiera disipado del todo la bruma que envolvía su cerebro.

Klotz no tardó en regresar en compañía del director del *Phoenix*. Éste se limitó a echar una breve ojeada a la bañera, en el fondo de la cual reposaba la pobre Jemma. Salió descompuesto del cuarto de baño de la señora Stevens para precipitarse en el de míster Suzuki, del cual salió, dos minutos más tarde, verdáceo. Se recobró cuando la perspectiva de sus propias dificultades hizo pasar a un segundo plano la desgracia de su cliente.

De repente, el japonés pulsó el llamador del servicio. Sin duda, la droga continuaba perjudicándole, porque no se le había ocurrido antes aquella idea...

El director y Klotz no le pidieron ninguna explicación.

El camarero que se presentó estaba al corriente de todo, a pesar de que el director no había hecho ningún comentario. Sin duda, el personal había sido informado por el portero nocturno, alertado por las sucesivas llamadas telefónicas.

—Usted no me sirvió el té —dijo míster Suzuki, dirigiéndose al camarero.

—No, señor.

—Vaya a buscar al otro camarero de servicio.

—No hay otro camarero. Estoy solo.

—Puesto que reconoce usted que no me sirvió...

—No, yo no le he servido el té —confirmó el camarero.

Aquello parecía un diálogo entre sordos.

—¿Lo admite usted? —continuó el japonés—. Bien, vaya a buscar al otro, al que me sirvió el té.

—No hay otro camarero —repitió el interpelado.

El director y Klotz seguían aquel absurdo diálogo con gran atención.

—¡Veamos! —se impacientó míster Suzuki—. Me sirvió un camarero alto y delgado, rubio... Un individuo algo relamido en su lenguaje y en sus modales.

—¿Se refiere usted a Erwin? —intervino el director—. Se trata de Erwin Fitz, indudablemente. Está enfermo, no ha podido venir. Si quiere usted té, la

dirección se lo ofrece.

—¡No quiero té! —exclamó míster Suzuki, exasperado, alzando la voz—. ¡Quiero hablar con Erwin!

—No puede usted hablar con él, puesto que está enfermo y no ha venido. Yo mismo le concedí permiso para quedarse en casa.

—Sin embargo, me ha servido el té —insistió el japonés.

—No es posible —se obstinó el director.

El camarero permanecía en una actitud tranquila, vagamente divertida.

Míster Suzuki buscó la tetera con los ojos, pero no la descubrió.

—Sufre usted una confusión —intervino a su vez Klotz—. Aunque, a fin de cuentas, poco importa que le sirviera el té Erwin o que lo hiciera Ted.

—Si quiere usted té... —repitió el director.

—No, gracias —le interrumpió secamente míster Suzuki—, no quiero té, y le aconsejo que llame inmediatamente a Erwin, antes de que llegue la policía. Jemma Stevens ha sido asesinada, y Erwin Fitz es la única persona del mundo que puede decirnos el nombre del asesino.

Los ojos del director se contrajeron, como si nuevas perspectivas se ofrecieran de repente a su mirada. Dirigió un guiño de complicidad a Klotz, y luego trató de razonar con míster Suzuki, en el tono de paciente condescendencia con que se habla a un loco:

—¡Vamos, vamos! El camarero de servicio es Ted, y está solo —argumentó—. Ni Erwin ni un desconocido han podido sustituirle para servirle el té a usted. Ted le hubiera visto, ¿no?

Bruscamente, el director se puso en pie. Un vehículo acababa de detenerse abajo, en la calle, y cuatro portezuelas se cerraron de golpe sucesivamente, anunciando la llegada de la policía que invadió ruidosamente el hotel. El director salió al encuentro de los policías. Éstos eran media docena, el equipo habitual, más dos agentes de uniforme para prohibir el acceso al pasillo a los indiscretos. Entraron en la habitación de Jemma Stevens pasando por la de míster Suzuki. Éste esperó pacientemente, en compañía de Klotz y del director, el final de las operaciones de rutina: fotografiar el cadáver, búsqueda de huellas digitales, etc.

Mientras los especialistas trabajaban, míster Suzuki trataba de reducir aquella zona de sombra que subsistía en su cerebro y en su memoria.

—Klotz —dijo súbitamente—, la prueba de que no se trata de un accidente acaba de saltarme a los ojos. ¡Es el largo hilo de ese secador! Esa longitud es completamente anormal. El enchufe se encuentra a la derecha del lavabo, y la bañera está pegada a la pared, entrado a la izquierda.

Se puso en pie para ir a medir aquella distancia en su propio cuarto de baño, semejante al de la habitación contigua.

—Hay dos metros y medio —dijo—. Procúrese un secador de ese modelo, y verá cómo el hilo standard mide un metro y medio, como máximo.

La puerta de comunicación entre las dos habitaciones se abrió y apareció un policía. Tenía unos treinta años y su aspecto era malhumorado y severo. Dirigiéndose al japonés, inquirió:

—¿Es usted el inquilino de esta habitación?

—Sí.

Volviéndose entonces hacia los otros dos, les pidió que le dejaran solo con míster Suzuki. El director y Klotz se retiraron inmediatamente.

—Va usted a decirme —atacó el japonés— que mi vecina ha sido asesinada y que el único sospechoso soy yo. Le contestaré que no he sido yo, sino alguien que ha pasado por mi habitación, aprovechándose de mi sueño.

—¡Tiene usted un sueño muy fuerte! —ironizó el policía.

—Fui drogado por el camarero de servicio que me sirvió un té —explicó el japonés.

—¿Y quién manipuló en el puente del cerrojo de la puerta de comunicación? ¿El camarero de servicio?

—No, yo —respondió míster Suzuki.

—¿Quería usted facilitarle el paso al asesino?

—No, el mío.

—Perfecto —dijo el joven policía—. Vamos a charlar los dos con el camarero de servicio. Supongo que le reconocerá...

—Desde luego.

El policía salió de la habitación, diciendo:

—Espéreme.

Regresó tres minutos después. El director le había dado las señas de Erwin Fitz.

—Usted afirma que no se trata del camarero que está de servicio en este momento, ¿no es cierto?

—Exacto.

—Venga.

* * *

El joven oficial de policía tenía unos métodos expeditivos. Llevó a míster Suzuki en su automóvil hasta el domicilio de Fitz. Le hizo pasar delante de él para entrar en la casa, mientras el inspector que conducía el vehículo esperaba

a la entraba del inmueble, una construcción anticuada y desprovista de ascensor.

Subieron al último piso. El policía leyó los nombres pegados a las puertas. El de Fitz no figuraba allí. Vio una puerta que no llevaba ninguna indicación y llamó suavemente. No hubo respuesta. Insistió y, finalmente, golpeó la madera con repentina violencia.

—¡Abran a la policía! —gritó.

Apareció una raya de luz bajo la puerta y el policía desenfundó su pistola.

Finalmente, la llave giró en la cerradura y una cabeza despeinada asomó por la abertura de la puerta.

—¿Erwin Fitz? —inquirió el policía, mostrando su arma.

—No —dijo el otro, azorado—. Fitz no está aquí.

—¿No es éste su cuarto?

—Sí... Bueno, lo tenemos a medias.

El policía empujó al muchacho, que podía tener diecisiete o dieciocho años, y que llevaba por único atuendo un largo jersey deshilachado del que tiraba con las dos manos para darle una longitud decente. Las paredes de la buhardilla estaban adornadas con *posters* espectaculares: Che Guevara, un *swami* hindú y una mujer desnuda, gorda, rodeada de nenúfares, estilo 1900.

El jovenzuelo se había sentado en su cama, pálido y aterrorizado, tirando continuamente del jersey para tapar sus muslos desnudos.

—¿Dónde está Fitz? —preguntó el policía.

—Se ha marchado esta mañana, al amanecer.

—Es la una de la mañana —dijo el policía—. ¿Quieres decir que Fitz se marchó ayer, al amanecer?

—Sí, es verdad —dijo el muchacho—. Son más de las doce. Por lo tanto, *Fitz se marchó ayer*.

—¿En automóvil?

—Sí.

—¿Adonde?

—No me lo dijo.

El policía se volvió hacia mister Suzuki, y su mueca dijo a las claras:

«¡Su historia no se tiene en pie!»

Dirigiéndose de nuevo al jovenzuelo, ordenó:

—¡Documentación!

El muchacho se puso en pie, sin dejar de tirar de su jersey, y pescó una tarjeta de identidad en la chaqueta colgada de un clavo.

El policía se guardó la tarjeta en un bolsillo y dijo secamente:

—Ya te avisaremos para que te presentes. Luego se llevó a mister Suzuki.

Capítulo X

EN LA comisaría, recogió la declaración del japonés y concluyó:

—Lamento tener que arrestarle hasta que pueda carearle con el llamado Fitz.

En aquel momento, el japonés exhibió la orden de misión firmada por el Presidente. La actitud del policía cambió; leyó atentamente la orden.

—Discúlpeme —dijo.

Salió de su despacho, probablemente para mostrarle el documento a su jefe. Poco después, un hombre de cabellos grises y aire importante vino a saludar al japonés. En la orden de misión figuraba el número de teléfono de Joe MacCloy, en la Casa Blanca. Esto permitía una rápida comprobación.

—Soy el jefe de la policía municipal de Kingsfield —explicó el hombre de cabellos grises—. Me llamo George Lester. Le ayudaremos en la medida de nuestras modestas posibilidades. Si necesita nuestra colaboración, llame a mi ayudante, el oficial Clifford. Pero creo que se trata de un caso más propio del F.B.I.

Mister Suzuki se dio cuenta, en aquel momento, de que la lógica del caso Stevens se volvía contra él. La policía municipal se guardaría mucho de intervenir en una investigación en la cual no tenía nada que ganar.

—¿Tiene usted algo que comunicarme? —inquirió el jefe de la policía municipal.

—A decir verdad, no —se vio obligado a contestar mister Suzuki.

No podía hablar del robo cometido en la Casa Blanca. Por lo tanto, su presencia en Kingsfield no podía explicarse de un modo plausible. El japonés dio las gracias a Lester y a su ayudante, los cuales le acompañaron hasta la puerta dirigiéndole unas miradas que le recordaban un poco las que se dirigen a un apestado.

La acogida, en el hotel *Phoenix*, no fue mucho más cordial. El portero, el recepcionista y el camarero de servicio manifestaron cierta sorpresa. El director se encontraba en el vestíbulo, asediado por dos reporteros. Mister Suzuki se metió rápidamente en el ascensor.

En el pasillo de su habitación encontró a Klotz, falsamente jovial, que fue el único que no manifestó la menor sorpresa al verle.

—¿Le han apretado mucho? —inquirió.

—No demasiado.

En aquel momento, la puerta de la habitación de Jemma se abrió y dos hombres, vestidos con batas azules, salieron, acarreando una camilla cubierta con una sábana blanca. Se llevaban a la señora Stevens al depósito de cadáveres de Kingsfield. Míster Suzuki se descubrió al paso del fúnebre cortejo, y Klotz permaneció inmóvil, con los ojos semicerrados, los brazos a lo largo del cuerpo y la cabeza inclinada. Un temblor espasmódico agitaba su párpado derecho, como si estuviera a punto de estallar en sollozos.

Míster Suzuki no sentía el menor deseo de volverse a acostar. Por el contrario, hubiera dado cualquier cosa por un buen café. Sin embargo, creyó conveniente no llamar al camarero de servicio. Prefería tomarlo en cualquier otra parte.

Vagó por las calles de la ciudad y acabó por encontrar una cafetería abierta. Un par de tazas del negro brebaje le despejaron la mente.

Reanudó su deambular solitario y revisó mentalmente toda clase de hipótesis.

El hecho que más le desconcertaba era la declaración del director, en el sentido de que *Erwin Fitz no se había presentado en el hotel la noche del crimen*. El amigo del camarero sorprendido en su cuarto había hecho la misma declaración. El sustituto de Fitz se había mostrado igualmente categórico en aquel punto; no cabía imaginar que todos fueran cómplices y se hubieran puesto de acuerdo para atestiguar en falso contra las afirmaciones de míster Suzuki.

Al amanecer, para matar el tiempo, el japonés adquirió los primeros periódicos del día. El caso Stevens sólo ocupaba en ellos una gacetilla de pocas líneas.

A las nueve, se encontraba delante de los grandes almacenes Maki, situados a ciento cincuenta metros del hotel *Phoenix*. Tal como había previsto, la primera persona a la que vio, en la sección de los aparatos electrodomésticos, fue Klotz, el detective del hotel, que conversaba animadamente con una vendedora. El modelo de secador que había causado la muerte a Jemma Stevens era el tema de la conversación. Su hilo era demasiado corto para provocar el accidente de la bañera.

—La policía no se ha molestado siquiera en investigar en esta tienda —observó Klotz, encogiéndose de hombros—. Llegarán a la conclusión de que se trata de un accidente, y el caso será archivado. Parten del principio de no hablar de crimen hasta que no están seguros de encontrar al culpable.

—Se toma usted el asunto muy en serio.

—Lo hago por la reputación del hotel.

Los dos hombres regresaron juntos al hotel. En el vestíbulo, en el momento de separarse, el detective dijo al japonés:

—Ahora, nuestra única esperanza de enterarnos de algo reside en Alf Stevens. No va a tardar mucho.

Míster Suzuki no se hacía muchas ilusiones a ese respecto: Alf Stevens sería el último hombre dispuesto a revelar lo que su esposa había venido a hacer en Kingsfield. De todos modos, le pidió al detective que le avisara en cuanto llegara el marido de Jemma. Luego se retiró a su habitación.

Al bajar, poco antes del mediodía, se enteró por el portero de que Alf Stevens había llegado alrededor de las once. Un oficial de policía que le esperaba le había conducido inmediatamente al depósito de cadáveres, para que identificara a su esposa.

El japonés se dirigió al jardín y, maquinalmente, se sentó a la mesa donde había cenado en compañía de la joven. No estaba fatigado, a pesar de la noche en blanco, pero, en cambio, tenía un hambre voraz que no se explicaba. Era el primer cliente. El *maitre* y los camareros le vigilaban, como si hubieran asistido a las evoluciones de una fiera peligrosa. Pero alguien acabó por traerle la carta. Míster Suzuki le echó una ojeada y dijo:

—Sírvame el plato del día.

—Una parrillada de mariscos —asintió el camarero, anotando el encargo.

—¡Perdón! —dijo míster Suzuki—. El plato del día es el asado de buey.

—Lo siento —rectificó el camarero—, el asado lo servimos ayer. Hoy estamos a miércoles y servimos parrillada.

—¿Parrillada? —exclamó míster Suzuki, perdiendo su compostura—. ¿Está usted seguro de que es parrillada?

Se irguió, como impulsado por un muelle. Como en un relámpago, acababa de comprender que *el móvil del asesinato de Jemma Stevens no había sido el robo*.

El camarero contempló a míster Suzuki con aire vagamente preocupado. Nunca había visto a un cliente tan decepcionado a cuenta de un asado de buey.

—Si no le gusta la parrillada —sugirió—, podemos prepararle otro plato.

—¡De modo que hoy es la parrillada! —replicó el japonés, poniéndose en pie, presa de una violenta emoción—. Pensé que había cenado aquí *anoche*.

—No —rectificó el camarero—, no fue anoche, sino *anteanoche*.

El camarero hablaba en serio. Insistió, incluso, a fin de poner los puntos sobre las íes. Desde luego, estaba al corriente de la investigación. Y precisó que no había que contar con él para una coartada... Para míster Suzuki, todo se aclaraba: el día anterior no había cenado, ni almorzado. Había dormido. Se había acostado la antevíspera y había dormido veinticuatro horas; esto lo cambiaba todo. Se había dormido poco después de que Jemma tomara su baño y se acostara. Y no se había despertado dos horas después, como había imaginado, guiándose por su reloj. Había dormido toda la noche, y el día siguiente hasta medianoche. Le habían drogado *para impedirle seguir a Jemma Stevens*. En otras palabras, para permitir que ella entregara los documentos al destinatario.

Y sólo después, efectuada la entrega, la habían asesinado.

A míster Suzuki le costaba rendirse a la evidencia de que había dormido durante veinticuatro horas. Esto suponía por parte del adversario una técnica depurada y unos especialistas altamente calificados. Dos palabras acudieron a la mente del japonés: Scopomina y Cloralose. Había que imaginar dos fases de la operación: en primer lugar, un somnífero fulminante administrado gracias al té, y a continuación un hipnótico a base de cloralose, creando un estado de sopor, cuyo efecto principal era la supresión de la memoria. Un anestésico administrado por vía intravenosa, en dosis sucesivas, podría provocar la muerte. La astucia del enemigo estribaba en detener el funcionamiento de la memoria. Así, míster Suzuki creía haber soñado que desfilaban por su habitación; en realidad, había asistido a todo lo que había pasado, pero el sopor de su mente le había incapacitado para dar un sentido a las imágenes y a los sonidos, y para construir unos recuerdos coherentes. Se encontraba en la situación de un sonámbulo que ha recorrido un largo camino durmiendo y ha «vivido» una multitud de acontecimientos, pero que no se acuerda de nada al despertar, o, mejor dicho, que no consigue dar un sentido a las imágenes registradas. Éstas quedan vagas, evanescentes, sin ningún lazo entre ellas, como las de una película filmada por una cámara de lentes distorsionados.

Preso de una creciente angustia, se precipitó hacia el vestíbulo del hotel.

—¿Dónde está Sam? —le preguntó al portero.

—Almorzando —respondió el empleado.

En el *office*, el japonés encontró al interesado almorzando con otros tres botones.

—Me ha dejado usted un día entero sin noticias —le reprochó.

El adolescente le dirigió una mirada hipócrita y temerosa.

—¿Cómo podía darle noticias? Colgó usted el cartel: *Dont' disturb* — *No molestar* — *Nicht Storen* — *Ne pas déranger*. ¿Qué podía hacer? Llamé por teléfono, pero su aparato estaba descolgado.

Capítulo XI

MISTER Suzuki sacudió la cabeza. Los asesinos de Jemma lo habían previsto todo.

—Bueno —dijo—, de todos modos, cuéntame lo que pasó. No debiste esperar a que te interrogara.

Esta vez, el botones abrió unos ojos francamente estupefactos.

—¿Para qué? —preguntó.

—¡Aprisa! Cuéntame todo lo que pasó.

—Bien. La señora Stevens salió de su habitación a las ocho —recitó el botones—. Desayunó en el jardín. Luego, a las nueve y cuarto, volvió a subir a su habitación. Lo apunté todo en mi bloc de notas, por eso lo recuerdo bien. A las diez y diez, salió con Christus...

—¿Eh? —se sobresaltó el japonés—. ¿Christus? ¿Quién es ese Christus?

Decididamente, el caso se embrollaba cada vez más.

—Christus es un hippie —explicó el pequeño Sam.

Al parecer, para él, ese detalle lo explicaba todo.

—¡Ah! —exclamó mister Suzuki—. ¿Y la señora Stevens se marchó con él, cogida de su brazo?

—No, se marcharon en el automóvil de Christus.

—¿De dónde sale ese Christus?

—Ya se lo he dicho, es un hippie. Viene del centro.

—¿Es que hay un centro?

—Desde luego, en Dunsford hay toda una colonia de hippies.

El nombre de aquella localidad era una primera y débil claridad en medio de las tinieblas. Partiendo de ella, tal vez fuera posible reconstruir el itinerario de la señora Stevens. Sin embargo, hecho curioso, ella no había dicho ni palabra de aquel proyecto, la víspera, y la cosa no merecía que se la convirtiera en un misterio. Por otra parte, Jemma no se había ocultado para dirigirse allí en compañía de un personaje llamativo. Todo aquello resultaba contradictorio. ¿Sabía ella que su vecino no podía seguirla? ¿Y por qué visitar un campamento hippie? ¿Qué relación tenía con el caso? ¿Se encontraba su corresponsal en aquel campamento?

—Dime —insistió el japonés—, ¿conocía la señora Stevens a ese hippie? ¿Le había visto ya en una de sus estancias anteriores?

—No, no lo creo. Christus no hace más de un mes que viene por aquí.

—¿Viene por aquí? ¿Qué significa eso?

—Que viene a pedir. Tiene un viejo cacharro *psicodélico*, pintado de mil colores y cubierto por un parasol rectangular a franjas. Parece un vendedor de espejos. ¿No lo ha visto nunca?

—No, y lo siento. En Washington no se sabe todo. ¡Y aquí ocurren cosas muy divertidas! De modo que Christus se presenta con su automóvil psicodélico y rapta a la señora Stevens, así, por las buenas...

Mister Suzuki no podía imaginar que Jemma Stevens hubiera dejado sus valiosas fotografías en su habitación mientras ella salía de excursión en un automóvil psicodélico. Tampoco imaginaba que hubiera paseado sus documentos todo el día. Por lo tanto, se había librado de las fotografías *en el camino*.

—¿Cuál es el medio más rápido para ir a Dunsford? —preguntó mister Suzuki.

—El campamento está bastante lejos de la población. Hay un autobús para ir a Dunsford, a las siete de la mañana, y otro a las cinco de la tarde.

Aquel hecho explicaba quizás el comportamiento de Jemma: el primer autobús salía demasiado temprano, y no había querido esperar el segundo hasta media tarde. En cuanto a tomar un taxi, le hubiera costado mucho dinero. Había preferido hacerse llevar por el llamado Christus. Pero, ¿por qué se había dirigido precisamente a él? Al parecer, ella conocía la existencia del centro hippie, como todo el mundo en Kingsfield. Sabía que para dirigirse a Dunsford tenía que pasar por el lugar donde debía encontrar al destinatario de los documentos. Christus, por consiguiente, podía facilitar una valiosa información acerca del lugar de cita de Jemma Stevens.

—¿A qué distancia se encuentra Dunsford? —preguntó mister Suzuki.

—A unos cuarenta kilómetros —respondió Sam.

—Gracias.

La señora Stevens, que tenía en su poder unos documentos de un valor incalculable, había ahorrado el precio de un automóvil de alquiler, unas decenas de dólares.

—¿Y cómo regresó de Dunsford? —continuó preguntando.

—Haciendo auto-stop.

—¿Cómo?

—Sí —confirmó Sam—, vi a la señora Stevens bajando de un camión muy grande, con un letrero encima.

—¿Qué decía el letrero?

—No recuerdo el nombre. Pero había una chica en bikini, dentro de un vaso gigante.

—¡Una chica dentro de un vaso!

Míster Suzuki deslizó un billete de diez dólares en la mano de Sam y regresó a su mesa, en el jardín.

—¡Tráigame carne fría, una botella grande de agua mineral y la cuenta!

Había decidido sostener una entrevista con el hippie llamado Christus.

No había terminado su primera rodaja de carne asada cuando una detonación le sobresaltó. Una horrible sospecha le puso en pie: se precipitó hacia la escalera, subió los peldaños de cuatro en cuatro hasta el segundo piso, corrió a la habitación de Jemma Stevens y vio a un hombre caído boca arriba, al pie de la cama, con la sien agujereada y perdiendo toda su sangre. No daba ya señales de vida y tenía una pistola en la mano. A la primera ojeada el japonés había reconocido a Alf Stevens, del cual había visto diversos retratos en el apartamento de Washington.

Detrás de míster Suzuki, con unos segundos de intervalo, llegó Klotz, el detective del hotel, seguido de cerca por el director.

—Sospeché que iba a hacer una tontería —comentó Klotz, después de haber comprobado que no había ya nada que hacer.

—Vaya a avisar a la policía —le ordenó el director, abrumado.

Klotz quiso utilizar el teléfono de la habitación.

—No —dijo el director—. Vaya a mi despacho. No pase por la centralita. Trate de ser discreto.

Klotz descendió a la planta baja, en tanto que míster Suzuki y el director permanecían sumidos en la contemplación del cadáver.

Alf Stevens desaparecía muy oportunamente. Fue la primera reflexión que se hizo el japonés. Si se admitía la hipótesis según la cual Jemma había sido asesinada después de entregar los documentos al destinatario, el robo no era ya el móvil del crimen. El otro móvil que cabía imaginar era el de impedir que Jemma revelase el nombre de aquel destinatario. Así, su muerte beneficiaba a este último, garantizándole para siempre el anonimato. Desde luego, se había enterado de que su correspondencia era vigilada. Tal como estaban las cosas, tarde o temprano, Jemma hubiese hablado. Pero, en tal supuesto, había que suprimir también al marido de Jemma. En efecto, si se hacía evidente que *el asesino y el destinatario* de los documentos eran una

sola y única persona, Alf Stevens se convertía en un testigo peligroso, ya que él conocía sin duda al destinatario de los documentos que había robado. A pesar de la condena que iba a ganarse, hubiera hablado para vengar a su esposa. Su desaparición se inscribía en la lógica de los acontecimientos. Pero costaría tanto poner en duda su suicidio como demostrar que la muerte de su esposa no fue un accidente.

—¡Dos muertos en doce horas, en el mismo hotel! —suspiró el director—. ¡No lo resistiré!

Pálido y jadeante, apretó sus dos manos contra su pecho, como si quisiera reprimir los latidos de su corazón.

—Hice mal en correr detrás de usted —continuó—. Subía usted los peldaños de cuatro en cuatro. ¡Es evidente que no padece del corazón!

—¿Ha corrido usted detrás de mí? —se asombró mister Suzuki—. ¿No me ha confundido con Klotz?

—No, porque el detective lleva un traje de color gris claro...

Mister Suzuki llevaba un traje azul oscuro. La confusión no era posible.

—Veamos —dijo mister Suzuki—, yo llego aquí el primero, Klotz viene detrás de mí, y usted detrás de Klotz, los tres con unos segundos de intervalo. Por lo tanto, usted debió ver a Klotz al subir la escalera...

—¡Le vi a usted! —afirmó el director, categórico.

—Entonces, Klotz no estaba abajo en el momento de la detonación. Se encontraba ya en los pisos.

—Probablemente.

—Siendo así, tenía que haber llegado el primero.

—A no ser que se encontrara en los pisos altos —sugirió el director.

En aquel momento, mister Suzuki vio sobre la alfombra, debajo de la mesilla de noche, la vaina de una bala de pistola. Sin tocarla, la señaló con el dedo, diciendo:

—Esto va a interesar a la policía.

No añadió nada más. Se había quedado sumamente pensativo. Saludó al director, que se había dejado caer sobre una silla, y bajó al vestíbulo.

Se dirigió hacia la cabina telefónica pero, cambiando de idea, salió a la calle y entró en la primera tienda que encontró abierta. Sacó de su bolsillo la carta del Presidente y pidió a la telefonista el número de Joe MacCloy, el jefe de los servicios secretos de la Casa Blanca, que figuraba en la orden de misión.

* * *

—¡Alió! ¿MacCloy? Suzuki al aparato. Le llamo desde Kingsfield. Se habrá usted enterado, por radio, de la muerte accidental de Jemma Stevens. Su marido acaba de suicidarse, en la habitación de su esposa. Yo he oído el disparo. Hace una decena de minutos, he visto el cadáver. No puedo decirle lo que opino por teléfono. Sólo quiero hacerle una pregunta: ¿qué arma poseía Alf Stevens, pues supongo que todo el mundo, en su servicio, posee una?

—Desde luego, todos mis hombres poseen una *Smith and Wesson* último modelo.

—O sea, que disparan proyectiles sin vaina...

—Exactamente.

—Pues bien, Stevens ha sido muerto por una bala con vaina. He visto la vaina cerca del cadáver.

—Entonces, se ha suicidado con una pistola que no era la suya.

—Lo mismo que su esposa —dijo el japonés—, que se electrocutó con un secador que no era suyo... Ya le explicaré. Y gracias por la información. Es todo lo que quería saber. Volveré a llamarle en cuanto haya alguna novedad. *So long!*

Mister Suzuki pagó la conferencia y empezó a buscar un taxi para hacerse conducir a Dunsford. Más que nunca, tenía prisa por entrevistarse con el llamado Christus.

Capítulo XII

AORILLAS de una playa pedregosa, la Hippielandia de Dunsford se extendía a lo largo de unos kilómetros, agarrada a los menores accidentes del terreno, a los árboles raquíuticos, a los roquedales calcinados por el sol. Algunas cabañas aisladas recordaban las chozas de los salvajes; otras se agrupaban como las barracas de los suburbios. El conjunto, salpicado de ramilletes de vegetación, evocaba más bien las «favelas» y los «ranchitos» de la América del Sur que los campamentos de gitanos de Europa. Pegadas a la costa, encima del Pacífico, unas nubes blancas permanecían inmóviles, como un inmenso rebaño petrificado.

Al acercarse a los primeros alojamientos, mister Suzuki vio a un hombre joven y barbudo soplando sobre una fogata. Un agujero negro practicado en la dura roca podía servir de horno; un tubo de estufa estaba plantado encima. Era el retorno a la edad de las cavernas. En el umbral de otra choza cubierta de follaje mustio, otro hombre cantaba acompañándose con una guitarra. Las barracas se alineaban sin orden; algunas mostraban sus techos de lata debajo de un enmascaramiento de hojas.

Una inmensa perplejidad abrumaba a míster Suzuki y venía a aumentar el peso de sus angustias. ¿Había estado Jemma aquí? ¿Qué tenían que ver estos neo-primitivos, estos nuevos hombres de Neandertal, con las ventanas de tiro atómico? Desde el principio, míster Suzuki chapoteaba en el absurdo. No entreveía ninguna claridad de lógica o de razón en la cadena de acontecimientos que le habían conducido aquí. ¿Una ciudad de locos? ¿Un pueblo de iluminados? ¿Un centro de contestatarios? ¿El laboratorio del cual iba a salir el hombre nuevo? ¿O, simplemente, una colonia de vacaciones para adolescentes prolongados?

De repente surgió delante del japonés un tipo musculoso y bronceado cuyo short tenía algo de militar. Rubio, de ojos azules, se cuadró en medio del camino, con las manos en las caderas. Míster Suzuki le saludó cortésmente y el otro correspondió a su saludo.

—Me gustaría mucho encontrar a un tal Christus —dijo el japonés.

La risotada del hombre de la mandíbula cuadrada y de dientes puntiagudos dio a entender que no había que tomar a Christus demasiado en

serio.

—Trataremos de encontrárselo —decidió—. Sígame. Me llamo Hermann Hesse.

Una persona del sexo femenino, de cabellos muy largos, someramente vestida con un sostén y una minifalda, surgió de pronto ante los dos hombres. Tenía un aspecto cuidado, e incluso sofisticado. Perfectamente maquillada y gozando de un bronceado racional, podía tener unos veinte años. Con su aire competente y su mirada inquisitiva, llamaba la atención y se diferenciaba notablemente de lo que la rodeaba. Había enarcado las cejas ante el aspecto del intruso. Sus facciones regulares quedaban un poco estropeadas por unos finos labios de institutriz. Adivinando la encarnación de la autoridad, míster Suzuki la saludó con una inclinación de ochenta grados.

—Hola —dijo la muchacha secamente.

Y se volvió hacia Hermann, para obtener una explicación.

—El caballero busca a Christus.

La muchacha esbozó una mueca algo despreciativa, pero pareció tranquilizada.

—Creo que ha salido de pesca —anunció—. Es inútil que le espere.

—Puede usted trabar conocimiento con sus compañeras —propuso Hermann, más conciliador.

—Me llamo Leonora Carruther —dijo la «institutriz».

—Akiha Suzuki —se presentó ceremoniosamente el japonés.

—¿Es usted periodista?

—Algo por el estilo —respondió míster Suzuki—. Pero quisiera ver a Christus a título personal.

—¡Ah! —dijo Leonora, en tono dubitativo—. Christus se ha llevado a una de mis amigas en su automóvil y no sé dónde se habrán metido.

Hermann se echó a reír.

—Miss Carruther es «observadora» —explicó.

—Sí, observo el fenómeno hippie por cuenta de la Universidad de California —explicó ella.

El japonés se mostró cortésmente admirado.

—Buscamos nuevos esquemas de civilización —continuó la muchacha—. Las viejas células sociales están gastadas. Hay que inventar nuevos «motivos de ser» y reorganizarnos de acuerdo con mitos nuevos. Por desgracia, esos mitos no se han inventado aún.

El japonés asumió un aire de gravedad, para manifestar cuánto lo lamentaba. Pasaron junto a un montón de basuras medio oculto por una

barrera de bambú. Se desprendía de él un hedor a pescado podrido que se pegaba al olfato. Miss Carruther se tapó la nariz sin hacer ningún comentario.

Súbitamente, el camino se encontró bloqueado por una silueta negra surgida de una choza. Un negro alto y desnudo se irguió delante del trío. Leonora se había detenido, en tanto que Hermann continuaba avanzando con una desenvoltura exagerada.

—¡Cerdo! —gritó el negro—. ¡Tú has podrido este paraíso! ¡No eres más que una carroña ambulante! ¡Un cabo de vara!

Con un brusco movimiento, levantó su mano derecha, que había mantenido oculta detrás de su espalda, y blandió un largo y afilado cuchillo. Su recia musculatura le convertía en un temible adversario. Al ver el cuchillo, Leonora profirió un grito mientras Hermann daba un salto de costado. El negro se precipitó encima de él y, en vez de golpear de arriba abajo, como su gesto hacia presumir, bajó el brazo y dirigió el arma de abajo arriba hacia el vientre del «cabo de vara». Con una rapidez fulgurante, Hermann dejó caer su mano verticalmente sobre la muñeca del negro, eludiendo la punta de acero. Al mismo tiempo, con su pie derecho trabó una pierna de su adversario, que dio media vuelta sobre sí mismo, cayendo al suelo. Hermann le propinó un puntapié en la sien, le agarró por los cabellos y empezó a martillearle la nariz.

—¡Suéltele! —gritó Leonora.

Hermann ignoró la orden. Continuó golpeando, y no paró hasta que el otro tuvo el rostro ensangrentado.

Unos gruñidos amenazadores se elevaron a derecha e izquierda. Hermann se secó las manos con su pañuelo y dijo:

—Es la marihuana. Algunos negros no la resisten. Les pone furiosos y buscan jaleo. Sólo los golpes pueden calmarles. Aparte de esas crisis, son suaves como unos suecos.

—La agresividad plantea un problema —comentó la «observadora»—. Está dentro del hombre. Nada podrá eliminarla, como no sea, quizás, una mutación de la especie.

El paseo continuó.

—¿Cree usted —dijo Hermann— que el hombre nuevo va a salir de ese hatajo de drogados y de neuróticos que vegetan en medio de sus montones de basuras? ¡Nunca me harán aceptar como crema de la civilización lo que no es más que su escoria!

Ofuscada, Leonora se volvió hacia el japonés para protestar.

—Hermann es un germano —explicó—. Y como a tal, quiere racionalizarlo todo, mecanizarlo, planificarlo. Si le escucháramos, no

tardaríamos en tener electricidad y cadenas de montaje para los collares de flores y los adornos de conchas.

—Ya hemos llegado —anunció el alemán, en tono áspero.

Señaló con el dedo un alojamiento formado por una armazón de vigas. Las paredes eran de madera, de ramaje, de trozos de lata... Dos mujeres, semidesnudas, salieron de la choza. Una era negra y la otra blanca. Sus cabellos estaban salpicados de flores multicolores.

—Voy a dejarle —dijo Leonora, dirigiéndose a míster Suzuki.

Arrastró a Hermann, el cual se alejó a regañadientes.

Capítulo XIII

EL JAPONÉS saludó ceremoniosamente a las dos muchachas. La acogida de éstas fue encantadora. Cada una de ellas le cogió por un brazo para hacerle entrar en la cabaña. El lugar olía a pajaza renovada con poca frecuencia. Pero uno se acostumbraba en seguida. Y el olor a heno evocaba la cálida intimidad de un establo.

—De modo que son ustedes las compañeras de Christus —dijo el japonés.

—Ésta es Ruta —dijo la rubia, señalando a la negra—, y yo soy Ingrid.

—Encantado —dijo míster Suzuki, inclinándose ochenta grados.

En el interior de la cabaña no había más muebles que dos amplios lechos colocados en ángulo y hechos con tiras de cuero tensadas sobre un chasis cubierto con un colchón que perdía sus algas por varios desgarrones. En la pared, veíase un inmenso retrato de Buda meditando.

«¿Dónde he caído?», se preguntó míster Suzuki con una creciente preocupación. ¿Qué relación podía existir entre el ejercicio de alerta en la Casa Blanca, el viaje de Jemma en un automóvil psicodélico, su asesinato satánico al regreso, la desaparición de las fotografías y aquellas dos mujeres acogedoras como una trampa?

Toda realidad se disolvía. Del horror de la muerte de Jemma, punto culminante de la pesadilla, el japonés se deslizaba poco a poco en un sueño absurdo y delicuescente.

—¿Qué es lo que te ha hecho Christus? —inquirió la oscura Ruta—. ¿Te ha birlado la mujer?

—Ha llevado a una muchacha que conozco a un lugar que me gustaría conocer.

Las dos muchachas intercambiaron una mirada de incomprensión.

—¿Estáis seguras de que no ha traído a la muchacha aquí?

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Ingrid.

—Ayer, antes de las cuatro de la tarde.

—Absolutamente seguras —respondió Ruta—. Christus dio su vuelta habitual, y regresó como de costumbre.

Para mister Suzuki, aquello era una primera indicación: Christus había dejado a Jemma en el camino, probablemente en un lugar al cual no resultaba

fácil llegar en autobús.

—Me han dicho —continuó mister Suzuki— que vuestro amigo Christus no se encuentra en el campamento en este momento. Y yo no le conozco ni de vista...

—¡Si le hubiera visto, le habría reconocido! —exclamó Ruta—. ¡Llama la atención, incluso aquí! Lleva una barba roja y unos cabellos largos, del mismo color, partidos en dos por una raya en medio. Tiene unos cabellos muy cuidados. Es lo único que se lava: los cabellos y la barba. Además, tiene mucho ascendiente en la mirada, como si viera cosas que los otros no ven. Cuando habla, se le escucha, y cuando ha terminado de hablar, se le da dinero. Si le hubiera encontrado usted, no habría escapado a su encanto. Le hubiera impuesto las manos, alzando los ojos al cielo.

—Y, entretanto, su cartera hubiera volado —añadió Ingrid.

—Bueno —concluyó mister Suzuki—, voy a esperar a vuestro amigo, si no tenéis inconveniente.

—Y, mientras le esperas, vas a invitarnos a un whisky —decidió la muchacha.

Deslizó su mano en el bolsillo de mister Suzuki, sacó de él la cartera, la abrió, tomó un billete de diez dólares y volvió a dejar la cartera en su sitio. Luego tendió el dinero a Ingrid y le ordenó:

—¡Trae una botella de whisky!

—Sí, querida —asintió la otra.

Y salió rápidamente.

—¿Acaso hay algún centro comercial en Hippielandia? —preguntó el japonés.

—No, nada de centro, pero los portorriqueños del campamento venden de todo: L.S.D., marihuana, alcohol...

Mientras hablaba, Ruta examinaba atentamente a mister Suzuki. Le inspeccionó de pies a cabeza, como para averiguar qué podía esperarse de él.

—¿Sabes? —explicó Ruta—. Los hombres tienen los ojos más grandes que el vientre. Cuando llegan aquí, pasan por un período erótico durante el cual se agarran a todo lo que encuentran. Sigue un período de depresión en que les da por el alcohol. Pero no dura mucho: la alimentación y el sol les hacen polvo el hígado. Entonces se dedican a la L.S.D. Con esa porquería, los toros se convierten en bueyes. Con las chicas es distinto: las que quieren hijos no se drogan ni beben. En cuanto tienen su chiquillo, se organizan burguesamente y, por fin, van a instalarse a la ciudad, para tener televisión y trabajar de criadas mientras su hombre se da la gran vida. Por regla general,

una chica guapa no se queda aquí mucho tiempo. Entre los hombres, la proporción de los que se «vagabundizan» es más elevada.

En aquel momento regresó Ingrid con una botella de Cutty Sark. Devolvió unas monedas al japonés y le besó para darle las gracias.

—¡Esto sienta muy bien! —exclamó, después de beber un sorbo en un vaso mellado que había sacado de una caja llena de objetos heterogéneos.

Había entregado un vaso sin mellas a mister Suzuki, y otro a Ruta.

Luego, las dos damas se quejaron a coro de su dueño y señor.

—Sólo se divierte con las que vienen de paso —se lamentó Ruta.

—Llama a eso ascetismo —añadió Ingrid—. Quiere conducirnos por el camino de la renunciación budista. El objeto de nuestros deseos no es más que ilusión, al parecer, Renunciar a todo es poseerlo todo, dice.

De repente, los ojos de mister Suzuki se posaron en un tronco que estaba en el suelo, en un rincón de la choza. Una amplia ranura permitía echar dinero al cilindro metálico que llevaba, en grandes letras rojas, la inscripción: *Dunsford*.

—¿Es con eso con lo que Christus va a pedir? —preguntó.

—Sí —respondió Ingrid—, pero nunca hay un centavo dentro cuando trae la caja aquí.

La vista de aquel tronco fue una iluminación para mister Suzuki. Podía suponerse que Jemma Stevens, que no conocía a Christus, se había dirigido a él atraída por la inscripción.

* * *

Más tarde, Ruta preparó café.

—Hay que arreglar la barraca para la noche —dijo Ingrid—, si no queremos que vuele.

Pero, a fin de cuentas, renunció a aquel esfuerzo.

—Cuando nos roza una cola de tifón —explicó Ruta—, las pasamos moradas. Todo el mundo está como loco. Las barracas vuelan a cien metros de distancia como simples hojas de papel.

Cayó la noche. Tras un rápido crepúsculo, la oscuridad descendió sobre Hippielandia. Christus continuaba sin aparecer. Decidido a pedirle una explicación, mister Suzuki se acostó en la cama del interesado para esperarle. El viento soplaba en torno a las barracas. De cuando en cuando, un objeto — un trozo de madera o una lata vacía— se paseaba entre las chozas, chocaba contra un obstáculo, partía más lejos. Afortunadamente, no había cristales.

Los ojos de míster Suzuki se cerraron. En la oscuridad absoluta, los últimos ruidos se apagaron.

* * *

Cuando el japonés volvió a abrir los ojos, la oscuridad se había hecho transparente. El claro de luna pasaba a través del enrejado de cañas que servía de postigo. La claridad azulada dibujaba un puente a través de la pieza. Una extraña sensación, la intuición de una presencia le hizo levantarse y dirigirse hacia la puerta. Empujó suavemente el batiente y la claridad nocturna dibujó una silueta que se movía sobre el suelo: era la sombra de Christus. Míster Suzuki se encontraba por fin cara a cara con «el que sabía». La luz de la luna le permitió ver claramente la gran barba rizada y la sedosa cabellera, partida en dos por la raya, los ojos desorbitados y la lengua hinchada y colgante. Y también la cuerda que rodeaba su cuello y le mantenía dos pies por encima del suelo, permitiéndole balancearse suavemente.

Capítulo XIV

POR PURA fórmula, míster Suzuki palpó el cuerpo ya frío del cual se desprendía el hedor fétido de la muerte. Un grito, a su espalda, le sobresaltó: era Ruta, cuya silueta oscura emergía de la choza. Su cuerpo liso y desnudo brillaba al claro de luna, como un mármol negro. Se precipitó sobre el cadáver, profiriendo prolongados aullidos de plañidera. Había abrazado al muerto, y cuando éste osciló la negra estuvo a punto de caer, lo cual hizo que redoblara sus aullidos. Un instante después, Ingrid, muy pálida a la claridad azulada de la noche, salió a su vez de la cabaña. Medio adormilada y sin duda bajo la influencia del whisky, contempló con una mirada de incomprensión la escena demencial de los dos cuerpos, el vivo y el muerto, uno agarrado al otro, y el otro colgado de la viga del techo. Sin embargo, tuvo la suficiente presencia de ánimo para encender una vela e iluminar al ahorcado, paseando la pequeña llama vacilante a lo largo del rostro, como si quisiera prender fuego a la barba. El japonés pudo detallar por primera vez los rasgos del que había poseído la verdad durante unas horas: un rostro joven, pero estragado por el sol, con unas órbitas profundas de iluminado.

Entretanto, un inmenso rumor se elevaba en la oscuridad. Despertados por los gritos de Ruta, los vecinos más próximos acudieron, uno portando un farol, otro una antorcha rudimentaria. Hirsutos, velludos y desvestidos, ofrecían un espectáculo de hombres prehistóricos. Horrorizados, estupefactos o simplemente desconcertados, sus ojos no se apartaban del cadáver que Ruta levantaba, ahora, para descolgarlo. No había nada, cerca, que permitiera hacerlo. A saber cómo se las había arreglado Christus para alcanzar la viga a la cual se encontraba atada la cuerda. Se encuentra siempre, junto a los ahorcados, la silla o la escalera que les ha permitido izarse.

Inspeccionando el lugar, el japonés descubrió que la cabaña estaba adosada a un roquedal que surgía del suelo. La pendiente del tejado iba en aquella dirección; era posible, pues, subiendo a las rocas, trepar al tejado por el lugar donde quedaba más cerca del suelo.

Cada vez llegaba más gente, y al silencioso estupor sucedió un clamor enorme. Ruta e Ingrid se habían echado una en brazos de la otra, sollozando. Ante aquel espectáculo, otras mujeres estallaron en un llanto ruidoso.

Gracias a la iniciativa de míster Suzuki, subido al tejado, el cadáver pudo ser desatado y depositado en el suelo.

Apareció entonces Leonora, que se había tomado la molestia de peinarse. Impecable en un dos piezas floreado, inspeccionó con mirada fría la escena de histeria colectiva.

—Se ha colgado en una crisis de locura —dijo—. No me extraña en él.

—Le he encontrado colgado de esa viga —declaró el japonés—. No puedo decir-más.

Ingrid había caído de rodillas y miraba intensamente el rostro del muerto, como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Ruta, por su parte, se revolcaba por el suelo en un verdadero acceso de desesperación, tirándose de los cabellos y gritando a más y mejor.

Tras una última mirada de piedad, Leonora se alejó con paso decidido, en la oscuridad. De repente, Ruta se incorporó con una vivacidad de crótalo. Su cuerpo negro y flexible estaba cubierto de polvo gris. Presa de un frenesí creciente, aulló con todas sus fuerzas, vuelta hacia míster Suzuki:

—¡Asesino! ¡Le ha matado él! Ha venido para esto. ¡Preguntadle qué buscaba en este campamento! ¡Preguntádselo!

El rumor de las voces había disminuido. Se estaba formando un círculo alrededor del japonés. Con las manos en las caderas, todos los músculos tensos por una especie de espasmo tetánico, los ojos fulgurantes, Ruta acusaba. La cosa resultaba mucho más inesperada por cuanto apenas se había preocupado por Christus en las horas precedentes.

Todas las miradas se volvieron hacia míster Suzuki. Otros hippies llegaban de más lejos; barbudos, velludos, algunos exhibían unos músculos nudosos de hombres de las cavernas. Pero, de momento, no se mostraban amenazadores.

La rubia Ingrid no se asoció a las imprecaciones de su compañera negra.

Para amotinar a la masa, Ruta, bruscamente, se lanzó sobre el japonés como un gato rabioso. A míster Suzuki le costó trabajo librarse de ella.

—¡Sí, es verdad! ¿Por qué ha venido aquí? —preguntó una voz potente—. ¿Para qué buscaba a Christus? ¿Qué cuenta pendiente quería arreglar?

El alto y sólido Hermann hendía la multitud y se acercaba, desenvuelto, inquietante en su short de color caqui que recordaba un uniforme. Representaba el orden, la disciplina, la autoridad, la fuerza.

—Dilo —continuó, acercándose a míster Suzuki—. ¿Qué te había hecho Christus? ¿Por qué has pasado la noche esperándole?

—Sí, sí —gritó Ruta—. Le ha estado acechando, y nosotras sin sospechar nada... Se ha levantado mientras nosotras dormíamos. ¡Ahora comprendo por qué nos ha hecho beber whisky!

Ruta marchó en busca de la botella vacía y regresó blandiéndola como un argumento irrefutable.

—¡Contesta! —ordenó Hermann con voz seca.

—No tengo nada que contestar —dijo el japonés, conservando toda su calma—. Todo esto es absurdo. Si hubiera matado a Christus, no estaría aquí.

—¡Le he sorprendido antes de que pudiera huir! —afirmó Ruta la negra.

Llegada al paroxismo de su crisis, aulló:

—¡Sois una pandilla de cobardes! ¡Matad a este asesino, puesto que le he cogido con las manos en la masa!

Algunas voces excitadas le hicieron eco. Uno o dos drogados debían encontrarse en su fase agresiva y podían prender fuego a la pólvora. Hermann, por su parte, no se excitó: dominaba la situación perfectamente. Una leve sonrisa vagaba por sus delgados labios.

—¡Ha venido para esto! —rugió Ruta, como una posesa.

Sólo le faltaba echar espumarajos por la boca.

—¡Ha matado a nuestro mesías! —añadió—. ¡A nuestro profeta! ¡A nuestro protector! ¡A nuestro guía!

En su delirio, el muerto adquiriría unas proporciones sobrehumanas.

Un negro de elevada estatura, con voz de bajo, empezó a salmodiar una plegaria, multiplicando las señales de la cruz. Unas muchachas de color se unieron a él. Poco a poco, la salmodia se convirtió en canto, y una especie de *gospel song* salvaje se elevó en la oscuridad.

Súbitamente, Ruta rompió la botella de whisky golpeándola contra una piedra e hizo de ella un arma temible con la cual se echó sobre míster Suzuki. Éste esquivó el ataque por muy poco. Hubiera podido atontarla; quiso únicamente desarmarla.

Una punta acerada de cristal mordió la muñeca del japonés. Brotó la sangre. Furioso, replicó con un bofetón. Ruta quedó inmediatamente con el rostro cubierto de una sangre que no era la suya. Esto fue como una señal, como si la vista de la sangre actuara sobre la multitud como sobre las fieras que se precipitan contra el domador herido por una de ellas. Los negros continuaban con su solemne lamento, y la escena, iluminada por las antorchas, adquiriría la majestad de una ceremonia fúnebre.

Míster Suzuki había recogido la botella rota que, en sus manos, podía causar estragos.

—¡Linchadle! —gritó Ruta, enjugándose la sangre del rostro.

Súbitamente reinó el silencio; un silencio de cien alientos suspendidos. Apenas si se oyó crujir la grava bajo los pies descalzos que avanzaban.

Míster Suzuki buscó una salida con los ojos y no la encontró. El círculo estaba bien cerrado. El grupo de los que estaban detrás de él no se mostraba agresivo. Entre ellos, reconoció al negro que unas horas antes había apostrofado a Hermann. Con los ojos brillantes y la boca entreabierta, Ruta acechaba el instante fatídico del choque. En cuanto al japonés, apretaba espasmódicamente el gollete de su botella. Podía dar cuenta de una decena o una veintena de agresores antes de sucumbir, pero esto no cambiaría su destino final. Miró a los ojos, uno después de otro, a los adversarios que avanzaban frente a él... Una vez más, la policía no encontraría nada que añadir a la versión oficial de los hechos: Jemma había muerto en un accidente estúpido, Alf se había suicidado por un motivo muy comprensible, Christus se había colgado en una crisis de locura agravada por una supuesta infidelidad de sus amantes. Quedaba míster Suzuki, solo en la pista... sobre la pista de la verdad. Pues bien, iba a morir linchado. Habría que acusar a todo el mundo, es decir, a nadie. Hermann juraría que había hecho lo imposible para proteger al desconocido contra la indignación general y legítima.

El tipo alto y barbudo se encontraba a un metro de distancia de míster Suzuki.

El japonés tiró la botella rota lejos, por encima de la multitud. No quería proporcionar ningún pretexto para el ataque, y sabía que haciendo correr la sangre no arreglaría nada.

—¡Avanza solo —le gritó al tipo alto y barbudo—, si eres un hombre!

Se produjo un paro en el avance del rodillo compresor. También el individuo interpelado se detuvo. Esto provocó algunas risas. Entonces, el tipo saltó hacia adelante profiriendo una especie de grito de guerra inesperado. El movimiento de esquiva del japonés le pilló desprevenido. Golpeó en el vacío. Míster Suzuki le cogió por la barba, para obligarle a bajar la cabeza, y le golpeó en la nuca con el filo de la mano. El otro se desplomó blandamente y se quedó en el suelo, boca abajo, inmóvil. Se repitieron las risas. El japonés tuvo la impresión de que no habría más agresiones aisladas: nadie se atrevería a enfrentarse con él mano a mano.

El ataque se produjo cuando el ardor combativo parecía haberse calmado. Hermann dio el empujón necesario. Saltó hacia adelante. El japonés se apartó a un lado y, con el pie, trabó la pierna derecha del alemán, el cual cayó al suelo. Un puntapié en la nuca le impidió levantarse.

Un hippie, delgado y musculoso, se había lanzado a su vez, sin prever el fracaso total de Hermann. Un golpe seco en la nuez de Adán acabó con sus ímpetus.

Su sucesor se desplomó al recibir el tacón de mister Suzuki en la rótula. Profirió un gemido y no insistió en su ataque.

Otro había avanzado al mismo tiempo, y recibió el puño del japonés en pleno plexo solar. Otro más se arriesgó y fue acogido con un puñetazo en la mandíbula.

Y luego estalló el tumulto. Una furia repentina echó sobre el desconocido indefenso a los drogados, los frenéticos, los alucinados. Como respondiendo a una señal, todo el clan se había desencadenado. La tribu de los portorriqueños, la tribu de los escandinavos, todos se lanzaron al asalto con el estúpido y monstruoso encarnizamiento de las multitudes.

Mister Suzuki quedó sumergido por los golpes que llovían de todas partes. Los puños se abatían como una granizada. Notó que su cabeza resonaba como un tambor. La ola humana le envolvió de un modo implacable. Arrodillado, con la cabeza entre las rodillas, mister Suzuki protegía su nuca con sus dos manos. En un segundo, toda la película de su vida se desenrolló ante los ojos de su mente, y luego la pantalla quedó blanca, vacía. El rumor humano se alejó de él velozmente.

Capítulo XV

—**S**ALVADO por el gong —dijo el hombre del traje azul que le observaba con curiosidad cuando volvió a abrir los ojos, después de un lapso de tiempo que no pudo apreciar.

Detrás del hombre, amable y competente, se encontraban Leonora y, un poco apartado, Hermann. Estaban en el interior de una cabaña dotada de cierto confort.

—Está usted en mi casa —dijo Leonora—. Fui a avisar ala policía inmediatamente después del descubrimiento del cadáver de Christus. ¡Se ha salvado por los pelos! Hubiera sucumbido a un ataque de frenesí colectivo.

Para ella, todo el asunto quedaba limitado a un «incidente específico», interesante para anotar en sus fichas de observación.

—Es verdad —aprobó Hermann—. Yo no hubiera podido arrancarle de las manos de esos salvajes.

Mister Suzuki no respondió.

—Vamos a llevarle a una clínica —decidió el hombre del traje azul, que parecía ser un policía.

—Christus ha sido asesinado —dijo el japonés.

—Me llamo Barney —dijo el hombre vestido de azul—. Soy el jefe de la brigada de Dunsford. He revisado su documentación. No se preocupe, haremos todo lo que esté a nuestro alcance para ayudarle. Pero, ahora, lo más urgente es que reciba usted los cuidados necesarios. Pondremos todo esto en claro.

Mister Suzuki tenía una multitud de motivos para dudarle. La investigación sobre la muerte del hippie ahorcado no daría más resultados que la iniciada a raíz de la muerte de Jemma.

A medida que se aclaraban sus ideas, el japonés sentía instalarse el dolor en todos sus miembros, y más sólidamente a cada instante que transcurría.

Sus sienes latían como si contuvieran un corazón enloquecido. Su nariz, sus labios, estaban hinchadísimos. No veía más que con un ojo: el otro sólo disponía de una pequeña aspillerera, entre dos equimosis.

—Vamos a trasladarle —decidió el policía.

—Le ofreció el brazo, para ayudarlo a levantarse del diván sobre el cual estaba tendido. Con paso titubeante, alcanzó un coche-patrulla al que le hicieron subir. Un agente de uniforme estaba al volante.

—Gracias por su hospitalidad —dijo ceremoniosamente el japonés, volviéndose hacia Leonora, que le había seguido.

Después de lo cual cerró los ojos y se desplomó sobre el asiento.

* * *

A pesar de la opinión de los médicos que le habían aconsejado meterse en la cama y no moverse durante ocho días, dos horas más tarde míster Suzuki se encontraba en un *drugstore*, sentado ante una botella de agua mineral. Atiborrado de drogas, se sentía algodónoso de la cabeza a los pies. Era su quinta estación en su gira a través de las cafeterías y los bares de todas clases, en busca de la famosa «muchacha dentro de un vaso» que había mencionado Sam, el botones del hotel.

Se aferraba a aquella visión; era la única idea clara que sobrenadaba del desastre neblinoso en que flotaba su mente, semejante a un fantasma que busca un cuerpo para encarnarse.

Estaba a punto de marcharse en busca de otro establecimiento, cuando cambió de opinión. A través de la estrecha rendija que le permitía ver, entre dos hematomas, percibió un cartel publicitario pegado a la pared. El texto proclamaba: *Zumo de naranja Lorys. Del árbol al vaso*. Una muchacha ilustraba el texto. Una muchacha en bikini, *metida dentro de un vaso gigante* y hundida hasta las rodillas en zumo de naranja.

Míster Suzuki se precipitó hacia la cabina telefónica y buscó el número de la empresa en cuestión, que encontró sin dificultad: *Lorys. Zumos de frutas. Preparación, venta y transporte*. Allí estaba la última posibilidad de salvación. Uno de los camioneros de aquella empresa había recogido a Jemma Stevens en el curso de su recorrido. Era más que improbable que no recordara el lugar donde la había recogido. Una esperanza descabellada devolvió a míster Suzuki todo su dinamismo. El efecto desastroso de la droga se disipó como por arte de magia. Las explicaciones con la empresa Lorys fueron difíciles: al otro extremo del hilo se mostraban desconfiados, no sabían lo que quería, no podían contestarle. Finalmente, el japonés optó por la maniobra autoritaria:

—¡Aquí, la policía! —afirmó—. Va usted a decirme inmediatamente dónde se encuentra en este momento el chófer del camión que sirve a la

región situada al norte de San Diego. De no hacerlo, aténgase a las consecuencias.

Hubo un conciliábulo al otro extremo del hilo. Finalmente, le contestaron:
—Se trata probablemente de Sal Ganucci.

Le indicaron incluso el restaurante de la carretera que discurría a orillas del mar donde el interesado se encontraría probablemente alrededor de mediodía.

* * *

Salvatore Ganucci no era el camionero hercúleo de brazos desnudos imaginado por el japonés. Era un hombre de baja estatura, chupado de cara y con una nariz larga y puntiaguda. La camiseta rayada que llevaba encima de sus tejanos descubría unos bíceps secos en forma de oliva. Una gorra de visera deformaba su incipiente calvicie.

—El martes cargó usted a una autostopista que se dirigía a San Diego. No debían ser más de las cuatro de la tarde.

—¿Yo? ¿Una autostopista? ¿Cree usted? No lo recuerdo. Déjeme pensar. Ya sabe, en los tiempos que corren, uno recogería manadas enteras de autostopistas: beatniks, hippies, vagabundos, cualquier cosa...

Perdía tiempo, ahogaba su mentira bajo un torrente de palabras.

Míster Suzuki colocó la fotografía de Jemma Stevens sobre la mesa del restaurante. Salvatore le concedió una sola ojeada prudente y temerosa, y luego miró a otra parte, como un hombre al que su dignidad prohíbe fijarse demasiado en una imagen obscena.

—¿Sabe usted que esa joven ha muerto?

Mirada estupefacta de Ganucci, estupefacta y al mismo tiempo aliviada.

—¿Muerto? —repitió.

De repente, contempló la fotografía con renovada atención.

—Asesinada —concretó míster Suzuki.

—¡No!

—Bueno —dijo míster Suzuki—, no me hará usted creer que no conserva ningún recuerdo de ella...

—Yo... Ejem... Creo que...

—Hablemos claro, Ganucci. Cargó usted a esa muchacha y, como pago del transporte, se permitió usted algunas libertades, ¿no? La muchacha le paró los pies y usted ha temido, al verme, que le había denunciado... Es eso, ¿verdad? Está equivocado. Era una buena chica, incapaz de perjudicar a nadie

a sabiendas. Quiero saber en qué lugar, exactamente, la cargó usted. Es muy importante para descubrir a los asesinos.

—En todo caso, yo no tengo que ver nada en el asunto —se apresuró a protestar Ganucci—. Yo la dejé en Kingsfield, lo recuerdo perfectamente, delante de un hotel. Se llamaba...

—¿Hotel *Phoenix*? —sugirió mister Suzuki.

—Eso es: hotel *Phoenix*, de Kingsfield. Allí la dejé, sana y salva. Ella me dio las gracias y me sonrió amablemente, de modo que me hubiera extrañado...

—Dígame el lugar exacto donde la cargó —insistió mister Suzuki—. Es muy importante... incluso para usted.

—¿Para mí?

—Los que mataron a esa muchacha lo hicieron para que ella no pudiera revelar nunca *el lugar de donde venía cuando usted la recogió*. Ahora, usted lo sabe tan bien como ella. De modo...

—¿De modo? —repitió el camionero, desconcertado.

—De modo que no vacilarán en suprimirle para que no pueda hablar. ¿Comprendido? Lo que me asombra es que siga usted con vida. Lea los periódicos. La muchacha se llamaba Jemma Stevens. Entretanto, muéstreme en el mapa el lugar exacto en que la recogió. Le repito que es una cuestión de vida o muerte para usted. Su única posibilidad de salvación estriba en que yo detenga a los asesinos antes de que le supriman.

—¿Y por qué habrían de matarme?

—¡Porque le ha llegado la vez!

* * *

El lugar señalado por el camionero era exactamente un desierto. Ni vegetación, ni edificaciones. Y el sol contribuía a subrayar la aridez del paisaje. Único punto de referencia: a unos doscientos metros de la carretera, veíanse las ruinas de una alquería.

El chófer del taxi que había conducido a mister Suzuki hasta aquel lugar hizo una mueca muy expresiva cuando el japonés le anunció que había llegado. Mientras se alejaba, se volvió varias veces, como si no diera crédito a sus ojos al ver a su pasajero inspeccionar aquellos parajes con una curiosidad inquieta, como si hubiera algo que descubrir en medio de la extensión llana y desolada.

Al este se adivinaba, a ras del suelo, que allí había existido una gran alquería, cuyos restos habían llamado la atención a Ganucci. En torno,

algunos canales de riego recordaban la geometría de las plantaciones desaparecidas.

Inmóvil bajo el implacable sol, el japonés sintió que de nuevo le abandonaba su coraje. Según sus cálculos, el lugar donde Jemma se había separado de las valiosas fotografías tenía que encontrarse en el interior de un círculo de dos o tres kilómetros, partiendo del punto donde ahora se encontraba. En efecto, no cabía pensar que la joven hubiera recorrido una distancia superior a pie, bajo el sol. Pero en aquella zona no había el menor indicio que anunciara una presencia humana. En medio de la hierba amarillenta y escasa, las piedras adquirían el color blanquecino de los huesos desecados. ¿Había que imaginar que un helicóptero acudía, por la noche, a recoger los documentos depositados en un escondrijo en medio del desierto? «No, empiezo a divagar —se dijo el japonés—. Las cosas son más simples. Jemma Stevens no era una espía. Nada, en su comportamiento, permite suponerlo. Tenía que entregar los documentos a una persona conocida de ella y que le inspiraba confianza.»

Para más seguridad, mister Suzuki se había dirigido hacia las ruinas de la alquería, lo único que atraía la mirada en medio de la desolada llanura. Un lagarto verde de ojos dorados huyó entre los derruidos muros. Un arco de ladrillo permanecía extrañamente en pie, al lado de un trozo de pared que se había derrumbado de golpe, como un hombre fusilado. Cada paso turbaba el silencio sonoro que reinaba en el lugar. Durante todo el tiempo que había invertido el japonés en ir a la alquería y regresar, un solo automóvil había pasado por las inmediaciones.

La carretera de gran circulación se encontraba cuatro o cinco kilómetros al este, en la zona habitada a orillas del mar. Mister Suzuki se encontraba a unos veinte metros de la carretera cuando un segundo automóvil apareció en el paisaje desolado. Era un vehículo resplandeciente como un diamante negro, completamente fuera de lugar en aquel camino rural. Antes de llegar a la altura del paseante solitario, el automóvil había aminorado su velocidad y sus dos ocupantes se habían vuelto hacia el japonés. El cristal estaba bajado. Un breve relámpago precedió al primer tac-tac de la ráfaga. En una fracción de segundo, la metralleta borró al paseante del paisaje. Mister Suzuki se había convertido en una mancha invisible en medio de los barbechos.

Capítulo XVI

EL TIRADOR abrió la portezuela del automóvil y se dispuso a apearse, empuñando el arma. El ruido de otro vehículo, a lo lejos, le hizo cambiar de opinión.

—Vamos —le dijo su compañero—. Ya tiene lo suyo. No nos entretengamos aquí.

El hombre de la metralleta volvió a cerrar la portezuela a regañadientes. Su conciencia profesional le exigía comprobar la buena ejecución del trabajo y, llegado el caso, ponerle el toque final.

Una camioneta traqueteante se estaba acercando y el automóvil negro salió disparado, alcanzando los cien en unos segundos.

Míster Suzuki esperó otro minuto antes de incorporarse. Paradójicamente, debía la vida a la habilidad del tirador. Un aficionado se hubiera tomado tiempo para apuntar, dándose cuenta, entonces, de que la «víctima» se desplomaba una fracción de segundo antes del estallido de la ráfaga. Pero el japonés se las había visto con un profesional, que había disparado inmediatamente, al pasar el cañón del arma por el cristal bajado. El japonés había oído silbar las balas por encima de su cabeza al caer. Todo había sucedido tan rápidamente que no había experimentado la menor emoción. Retrospectivamente, notó un extraño calor. Respiró a fondo, como alguien que acababa de librarse de morir asfixiado.

Pero no hay mal que por bien no venga. El enemigo acababa de prestarle un señalado servicio: al atacarle, le hacían saber que se encontraba en el buen camino. La misma precipitación del enemigo le demostraba que estaba «caliente». Era un valioso estímulo que venía a significar que no estaba ya tan lejos del objetivo.

Con un nuevo ardor, reanudó sus investigaciones al este de la carretera y acabó por descubrir un sendero medio borrado, en medio de los campos sin cultivar. Unas huellas de neumáticos de aspecto reciente dibujaban en él la maniobra de un automóvil. La distancia entre las ruedas superaba en mucho la anchura del sendero. El vehículo había rodado hasta el borde de la carretera, para regresar después a su punto de partida. Este hecho, ignorado por el camionero que había recogido a Jemma Stevens, era de una importancia

capital. Sin duda, Jemma había sido depositada allí por un automóvil. Bastaba con seguir el sendero utilizado por aquel automóvil para desembocar en el lugar del encuentro entre Jemma y el destinatario de los documentos.

El sendero iba a parar a la carretera de gran circulación situada cuatro o cinco kilómetros más lejos. Con los ojos semicerrados míster Sukuzi apresuraba en vano el paso para escapar del tórrido calor. Tenía la impresión de encontrarse delante de la puerta abierta de un horno de cerámica.

Después de una marcha interminable, descubrió un grupo de edificaciones bajas, rodeadas de un césped milagrosamente verde. La hierba estaba salpicada de flores multicolores. Aquí y allá, una regadera giratoria esparcía una lluvia tan ligera como una humareda, que el sol vaporizaba. Trescientos metros más allá de aquel oasis, el paso ininterrumpido de vehículos señalaba la carretera. El oasis se extendía sobre varias hectáreas. Una línea de pequeños árboles marcaba los límites de la finca. Míster Sukuzi observó que las edificaciones bajas y encristaladas estaban dispuestas en estrella alrededor de una construcción central más elevada. Los diversos pabellones sólo se diferenciaban entre ellos por el color: verde claro, rubí pálido, azul celeste, etc. Un negro desmadejado, tocado con un sombrero de paja de ala ancha y con un secador en la mano, pasó por una avenida y se alejó sin interesarse por la presencia de míster Suzuki. Éste apretó el paso, le alcanzó y le mostró una fotografía de Jemma Stevens.

—Esta persona ha venido aquí. ¿Se acuerda usted de ella, quizás?

El negro, indiferente, contempló la fotografía con aire ausente y luego miró al japonés con una evidente falta de interés.

—Diríjase a la recepción —le aconsejó.

La recepción se encontraba en una jaula de cristal, al final de una avenida de arena roja. Antes de dirigirse hacia allí, míster Suzuki vio un grifo situado al borde del césped y se arrodilló para beber ansiosamente. Se sintió mejor, y abordó al anciano de la recepción que dormitaba en el interior de la jaula de cristal. El anciano miró la fotografía, luego al visitante, después la fotografía, y de nuevo al visitante. Parecía preguntarse si era oportuno hablar. Un billete de cinco dólares hizo inclinar la balanza del lado bueno.

—Sí, sí, la conozco. Es una persona que vino a visitar al señor Finkel.

—¿Y si yo quisiera visitar también al señor Finkel?

—Le encontrará en el pabellón amarillo, pero antes tengo que anunciarle.

—No hace falta —dijo Mr. Suzuki, entregándole un segundo billete.

—Bien —dijo el recepcionista—. No diga usted que me ha visto.

—De acuerdo. Otra pregunta: ¿dónde estoy? Quiero decir, ¿qué lugar es éste?

El guardián le miró con aire asombrado.

—¿No sabe usted dónde está? Entonces, ¿por qué...?

No terminó la frase.

—Dígamelo, de todos modos —insistió el japonés, con la penosa impresión de que le tomaban por un demente.

—Ésta es la «Californian Science Foundation».

Fue una iluminación para el japonés. En un abrir y cerrar de ojos, una parte de los acontecimientos que permanecían a oscuras adquiría un evidente significado.

—¡Desde luego! —exclamó—. Y el profesor Linus Finkel es el miembro más eminente de este Instituto. Es también el animador de la Artoga^[12]. ¡Debió ocurrírseme antes!

El anciano le miró con creciente inquietud y se preguntó si no sería preferible advertir a sus jefes de la llegada de aquel loco.

Finkel era un sexagenario robusto y ventripotente, de cabellos blancos encrespados, nariz y labios carnosos, que exudaba energía y vitalidad. Llevaba una camiseta amarilla y un pantalón de franela blanca, así como unas alpargatas de esparto. No se ofuscó al ver en su despacho a un visitante que no se había hecho anunciar. Su sonrisa fue acogedora y su apretón de manos cordial. Mister Suzuki le reconoció inmediatamente: era el ilustre científico cuya fotografía habían publicado todos los periódicos del mundo a raíz de serle concedido el premio Nobel de Física.

El sabio había enarcado las cejas al contemplar el rostro cubierto de hematomas de su visitante.

—¿Busca usted un hospital, quizás?

—No, acabo de salir de uno —respondió el japonés—. Estoy bañado en desinfectantes y atiborrado de antibióticos.

—¿Qué le ha sucedido?

—Un pequeño incidente: he tropezado con un sádico, un individuo que hace reinar el orden en el campamento de Dunsford.

Mister Suzuki se presentó sin concretar el objeto de su visita. Finkel parecía estar muy tranquilo. La consigna del Instituto era «relax», por lo visto. Perfectamente climatizado, el despacho del célebre físico estaba adornado con gráficos multicolores, tan excitantes como unos cuadros abstractos. Un pupitre de ordenador ocupaba una de las paredes, y la mesa de trabajo incluía una centralita telefónica erizada de botones y de manecillas.

—Puedo concederle muy poco tiempo —anunció Finkel, echando una ojeada al reloj engastado en un bloque de cristal.

Sin decir palabra, el japonés colocó ante los ojos del sabio la fotografía de Jemma Stevens. El rostro de Finkel sufrió una metamorfosis que sólo el dominio que el sabio ejercía sobre sus reacciones impidió que fuera brutal. Hizo un esfuerzo por conservar su sonrisa cordial, pero la impresión que había experimentado fue evidente. La sorpresa era absoluta. Finkel se echó hacia atrás en su sillón y permaneció en silencio. Quería ver de qué lado iba a producirse el ataque.

—Jemma Stevens ha sido asesinada —declaró mister Suzuki, en tono neutro.

Ninguna reacción en el sabio, que miraba a su interlocutor a los ojos.

—Ha muerto por culpa de usted y por culpa mía —continuó el japonés—. Por consiguiente, tenemos el deber de poner en claro las circunstancias de su muerte y, desde luego, de hacer ejecutar al asesino.

El rostro de Finkel permaneció impasible. Pero no había tratado de negar que había estado en contacto con la esposa de Alf Stevens.

—He leído en todos los periódicos que esa dama había muerto accidentalmente en su bañera.

—También habrá leído que la policía trata de averiguar cómo empleó su tiempo durante las veinticuatro horas que precedieron al «accidente»...

Finkel se hizo el sordo.

—¿No tiene usted nada que decir a ese respecto? —insistió Mister Suzuki.

Mutismo prolongado del sabio. Su mano derecha empezó a repiquetear nerviosamente sobre su mesa de trabajo.

—La policía tiene todas las pruebas deseables para establecer que se trata de un asesinato —continuó el japonés—. No conoce el móvil del crimen, desde luego, pero usted y yo sabemos que Jemma Stevens tenía en su poder, unas horas antes de su muerte, unos documentos fotográficos de enorme interés, documentos que justificaban no un crimen, sino un centenar. Sin embargo, ella se había librado de esos documentos cuando la mataron. Por lo tanto, no podían robarle nada. Me he preguntado si el asesino la había matado por error, creyendo que tenía aún las fotografías. Y luego he rechazado esa explicación, ya que el asesino de Jemma Stevens ha matado también al hombre que hubiera podido informar a la policía acerca del empleo del tiempo de la víctima: un hippie conocido bajo el nombre de Christus.

—He leído que ese hippie se había ahorcado —observó el sabio, glacial.

—También habrá leído que el marido de Jemma Stevens se ha suicidado. Son muchas muertes para salvaguardar su... digamos anonimato.

Esta vez, Finkel dio un respingo que le levantó de su sillón. Con un gesto, el japonés le invitó a tranquilizarse y prosiguió:

—Una palabra más, y habré terminado: yo mismo he sido objeto de un atentado, hace aproximadamente una hora, en un lugar desierto, a unos kilómetros de aquí, un lugar que usted conoce, indudablemente. Todos esos crímenes no han tenido otro objetivo que el de ocultar a las autoridades que usted era el destinatario de los documentos en poder de Jemma Stevens y robados por su marido, Alf, en el apartamento del Presidente de los Estados Unidos. Tres personas han muerto para salvar su incógnito, señor Finkel.

—¡Basta! —gritó brutalmente Finkel, dejando caer bruscamente su puño cerrado sobre la mesa de metal—. ¡Basta de insinuaciones y de amenazas! ¡A un personajillo como usted se le echa a puntapiés de cualquier parte! ¡Sin duda ignora con quién está hablando!

—Lo sé perfectamente —replicó mister Suzuki—, y no soy ningún personajillo, sino un agente encargado de una misión por el Presidente de los Estados Unidos, y usted no me hará soltar presa, ni me intimidará. Si llamo a la policía, no dejará de encontrar aquí las fotografías de que estoy hablando.

Finkel pareció calmarse. Una vez más, cambió de rostro y fingió el buen talante y la familiaridad.

—¿Qué insinúa usted, exactamente? —razonó—. ¿Que una banda de asesinos a sueldo mío ha tratado de impedirle que estableciera contacto conmigo? Es absolutamente grotesco, tendría que darse cuenta.

Tras un silencio pensativo y preocupado, continuó:

—Dicho esto, es cierto que recibo informaciones sobre todos los temas que interesan a la paz del mundo. Ignoro cómo se procuran esas informaciones mis corresponsales, y no soy responsable de los métodos que puedan utilizar.

—¡Eso está por demostrar! —le interrumpió el japonés.

—Por otra parte, un documento que se encuentre en mi poder está tan seguro como en la Casa Blanca. La prueba: habla usted de un robo en la Casa Blanca, mientras que en mi casa no se ha producido nunca un robo. De modo que no me hará usted creer que existe la menor relación entre la muerte de Jemma Stevens y su visita a mi casa.

—Señor Finkel, no ignoro que es usted el presidente de una comunidad internacional de sabios que se llaman a sí mismos gobierno mundial.

—Que aspira a convertirse en el gobierno del mundo —rectificó Finkel.

—Y que se encuentra ya en la base de todas las grandes decisiones históricas de estos últimos años.

—Eso es cierto —asintió el sabio—. El caso de Cuba fue solucionado por Atoga: inducimos a los rusos a retirar sus cohetes y a los norteamericanos a renunciar a toda acción militar contra Fidel Castro. Así, salvamos la independencia de un país y la paz del mundo. En el curso de las reuniones de nuestra comunidad se han tomado todas las grandes decisiones que se atribuyen los gobiernos de los «Cuatro Grandes». Sólo nosotros posemos los conocimientos necesarios para decidir...

—Precisamente —volvió a interrumpirle míster Suzuki—. Para obtener las informaciones, se necesitan agentes.

—Todos nuestros agentes son voluntarios —replicó Finkel—. Los tenemos a millares, esparcidos a través de todo el mundo. Todos son partidarios de la paz. Todos militan en los movimientos pacifistas que trabajan para nosotros.

—Por ejemplo, Alf Stevens y su esposa Jemma —concretó el japonés—. Una pareja a la cual no le sobraba el dinero, precisamente. Jemma ahorraba todo lo que podía. Hacía autostop, para economizar. Y usted, que dispone de medios muy superiores a los de ella, la dejó junto a una carretera poco frecuentada, en lugar de llevarla a su hotel...

—¡No he de rendir cuentas a nadie de mi conducta ni de mis actividades! —protestó Finkel con altivez—. Actúo de un modo discreto, pero no tengo nada que ocultar.

Abrió bruscamente un cajón de su escritorio y sacó de él el sobre de papel *kraft* que el japonés había visto en la maleta de Jemma.

—Aquí están las fotografías —anunció, tirando el paquete sobre la mesa—. No he tenido tiempo de examinarlas, pero sepa que nunca he incitado a nadie a apoderarse de unos documentos por medios ilegales.

—¿De modo que la muerte de los esposos Stevens y del hippie Christus constituye para usted un misterio?

—¡Total, absoluto!

Capítulo XVII

MISTER Suzuki expuso los argumentos que demostraban que aquellas muertes sucesivas habían salvaguardado el anonimato del destinatario de los documentos robados.

—Es probable —dijo— que si yo no hubiese seguido a Jemma Stevens de un modo ostensible, ya que incluso utilicé a los botones del hotel, ella hubiera regresado tranquilamente a su casa, en Washington, para proseguir su vida apacible junto a su esposo, en espera de un próximo viaje. Por lo tanto, formulo una hipótesis: si usted no tiene nada que ver con los trágicos acontecimientos que han salvaguardado su anonimato, hay que admitir que existe otra persona interesada en esa salvaguardia. ¿Por qué? Porque usted constituye para ella una valiosa fuente de información.

—¡Déjese ya de fábulas y de extravagancias! —gritó Finkel, furioso—. ¡Tendría que echarle de aquí, en vez de escucharle! No irá usted a sospechar que yo comunico informaciones a quien sea...

—Calma —dijo el japonés—. Este año ha presidido usted la reunión de la Atoga, de la cual es uno de los miembros más eminentes. La próxima reunión tendrá lugar en Pekín, creo. Si he leído bien los periódicos, en el curso de la reunión, los sabios del mundo entero intercambiarán sus puntos de vista y sus *conocimientos*.

—Sí, desde luego.

—Esos sabios viajan con pasaportes en regla, sean chinos, rusos, norteamericanos o alemanes...

—Todo el mundo sabe eso.

—Bien. Imagino que los aduaneros no se entretienen leyendo los documentos que llevan esos sabios... Aunque registren sus maletas.

—Desde luego que no —dijo Finkel—. Por otra parte, las notas y los cálculos que llevan los miembros de la Atoga están por encima de la comprensión de un aduanero.

—Precisamente. Esos documentos, pues, circulan libremente a través del mundo; estas fotografías hubieran cruzado la frontera de los Estados Unidos sin ninguna dificultad, de haber estado en su poder o en el de uno de sus colegas extranjeros.

—Aunque sucediera eso —objetó Finkel—, un miembro de la Atoga no entregaría nunca sus documentos a su gobierno; un miembro de nuestra comunidad no entregaría nunca a nadie *un documento susceptible de amenazar la paz del mundo*.

—Es posible —dijo el japonés—, aunque yo no estoy tan seguro. Si esas fotografías, por ejemplo, tenían que cruzar la frontera de los Estados Unidos, nadie estaría en mejores condiciones para transportarlas que un miembro de su comunidad. Suponga que hay un traidor entre ustedes... El peligro es evidente.

—¡Pero entre nosotros no hay ningún traidor! —protestó el físico con vehemencia—. Todos nosotros estamos por encima de las mezquinas cuestiones de interés, y no carecemos de dinero. Todos tenemos conciencia de nuestra gran misión: velar para que la locura de los políticos no amenace la existencia del género humano.

—¿Y si uno de los sabios de la Atoga considerase que su país es particularmente apto para gobernar al mundo?

—¡Es más que improbable!

—¿Qué sucedería? —continuó el japonés—. Ese sabio facilitaría a su país el medio de apoderarse del poder mundial, descartando a su gran rival, los Estados Unidos. Y nosotros tenemos la prueba de que hay un traidor entre ustedes.

—No estoy de acuerdo —dijo Finkel.

—Seguí a Jemma Stevens hasta California —expuso míster Suzuki—. Alquilé la habitación contigua a la suya. Y al hacerlo puse de manifiesto *el hecho de que ¡mima Stevens era sospechosa*. Alguien sabía que Jemma Stevens era para usted una valiosa fuente de información; alguien vigilaba a Jemma Stevens para protegerla contra la curiosidad de los servicios secretos de los Estados Unidos. ¡Alguien se había convertido en ángel de la guarda de Jemma Stevens! Alguien estaba interesado en que no fuera desenmascarada. Y el día en que fue desenmascarada, a pesar de todo, ese alguien la suprimió. Se trata de una red fuertemente establecida en California, con ramificaciones en las oficinas de estudios y en las industrias que trabajan para la defensa nacional. Yo mismo, sin querer, alerté a esa red con mi actitud. Me redujeron a la impotencia para permitir que Jemma Stevens cumpliera su misión sin interferencias.

—¿Y por qué no despojaron sencillamente a Jemma Stevens de los documentos que transportaba?

—¡Todo el problema está ahí! —respondió mister Suzuki—. El ladrón no hubiese podido salir del país con semejantes documentos. Sus posibilidades de cruzar la frontera eran prácticamente nulas. Por eso, el ángel de la guarda de Jemma Stevens prefirió hacerle llegar a usted las fotografías del modo habitual, a fin de que los documentos siguieran el camino normal, infinitamente más seguro. Supongo que los sabios de la Atoga se intercambian todas las informaciones y *todos los documentos de que disponen...*

—Por descontado. Para hablar de un problema, hay que conocer todos sus datos.

—Eso confirma mi teoría. Dígame: ¿en qué fecha tendrá lugar la próxima reunión de la comunidad?

—Dentro de ocho días, en Pekín.

—¡Ahí está! —dijo mister Suzuki—. Usted se hubiera llevado esos documentos y, como está por encima de toda sospecha, nadie se hubiera atrevido a registrarle, en la frontera. Sin quererlo y sin saberlo, se ha convertido usted en un agente del enemigo. ¿De qué enemigo? Esto es lo que hay que averiguar.

—¡No, no, es imposible! —protestó Finkel—. Conozco a todos mis colegas.

—¿Tiene usted otra explicación de los hechos?

—No, pero la explicación existe; hay que encontrarla.

Tras meditar unos instantes, Finkel añadió:

—¿Quiere usted que le dé mi opinión? Pues bien, le han hecho servir de juguete: todo este asunto ha sido montado por la Casa Blanca para desacreditar a la Atoga ante la opinión pública norteamericana.

—La explicación es atractiva —admitió mister Suzuki—, pero no tiene validez, porque de ser cierta el Presidente hubiera encargado del caso al F.B.I. o a la C.I.A. Pero lo puso en mis manos, recomendándome que actuara con la mayor discreción; y yo no pertenezco a la policía, y he desenmascarado a un agente del servicio secreto. Lejos de buscar el escándalo en este asunto, el Presidente quiere impedir que estalle.

—La Casa Blanca nos ha declarado la guerra —insistió el sabio—. Quieren que la ciencia esté al servicio de la política. Esto es anormal. Los que detentan el saber deben detentar el poder. Tarde o temprano se llegará a ello. El sabio no es ya una especie de esclavo al servicio de su soberano. La ciencia es internacional. Todos los países del mundo tienen derecho a los descubrimientos de la ciencia. ¿Hay algo más degradante para el hombre de

ciencia que ser mero ejecutor de los designios de la política? Un premio Nobel no es una especie de verdugo medieval al cual se ordena que afile su hacha para cortar una cabeza. Y ése es el papel al que querrían reducirnos los políticos: «Fabríqueme una bomba capaz de matar diez millones de hombres en un segundo». Y nosotros tendríamos que obedecer. ¡No! Esa época ha periclitado.

Las palabras de Finkel confirmaban las del Presidente: entre sabios y políticos había estallado la guerra.

—Incluso admitiendo, cosa que no creo, que este asunto haya sido montado por la Casa Blanca para tenderle una trampa, la operación ha fracasado, puesto que ahora no puede usted ser encausado. Alf y Jemma Stevens podían servir de testigos de cargo; en lo que a mí respecta, puedo afirmar que usted me ha devuelto estos documentos, pero no poseo ninguna prueba del hecho de que usted los ha tenido en su poder. Si se trata de una maquinación, confiese que no es muy hábil...

Finkel se quedó pensativo. El japonés se puso en pie para dar a entender que había llegado a una conclusión y que no tenía nada más que decir.

En aquel momento, vio que la mirada del sabio se volvía hacia la gran vidriera que se abría sobre el césped bordeado de flores. Un hombre miraba hacia el interior del despacho, con la cabeza pegada al grueso cristal. A causa de la naturaleza especial de este último, resultaba difícil evitar el reflejo que lo hacía opaco en un sentido, aunque transparente en el otro.

El japonés dirigió un saludo con la mano al que se encontraba fuera.

—¿Le conoce usted? —preguntó el sabio, vagamente inquieto.

—Sí, le conozco —respondió mister Suzuki.

En aquel momento, el personaje que se hallaba al otro lado del cristal agitó la mano a su vez, saludando a los dos hombres instalados a uno y otro lado del escritorio. Sus labios se movieron, pero ningún sonido atravesó el grueso muro de cristal.

—¿Quién es? —preguntó el físico.

—Earl Klotz, el detective privado del hotel *Phoenix* donde Jemma fue asesinada.

Capítulo XVIII

CASI inmediatamente, un ayudante del físico, que ocupaba el despacho contiguo, introdujo a Klotz en la estancia de Finkel. Éste recibió al recién llegado con evidentes reservas. Vaciló en tenderle la mano, en tanto que el detective del hotel multiplicaba las muestras de respeto y de cortesía.

—¿Cómo va esa investigación, Klotz?

—Bien, bien —respondió el detective—. Sólo soy un modesto auxiliar de la justicia, pero hago lo que puedo.

—¿A qué debemos el placer de su visita? —inquirió Finkel en un tono de helada cortesía.

—Ejem... —murmuró Klotz, desamparado—. A decir verdad, trataba de reconstruir el empleo del tiempo de la desdichada Jemma.

—¿A título de qué? —preguntó fríamente el sabio.

—Bueno..., a título puramente personal. Jemma era amiga mía. Tenía mucho encanto... Se hacía querer. Desde luego, la dirección del *Phoenix* está interesada también en que se haga luz sobre este trágico asunto. Es la única manera de salvar la reputación del hotel.

—Comprendo —dijo Finkel, con la misma frialdad—. Desgraciadamente, no puedo decirle nada. La señora Stevens vino a verme, en efecto; me pareció que su estado era completamente normal; no me habló de ninguna amenaza que pudiera poner en peligro su vida. Hasta que se demuestre lo contrario, este drama continuará siendo para mí un accidente estúpido.

—No, señor Finkel —replicó Klotz con firmeza—. La policía está sobre las huellas del camarero de servicio. Su huida es una confesión. Tengo que llamar a jefatura dentro de un par de horas, para saber algo al respecto. No puede hablarse ya de accidente.

—Si puedo permitirme una pregunta —intervino mister Suzuki, dirigiéndose a Klotz—, dígame quién le ha dirigido hacia el profesor Finkel. ¿Cómo sabía usted que Jemma Stevens le había visitado unas horas antes de ser asesinada?

El detective sonrió con picardía y guiñó un ojo.

—Las grandes mentes se encuentran, amigo mío. Me he hecho el mismo razonamiento que usted.

No dijo nada más. En cuanto al sabio, guardó un silencio obstinado y acompañó a sus visitantes hasta la puerta.

—Está hundido —observó el detective, cuando se encontró de nuevo en el jardín en compañía de míster Suzuki.

—Es cierto —asintió el japonés—, pero no sacaremos nada de él.

—De hecho —inquirió Klotz, intrigado—, ¿cómo ha llegado usted hasta Finkel?

—He procedido por deducción, exactamente igual que usted, amigo mío.

El detective sonrió.

—Voy a confesarle la verdad —dijo—. No he tenido que deducir nada. A raíz de una visita de Jemma Stevens, hace tres meses, yo mismo la dejé delante de los edificios de la Atoga. Y supuse que habría vuelto aquí. Pero, usted, ¿cómo ha descubierto esta dirección?

—Le gustaría saberlo, ¿eh? —respondió míster Suzuki, sin contestar a la pregunta.

* * *

Los dos hombres se adentraron por la avenida que conducía a la carretera. Un parking cubierto se extendía a la derecha.

—¿Cómo ha venido usted? —preguntó Klotz.

—En taxi.

—Entonces, permítame que le lleve.

El detective precedió a míster Suzuki hasta un Buick verde.

—Dígame —preguntó míster Suzuki—, ¿tema usted mucha intimidad con Jemma Stevens?

—Digamos que me hubiera gustado tenerla —confesó Klotz—. El llevarla a mi lado cuando la acompañé aquí... Ya sabe lo que pasa... Un contacto fortuito, un roce...

Míster Suzuki no reaccionó.

—Soy un viejo sentimental —continuó Klotz, maniobrando para salir a la carretera—. Jemma era tan amable, tan simpática... Lo más opuesto a una vampiresa. Uno no podía enfadarse con ella, aunque rechazara sus avances... Me hace un gran bien hablar de ella. ¡Qué desgracia! ¿Quiere saber lo que opino sobre su muerte?

—Me interesa mucho —admitió el japonés.

—Pues bien, Jemma no era más que el instrumento de una banda. Le hacían representar un papel del cual ella no comprendía nada.

—Y Finkel, ¿qué papel ha representado?

—Ninguno —respondió el detective, en tono categórico—. ¿Qué lazo puede existir entre unos gangsters y un premio Nobel?

—Ninguno, a simple vista —reconoció el japonés.

Klotz consultó su reloj y dijo:

—¿Tiene usted mucho interés en cenar en el *Phoenix*? Por mi parte, preferiría no ir allí. Permítame que le invite. Conozco un lugar, cerca de aquí, un motel con piscina...

—¿Cenó usted allí con Jemma?

—Almorzamos solamente, al regreso de su visita a Finkel. Para mí será una especie de peregrinación...

—¿No cree que eso va a reavivar su pena?

—Tal vez, pero me parece que la sombra de Jemma estará presente. A ella le gustaba mucho el lugar. Es algo excepcional, ya lo verá.

* * *

Klotz había dicho la verdad, era algo excepcional desde todos los puntos de vista. A quinientos metros de la carretera, un complejo de patios y de bungalows, de estilo español, con columnas seudomoriscas, losas de mármol y verjas de hierro forjado. Era un pueblo andaluz de opereta, surgido en medio del desierto, con sus surtidores y sus cipreses en el patio interior. Sólo faltaban la vida, la animación, los habitantes... No era más que un decorado.

—Llegamos un poco temprano —explicó Klotz—. Además, no es aún la temporada. En realidad, sólo abundan los clientes en los fines de semana.

—Para una peregrinación, un poco de recogimiento no está de más —dijo seriamente el japonés.

—Jemma palmeó de alegría al ver ese decorado —explicó el detective.

—Es encantador —admitió el japonés.

En realidad, era siniestro, como un pueblo desierto después de un cataclismo.

La atmósfera era pesada, opresiva. Después de cuarenta y ocho horas de viento, reinaba una calma chicha. La noche apenas más fresca que el día; las losas devolvían el calor almacenado.

En el centro del complejo, el restaurante estaba dispuesto en forma de plaza.

Los pasos de los dos hombres resonaron en medio del silencio. Apareció un *maitre* disfrazado de *hidalgo*.

—Quisiera asearme un poco —dijo mister Suzuki.

A consecuencia de su excursión a través de los campos, estaba cubierto de polvo y bañado en su propio jugo.

—En los lavabos encontrará usted unas duchas —le informó el *maitre*.

Klotz tuvo tiempo de estudiar a fondo la carta. Ninguna de las otras mesas estaba ocupada. Las pequeñas lámparas de cobre con pantalla anaranjada parecían esperar confiadamente.

Finalmente llegó una pareja de ancianos. La mujer, alta y delgada, tenía el aspecto puritano de la esposa de un pastor protestante. Contestaron con apresuramiento y gratitud al saludo del único cliente.

Parecieron horrorizados por los precios anunciados. La mujer estaba dispuesta a marcharse, pero el hombre, gordo y congestionado, buscaba un compromiso a base de los potajes y las tortillas. Tras varios conciliábulos, eligió su menú y se levantó para dirigirse, a su vez, al «lavabo-teléfono».

—Voy a llamar por teléfono a jefatura —anunció Klotz cuando mister Suzuki estuvo de regreso, duchado, peinado, fresco.

Un nuevo cliente apareció en aquel momento. Solitario, parecía haber caído del cielo. Se instaló cerca de la pareja de ancianos, a los cuales ignoró. En cambio, se mostró muy interesado al ver a mister Suzuki con su rostro todavía magullado.

El japonés desapareció detrás de su carta desplegada e, inclinándose para leer, como si fuera miope, acercó su oído a su reloj de pulsera, cuya corona hizo girar suavemente.

—Quisiera telefonar —dijo el cliente solitario, cuando le trajeron la carta.

El camarero le precedió para mostrarle el camino.

Mister Suzuki tiró de la corona de su reloj, la cual se alargó como una antena telescópica.

* * *

—¡Alió! ¿Jefe?

—Sí, soy yo.

—Disculpe, no he podido llamar antes... La cosa va mal, muy mal: el tipo está en el «matadero», pero es muy duro... Espere que le diga lo principal: tiene las fotografías en el bolsillo... Sí, es incomprensible. El *otro* se las ha devuelto, quiero decir entregado... ¿Quitárselas? Eso plantea un problema... Créame, jefe, ese individuo es muy fuerte... Ha encontrado a Finkel en unas horas, *a pesar de todo*... No hay que despertar su desconfianza... No, no tiene automóvil... Bien... Sí, de acuerdo... Eso me parece una buena idea. Pero no

hay tiempo que perder... Comprendido... Perfecto. Cuelgo y espero. En cuanto haya algo positivo, volveré a llamarle.

Capítulo XIX

A PESAR de que estuvo copiosamente rociada con *auténtico champaña rojo de California*, la cena no fue de las más alegres. Klotz vació dos botellas del caro brebaje, que respondía exactamente a las promesas de la etiqueta. Y la carne asada que acompañaba a los buñuelos de maíz estaba condimentada con diferentes salsas a base de *chile*.

—Jemma hubiera pedido unos *frijoles* —suspiró Klotz, lacrimoso—. Le gustaban las cosas sencillas, todo lo que está cerca de la naturaleza.

Amor frustrado, remordimientos o simple nostalgia, el detective estaba realmente apesadumbrado.

De repente, unos pasos ruidosos y unos sonoros taconeos despertaron los ecos del amplio patio. Los ancianos, sorprendidos, se volvieron hacia la entrada.

Precedido por el *maitre-hidalgo*, un cuarteto hizo acto de presencia con grandes voces y risotadas. Los varones tenían el aspecto de hombres de negocios deportivos; en cuanto a las mujeres, esbeltas y enjoyadas, trataban sin éxito de darse aire de damas del gran mundo.

—¡Viejo bribón! —gritó uno de los individuos, que llevaba un traje gris muy bien cortado.

—¡No! ¿Eres tú, Frankie? —exclamó el detective.

Glacial y ceremonioso, mister Suzuki se puso en pie para saludar a los recién llegados.

—Bill y Frankie, dos viejos amigos —anunció Klotz. Después presentó a las muchachas—: Patsy y Nutsy.

Al contrario de los hombres, que llevaban ropas caras, las muchachas parecían haberse vestido en la guardarropía de un teatro.

Acercaron la mesa contigua y la llamada Patsy se sentó al lado del japonés. Era más tonta que malintencionada, reía muy fuerte sin motivo y se esforzaba en «crear ambiente». En este terreno, el japonés no hizo nada por mostrarse cooperativo. Había un director de escena, y no era él.

—Ya hemos cenado —anunció Frankie—. Sólo hemos salido a tomar una copa antes de acostarnos.

—Mis amigos se dedican a los negocios —explicó Earl Klotz, sin concretar.

El llamado Frankie podía tener treinta y cinco años. Con su nariz chata y su mandíbula cuadrada, parecía un boxeador retirado. Cuando su manaza caía sobre el hombro de Klotz, éste palidecía.

—Viene mucha más gente aquí desde que se cargaron a aquel individuo —observó Patsy.

—¿A qué individuo? —preguntó vivamente el japonés.

—¡Está bromeando! —intervino Frank.

Patsy hizo una mueca, sin duda a consecuencia de un puntapié en la tibia, por debajo de la mesa.

Una espesa capa de maquillaje formaba una máscara opaca sobre su rostro. El ardiente sol de la madurez aguzaba las facciones, cuya armonía era notable. Hacía pensar en aquellas cabezas de mármol de la estatuaria helena deslucidas por el tiempo. Patsy hablaba un tono por encima de su registro; la pelirroja Nutsy, en cambio, emitía unos sonidos roncós, como si rascara sus cuerdas vocales con un arco desmañado. Aquella música discordante sólo profería tonterías.

Frankie le guiñaba el ojo al japonés, como diciéndole: «¡Hay que oírlo para creerlo!»

La pelirroja Nutsy hablaba menos que la rubia Patsy. Pero su vulgaridad, de repente, estallaba en una risa breve y relinchante que saludaba los comentarios procaces de su compañero Bill.

Klotz habló gravemente del asesinato de Jemma Stevens.

—¡Otro golpe de los gangsters! —declaró Nutsy—. ¡Pobre muchacha! He visto su fotografía en los periódicos.

—Yo vi su cadáver en la bañera —dijo Klotz, con aire sombrío.

Hipó. Había bebido lo suyo.

—No estás en condiciones de tomar la carretera —dijo Nutsy, maternal.

—Es verdad —aprobo Frankie—. Dormirás aquí.

—Mi compañero conducirá —protestó Klotz.

—Tampoco él está en condiciones —afirmó Patsy, frotando su pierna contra una rodilla de mister Suzuki.

El japonés no se inmutó. Sentía curiosidad por enterarse de cómo iba a desarrollar su plan, esta vez, el desconocido director de escena.

Todas las tiendas situadas debajo de las arcadas que rodeaban el patio estaban iluminadas y vacías de vendedores y de clientes. La mayoría de ellas, sin embargo, disponían de máquinas tragaperras que servían cualquier cosa:

loza, sombreros, sarapes o rebozos. Míster Suzuki se contentó con un pijama metido en una bolsa de plástico y un recipiente de este último material conteniendo un cepillo de dientes y un tubo de pasta dentífrica.

Los bungalows estaban diseminados en medio de la vegetación. A ambas orillas de las avenidas, unos regatos de agua murmuraban como surtidores, en la oscuridad. Los números luminosos de los apartamentos tenían algo de equívoco.

Se había decidido que Patsy compartiría el bungalow de Frankie y Nutsy el de Bill. En cuanto a míster Suzuki, le habían atribuido un apartamento individual, contiguo al de Klotz.

Cada pabellón se componía de una habitación muy grande y un cuarto de baño muy pequeño. La cama, muy baja, parecía proyectada para cuatro personas.

Oscilando entre la aprensión y la curiosidad, míster Suzuki esperaba al verdugo en su lecho. Ya que sabía que el enemigo le había condenado. Su propia muerte se insertaba en la continuación rigurosamente lógica de los acontecimientos. Al adversario no le bastaba con recuperar las fotografías, tenía que suprimir también al hombre que sabía. Si el japonés transmitía su informe, Finkel quedaría en entredicho. Por lo tanto...

A medida que transcurrían los minutos la curiosidad de míster Suzuki iba en aumento. Los que habían organizado el accidente de Jemma, el ahorcamiento de Christus y el suicidio de Alf Stevens eran unos maestros en el delicado arte del asesinato sin huellas.

Desconectó el aparato de aire acondicionado que transformaba lentamente la habitación en una nevera. Al cabo de media hora se encontró dentro de un horno. Se levantó a abrir la ventana, pero el aire de la noche era tan cálido como su propia respiración.

Los bungalows, en grupos de cuatro, estaban distribuidos de tal modo que desde el umbral del uno resultaba imposible ver el umbral del otro.

Tendido boca arriba, en la oscuridad, míster Suzuki trataba de imaginar lo que hubiera hecho él de encontrarse en el puesto del adversario.

De repente, a través de la vidriera, el japonés vio una forma espectral que surgía lentamente de la noche. Poco después, una vaporosa silueta se dibujó sobre el oscuro terciopelo del firmamento. Míster Suzuki no se movió. Por la misma vidriera, la sombra penetró en la habitación. Sus contornos se recortaron más claramente cuando llegó al centro de la estancia. Una especie de halo flotaba a su alrededor. Míster Suzuki encendió la lámpara de la

mesilla de noche. La rubia Patsy se inmovilizó en su salto de cama casi transparente.

Luego, la muchacha se dirigió otra vez hacia la vidriera para echar la doble cortina.

Míster Suzuki no dijo nada. Después de todo, él no había invitado a nadie.

Patsy se acercó a la cama.

—No es usted muy locuaz, que digamos —observó.

El japonés no contestó.

—Le he parecido estúpida, en la mesa, ¿no es cierto? ¡Soy menos tonta de lo que cree! Y ciertos papeles, a mi edad, no me van...

Ahora que se mostraba tal cual era, su rostro expresaba una angustia patética, más atractiva que su actitud anterior, cuando pretendía fingir una juventud marchitada en ella hacía mucho tiempo.

—¡Tengo sed! —declaró.

—No —replicó míster Suzuki—, no tiene usted sed.

—De todos modos, podríamos echar un trago...

—¿Para qué la han contratado? —inquirió tranquilamente míster Suzuki.

—Para conquistarle. Al parecer, quieren concluir un trato con usted.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Milly Drove... ¡Vaya! Estoy contestando sus preguntas, como si fuera usted un juez de instrucción...

—¿Qué sabe usted de esos dos individuos?

—Tienen dinero y se ocupan en negocios serios.

—¿Peligrosos?

Ella inclinó la cabeza, lentamente, como si su respiración pudiera traicionarla.

—Hace calor, ¿verdad? El sistema de aire acondicionado se ha estropeado.

—Sin duda para obligarme a abrir mis ventanas —observó míster Suzuki—. Esperemos la continuación.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Milly Drove.

—¡No faltaría más!

Milly se dejó caer sobre una silla.

—Le molesto, ¿verdad? —dijo, al cabo de un momento—. Tengo el don de crisar los nervios, al parecer.

—Cuando no trata de ser chistosa, está usted muy bien.

—¿De veras? ¿Usted cree?

—Cuénteme su vida.

—¿Por qué? ¿Acaso le interesa?

—No tenemos otra cosa que hacer.

—¿Usted cree? ¿No quiere que intente... emocionarle?

—No, sinceramente, gracias. Hábleme de usted, la escucho.

—Bueno, no hay mucho que contar. He trabajado en un cabaret, me he dado la gran vida durante unos años... Una hace lo que quiere de los hombres... hasta el día en que ellos hacen lo que quieren de una. Una mujer se devalúa más aprisa que un hombre.

Se calló un momento, preguntándose sin duda por qué dos jerarcas habían recurrido a dos mujeres tan «devaluadas».

—Es usted muy simpática —dijo míster Suzuki.

—¿Tan estropeada estoy?

—¿Le molesta la palabra «simpática»?

—Cuando a una mujer la encuentran simpática, es porque ha dejado de ser deseable.

—No he querido decir eso. Yo la encuentro encantadora.

—Un poco estúpida, ¿no? En el fondo, es verdad que soy tonta. No supe explotar mi capital cuando era tiempo. Y ahora, ruedo por la pendiente.

Se echó a reír, con su risa breve como un sollozo.

Mister Suzuki no tuvo tiempo de hacer ningún comentario. Por la doble cortina apartada brutalmente, un energúmeno aullante irrumpió en la habitación.

—¡Por fin te encuentro, zorra! —gritó—. ¡Lo había sospechado!

Capítulo XX

MILLY Drove pareció sinceramente estupefacta. Mister Suzuki no manifestó ni espanto ni sorpresa. El llamado Frank eructó.

—¡Mala pécora! —aulló—. ¡No puedes ver a un hombre sin acostarte con él!

Su voz quedó ahogada por el ruido de unos violentos golpes asestados a la puerta de entrada. Mister Suzuki se levantó, fue a abrir y apareció Nutsy, con semblante aterrado. Al parecer, venía a advertir a su colega de la incursión proyectada por Frankie.

Este último no estaba borracho, y fingía muy mal su cólera.

La pelirroja Nutsy no comprendía nada. Vio a Frankie coger a su amiga del brazo, arrancarla de la silla en que estaba sentada y abofetearla con una falta evidente de convicción.

Mister Suzuki se disponía a cerrar la puerta de su habitación cuando se presentó Bill.

—¡Frankie! —gritó—. No hagas eso. No irás a pelearte por una cualquiera...

De repente, Milly Drove lo vio todo rojo y se precipitó contra el conciliador, que evitó por muy poco que la furiosa Milly le arrancara un ojo. Finalmente consiguió rechazarla propinándole un fuerte puñetazo.

Mister Suzuki entreveía ahora el escenario escogido por el enemigo para su eliminación: una pelea de borrachos a causa de una mujer. Sería algo distinto de las muertes anteriores. Frankie, el ultrajado, iba a ponerle K. O. con la ayuda de Bill, el conciliador. Ante los ojos de las dos mujeres y bajo el efecto de un puño vengativo, el imprudente ofensor se desplomaría sin sentido. Entonces se alejaría a los testigos y un golpe científico en un punto vital transformaría el K. O. en coma. Más tarde se hablaría de accidente, de caída desgraciada... Cuando tres hombres borrachos se pelean por culpa de una mujer, ¿quién es el responsable del accidente? La mujer, que ha provocado la pelea con su ligereza. El asesino no correría ningún peligro: la muerte del japonés sería una consecuencia lógica de la orgía.

Mister Suzuki examinó la situación con una fría objetividad. El programa no le pareció mal planeado, pero había que ponerlo en ejecución. Y él no

estaba dispuesto a mostrarse cooperativo.

Esquivó el bofetón que quiso propinarle Frankie, para entrar en calor. Su adversario llevaba un elegante pijama rojo, con galones bordados en negro.

—¡Déjale! —intervino Bill colocándose delante de Frankie, como para asumir la defensa del japonés.

Pero el «celoso» rechazó a su amigo con un gesto brutal, y Bill fue a caer entre las piernas de mister Suzuki. Desequilibrado, este último recibió un directo a la mandíbula en el momento de desplomarse al suelo. La técnica de los dos rufianes era perfecta. Con la mirada enturbiada, mister Suzuki comprendió que la trampa era menos rudimentaria de lo que había supuesto en el primer momento. Bill y Frankie eran unos profesionales de categoría. Frankie, sobre todo, parecía peligroso: pesaba diez kilos más que mister Suzuki, y eran diez kilos de músculo, situados en los lugares correctos. No se trataba de un simple forzado, sino de un luchador científico, un técnico en golpes eficaces. Mister Suzuki le vio acercarse a él en medio de una especie de niebla. Y pensó que no podría resistir toda la noche ante aquellos dos profesionales.

—¡Basta! —gritó Patsy—. ¿Se han vuelto locos?

Los bungalows estaban perfectamente insonorizados, de modo que el exceso de alegría de unos inquilinos no perturbara las noches idílicas de otros.

Las dos mujeres se sostenían la una a la otra, como en las óperas, donde los figurantes ceden el puesto a los protagonistas.

Con un rápido movimiento, mister Suzuki agarró el tobillo izquierdo de Frankie entre sus dos pies y lo atrajo brutalmente. No esperando aquella reacción, el otro cayó de espaldas. El japonés se incorporó de un salto.

También Frankie se puso en pie y atacó. Con un instintivo reflejo de defensa, mister Suzuki le atrapó en pleno impulso y le hizo pasar por encima de su cabeza agarrándole por el cuello y la cintura del pijama. Luego, sin perder un segundo, se ocupó de Bill, golpeándole con el talón en pleno hígado y obligándole a doblarse en dos y a caer al suelo, bajo la mirada horrorizada de Patsy y de Nutsy. Frankie disponía de unas reservas inagotables: partió de nuevo al ataque, con la vista lúcida y gestos precisos. Empezaba a conocer los trucos de su adversario. Unos minutos más y acabaría con él, al menos eso creía. Afortunadamente, mister Suzuki tenía un arma de disuasión en reserva. Tras de una finta, Frankie intentó golpear al japonés en el rostro, como si estuviera enfrente de un aficionado. Aquello complugo a mister Suzuki, ya que se dio cuenta de que le subestimaban. Subestimar al adversario es el error fatal que cometen siempre los expertos. En la esquivada, mister Suzuki no tenía

rival. En cuanto a Frankie, su única debilidad era su musculatura, demasiado perfecta. Había cultivado sus pectorales, sus abdominales y sus dorsales con las halteras. Esto proporciona un caparazón que absorbe los golpes, pero priva a la respuesta de la rapidez necesaria.

Sentado en la cama, Bill continuaba doblado en dos mientras las mujeres le prodigaban inútiles consuelos.

Míster Suzuki fingió retroceder hacia un ángulo de la habitación y, de repente, se catapultó hacia adelante, gracias al apoyo de sus pies contra la pared. Su cabeza, disparada como la punta de un cohete, chocó contra el plexo solar de su adversario, aunque con una fuerza atenuada, ya que Frankie había dado media vuelta sobre sí mismo, como un torero que elude el cuerno que debía traspasarle. «¡Lástima! —pensó míster Suzuki—. No me será posible repetir el truco por segunda vez.»

De todos modos, Frankie acusó el golpe. Se daba cuenta de que se había librado por muy poco. Su actitud se hizo más prudente. Pero el exceso de prudencia resulta tan perjudicial como la imprudencia. Batirse es siempre un problema de valor. El segundo decisivo es aquel en que el más valiente tiene la inteligencia de correr el riesgo mejor calculado.

—Voy a avisar al portero —anunció Milly Drove—. Tomará alguna medida...

Quiso abandonar la habitación, pero en aquel momento apareció Klotz, empujándola de nuevo hacia el interior de la estancia.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó el detective, en tono severo.

Hasta entonces se había mantenido a la expectativa, como un tercer ladrón encargado de la vigilancia exterior.

—¿Se han vuelto locos? —gritó, en un tono poco convincente—. ¡Y esta idiota que quiere avisar al portero! ¡Nos enviarían la policía! ¡Basta de hacer el tonto!

Dirigió una mirada cargada de desprecio a Bill, que continuaba postrado.

—¡No se acerque, Klotz! —aconsejó el japonés—. Puede recibir un mal golpe...

—Vamos, vamos —dijo el detective, en tono paternal—. Se están comportando como chiquillos...

Al tiempo que impedía a las mujeres abandonar la habitación en busca de ayuda, Klotz no dejaba de amonestar a Frankie.

—¡Basta! —gritó una vez más—. ¡Basta, o voy a enfadarme!

Con la mano derecha hundida en el bolsillo de su pijama se acercó a los combatientes. En el instante en que su amigo atacó, con la cabeza baja, Klotz

levantó su mano, armada con una porra. Se produjo un violento choque entre los dos adversarios: la cabeza de Frankie fue interceptada por las rodillas del japonés, que la irguió brutalmente. Simultáneamente, la porra cayó y alcanzó a míster Suzuki en la oreja.

—¡Perdón! —dijo Klotz—. Quería darle a ese testarudo. Discúlpeme.

La voz le llegó al japonés a través de una capa espesa de algodón. Klotz había fallado su sien por unos milímetros. Casi le había arrancado la oreja, pero había fallado el K. O.

Frankie retrocedió secándose la nariz con el reverso de su manga. También él lo veía todo borroso. Los dos adversarios estaban tocados.

Míster Suzuki fingió creer en la buena fe del detective. Decidió terminar con Frankie. Éste le envió su pie en dirección al bajo vientre; pero no con la suficiente rapidez para evitar que el japonés lo agarrara. Frankie cayó de espaldas.

En aquel momento, Klotz saltó hacia adelante, esgrimiendo la porra. Sin soltar a su adversario, míster Suzuki se volvió y alcanzó a Klotz en el Kinteki^[13] con un golpe de talón, que bastó para poner al detective fuera de combate. Klotz se alejó gimiendo.

—¡Yo quería ayudarlo! —protestó.

Sin concederle más atención, el japonés retorció el pie de Frankie, caído de espaldas, hasta obligarle a volverse y tenderse boca abajo.

—¡Cuidado! —gritó Milly Drove súbitamente.

Bill atacaba a míster Suzuki por detrás.

El japonés evitó el golpe gracias a un salto de costado y hundió su puntiagudo codo en el hígado de Bill, en el mismo lugar donde antes había hundido su talón. Esta vez, el desdichado profirió un verdadero rugido de fiera agonizante. Se revolcó por el suelo y, en el exceso de su sufrimiento, desorbitó los ojos.

Frankie se había incorporado trabajosamente, con la sensación de que sus piernas estaban enrolladas sobre sí mismas, después de la rotación impresa a su pie.

Míster Suzuki sintió gotear la sangre de su oreja. Su cabeza continuaba resonando como un tambor, bajo el efecto del golpe de porra. Vio a Frankie que se acercaba como un toro debilitado por el trabajo de los picadores. Físicamente, los dos se encontraban en condiciones parecidas. Pero Frankie y sus compinches representaban el último obstáculo en el camino de la verdad. Y esta certeza otorgaba al japonés una indiscutible superioridad.

Frankie exageraba su cansancio, y míster Suzuki simulaba el *knockdown*. Súbitamente, el vacilante Frankie se lanzó a un ataque por sorpresa, trabando el pie derecho del japonés, que cayó al suelo. Era el final. Todo ocurrió en un par de segundos: tumbado de espaldas, con las piernas al aire, míster Suzuki vio a su adversario adelantar el torso dentro de las tijeras formadas por sus piernas abiertas. A Frankie le bastaba con agarrar una pierna de su rival debajo de cada uno de sus brazos para levantarlo de modo que la cabeza reposara en el suelo y dejarse caer en el interior de la horquilla. Todo su peso recaería entonces sobre las vértebras cervicales del japonés; sería el final. La parada de míster Suzuki retrasó la maniobra en una fracción de segundo. Cerró brutalmente sus piernas y aprisionó el cuello de Frankie entre sus tobillos, con la fuerza de una mandíbula. La garganta de Frankie rodó como un cigarrillo entre las duras tibias de míster Suzuki. El aplastamiento de la nuez de Adán provocó el síncope inmediato. Frankie se desplomó lentamente. La ejecución fue tan perfecta y la caída tan elocuente, que Milly Drove aplaudió con delirante entusiasmo. Se echó al cuello del japonés para besarle y estuvo a punto de conseguir, por sofocación, lo que los otros no habían logrado.

—Míster Suzuki —dijo gravemente Klotz—, permítame que le felicite. Es usted un hombre.

El japonés fingió que no veía la mano que el detective le tendía.

—No ha sido nada —dijo, aceptando la toalla húmeda que le ofrecía Nutsy, para refrescarse.

—Les ha dado usted una lección a esos dos idiotas —añadió Klotz.

Se llevó la mano a la parte dolorida de su persona.

—¿Por qué me ha tomado usted por un enemigo? —inquirió.

—¡Mil perdones! —dijo el japonés—. No sabía lo que me hacía. Sin su intervención, no hubiese podido acabar con esos bandidos. Ahora, lo mejor que podemos hacer es tomar un baño y acostarnos.

Capítulo XXI

CIEGO de rabia, Klotz jugueteaba maquinalmente con su porra. Bill, pálido y gemebundo, estaba acostado en la cama de Frankie. Había vomitado todo lo que había podido, y sus entrañas continuaban retorciéndose, como si pretendieran abandonarle.

—¡Me ha matado! —repetía, en el tono de un niño que ha recibido su primera paliza.

—¡Cállate! —dijo secamente Frankie—. Si alguien tiene derecho a quejarse, soy yo.

—¡Dos incapaces, sí! —gruñó Klotz—. Eso es lo que me han endosado...

—Cuando le lanzan a uno contra un tipo así —replicó Frankie—, lo menos que pueden hacer es advertirle.

—¿Qué te has creído? —gritó el detective, enfurecido—. ¿Que te pagan para que des palmaditas a unos monaguillos?

Ahora, a la rabia de Klotz se mezclaba el pánico: se encontraba en un atolladero. Se había desenmascarado a los ojos del japonés y la verdad estaba en marcha. Al final del camino le esperaba la cámara de gas. Y todo porque un par de matones no habían conseguido acabar con un hombre que pesaba menos de ochenta kilos...

—¡Esto no puede terminar así! —se lamentó Klotz.

A Bill le importaba un comino. Lo único que quería era una ambulancia, y la reclamaba gimiendo. Frankie, por su parte, se palpaba la nuez de Adán con aire preocupado. Su voz, más que ronca, era un estertor cavernoso.

—¡Me ha destrozado las cuerdas vocales! —gruñó—. ¡Pero va a pagarlo caro!

Lleno de esperanza, Klotz miró de reojo a Frankie. Era un duro de verdad.

—¡Voy a liquidar a ese cerdo! —murmuró Frankie, con un brillo asesino en la mirada.

El detective no deseaba otra cosa. Pero no insistió, prefiriendo dejar que la idea madurase.

En aquel momento llamaron a la puerta del bungalow. Era Patsy, envuelta en su transparente salto de cama.

—¿Y bien? —preguntó Klotz.

—Nunca había visto nada igual —dijo Patsy—. Ese hombre es una muía. A pesar de todo lo que ha encajado, se ha bañado tranquilamente y se ha acostado. Cuando he salido del cuarto, roncaba como un bendito.

Frankie y el detective intercambiaron una mirada de desconfianza, pero al mismo tiempo iluminada por un vago resplandor de esperanza.

—¿Quieres tomarnos el pelo? —inquirió Frankie, en tono amenazador.

—He dicho la verdad, palabra. Está roncando. Espero que ahora le dejaréis en paz. Si hubiese sabido lo que tramabais, no me hubiera prestado...

—¡Cierra el pico! —ordenó Klotz, furioso—. Y no te metas en lo que no te importa. Vete a acostar con tu compañera. Frankie se encargará de cuidar a Bill.

Patsy hizo una mueca de escepticismo. Tenía la impresión de que los bandidos no renunciarían a vengarse. Pero la fría mirada de Frankie la decidió a retirarse de allí rápidamente.

* * *

Frankie sacó su maleta del armario y la tiró sobre la cama. La abrió sin prisa, levantó el doble fondo y retiró de él una pistola, de cañón muy largo, encerrada en un estuche. Klotz se esforzó en disimular su alegría. La rabia asesina de su compinche le ahorraba el correr nuevos riesgos. Frankie procedía con mucha calma y decisión: comprobó metódicamente el cargador, sopló en el cañón para eliminar todo polvo eventual... Bill dejó de gemir para mirar a su compañero con aire estupefacto. Con un dedo sobre los labios, Klotz le invitó a abstenerse de todo comentario.

Siempre mesurado en sus gestos, Frankie se vistió. En realidad, hervía de odio. El deseo de matar había eliminado todo otro pensamiento y la prudencia más elemental. Quería liquidar al hombre que le había infligido en público una humillación sin medida.

—Me llevaré el automóvil —anunció—, y habré cruzado la frontera antes de que descubran el fiambre.

Hablaba ya de su adversario como de un cadáver.

—¿Tienes tu pasaporte? —se preocupó el detective.

—Tengo todos los documentos necesarios.

Por ese lado, estaba tranquilo. Nadie, en California, conocía su verdadero nombre. Todos sus papeles eran falsos y sabía que la «organización» le aseguraría, en América del Sur, un empleo tan bien retribuido como el que tenía en los Estados Unidos. La prima especial le sería entregada puntualmente en cualquier lugar del mundo. Pero lo que iba a hacer no era por

la prima, sino por sí mismo, para salvar su propia dignidad, para no tener que enrojecer al mirarse al espejo.

Ajustó el silenciador al cañón de la pistola, se aseguró de que llevaba las llaves del coche en el bolsillo, estrechó la mano de Bill y de Klotz con cierta solemnidad y salió del bungalow.

—¡Está loco! —murmuró Bill.

—¡Va a terminar el trabajo que empezó! —protestó Klotz—. Si tú no hubieras sido tan blando, no habiéramos llegado a este extremo...

Bill se quedó pensativo.

Unos instantes después, los dos hombres contenían la respiración y tendían el oído: acechaban el «fut» de las detonaciones ahogadas por el silenciador.

* * *

Frankie se detuvo cerca de la vidriera abierta y prestó atención al menor ruido procedente del interior del bungalow. La habitación del japonés estaba sumida en la oscuridad; el fino visillo de tul impedía ver el interior. De cuando en cuando, aquel visillo se agitaba levemente, a impulsos del suave aire nocturno. En medio del opresivo silencio, Frankie no oía más que los latidos de su propio corazón. Sólo creía a medias lo que había dicho Milly Drove. No puede confiarse en una mujer reclutada para una noche y que vive aterrorizada por las posibles «complicaciones». Sin embargo, lo que llegaba hasta él era efectivamente un ronquido de durmiente, profundo, rítmico, sonoro. Aquello fue como un nuevo insulto: la respiración regular del adversario significaba que menospreciaba las posibilidades de Frankie...

«Ese idiota cree verdaderamente que el asunto ha terminado —pensó Frankie, enfurecido—. ¡Voy a demostrarle lo contrario!»

De todos modos, Frankie se mostró prudente.

Para entrar en la habitación, se inclinó y franqueó el umbral de la vidriera a gatas. Así evitó que su sombra se dibujara en el marco de la puerta encristalada.

El cielo se teñía ya con las primeras livideces que anuncian el alba.

Frankie se irguió contra la pared, en el interior de la habitación. Conteniendo la respiración, esperó un largo momento a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. En la penumbra, la blancura de las sábanas dibujaba con claridad los relieves de la cama. Una mancha negra, sobre la almohada, señalaba el emplazamiento de la cabeza. La fuerte respiración

llenaba toda la estancia con su ronquido regular. La sábana se agitaba rítmicamente.

Frankie trató de imaginar la posición exacta de su adversario, de acuerdo con el modelado de la sábana, pálido relieve en la grisácea claridad de la noche moribunda. Calculó que el japonés le daba la espalda, y que el movimiento que levantaba la parte superior de la forma tendida situaba con precisión el hombro. De pie a unos cuatro o cinco metros del lecho, Frankie gozaba de un ángulo de tiro ideal.

De repente, el ritmo regular de la respiración se interrumpió.

«¡Va a despertarse —pensó Frankie—, pero se despertará demasiado tarde!»

Había alzado su arma. Su dedo índice apretó suavemente el gatillo.

Míster Suzuki carraspeó, y luego empezó a roncar de nuevo, como un motor que cambia de marcha.

«Va a cambiar de postura —calculó Frankie—. Va a volverse hacia mí, quizás.»

No pasó nada. La sábana continuó subiendo y bajando al mismo ritmo.

«Voy a colocar todas mis balas debajo del omóplato izquierdo», decidió Frankie.

La pistola formaba un solo cuerpo con su mano de tirador excepcional. Cuando su brazo se inmovilizó, Frankie contuvo la respiración y permaneció completamente inmóvil —un bloque de acero—, mientras el arma escupía, disparo a disparo, como con odio, cuatro proyectiles, y luego otros dos. Cada una de las detonaciones provocaba un sobresalto debajo de la sábana. El ronquido se convirtió en un gorgoteo atroz. La respiración se hizo ronca como un estertor, y luego se interrumpió bruscamente. La sábana dejó de moverse. La forma tendida se había inmovilizado también.

En el silencio absoluto que siguió, Frankie esperó aún cerca de dos minutos, la pistola en posición de tiro, acechando la menor señal de vida. Pero nada se movió. Para más seguridad, disparó otras dos veces, pero las balas se hundieron en una materia inerte. Esta vez no hubo el menor sobresalto. El japonés había cesado de dar señales de vida.

De pronto, Frankie se estremeció violentamente. Muy cerca de su oído, una voz murmuró:

—¡Y ahora, huye!

Capítulo XXII

RETROCEDIÓ con tanta violencia, que la voz se hizo tranquilizadora para decir:

—Calma, soy yo.

Frankie reconoció a Klotz, el cual le tendió la mano en la semioscuridad, ordenándole:

—Dame tu cacharro, yo lo haré desaparecer.

Frankie ignoró la orden y deslizó el arma en su bolsillo.

—Ya me encargaré yo mismo —aseguró.

Una pistola cubierta de huellas dactilares es algo que no se presta a nadie. El detective no insistió.

—¿Estás seguro de haberle dado? —se limitó a preguntar.

—Completamente. Está más muerto que una carroña, puedes comprobarlo.

De repente, a Frankie le entró un intenso nerviosismo y una gran prisa. Sentía una extraña comezón por alejarse del bungalow, pisar a fondo el acelerador y huir a ciento cincuenta por hora hacia la frontera de Méjico.

—*Ciao!* —dijo.

Y se alejó en seguida a grandes zancadas en dirección a su automóvil.

Ante aquel repentino pánico que Frankie había sido incapaz de dominar, Klotz profirió un gruñido de contrariedad. Antes que nada, tiró del cordón que accionaba las dobles cortinas. Una oscuridad total invadió la estancia. A continuación, a tientas, buscó el interruptor. Una luz blanca inundó la habitación. Clavados en el lecho con una especie de avidez, los ojos del detective se agrandaron poco a poco de estupor, y luego de terror. El terror se acrecentó a medida que adquiría una conciencia más clara de los hechos. Estaba más que aterrado: la cruda claridad de la lámpara del techo revelaba lo burdo de la superchería con una precisión irrisoria. Parecía imposible que un zorro viejo como Frankie se hubiese dejado engañar. El cuerpo acostado debajo de la sábana estaba clásicamente simulado por medio de un almohadón y de algunas prendas de ropa. La chaqueta del pijama negro, enrollada, hacía las veces de una cabeza con el rostro hundido en la almohada.

Klotz dio un paso en dirección a la vidriera. Su suprema esperanza estribaba en salir de la habitación y alcanzar a Frankie.

—¿Cree usted en Papá Noel? —preguntó la voz bien timbrada del japonés.

El detective se inmovilizó al ver el arma que asomaba por la puerta entreabierta del armario. La puerta se abrió del todo y apareció míster Suzuki, con el torso desnudo.

¡No, Klotz no creía en Papá Noel! Por un breve instante había alimentado la esperanza de que su adversario hubiese emprendido la huida. Pero el detective sabía encajar los golpes del destino y dar la cara.

—¿Me amenaza usted? —inquirió con altivez—. Eso puede costarle muy caro.

—¡Basta, Klotz! —exclamó el japonés, impaciente—. ¡La comedia ha terminado! Va usted a decirme, ahora, por qué y cómo asesinó a Jemma Stevens, por qué y cómo asesinó a Christus, a Alf Stevens... Y yo, por mi parte, le diré por qué ha fallado el golpe conmigo.

—¡Está usted loco! En primer lugar, no tiene ninguna prueba.

—Va usted a facilitarme todas las pruebas que necesite. De momento, dígame quién es su jefe.

—¿Mi jefe? —se asombró Klotz—. El propietario del hotel *Phoenix*.

—¡No te hagas el tonto! ¿A quién llamaste por teléfono mientras yo estudiaba la carta? ¿A quién le has pedido refuerzos para eliminarme? ¿Quién está interesado en mi desaparición? ¿Quién está interesado en que el Presidente de los Estados Unidos no se entere nunca de quién era el destinatario de los documentos robados en la Casa Blanca?

—¡No sé de qué está hablando! —protestó Klotz, verdáceo.

—Bien —dijo el japonés—. Vas a saberlo en seguida.

Se acercó lentamente al detective, cuya mirada se desorbitó. De repente, saltó hacia la vidriera. Por desgracia, se enredó en las dobles cortinas. El japonés le agarró por la oreja y le condujo hacia el centro de la habitación, bajo la claridad de la lámpara.

—¡Le juro que amaba a Jemma Stevens y que no sé nada de su muerte! Fue el camarero...

—No hablemos más de él. Tu jefe se habrá encargado de hacerle desaparecer.

Mister Suzuki tiró la automática sobre la cama y cerró sus dos manos sobre las dos orejas de Klotz.

—¡No eres más que una basura! —exclamó—. Jemma no tenía nada que ver con esa tenebrosa conjura. Ella creía todo lo que le decían; pensaba que estaba trabajando en favor de la paz. Pero tú trabajabas para un jefe. Quiero llegar a él *antes que la policía*. Si el individuo se viera acorralado, destruiría todo su material y el contenido de su caja fuerte. Tú no ignoras esto: todos disponen de unas cajas fuertes especiales, *que se autodestruyen*. Se aprieta un botón y todos los documentos quedan reducidos a cenizas. Sólo quedan unos armarios conteniendo unos expedientes ficticios. Si me prestas este servicio, tienes una posibilidad de salvar el pellejo. Yo no lo deseo, pero siempre podrás invocar esta buena acción.

—No sé nada —jadeó Klotz.

Se aferraba desesperadamente a aquella estúpida afirmación. El japonés le retorció las dos orejas y las hizo girar como si quisiera desatornillarlas. Klotz cayó de rodillas. Mister Suzuki le obligó a erguir la cabeza propinándole un rodillazo debajo de la barbilla. Por regla general, los asesinos son blandos; pero el detective era coriáceo. La sangre empezó a brotar de sus orejas y de su boca, ya que se había mordido la lengua a consecuencia del rodillazo que acababa de recibir.

—¡Vamos, te escucho! —se impacientó el japonés, tocándole duramente el plexo solar con la punta del pie.

El detective empezó a gimotear.

—No me gustan los asesinos lacrimosos —dijo mister Suzuki—. No te quejes, no llores, exprésate con voz firme, como un hombre.

—¡No sé nada!

El japonés tiró de las orejas de Klotz, obligándole a levantarse; luego le envió contra la pared, a tres metros, de un directo a la mandíbula.

El detective se quedó pegado a la pared, convertido en una piltrafa.

—Conozco a mi jefe por el nombre de Tran Vanh Duc. Se hace pasar por sudvietnamita.

—¿Cuál es la misión que te ha confiado?

—Vigilar a Jemma Stevens. Controlar las idas y venidas de todos los que se interesaran por ella.

—Tenías la misión de protegerla, y la has asesinado.

Klotz se encogió de hombros, como si aquella observación careciera de importancia.

—Entonces, ¿te interesaste por mí, porque yo me interesaba por ella?

—Evidentemente.

—Lo sospechaba —dijo el japonés con amargura—. Se lo dije a Finkel: soy uno de los responsables de su muerte. ¡Pero la vengaré! Vas a conducirme inmediatamente a casa de tu jefe.

—Ignoro dónde vive.

—¡Le llamarás por teléfono para decirle que tienes las seis fotografías que Finkel me ha devuelto!

El japonés soltó a Klotz, el cual fue a sentarse sobre la cama y empezó a reflexionar intensamente, con la cabeza entre las manos. Súbitamente, se echó cuan largo era sobre el lecho y cogió la pistola abandonada por mister Suzuki. Apuntó al japonés al corazón y apretó el gatillo.

Capítulo XXIII

EL GATILLO resistió: la automática no estaba armada. Antes de que pudiera tirar de la culata, míster Suzuki había saltado al cuello de Klotz y le estrangulaba con una presa feroz. El detective soltó la pistola. Míster Suzuki se apoderó de ella y retiró el cargador. Para sancionar la tentativa de asesinato, abofeteó secamente al detective, que volvía a estar suave y manejable.

—No podemos ir a casa del jefe —dijo Klotz, después de haberse frotado las mejillas—. Nunca aceptará que vaya a verle.

—¿Y las fotografías?

—He de citarme con él para entregárselas. Él es quien escoge la hora y el lugar de la cita.

—Perfecto —concluyó el japonés—. Una vez esté fuera de su casa, no podrá hacer funcionar el mecanismo destructor. Vamos con la cita.

—Si no acudo solo, él no vendrá. Es muy desconfiado.

Mientras míster Suzuki se vestía sin perder de vista a Klotz, éste se detuvo delante de una especie de serpiente verde que salía de la cama para ir a perderse en el interior del armario.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Un trozo de manguera de riego —explicó el japonés.

El detective levantó la sábana y vio que el trozo de manguera desembocaba en un saco de plástico cuya abertura estaba cerrada por medio de un cordel. Klotz miró al japonés con aire de absoluta incomprensión.

—Imagine —dijo míster Suzuki— que soplo por ese tubo, simulando que estoy roncando. ¿Qué pasa? El aire que hincha el saco y levanta la sábana hace creer en la presencia de un durmiente.

—¡Estaba usted en el armario y soplabas por ese tubo! —exclamó Klotz—. Y el pobre Frankie picó. ¡Muy divertido!

—¿Verdad? El saco de plástico lo encontré en el armario: seguramente había servido para guardar algún traje. En cuanto a la manguera de riego, la saqué del jardín.

Klotz volvió a cambiar de actitud. Abandonó su aire pesaroso e hipócrita, y se secó tranquilamente la sangre que brotaba de sus orejas y de las

comisuras de sus labios.

—Nadie en el mundo hubiera podido hacerme hablar contra mi voluntad —afirmó.

El japonés esperó la continuación con un interés que no tenía nada de fingido. Se preguntaba qué nueva jugarreta preparaba Klotz. Éste parecía entregado a una violenta lucha consigo mismo.

—Yo también trato de vengar a Jemma Stevens —dijo finalmente.

—¡Nada más fácil! —ironizó el japonés—. Continúa protegiendo a tu jefe, y terminarás en la cámara de gas.

Klotz no protestó. Parecía sopesar el pro y el contra, ante una decisión capital.

—No trato de salvar a Vanh Duc —replicó.

—No —reconoció el japonés—, lo tuyo no es salvar a nadie.

—Fue él quien condenó a Jemma Stevens —dijo Klotz.

—Y tú la ejecutaste. ¿Por qué?

Tras un breve silencio, Klotz hizo una extraña confesión.

—Yo creía —empezó—, sí, yo imaginaba que odiaba a Jemma. Y en cierto sentido, la odiaba más que a nada en el mundo. Ella se rió en mis narices, con su risa despreocupada, de mis proposiciones. «¡Mi pobre Klotz!», decía. Y a mí me sacaba de quicio. A veces se quedaba ocho días en el hotel, porque Finkel estaba de viaje y Jemma no quería ver a nadie más que a él. Y yo hubiera dado cualquier cosa por poseerla. Pero ella me repetía: «Una verdadera mujer no se compra, mi pobre Klotz». Y, entretanto, flirteaba descaradamente con un cliente del hotel.

—Y, en consecuencia, ejecutaste las órdenes...

El detective continuó:

—Jemma era una coqueta inconsciente. Y eso era lo más terrible. Siempre tan alegre, tan sonriente... Al verla, daba la impresión de que era más asequible.

Klotz se perdía en un ensueño nostálgico. Experimentaba la necesidad de hablar de su víctima, de evocarla, de hacerla presente para el desconocido al cual se confiaba. Había olvidado toda prudencia.

—Con ella, todo parecía natural y sencillo —prosiguió—. No tenía nada de vampiresa. ¡Oh, no! Era toda una mujer. La clase de mujer con la que cualquiera se casaría con los ojos cerrados. Parece que la estoy viendo, toda blanca, con los cabellos sueltos... Y sus ojos... ¡Sus ojos! Abiertos de par en par, tranquilos, serios, con una expresión interrogadora. Me miraba...

—... desde el fondo de su bañera —terminó míster Suzuki. Klotz inclinó la cabeza con aire afirmativo.

—En aquel momento comprendí que no la odiaba y que nunca la había odiado —dijo—. Entre nosotros no hubo más que una desavenencia amistosa. Suspiró.

—El odio y el amor llegan a confundirse...

Tras un breve silencio, continuó:

—Aquel día me juré a mí mismo que acabaría con Vanh Duc, tarde o temprano. Entretanto, tenía que continuar. La cosa carecía ya de importancia. Y cuando uno está en manos de Vanh Duc, resulta muy difícil resistirse a él.

—Ahora estás en mis manos.

—Es cierto —dijo Klotz, con una especie de satisfacción. Y, bruscamente, empezó a hablar. Contó todo lo que sabía. El seudo Vanh Duc dirigía una vasta red china centralizada en San Diego^[14] y que cubría toda California. Poseía agentes en todos los hoteles y en todas las empresas, e incluso en los campamentos hippies.

—¡Qué idea más rara! —se asombró míster Suzuki.

—Rara, pero no estúpida. Los hippies circulan libremente desde Kaboul a San Diego. En la frontera no les registran. Y en su mayor parte son pro-chinos.

—Entonces, Hermann...

—Sí —confirmó Klotz—, es un amigo de Vanh Duc.

—¿Fue él quien colgó a Christus?

—Sí.

—¿Y Jemma?

Klotz inclinó la cabeza y confesó:

—Cuando entré en su habitación...

—... pasando por la mía...

—... no estaba aún decidido del todo. Pero ella se equivocó acerca de mis intenciones. Me insultó, tratándome de viejo asqueroso. Entonces, para hacerla callar, enchufé el secador y lo introduje en la bañera, donde ella ocultaba su desnudez.

Míster Suzuki tomó nota de todo. Las revelaciones de Klotz iban a permitir una sensacional redada por parte de los servicios especiales. Y, sobre todo, iban a abrir los ojos de Finkel y del «gobierno mundial» sobre el peligro de poner las cartas sobre la mesa en un mundo poblado de traidores.

Interrumpiendo al detective, le dijo:

—Llama a tu jefe y dile que fije un lugar para la cita.

Míster Suzuki se inclinó para coger el teléfono de la mesilla de noche y dejarlo sobre la cama, al alcance de Klotz. Éste parecía reflexionar, rascándose la nariz. Míster Suzuki se preguntó si habrían terminado sus sorpresas. Klotz era más tortuoso que un laberinto... Finalmente, el detective se resignó a marcar un número. Sin embargo, aquello no bastaba para demostrar su buena fe. Una palabra de apariencia anodina deslizada en la conversación podía significar: «¡Peligro!», y poner sobre aviso al jefe.

—¡Aló! —dijo Klotz, fingiendo entusiasmo—. Tengo los *objetos*... Sí, todo ha ido sobre ruedas... He de verle lo antes posible, para estar de regreso en el hotel antes de la hora del desayuno... Sí, Frankie ha trabajado bien... Está en camino... De acuerdo, le escucho... No, no tengo el mapa encima, está en el automóvil. Pero voy a tomar nota. Un momento...

Mister Suzuki evitó el tender su bolígrafo a Klotz, ya que el jefe hubiera adivinado que había una tercera persona cerca del aparato. Convenía tomarse tiempo, para no despertar la desconfianza del supuesto Vanh Duc.

—Ya está —dijo el detective, al cabo de unos instantes—. Le escucho.

Para tener las manos libres, colocó el receptor entre su barbilla y su hombro. Con su cuaderno de notas sobre las rodillas, escribió:

—A media distancia, aproximadamente, entre el punto H y el punto T, en el cruce Z. Camino ascendiendo hacia L. Recorrer doscientos metros en dirección norte, partiendo del cruce. Dentro de ochenta minutos, exactamente. Comprendido.

Repitió y colgó.

Mister Suzuki examinó la página arrancada del cuaderno y preguntó:

—¿Qué significa eso?

—H, T, L y Z son unos puntos de referencia convenidos sobre el mapa.

—Para evitar que alguien a la escucha pueda utilizar la información. Perfecto. Vamos a ver el mapa.

Capítulo XXIV

A PARENTEMENTE relajado, con la cabeza echada hacia atrás, Klotz conducía el Buick verde por la carretera poco frecuentada que se dirigía hacia las tierras del interior, entre Nacional City y Calexico. Sensiblemente paralela a la frontera mejicana, aquella carretera se prolonga en dirección a Arizona; se respira ya en ella un aire de América latina. Inmensos pastos, praderas desiertas; aquí y allá, una alquería apenas visible en medio de las ondulaciones del terreno.

La salida del sol era inminente, como una amenaza. Mister Suzuki había colocado sobre sus rodillas el mapa de estado mayor que servía de guía para la cita fijada por el «jefe». No le resultó fácil descubrir el cruce elegido.

Klotz seguía pasivamente las instrucciones. Doscientos metros más en dirección al norte, e inmovilizó el vehículo al borde de un camino vecinal. Un grupo de árboles formaba una masa impenetrable, a una veintena de metros, en medio de los prados. Más lejos, se distinguía la silueta de una granja. Un olor a heno flotaba en el aire.

La boca de Klotz esbozaba un rictus indefinible. Una pálida sonrisa a la vez indiferente y sardónica flotaba sobre sus labios exangües. Mister Suzuki pensó que su compañero sabía una cosa que él ignoraba. El rostro afilado de Klotz, sus ojos hundidos, adquirirían una dignidad que no habían poseído hasta aquel momento. Hubiérase dicho que había preparado una buena farsa y que esperaba pacientemente ver la cara que pondría el otro, llegado el momento.

—¿Vamos mejor de moral? —inquirió el japonés.

Por toda respuesta, Klotz dejó oír una risita sardónica.

—El jefe es muy desconfiado —dijo, al cabo de un momento—. No vendrá mientras yo no esté solo.

Mister Suzuki apartó el mapa y dejó al descubierto la metralleta que reposaba sobre sus rodillas. Había encontrado el arma debajo del asiento trasero del Buick de Klotz.

—No voy a quedarme aquí —decidió.

Tenía sus propias ideas sobre el desarrollo de las operaciones. Conociendo la desconfianza de Vanh Duc y la maravillosa organización de la red, había juzgado inoportuno recabar la colaboración de la policía. El exceso de

precauciones y la envergadura de los medios puestos en acción hacen fracasar muchas veces las operaciones de policía.

Retiró la llave del contacto y la deslizó en su bolsillo. Con la metralleta bajo el brazo, se apeó del automóvil, cerró de golpe la portezuela y echó a andar en la dirección hacia la cual había girado el vehículo. Por encima del hombro, dirigió un saludo con la mano a Klotz, el cual se lo devolvió como si fueran dos viejos amigos intercambiando un adiós.

El japonés anduvo una treintena de metros y midió con la mirada la distancia que le separaba del automóvil. A continuación inspeccionó la cuneta que bordeaba el camino. Escogió un lugar en el cual abundaba la hierba para tenderse. Al cabo de unos instantes, notó que la humedad le penetraba hasta la médula de los huesos. El silencio era absoluto. Hasta donde alcanzaba la vista, sólo se divisaban las pendientes de las praderas, a las que se pegaban unos jirones de niebla.

De repente, se oyó el runruneo de un motor a lo lejos. El japonés bajó rápidamente la cabeza.

Klotz, por su parte, había bajado el cristal de la ventanilla y se había vuelto. Vio surgir de entre la bruma un resplandeciente automóvil negro que oscilaba sobre el camino demasiado angosto, como un paquebote encima de las olas.

Con el sombrero echado sobre los ojos, el conductor del vehículo estaba solo. Unos metros más, y Klotz reconoció a su jefe por sus ojos almendrados y su tez amarilla. Al llegar a su altura, el recién llegado tendió la mano abierta por el cristal.

—¡Buen trabajo! —se limitó a decir.

Klotz le entregó el sobre preparado por míster Suzuki. El jefe le entregó entonces otro sobre, más abultado.

—Su prima —explicó—. En billetes pequeños.

—Gracias —dijo Klotz.

En aquel momento, vio que un segundo automóvil se acercaba detrás del de su jefe. Avanzaba lentamente, y aminoró todavía más la velocidad cuando el jefe apretó bruscamente su acelerador.

Míster Suzuki se irguió rápidamente y apuntó a las ruedas del automóvil negro. Antes de que apretara el gatillo, un tiroteo salvaje estalló en medio de la paz matinal. «Los otros» habían disparado primero. El japonés abrió un fuego graneado contra los neumáticos del vehículo que acababa de saltar literalmente delante de él. Zigzagueando, el automóvil recorrió unos metros y acabó por inmovilizarse en la cuneta, en tanto que un segundo vehículo salía

disparado escupiendo fuego. Cuando este segundo automóvil hubo desaparecido, míster Suzuki abandonó su refugio y, empuñando la metralleta, se dirigió hacia el Buick de Klotz.

La cabeza del detective reposaba sobre el volante. No tenía ninguna herida. Sólo la garganta estaba atravesada, y el pecho aparecía acribillado. Sobre el asiento empezaba a formarse un charco de sangre. El japonés levantó la cabeza de Klotz para mirarle a los ojos y buscar en ellos un atisbo de consciencia. No pudo distinguir si quedaba un poco de vida en la mirada. Le expresión del rostro del detective era la misma de antes, relajada y vagamente irónica. Klotz había presentido su destino. Y no había tratado de eludirlo. Había querido vengar a Jemma: de Vanh Duc, de los otros y de él mismo. Una prueba de amor, a fin de cuentas...

Míster Suzuki se dirigió lentamente hacia el automóvil del jefe. Encontró al conductor sentado al borde del camino, sosteniéndose la cabeza entre las manos. El accidente le había sacudido sin herirle. No intentó defenderse.

—¡Vamos! —le ordenó míster Suzuki, como si se tratara de la conclusión lógica y prevista de todos los acontecimientos.

El otro se puso en pie. Era un auténtico chino del norte, alto y un poco obeso. A una y otra parte de su frente despejada, sus cabellos formaban dos alas. Dirigió una mirada al sobre caído en el suelo.

—No es más que un periódico viejo —le consoló míster Suzuki.

—Igual que el sobre que he entregado a Klotz —dijo el seudo Vanh Duc.

—¡Hay que ver las molestias que se toma la gente para intercambiar unos periódicos atrasados! —suspiró el japonés.

El supuesto vietnamita palideció al ver el cadáver del detective.

—¡Póngalo detrás! —ordenó míster Suzuki.

El chino vaciló, y luego se resignó. Había optado por la indiferencia y la impasibilidad, pero en este terreno no podía rivalizar con míster Suzuki.

Mientras el jefe instalaba al difunto Klotz en la parte trasera, míster Suzuki retiró el asiento ensangrentado y lo arrojó a la cuneta, cambiándolo por el asiento contiguo. Luego pidió a su prisionero que le entregara su pañuelo y le volviera la espalda. Ató diestramente las muñecas del chino y le hizo subir detrás, en compañía del muerto. Después puso el vehículo en marcha y regresó a la carretera.

Tras rodar durante veinticinco minutos en dirección a National City, llegó a una estación de servicio.

—Quisiera llamar por teléfono —dijo—. Entretanto, llene el depósito.

Al cabo de un cuarto de hora obtuvo la comunicación con Washington.

—He descubierto al asesino de Stevens, así como al destinatario de las fotografías robadas. También he detenido al jefe de la red que supervisaba todas las operaciones. Dígale al Presidente que no se había equivocado... Él lo comprenderá. Póngase en contacto con la policía de San Diego... *So long!*

Al regresar al Buick, no le sorprendió demasiado encontrar a un agente motorizado inclinado sobre el cristal de la portezuela posterior.

—¿Es de usted este automóvil?

—No, pero lo estoy conduciendo.

De repente, exclamó:

—¡Por todos los diablos!

Y abrió rápidamente la portezuela.

Vanh Duc se había desplomado sobre el cadáver de Klotz, y mostraba un rostro violáceo y unos ojos desorbitados. Como si el muerto le hubiera estrangulado.

La boca del chino estaba abierta de par en par, como la de un ahorcado. Míster Suzuki trató de cogerle la lengua entre el pulgar y el índice, para practicarle la respiración artificial. Pero no encontró la lengua. Y con motivo...

—¿Está muerto también? —preguntó el agente, con la mano en la culata de su pistola.

—Sí —respondió míster Suzuki—. Suicidio.

El rostro del policía, suspicaz y escéptico, se hizo francamente amenazador.

—¿Suicidio con las manos atadas? —inquirió.

—Se ha tragado la lengua —explicó míster Suzuki—. Una técnica china milenaria.

—¿Y el otro? —insistió el agente, visiblemente desbordado por los acontecimientos.

—Metralleta —dijo míster Suzuki—. Acribillado a quema ropa.

—Levante las manos —ordenó el agente—, para que pueda cachearle.

—Como quiera —dijo el japonés, conciliador.

El motorista no las tenía todas consigo. Era un joven de rostro enérgico. Registró incluso la cartera del japonés, encontró la carta del Presidente, pero no quiso enterarse de su contenido.

—Es una carta del Presidente de los Estados Unidos —explicó míster Suzuki—. Puede usted quedársela, ya no la necesito.

El agente devolvió la carta al lugar donde la había encontrado y la expresión de desconfianza de su rostro se hizo más intensa. Perteneecía a la

clase de personas que temen más a los locos que a los gangsters. Después de asegurarse de que el energúmeno que transportaba unos cadáveres no estaba armado, regresó al automóvil.

—No toque ese paquete —le aconsejó el japonés, señalando el abultado sobre que el jefe de Klotz había entregado al detective—. Tal vez sean las treinta monedas de Judas, pero también puede ser un trágico regalo póstumo.

El motorista adoptó un aire falsamente comprensivo, convencido como estaba ya de que no había nada que comprender.

—¿Y si tomásemos una taza de café o de té? —propuso el japonés, amablemente—. Después de una noche tan movida...

—Si usted quiere... —concedió el agente, dispuesto a no contrariar a su interlocutor.

Había pedido refuerzos mientras mister Suzuki telefoneaba, y sólo deseaba ganar tiempo.

En la estación de servicio había una cafetería. Atrincherado detrás de su mostrador, el dueño dio muestras de una prisa excesiva y de una cortesía exagerada. Era evidente que el motorista le había informado acerca del contenido del Buick. Sirvió té al japonés y café al policía.

Para mister Suzuki, la investigación había terminado. Sólo le faltaba devolver al Presidente las fotografías que llevaba en el bolsillo y transmitir a las autoridades las informaciones facilitadas por Klotz.

El resto era cuestión de rutina.

—El señor es amigo del Presidente de los Estados Unidos —anunció el policía, con evidente retintín, dirigiéndose al dueño de la cafetería. Éste sacudió la cabeza como si la noticia le maravillase—. Y yo —añadió el agente— soy camarero del Papa.

El dueño de la cafetería no sabía si podía reír en presencia del «loco». Antes de que hubiese optado por una actitud concreta, una formidable explosión hizo volar en pedazos los cristales y la puerta. Algunas botellas cayeron al suelo con estrépito. Mientras el agente se precipitaba hacia fuera y el dueño del establecimiento se convertía en estatua de sal, una segunda explosión siguió a la primera.

Restablecido el silencio, mister Suzuki observó tranquilamente:

—No me había equivocado, era un trágico regalo postumo. El chino insistió en hacerme creer que se trataba de un periódico atrasado. Desde luego, era *una carga de plástico con un detonador químico*.

Vanh Duc había tomado sus precauciones previendo una posible traición de Klotz. Y mister Suzuki estaba obligado a encenderle un cirio al agente que

le había alejado del automóvil.

No quedaba gran cosa del vehículo, después de la explosión del depósito de gasolina subsiguiente al estallido de la bomba. Cuando llegaron los refuerzos, poco después, el agente se sintió muy aliviado al poder confiar su cliente a su jefe.

—¡Salude de mi parte a Su Santidad! —le dijo el japonés, mientras subía al coche-patrulla.

—¡Y mis cumplidos al Presidente! —replicó el motorista, para no ser menos.

ANTOLOGÍAS ACERVO

Una síntesis cuidadosamente realizada
de la literatura de suspense.

*Cada volumen contiene unas veinte novelas
cortas, completas, de los maestros del género
y de la literatura universal.*

ANTOLOGIA DE LAS MEJORES NOVELAS POLICIAICAS

PRIMERA SELECCIÓN

EDGAR A. POE. Los asesinatos de la calle Morgue. — CHARLES DICKENS. El velo negro. — GUY DE MAUPASSANT. La mano. — A. CONAN DOYLE. El ritual de los Musgrave. — THOMAS BURKE. Las manos del Sr. Ottermole. — G. K. CHESTERTON. Pisadas extrañas. — EDGAR WALLACE. La caída de Míster Raeder. — AGATHA CHRISTIE. Villa Filomela. — J. S. FLETCHER. El Juez corrobora. — BEN HECHT. Sangre de actor. — FREEMAN WILLS GRAFTS. El cuadro de Greuze. — E. PRILIPS OPPENHEIM. El hombre de los dos sacos. — GEORGE HARMON COXE. ¿Sigue mi camino? — STUART PALMER. El simulador. — JOHN DICKSON CARR. El caballero de París. — GEORGES SIMENON. Bajo pena de muerte. — LORD DUNSANY. Las dos botellas de salsa. — ELLERY QUEEN. La aventura de la acróbata colgante. — I. COVARRUBIAS. Crimen imperfecto. — MICHAEL ARLEN. Gay Falcón. — DAVID SAVAGE. El asesino viajaba en el mismo tren. — GEORGES JOSEPH. Los cuatro amigos del doctor. — WILLIAM IRISH. Papá Benjamín.

SEGUNDA SELECCIÓN

R. L. STEVENSON. El profanador de tumbas. — W. WILKIE COLLINS. El cazador cazado. — F. DOSTOIEVSKI. El juicio de Demetrio Karamazov. — H. G. WELLS. Las vacaciones de Mr. Ledbetter. — JEAN RICHPIN. Un crimen excepcional. — T. BURKE. La estrella de plata. — J. S. FLETCHER. El fugitivo y los clérigos. — GEOFFREY HOUSEHOLD. Un forastero amable. — L. CASTELLANI. El enigma del fantasma en coche. — GEORGES JOSEPH. «... era un bendito.» — BEVIS WINTER. El caso de la florista asustada. — G. SIMENON. Kachudas y el sombrero. — BURHAM CARTER. El cepo de Tío. — ELLERY QUEEN. El caso «GI». — JAMES YAFFE. Mon derrama una lágrima. — ANTHONY MORTON. Una soga para el barón. — O. ROY CHOEN. Coartada perfecta.

TERCERA SELECCIÓN

CHARLES DICKENS. El retorno del presidiario. — FRANCIS MARION CRAWFORD. La calavera que gritaba. — GASTÓN LEROUX. El hacha de oro. — JACQUES FUTRELLE. El preso de la celda n.º 13. — G. K. CHESTERTON. El problema insoluble. — SIR BASIL THOMSON. La desaparición de la señora Fraser. — F. WILLS CROFTS. El paso a nivel. — BARONESA ORCZY. El crimen de Regent's Park. — H. C. BAYLEY. La casita. — PATRICK HAMILTON. Luz de gas — M. P. SHIEL. La estirpe de los Orven. — AGATHA CHRISTIE. EL inferior. — NOEL CLARASÓ. El fantasma de Anita Flores. — ROY VICKERS. La pobre Gertrudis. Una mujer de principios. — P. G. WODEHOUSE. Ola de crímenes en el castillo de Blandish. — WILLIAM IRISH. Programa doble. — ELLERY QUEEN. El dado del emperador. La muñeca del delfín.

CUARTA SELECCIÓN

O'HENRY. Con alma y vida. — ROBERT BARR. La explotación de los distraídos. — JEAN RAY. Busco a Mr. Pilgrim. — J. S. Fletcher. La quebrada del ciego. — HELEN NIELSEN. No se puede confiar en un hombre. — IGNACIO COVARRUBIAS. Ensayo para la muerte. — ELLERY QUEEN. La botella de vino. ANDRÉ PICOT. Todos los caminos llevan a Roma. — WILLIAM SAMSON. Tentaciones diversas. — DAVID

KASANOF. Como quien dice. — ROY VICKERS. La trompeta de goma. El asesino tímido. La pitillera de oro. — EDOGAWA RAMPO. El test psicológico. — LORD DUNSANY. El discurso. — JACQUES FAIZANT. ¿Duerme usted, señor Georges? Revista de detalles. El asesinato del Duque de Guisa. Discordia vocal. — MILDRED ARTHUR. La reina ha muerto. — W. W. JACOBS. El segundo contramaestre. — WILLIAM IRISH. Deuda pendiente.

QUINTA SELECCIÓN

JACQUES FUTRELLE. La fuga. — PIERRE VERY. Los 700.000 rábanos. JOHN y WARD HAWKINS. Maquinación en la carretera. — EDOGAWA RAMPO. Los mellizos. — CRAIG RICE. Y los pájaros aún cantan. Su corazón podía romperse. — MICHAEL HALLIDAY. Juego con la muerte. — CORNELL WOOLRICH. El engranaje. — ELLERY QUEEN. Bola de nieve en julio. El ladrón de Wrightsville. El dedo medicinal. — ANDRÉ PICOT. Buenas noches, Miss Clark. El asesino concienzudo. — JOHN CREASEY. Un cabello de su cabeza. — GEORGE HARMON COXE. Un trabajo limpio y cuidadoso. — JOHN STEINBECK. El atraco. — H. C. BAILEY. Descubierta por el menú. — CHARLOTTE ARMSTRONG. El enemigo. ¿Qué habría hecho Ud.? Los diez indicios de Mr. Polkinghorn.

SEXTA SELECCIÓN

PIERRE LARROQUE. En la casa vacía. — VERÓNICA PARKER JOHNS. El amable visitante. — RICHARD DEMING. La rubia del bar. Segunda luna de miel. — ANDRÉ-PAUL DUCHATEAU. Invitación al asesinato. Crimen sin móvil. — HELEN NIELSEN. Presentimiento. — RICHARD S. PRATHER. El callejón de los malhechores. — ROBERT ARTHUR. Un ataúd para Mr. Cash. — EVAN HUNTER. Desangrándose en la acera. Primo. La última vuelta. — CRAIG RICE. Un día tranquilo en la cárcel del Condado. — JONATHAN LORD. El trabajo del día. — CHARLOTTE ARMSTRONG. La valla. — EDOGAWA RAMPO. Dos hombres lisiados. — DOUGLAS FARR. Por el amor de 10.000.000 de dólares. — RICHARD MARSTEN. El fugitivo. — MAX FRANKLIN. Los genios. — JEAN CRAU. El cómplice imprevisto. — ELLERY QUEEN. Novia en peligro. — ROBERT TURNER. No voy a volverme rabioso.

SÉPTIMA SELECCIÓN

O'HENRY. El rescate de Jefe Rojo. Niños en la Selva. — ROBERT BARR. La extraviada fortuna de Lord Chizelrlgg. — IRVIN S. COBB. El doctor serpiente. — WALTER DURANTY. El papagayo. — W. R. BURNETT. ...A hierro muere. — STEPHEN VINCENT BENNET. El diablo y Daniel Webster. — ALFREDO TIRAD. El trágico fin de Monsieur Plume. — ELLERY QUEEN. El hombre que podía doblar el tamaño de los diamantes. El gato muerto. — JEAN CRAU. El error reparado. — RICHARD DEMING. Expediente abierto. Era su ídolo. Cortina de humo. — CORNELL WOOLRICH. A las tres. — ROBERT ARTHUR. Las ancianas dirigen la encuesta. — HUGH PENTECOST. La muerte juega al golf. — STEPHEN GRENDON. Gambito de alfil.

OCTAVA SELECCIÓN

O'HENRY. Veinte años después. — ROBERT M. COATES. Fuga. — MICHAEL HERVEY. La curiosidad mató a Cath. — ELLERY QUEEN. El ojo de la aguja. — RICHARD DEMING. Reembolso. — ROBERT GAVES. Un abono excelente. — FRANK WARD. El que regresa. — STUART PALMER y CRAIG RICE. El pueblo *versus* Whitters & Malone. La conciencia de Malone. Autopsia y Eva. Whitters y Malone expugnadores de cerebros. — RICK RUBIN. Cuando la niebla es favorable. — ROBERT BLOCH. El hombre que se parecía a Napoleón. — MICHAEL ZURO Y. Visita a la gran ciudad. — ROBERT EDMOND ALTER. Caza del hombre en el Dead Yank. — ROBERT WALLSTEIN. Los niños de Alda Nuevo. — STANLEY ELLIN. El hombre de nueve a cinco.

NOVENA SELECCIÓN

HONORATO DE BALZAC. Maese Cornelius. — WILLIAM WILKIE COLLINS. Una cama terriblemente extraña. Por falta de pruebas. — JOSEPH PAYNE BRENNAN. Desaparición. Adiós, Mr. Bliss. — WILLIAM FAULKNER. Humo. — WILLIAM NORTH JAYME. Declaro abierta la sesión. — ROALD DAHL. La zambullida. — GEORGE HARMON COXE. Una coartada de dos minutos. — STUART PALMER y CRAIG RICE. *Cherchez la Frame*. Una vez en un tren. — JACK RITCHIE. Un asesino refinado. — ROG PHILLIPS. Justice, Inc. — FREDRIC BROWN.

Maniático. — ELLERY QUEEN. El último en morir. — M. A. GERENDIAIN Crimen con retorno. — PAUL SARTORIS. La pulsera. — ANTHONY BERKELEY. La casualidad vengadora.

DÉCIMA SELECCIÓN

STEPHEN CRANE. Una ilusión en rojo y blanco. — DOROTHY L. SAYERS. La mujer leopardo. — LAWRENCE BLOCK. Si esto es locura. — RICHA DEMING. Sospechoso número uno. — JOHN FAULKNER. Justicia rústica. — JACK RITCHIE. Profesión: Asesino. — JOSÉ M. AROCA. Asesino a sueldo. El joyero chino. — FREDRIC BROWN. Trampa mortal. El cumpleaños de Granny. — ROBERT ARTHUR. Nadie al teléfono. — BUDD SCHULBERG. Asesinato en el muelle. — JOHN DICKSON CARR. La muerte por unas manos invisibles. — AMADEO FERRES MARSAL. Culpable inocente. — C. B. GIDFORD. El hombre en la mesa. — HENRY KANE. Una historia de fantasmas. — PAUL SARTORIS La llamada. — CORNELL WOOLRICH. Lucha leal.

UNDÉCIMA SELECCIÓN

L. ARRIZABALAGA ESPAÑOL. Correo para Elena. — NOEL CLARASÓ. Ojo por ojo, vida por vida. — CARLOS CLARIMÓN. La trampa. — F. CORTÉS RUBIO. Un hombre de carácter. — F. FAURA PEÑASCO. En el cielo no había ángeles. — DARIO FERNÁNDEZ-FLOREZ. Señor juez. — A. GONZALEZ MORALES. Un cadáver bajo el agua. — E. JARNÉS BERGUA. Un hombre llamado «Nadie». La hora que no es. — J. RUIZ CATARINEU. Sólo un cuchillo. — E. SAEN GONZÁLEZ. La noche que fui asesino. Un atraco perfecto. — TOMÁS SALVADOR. Las horas grises. Una mujer tras la puerta. — PEDRO SANGRO GSELL. Cuestión de familia.

DUODÉCIMA SELECCIÓN

VOLTAIRE. El perro y el caballo. — ALEJANDRO DUMAS. El duelo. El hombre del alfange. — HENRY W. LONGFELLOW. El notario de Perlgueux. — EDGAR ALLAN POE. La carta robada. — O'HENRY. El toque de clarín. Jimmy Valentine. — MARK TWAIN. El robo del elefante blanco. — JACK LONDON. El maestro del misterio. — ANDRE PAUL

DUCHATEAU. Boomerang. — CORNELL WOOLRICH. La esposa del jugador de póquer. — INGLIS CARTER. Doble enigma. — ANTONINO GONZÁLEZ MORALES. Humo en el corazón. — LUIS ARRIZABALAGA. Bonifacio el tímido. El último testigo. — FRANCISCO CORTÉS RUBIO. El amigo Charbonier. — JOAQUÍN RUIZ CATARINEU. Un muerto en la carretera. — NOEL CLARASÓ. Era una presencia muerta. — PEDRO SANGRO GSELL. Víctima seis. — LEÓN IGNACIO. El rapto de la niña Gálvez.

DECIMOTERCERA SELECCIÓN

NATHANIEL HAWTHORNE. La tragedia de Mr. Higginbotham. — EDGAR A. POE. Eres tú el asesino. — ABRAHAM LINCOLN. El misterio del caso Trallor. — CHARLES DICKENS. La caza. Mr. Bucket, detective. — EMILE GABORIAU. Una desaparición. — ROBERT W. CHAMBERS. El Emperador Púrpura. — RICHARD HARDING DAVIS. En la niebla. — O'HENRY. El hombre superior. Magnetismo personal. — BARONESA DE ORCZY. El misterio de la Percy Street. — FREEMAN WILLS CROFTS. El misterio del doble asesinato del expreso de Edimburgo. — WILLIAM IRISH. El sello de tres puntas. — JESÚS Y CÉSAR DÍAZ. El problema de la pista de tenis. — LEÓN-IGNACIO. Las estrellas vienen de cara. — CARLOS GONZÁLEZ CASTRESANA. Un caso extravagante.

ANTOLOGIA DE NOVELAS DEL OESTE

PRIMERA SELECCIÓN

PRENTISS COMBS. La ley del látigo. — S. OMAR BARRER. — Senda de forajidos. — MARVIN DEVRIES. Diligencia a Yuma. — CLIFF FARRELL. Estrategia femenina. — MICHAEL FESSIER. La dama de la quebrada roja. — WILLIAM FORREST. La prueba del tormento. — BILL GULICK. La boda de Rayo de Luna. — BRET HARTE. Una viuda del valle de Santa Ana. — ERNEST HAYCOX. La senda del hombre muerto. —

MCKINLAY KANTOR (PREMIO PULITZER). ¡Vienen los dakotahs! — ALFREDO HENRY LEWIS. Cómo llegó a Cheyenne Mr. Hickok. — MORGAN LEWIS. El linchamiento. — EUGENE MANLOVE RHODES. La sonrisa del muerto. — LUKE SHORT. Un vaquero de primera. — STEWART ADWARD WHITE. El oro del huésped. — ROBERT PATRICK WILMONT. El pistolero. — OWEN WISTER. El caballo regalado. — PAUL HORGAN (PREMIO PULITZER). El diablo en el desierto. — CONRAD RICHTER (PREMIO PULITZER). Humo sobre la pradera.

SEGUNDA SELECCIÓN

BRET HARTE. De cómo Santa Claus llegó a Simpon's Bar. La suerte de Roaring-Camp. El socio de Tennessee. El idilio de Red-Gulch. Los expulsados de Poker-Fiat. — MARK TWAIN. El entierro de Buck Fanshaw. — CARLOS DICKENS. Historia de un correo a caballo. — WILLIAM A. BAILLIE GROHAM. La historia del «Coroner». — EDWIN CORLE. Vacaciones en el Banco. — STEPHEN GRANE. La novia llega a Yellow Sky. Un hombre y... otros más. — O'HENRY. Las reformas de Calfope. Los pastelillos de pimienta. Milagro al atardecer. — THOMAS ALLIBONE JANVIER. La mina perdida. — JACK LONDON. El cañón All Gold. — ALBERT PIKE. La incursión de los navajos. — NINA MC CORNACK. Muerte en Dun River. PHOEBE y TODHUNTER BALLARD. Dejad que la bandera ondee libremente. — WILLIAM FAULKNER. El perro. — PHILIP VERRIL MIGHELS. Los lazos de la camaradería. — AL JENNINGS. El barril de sangre.

TERCERA SELECCIÓN

BRET HARTE. Una ingenua de las sierras. — MARK TWAIN. La historia del californiano. — STEPHEN CRANE. El hotel azul. — JACK LONDON. Una odisea del norte. — EUGENE MANLOVE RHODES. Pasó por aquí. — FRANK B. LINDERMAN. La oficina de Correos de Wolftall. — JAMES WARNER BELLAH. Partida de guerra. — H. L. DAVIS. La mujer del viejo Isbell. — EDWIN K. SLOAT. Carnada para Boothlll. — HOWARD FAST. Malcriar al muchacho. — ERNEST HAYCOX Una cuestión de sangre. Patrulla de exploradores. — WALTER VAN TILBURG CLARK. El viento y la nieve del Invierno. — DOROTHY JOHNSON. La llama de la frontera. — STEVE FREEZE. El matador. — CONRAD RICHTER. La boda.

CUARTA SELECCIÓN

BRET HARTE. La iliada de Sandy Bar. — STEPHEN CRANE. Tres soldados maravillosos. — JACK LONDON. Un hombre digno de confianza. — O'HENRY. Un caso departamental. El último de los trovadores. La venganza de Cisco Kld. — EUGENE MANLOVE RHODES. El numismático. Hombres buenos y sinceros. — H. L. DAVIS. El lobo fantasma. — CONRAD RICHTER. Como era en el principio. Una mujer de la frontera. — SHIRLEY W. SCHOONOVER. La manta tachonada de estrellas. — HAL G. EVARTS. Una noche en el «saloon» de Red Dog. — RAY GAULDEN. Mi hermana y el pistolero. — DOROTHY M. JOHNSON. La hermana perdida. — STEPHEN PAYNE. Conciencia de asesino.

QUINTA SELECCIÓN

ERNEST HAYCOX. Pontazgo. El hombre Inescrutable. La poza. Mrs. Benson. Un episodio de 1880. Frontera mortal. La diligencia. Maniobra táctica. Interludio violento. Mcquestion cabalga. El juicio. La elección. La hija del coronel. La caza. Cuando se lleva la estrella.

SEXTA SELECCIÓN

ERNEST HAYCOX. Wild Jack Rhett. Nocturno en la don Jaime Street. En la Texas Street. Llama a esta tierra hogar. No hay tiempo para soñar. Lloro en silencio. Los colonos de Dullknife Creek. Costumbre del país. Boda perfecta. Un día en el pueblo. Una dama en el Oeste. Horizontes profundos. Tierras libres. Gente orgullosa. Los usurpadores. La historia de Laura Gale. La tierra odiada por las mujeres.

SÉPTIMA SELECCIÓN

BRET HARTE. El poeta de Sierra Fíat. — O'HENRY. El impostor. — DONALD HAMILTON. El último pistolero. — ALBERTO DE LA VEDAN. Un dandy en el Oeste. — THOMAS THOMPSON. La llamada del amor. — MILTON DAVIES. Jim «El Gorila». — EUGENE MANLOVE RHODES. El turno prolongado. — WILLIAM TENN. Nace un hombre. — ERNEST HAYCOX. Río secreto. El rastro del caballo descalzo.

OCTAVA SELECCIÓN (EN PREPARACIÓN)

Volúmenes de 21 x 24 cms. lujosamente encuadernados en tela y oro.

NARRACIONES TERRORÍFICAS (Antología de cuentos de misterio)

PRIMERA SELECCIÓN

KAN PAO. Historia de Ts'in Kin-Pao. — POU SONG-LING. El fantasma mordido — G. A. HOFFMAN. Coppelius. — EDGAR ALLAN POE. El gato negro. — WASHINGTON IRVING. Aventura de un estudiante alemán. — FREDERYCH MARRYAT. La historia del esclavo griego. — GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER. Maese Pérez el organista. — JOHN SHERIDAN LE FANU. Asedio a la casa roja. — ALEXIS TOLSTOI. La familia Voudalak. — GUY DE MAUPASSANT. La noche. — MRS. OLIPHANT. La ventana de la biblioteca. — EQA DE QUEIROZ. El ahorcado. — ANTON CHEJOV. El enemigo. — EVELYN NESBIT. Las esculturas de mármol. — O'HENRY. El cuarto amueblado. — VIOLET HUNT. La súplica. — YAKUMO KOISUMI. Mujlma. — «SAKI». Cura de agitación. Gabriel Ernesto. La penitencia. — RAMÓN DEL VALLE INCLÁN. El miedo. — JEAN RAY. La noche de Camberwell. La princesa tigre. El albergue de los espectros. Yo maté a Alfred Heavenroch. La calle tenebrosa. — GUADALUPE DUEÑAS. Al roce de la sombra.

SEGUNDA SELECCIÓN

PRÓSPERO MERIMÉE. La Venus de Ule. — IVAN TURGUENEV. El sueño. — SHERIDAN LE FANU. Carmilla. — FITZ-JAMES O'BRIEN. ¿Qué era aquello? — VILLIERS de L'ISLE-ADAM. El duque de Portland. Flores de las tinieblas. — PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN. La mujer alta. — GUY DE MAUPASSANT. Un ladrón afortunado. — OSCAR WILDE. El fantasma de Canterville. — «SAKI» (H. H. MUNRO). La paz de Mowsie

Barton. Srednl Vashtar. El aprendiz de brujo. — ANTON CHEJOV. Una noche de espanto. — WILLIAM WILKIE COLLINS. Monkton, el loco. — AMBROSE BIERCE. La muerte de Halpin Frayser. — RUDYARD KIPLING. La marca de la bestia. — ALGERNON BLACKWOOD. La muñeca. — JOHN M. SITAN. Confesión. — JEAN RAY. La historia de Wulkh David Stone. El último viajero. Mr. Gless cambia de dirección — JOHN METCALFE. Efecto retardado.

TERCERA SELECCIÓN

ALEXANDER SERGUEIEVICH PUSHKIN. El disparo. — FITZ-JAMES O'BRIEN El forjador de maravillas. — PRÓSPERO MERIMÉE. Lokis. Visión de Carlos XI. — NATANIEL HAWTORNE. La hija de Rapaccini. — WALTER DE LA MARE. El guardián. — ANTON CHEJOV. Exageró la nota. — AMBROSE BIERCE. Lo que pasó sobre el puente de Owi Creek. — H. G. WELLS. La historia del difunto Evelsham. — E. F. BENSON. Spinach La habitación en la torre. — L. B. Gordon. Cuando se apagaron las luces.— CHARLES G. FINNEY. La maldición del iowa. — GEORGE FIELDING ELLIOT. El cuenco de cobre. — CHARLOTTE ARMSTRONG. Viaje con el verdugo. — JOSEPH PAYNE BRENNAN. Mucílago. Muerte en el Perú. Levitación. El baúl de madera preciosa. — M. R. JAMES. Corazones perdidos.

CUARTA SELECCIÓN

CHARLES DICKENS. El presidente del jurado. — IVAN TURGUENEV. El prado de Bezhln. — GUY DE MAUPASSANT. ¿Fue un sueño? — FRANCIS MARION CRAWFORD. La litera superior. La sonrisa muerta. — E. F. BENSON. El templo. — M. R. JAMES. El tratado Middoth. El fresno. El huerto de Martin. El diario de Mr. Poynter. — H. P. LOVECRAFT. El extraño. Aire frío El susurrador en la oscuridad. — BRAM STOKER. La mujer india. ALEXANDER WOOLLCOTT. Sonata al claro de luna. — A. J. ALAN. El mechón de pelo. — PIERRE LARROQUE. La máscara detrás de la cortina. — C. B. GILFORD. Mi hijo, ese desconocido. — ANDRE-PAUL DUCHATEAU. Photomaton. — CLAUDE AVELINE La noche de Pietremont. — RAY BRADBURY. El emisario.

QUINTA SELECCIÓN

SHERIDAN LE FANU. El señor juez Harbottle. — FREDERICH MARRYAT. El lobo blanco de las montañas de Hartz. — H. P. LOVECRAFT. La cosa en el umbral. — M. R. JAMES. El conde Magnus. — EVELYN WAUGH. El hombre aficionado a Dickens. — COLIN EVANS. A ninguna parte sin ella. — RONALD DAHL. Jalea real. — L. P. HARTLEY. La tumba viajera. — DAVID H. KELLER. Un trozo de linóleo. — ROBERT BLOCH. Enoch. El aprendiz de brujo. Atentamente suyo. Jack el destripador. La casa del hacha. — ELIZABETH BOWEN. Sorprendente. — STEPHEN GRENDON. Mr. George. — GRAHAM GREENE. La tragedia de Bayswater. — RAY BRADBURY. La última de la fila. La pradera. — LAVINA COLLINS. «Eran trece...»

SEXTA SELECCIÓN

JOSÉ CADALSO. Noches lúgubres. — SIR WALTER BESANT y JAMES RICE. El caso de Mr. Lucraft. — ARTHUR MACHEN. La pirámide brillante. — ROBERT E. HOWARD. Palomos del infierno El hombre moreno. Los dioses de Bal-Sgoth. — JOSEPH PAYNE BRENNAN. El pabellón. La fiesta en el bosque. El hombre que temía las máscaras. La cámara de los horrores. Los inquilinos. — CONRAD RICHTER. La segunda oportunidad del Doctor Hanray. — ROBERT BLOCH. Los ojos de la momia. Hierba gatera. — SHIRLEY JACKSON. Los veraneantes. — ROY HUTCHINS. La boda de la bruja. — JOSÉ M.^a AROCA. Arreglarlo todo bien. Las arañas rojas. — FREDRIC BROWN. Pesadilla en amarillo. — JANE RICE. El ídolo de las moscas. — ROBERT GAVES. Fin de semana en Cwn Tatws. — RAY BADBURY. El viento.

SÉPTIMA SELECCIÓN

CHARLES DICKENS. El capitán asesino. — WILKIE COLLINS. La mujer del sueño. — H. P. LOVECRAFT. El pantano luna. Herbert West, reanimador. Horror en Red-Hook. — «SAKI». Laura. La ventana abierta. La fuerza del destino. El ratón. — ROBERT AICKMON. Campanas y metamorfosis. — ROSEMARY TIMPERLEY. Harry. — L. P. HARTLEY. Alguien en el ascensor. — FRANK BELKNEP. El fisgón. — FÉLIX MARTÍ-IBÁÑEZ. Niña Sol. La hiedra crece silenciosamente. El secreto. — JONATHAN CURLING. Me convertí en Bulwlnkle. — MICHAEL ASQUITH. El rostro intruso. — KATE BARLAY. El experto. — MARCEE

BRION. La Sonata del Fuego. Una aventura de viaje. — ROBERT ARTHUR. Dijo Jack el Destripador. — WILLIAM SANSOM. Una gracia divina. — JANET FRAME. ¿Cómo puedo establecer contacto con Persla? — ROBERT BLOCH. El aficionado. — ALFONSO ÁLVAREZ VILLAR. El despertar de la memoria.

OCTAVA SELECCIÓN

NICOLAS LESKOV. El águila blanca. — ALPHONSE DAUDET. La agonía del «Semillante». — LEONIDAS ANDREIEV. El misterio. — AMBROSE BIERCE. La alucinación de Stanley Flemlng. El amo de Moxon. — H. P. LOVECRAFT. El sabueso. — MARCEL BRION. El mariscal del miedo. — CLAUDE SEIGNOLLE. La mujer del vestido de lana de angora. El hombre que no podía morir. — WILLIAM TENN. La señora Sary. — RAY BRADBURY. Los vigilantes. El hombre muerto. — EMIL PETAJA. Caído del cielo. — WILLIAM SAROYAN. El barbero cuyo tío murió entre las fauces de un tigre. — ROBERT BLOCH. El hombre que gritó «¡Al lobo!». — A. M. BURRAGE. El reloj del capitán. Figuras de cera. Entre el minuto y la hora. Compañeros de juegos. Los naipes de marfil. El oviacanto. — R. BRETNOR. Gatuno. — ALFONSO ÁLVAREZ VILLAR. El obseso. Helas. Cuerpo y alma.

NOVENA SELECCIÓN (EN PREPARACIÓN)

Volúmenes de 21 x 24 cms., lujosamente encuadernados en tela y oro, con sobrecubierta barnizada a todo color.

ANTOLOGÍA DE NOVELAS DE ANTICIPACIÓN

(CIENCIA-FICCIÓN)

PRIMERA SELECCIÓN

DANIEL REYES. Flores para Algernon. — LEIGH RICHMOND. Las trece brujas de Witch. — EDMUND COOPER. Los intrusos. Un problema del tiempo. El cerebro infantil. El regalo del futuro. — GEORGE P. ELLIOT. Invasión del planeta del amor. — GORDON R. DICKSON. Rasgo de Ingenio. LLOYD BIGGLE, JR. Monumento. — PAUL ANDERSON. Duelo en Sirtys. Estado de emergencia. — WILLIAM TENN. ¡Rumbo al Este! — JOHN WYNDHAM. Una marciana tonta. — JOHN CHISTOPHER. La expulsión.

SEGUNDA SELECCIÓN

PETER PHILLIPS. Memoria perdida. — PHILIP E. HIGH. Cursillo de supervivencia. — Richard WILSON. El foco de locura. Un mundo maravilloso. — EDMUND COOPER. Los iluminados. — JOHN WYNDHAM. Supervivencia. — JUDITH MERRIL. Sólo una madre. Punto muerto. — WINSTON P. SANDERS. Pacto. — J. T. M'INTOSH. El hechizo de la soledad. — COLIN KAPP. El vidrio de largo. — JOHN BEYNAN. Ningún lugar como la tierra. — JOHN CHISTOPHER. Equilibrio. — HARRY HARRISON. El robot que deseaba aprender. El mecánico. Brazo de la ley.

TERCERA SELECCIÓN

RICHARD WILSON. La avispa. El mejor mundo posible. Llámeme Irish, por favor. El ubicuo. — EDMUND COOPER. El ratón que rugió. La historia del Juicio Final. Novecientos noventa y cuatro. Bienvenidos a casa. — H. P. LOVECRAFT. El color surgido del espacio. — ROBERT BLOCH. El extraño vuelo de Richard Clyton. — JOHN KIPAX. Viernes. — IAN WILLIAMSON. Planta química. — ROBERT MOORE WILLIAMS. Refugio para esta noche. — J. G. BALLARD. Ahora: Cero. — THEODORE L. THOMAS. El hombre del tiempo. — ROBERT SCHECKLEY. Haga una pregunta estúpida. — PHILIP K. DIC. El martillo de Vulcano.

CUARTA SELECCIÓN

PAUL ANDERSON. El viaje más largo. — WARD MOORE. El segundo viaje a Marte. — WILL F. JENKINS. Un terror insignificante. — ROBERT MOORE WILLIAMS. Como timbres de alarma. Al fin del tiempo. —

SASHA GILIEN. Dos son una multitud. — RAY BRADBURY. Entra en mi bodega. — LEE HARDING. Estación de término. — ROBERT J. YOUNG. El problema de la servidumbre. — CONRAD RITCHER. Viaje siniestro. — GERALD KERSH. La caja de seguridad en peligro. — JOSEPH DICKINSON. Tres hacia las estrellas. — MURRAY LEINSTER. Equipo de exploración. — FREDERIC BROWN. La cúpula. Terrestres portadores de presentes. Un hombre distinguido. — STEPHEN VINCENT BENET. Un lugar de los dioses. — JOSÉ MARÍA AROCA. El traidor. — RAYMOND F. JONES. El jardinero. — ROBERT BLOCH. Amanecida.

QUINTA SELECCIÓN

FREDERIC BROWN-MACK REYNOLDS. Oscuro interludio. El caricaturista. — FREDERIC BROWN. Vuelo de represalia. — NOEL LOOMIS. El hombrecito verde. — LEE HARDING. Investigación. — JOSEPH PAYNE BRENNAN. El vertedero. — JOSÉ M.» AROCA. La marca de Caín. — FCO. LEZCANO. El montañero. — R. SILVEBERG. Enfriamiento rápido. — RAYMOND F. JONES. El regalo de los dioses. Entreacto. — ALFRED COPPEL. Tierras vivas. — H. B. FYBE. Conocimiento es poder. — POUL ANDERSON. Punto decisivo. Evasión de la órbita. Fin del capítulo. El cobarde vivo. — PHILLIP K. DICK. ¡Oh, ser un Blobell!

SEXTA SELECCIÓN

DANIEL F. GALOUYE. Domingo fatal. Jebaburba. Justicia del Futuro. Ojos artificiales. — H. P. LOVECRAFT. Desde más allá. Más allá de la pared del sueño. — FRANCISCO LEZCANO LEZCANO. Hambre. Haldous. — ALVARO FERNÁNDEZ SUAREZ. La misteriosa ciudad de Aurora. — M. A. GUERENDIAN. La Rueda. — JUDITH HERRILL. Quienquiera que seas. — LEE HARDING. La ciudad solitaria. — AMBROSE BIERCE. Una partida de ajedrez. — J. G. BALLARD. El hombre iluminado. — FRANK BELKNAP. El elemental. — SEATON MCKETTRIG. Un mundo extraño. — RON GOULART. Plumrose.

SÉPTIMA SELECCIÓN

FRANCISCO LEZCANO LEZCANO. Trasplante experimental. Todo va bien. Dimensionaje. La granja experimental. El naufrago. Hemos llegado. Los intermedios. Avería. — ALFONSO ALVAREZ VILLAR. El regreso de la luz. Toreo teledirigido. La nube de la vida. La tumba del astronauta. La pareja que amaba la soledad. La sed de sonido. Marchando hacia atrás. Confusión en el hospital. La dulce mentira. — JOSÉ SANZ Y DÍAZ. Fantasías de la era atómica. — CARLOS BUIZA. El tigre bueno. Flores de cristal. La confusión de un grats. La caída. — DOMINGO SANTOS. Psi. Los exploradores. Las formas del lago. — FRANCISCO VALVERDE El hombre mecánico. El libro. — JOSÉ M. AROCA. La historia de Martín Vilalta. — JOSÉ ATIENZA. Las tablas de la ley. Lo que sucedió por beber agua. 35 sin regreso. >— JACQUES FERRON. Independencia. El anticuario. Bjorck.

OCTAVA SELECCIÓN

ANDRÉ HARDELLET. El reverso. — CLAUDE VEILLOT. El enclave. — SOPHIE CATHALA. Poeta, afina tu laúd. — ARTHUR SELLINGS. Los silenciosos. Pequeño resumen de historia del futuro. — PIERRE VERSINS. El niño nacido para el espacio. El perro. — POUL ANDERSON. El pulgar verde. — ROBERT MOORE WILLIAMS. La víspera del juicio final. — FRANCISCO LEZCANO. Litografía. — JACQUES FERRON. Amor galáctico. — ALFONSO ALVAREZ VILLAR. Y el espíritu venció a la carne. — DOMINGO SANTOS. La cosa caída del espacio.

NOVENA SELECCIÓN

JUAN G. ATIENZA. Réquiem por un Dios mortal. ¿Las abejas?... ¡Bah! unos bichitos. Servicio de puerta a puerta. 3 mitos en nuevos odres: 1. Prometeo Sánchez, 2. Herr Profesor Faust, 3. Blanca Neves y los siete marcianos. Limpio, sano y justiciero. Muy arriba, muy adentro... — DOMINGO SANTOS. Las rotas alas de los dioses. — ALFONSO ALVAREZ VILLAR. — El planeta de los sueños. Televisolandia. Por si soñamos. — FRANCISCO LEZCANO LEZCANO. No podían saberlo. Prohibido coger flores. — LUIS GARCÍA LECHA. ¿Dónde hay espacio? — ANGEL TORRES QUESADA. Centro de violencia controlada. — LUIS VIGIL. — El pájaro que se comió los colores. — ALFREDO JULIO GRASSI. El dulce color de las estrellas. — FRANCIS CARSAC. La voz del lobo. — JACQUES STERNBERG. Felices vacaciones. — CHARLES

HENNEBERG. El valle de Avalon. — ARTHUR SELLINGS. Los apoderados. — MASSIMO LO JACOBO. El diario.

DÉCIMA SELECCIÓN (EN PREPARACIÓN)

Volúmenes de 21 x 14 cms., en tela y oro.

ANTOLOGIA DE NOVELAS RUSAS

PRIMERA SELECCIÓN

A. PUSCHKIN. Dubrovski el bandolero. — IVÁN TURGUENIEV. Se oye ruido. La guillotina. Toe... toe... toe... — FEDOR M. DOSTOYEVSKI. Diario de Raskolnikov. — LEÓNIDAS ANDREIEV. Un sueño. Ladrón. — VLADIMIRO KOROLENKO. Los cuervos. — ALEXEI S. GRYN. Tabú, la isla de Renaud. — VSEVOLOD IVANOV. El tren blindado n.º 14-69. — DIMITRE MANIN. El aullido del lobo. — ALEXIS TOLSTOI. Los bandidos mundanos. — ANTÓN CHEJOV. La cerilla sueca.

SEGUNDA SELECCIÓN

ALEXANDER SERGUEIEVICH PUSCHKIN. La dama de picas. — NICOLÁS GOGOL. El retrato. El jefe de los gnomos. — VSEVOLOD GARSHIN. Cuatro días. La flor roja. — NICOLÁS LESOV. Lady Machbeth de Mtsensk. — LEÓN TOLSTOI. Valor. — LEÓNIDAS ANDREIEV. El Gobernador. — VLADIMIRO KOROLENKO. Los «Postillones del Zar». Los ruidos del bosque.— SEMENOFF. La agonía de un acorazado. — ELEXANDER KUPRIN. El subcapitán Rybnikov.—ALEXIS TOLSTOI. El gobelino de María Antonieta.

ANTOLOGIA DE NOVELAS DE ESPIONAJE

PRIMERA SELECCIÓN

ALAIN PAGE. Disco rojo para Calone. — CLAUDE RANK. El carnaval de los buitres. — PAUL KENNY. Todos contra Copian.

SEGUNDA SELECCIÓN

M. G. BRAUN. Del mismo infierno. — F.-H. RIBES. Una bomba firmada Lecomte. — ALAIN YAOUANE. Una morena para un espía.

TERCERA SELECCIÓN

J. B. CAYEUX. El agente especial en las Antípodas. — ALAIN PAGE. Y Calone venció... — MICHEL CARNAL. El capitán.

CUARTA SELECCIÓN

MARC REVEST. Trafalgar Kern. — RICHARD CARON. TTX 75 en París. — F. CHABREY. La imagen vigésimoquinta.

QUINTA SELECCIÓN

J.-B. CAYEUX. El agente especial y los guerrilleros. — ALAIN PAGE. Un caldo para Calone. — J. P. CONTY. Las angustias de Mr. Suzuki.

SEXTA SELECCIÓN (EN PREPARACIÓN)

ANTOLOGÍA DEL HUMOR

PRIMERA SELECCIÓN

ALFONSO MARTÍNEZ DE TOLEDO, ARCIPRESTE DE TALA VERA. La moza y el viejo, y otros. — GIOVANNI BOCCACCIO. Del

«Decamerón». — ANÓNIMO. La vida de Lazarillo de Tormes. — FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS. El siglo del cuerno. — DR. CARLOS GARCÍA. La desordenada codicia de los bienes ajenos. — NICOLÁS GOGOL. El capote. — ANTON PAVLOVICH CHEJOV. El malhechor. — ALPHONSE DAUDET. Tartarín de Tarascón. — MARX TWAIN. Los Peterkins. — O'HENRY. El plan malévolo. El cazador de cabezas. La ética del cerdo. — «SAKY». Tobermory. El tigre de Mrs. Packletide. El narrador de cuentos. — JUAN G. DE LUACES. La honradez. — NOEL CLARASÓ. Cuando el factor humano se llama Catalina.

SEGUNDA SELECCIÓN

ANÓNIMO ORIENTAL. Cómo se le cayeron los pantalones a Hassan. — JUAN DE LUNA. Lazarillo de Tormes (Segunda parte). — J. E. HARTZENBUSCH. La locura contagiosa. — M. DE CERVANTES. De la libertad que dio Don Quijote a muchos desdichados que mal de su agrado los llevaban donde no quisieran ir. — JONATHAN SWIFT. Una modesta proposición para evitar que los niños de Irlanda sean una carga para sus padres o para su patria. — GASPAR GOZZI. El marido gruñón. — JOSEPH MÉRY. El sabio y el cocodrilo. — J. B. ALFONSO KARR. Historia de un vecino. — J. M. DE LARRA. El castellano viejo. — NICOLÁS GOGOL. La nariz. — W. M. THACKERAY. El baile de la señora Perkins. — CARLOS DICKENS. De «Los papeles del Club Plockwick. — F. M. DOSTOIEVSKI. El cocodrilo. — JULIO VALLÉS. El alojamiento. Una colocación en la institución «Entétard». — C. FARRAR BROWNE (Artemus Ward). Una visita a Brigham Young. — MARK TWAIN. El visitante misterioso. — GUY DE MAUPASSANT. El tío Mongilet. — J. LUCAS CARAGIALE. Petición. — ANTÓN P. CHÉJOV. La muerte de un funcionario público. ¡Qué público! La cronología viviente. En la administración de correos. El fracaso. — LEÓNIDAS ANDRÉIEV. El amor al prójimo. — ARKADY AVERCHENKO. Los ladrones. — NOEL CLARASÓ. La rebelión de los cardenales. — CAMILO JOSÉ CELA. Don Ellas Neftalí Sánchez, mecanógrafo. Los simbolistas en caló. La navidad de los golfos. — ALVARO DE LAIGLESIA. Consolar al triste.

ANTOLOGÍA DEL AMOR

PRIMERA SELECCIÓN

ALEXANDER SERGUEIEVICH PUSCHKIN. Dunia. — CHARLES DICKENS. El duelo. — WILLIAM M. THACKERAY. El gran amor de Dennis Haggarty. — MARCK TWAIN. El diario de Eva. — FEDOR DOSTOIEVSKI. Las noches blancas. — OSCAR WILDE. La esfinge sin secreto. — GUSTAVO ADOLFO BECQUER. Tres fechas. — ALPHONSE DAUDET. La artesiana. — ALARCÓN. El coro de ángeles. El sombrero de tres picos. — HENRY JAMES. Maud-Evelyn. — O'HENRY. Un sacrificio de amor. — RUDYARD KIPLING. El sais de Miss Youghal. — EUGENIO HELTAI. Del «Diario de la ruptura de un día». — RAMÓN DEL VALLE INCLÁN. Rosita. — CORNEL WOOLRICH. Un día demasiado hermoso para morir. — JANET FRAME. La taza de té. — ANDRÉ MAUROIS. Siempre ocurre lo inesperado.

SEGUNDA SELECCIÓN

INFANTE D. JUAN MANUEL. De lo que aconteció a un mancebo el día que se casó. — GIOVANNI BOCCACCIO. «Del Decamerón». — GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER. La venta de los gatos. — NICOLÁS GOGOL. La ahogada. — PROSPER MERIMÉE. Carmen. — GUY DE MAUPASSANT. La señorita Perla. — ANDRÉS THEURIET. Corazones atormentados. — O'HENRY. Las rosas encarnadas de Tonia. — ALEXANDER KUPRIN. El brazalete de rubíes. — JOSÉ M. PEMÁN. El vuelo inmóvil. — NOEL CLARASÓ. Un inolvidable amor.

TERCERA SELECCIÓN

JORGE DE MONTEMAYOR. Historia de Abindarráez y la hermosa Jarifa. — MIGUEL DE CERVANTES. La fuerza de la sangre. — MARÍA DE ZAYAS. La fuerza del amor. — WILLIAM MAGGIN. El duelo de Bob Burke con el Subteniente Brady del 48.º. — JOSEPH MÉRY. Un chino en París. — PAUL DE KOCK. El maestro de escuela de Courberon. — RAMÓN DE MESONERO ROMANOS. El Romanticismo y los románticos. — IVÁN TURGUENEV. Remanso de paz. — JUAN VALERA. El duende. Beso. — GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER. La promesa. — FRANCIS BRET HARTE. Miggles. — ALPHONSE DAUDET. La embustera. — GUY

DE MAUPASSANT. La cita. — ANTON CHEJOV. Volodia. — RUDYARD KIPLING. La ciudad de los sueños. — MAXIMO GORKI. Malva. — AMADO ÑERVO. Lía y Raquel. — VÍCTOR CATALA. Bajo el cielo. — ARKADY AVERCHENKO. Una mujer. — SHEILA KAYE-SMITH. Un día en la vida de una mujer.

ANTOLOGÍA DE CUENTOS Y LEYENDAS

PRIMERA SELECCIÓN

ANÓNIMO CAUCASIANO. Amiran. — ANÓNIMO CAUCASIANO. El gorrón. — ANÓNIMO ORIENTAL. La leyenda del búfalo. — ANÓNIMO ORIENTAL. La leyenda del arroz. — ANÓNIMO ORIENTAL. El retrato misterioso. — ANÓNIMO RUSO. Cirilo el curtidor. — ANÓNIMO IRLANDÉS. El origen del lago Tiis. — ANÓNIMO IRLANDÉS. La capa de Santa Brígida. — ANÓNIMO IRLANDÉS. La trucha blanca. — GODOFREDO CHAUCER. Cuento del vendedor de indulgencias. — IBN ASIN DE GRANADA. Disputa por señas. — SAN BERNARDINO DE SIENA. Los juicios del león. — LA FONTAINE. La prometida del rey de El Gharb. — CARLOS PERRAULT. Riquete el del Copete. — PU SONG LIN. Cheng y el grillo. — E. T. G. HOFFMANN. El puchero de oro. — WASHINGTON IRVING. Leyenda del astrólogo árabe. — J. y G. GRIMM. El sastrecillo sagaz. Los músicos de Bremen. — FERNÁN CABALLERO. Los deseos. — J. E. HART ZENBUSCH. Palos de Moguer. — ALFREDO DE MUSSET. Mimí Pinsón. — C. DICKENS. La historia de nadie. — ERCKMANN-CHATRIAN. Mi insigne amigo Selsam. — A. N. AFANASIEV. La vejiga, la paja y el calzón de líber. — La araña Mlzguir. El soldado y la muerte. — N. LESKOV. La pulga. — VICENTE RIVA PALACIO. Las muías de Su Excelencia. La burra perdida. — R. L. STEVENSON. El diablillo de la botella.

SEGUNDA SELECCIÓN

ANÓNIMO ORIENTAL. Se equivocan de talones. — ANÓNIMO CAUCA. SIANO. El ansarero calvo. — BEN AL-SAYI DE MÁLAGA. La cuenta de los panes. — ANÓNIMO RUSO. La princesa durmiente y los siete gigantes. — ANÓNIMO IRLANDÉS. El oso pardo de Noruega. — FRANCO SACCHETTI. El gato y las ratas. — DEL KIN-KOU-KI-KOUAN. Enlace imprevisto del bachiller Tsien. — PU SONG LIN. Chiang entre los inmortales. — MARÍA DE ZAYAS SOTOMAYOR. El juez de su causa. — E. T. A. HOFFMANN. El caballero Gluck. — WASHINGTON IRVING. Leyenda del príncipe Ahmed Al Kamel o el peregrino del amor. — HANS CHRISTIAN ANDERSEN. La hija del rey de los pantanos. — ALFREDO DE MUSSET. Croisilles. — CARLOS DICKENS. El relato del escolar. — RICARDO WAGNER. Parsifal. — ANTONIO DE TRUEBA. Traga-sardinas. — ERCKMANN-CHATRIAN. La pesca milagrosa. — A. N. AFANASIEV. Marco el Rico y Basilio el Desgraciado. — VICTORIANO IMBRIANI. Los tres caracoles. — JUSTO SIERRA. La sirena. — R. L. STEVENSON. La isla de las voces. ARTHUR DE ACEVEDO. Un ingrato. — MAXIMO GORKI. El Khan y su hijo.

Volúmenes de 31 x 14 en tela y oro, con sobrecubierta.

Terminose de imprimir
en los talleres de
Gráficas Diamante
Zamora, 83, Barcelona.

Notas

[1] Citado por Lartigny. “*Los Guerrilleros*”. Ediciones Solar. <<

[2] La frecuencia de los temblores de tierra impone la construcción de casas ligeras y de un solo piso. Managua es probablemente la única capital del mundo que no posee un solo campanario ni un solo monumento sobre zócalo.
<<

[3] El *ladino* es el mestizo. Por regla general, se gana la vida sirviendo de intérprete o de intermediario entre la administración y los indios, que en su mayor parte no comprenden una sola palabra en castellano. Es un especialista de la *propina* y la *mordida*. (N. del A.) <<

[4] La O.L.A.S. (Organización latino-americana de solidaridad) es una nueva Internacional creada por Fidel Castro y destinada a coordinar los movimientos revolucionarios de la América Latina y a darles una estrategia continental. (Nota del Autor.) <<

[5] Auténtico. (N. del A.) <<

[6] Últimos misiles antimisiles. Es la segunda línea de defensa. Estos últimos misiles sólo ascienden a quince mil metros, para estallar en la vecindad de los cohetes enemigos, en el momento en que éstos se lanzan ya hacia el objetivo. (N. del A.) <<

[7] Se da el nombre de “ventanas de tiro” al espacio aéreo dejado libre de toda polución atómica para permitir el paso de los cohetes de represalias. Sin esta precaución, los cohetes de represalias quedarían estropeados por el plasma difuso del paraguas antimisiles. (N. del A.) <<

[8] La consola de mando reproduce todos los medios de acción de las armas de que dispone el mando. Esos medios pueden ser accionados gracias a los botones y manecillas de que está erizada la consola. El oficial de maniobra, delante de su puesto de maniobra, modifica el rumbo, la velocidad, etc., en virtud de las órdenes recibidas, gracias a los órganos de mando de que dispone y que reproducen unos órganos de mando existentes en realidad. De hecho, cuando actúa sobre esos mandos, se limita a modificar el “programa” del calculador central. Modifica los datos del problema planteado a sus calculadores. (N. del A.) <<

[9] Ya que también el enemigo aumenta su potencia. En 1950, un ataque ruso con la bomba A hubiera producido tres o cuatro millones de muertos. En 1951, un ataque con la bomba H, con bombarderos más numerosos, hubiera producido de doce a veinte millones de muertos. Hoy, con los misiles rusos de cabeza termonuclear, los muertos ascenderían a un centenar de millones. (N. del A.) <<

[10] *National Security Agency*, rival de la CIA. (N. del A.) <<

[11] Auténtico. (N. del A.) <<

[12] Existe una comunidad científica internacional, llamada *Artoga*, cuyos miembros principales se consideran un “*shadow-cabinet*” (contragobierno) mundial. Todo parecido entre la comunidad aquí llamada *Atoga* y la que existe bajo el nombre de *Artoga*, es puramente casual y contraria a la voluntad del autor. (Nota del A.) <<

[13] Uno de los puntos vitales que se mencionan en los tratados de *karate*.
Nosotros diríamos el bajo vientre. (N. del A.) <<

[14] Centro de las industrias “de punta”: electrónica, navegación espacial, etcétera. (N. del A.) <<